



CONTRA NUESTRA AMÉRICA

Estrategias de la derecha
en el siglo XXI

Jairo Estrada Álvarez
Carolina Jiménez Martín
José Francisco Puello-Socarrás
(Eds.)

 CLACSO

**Contra Nuestra América.
Estrategias de la derecha
en el siglo XXI**

Contra Nuestra América : estrategias de la derecha en el siglo XXI / Jairo Estrada Álvarez... [et al.] ; editado por Jairo Estrada Álvarez; Carolina Jiménez Martín; José Francisco Puello-Socarrás; prólogo de Jairo Estrada Álvarez ; Carolina Jiménez Martín ; José Francisco Puello-Socarrás. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires: CLACSO, 2020.

Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-987-722-588-4

1. Geopolítica. 2. América Latina. 3. Derecha Política. I. Estrada Álvarez, Jairo. II. Jiménez Martín, Carolina, ed. III. Puello-Socarrás, José Francisco, ed.

CDD 327.109

Arte de tapa: Villy

Diseño y diagramación: Eleonora Silva

Contra Nuestra América. Estrategias de la derecha en el siglo XXI

**Jairo Estrada Álvarez, Carolina Jiménez Martín
y José Francisco Puello-Socarrás**
(Editores)



CLACSO



CLACSO

Consejo Latinoamericano
de Ciencias Sociales

Conselho Latino-americano
de Ciências Sociais

CLACSO Secretaría Ejecutiva

Karina Batthyány - Secretaria Ejecutiva

Nicolás Arata - Director de Formación y Producción Editorial

Equipo Editorial

María Fernanda Pampín - Directora Adjunta de Publicaciones

Lucas Sablich - Coordinador Editorial

María Leguizamón - Gestión Editorial

Nicolás Sticotti - Fondo Editorial



LIBRERÍA LATINOAMERICANA Y CARIBEÑA DE CIENCIAS SOCIALES

CONOCIMIENTO ABIERTO, CONOCIMIENTO LIBRE

Los libros de CLACSO pueden descargarse libremente en formato digital o adquirirse en versión impresa desde cualquier lugar del mundo ingresando a www.clacso.org.ar/libreria-latinoamericana

Contra Nuestra América. Estrategias de la derecha en el siglo XXI (Buenos Aires: CLACSO, marzo de 2020).

ISBN 978-987-722-588-4

© Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales | Queda hecho el depósito que establece la Ley 11723.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su almacenamiento en un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio electrónico, mecánico, fotocopia u otros métodos, sin el permiso previo del editor. La responsabilidad por las opiniones expresadas en los libros, artículos, estudios y otras colaboraciones incumbe exclusivamente a los autores firmantes, y su publicación no necesariamente refleja los puntos de vista de la Secretaría Ejecutiva de CLACSO.

CLACSO

Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales - Conselho Latino-americano de Ciências Sociais

Estados Unidos 1168 | C1023AAB Ciudad de Buenos Aires | Argentina

Tel [54 11] 4304 9145 | Fax [54 11] 4305 0875 | <clacso@clacsoinst.edu.ar> | <www.clacso.org>

Patrocinado por la Agencia Sueca de Desarrollo Internacional



Contenido

Prólogo.....11

*Jairo Estrada Álvarez, Carolina Jiménez Martín
y José Francisco Puello-Socarrás*

Primera Parte

Facetas y complejidades del actual momento político

La intensificación de las luchas por la (re)configuración del poder
en Nuestra América y las estrategias de la derecha 19

Jairo Estrada Álvarez

¿(Des)globalización & (anti)neoliberalismo?

El gobierno Trump y el capitalismo en el siglo XXI 51

José Francisco Puello-Socarrás

Crisis capitalista y triunfos electorales de la derecha.

Desafíos políticos para Nuestra América..... 81

Carolina Jiménez Martín

El ciclo progresista en América Latina.

De una tentativa frustrada a una perspectiva estratégica105

Víctor Manuel Moncayo C.

Segunda Parte

Geopolítica regional, configuraciones y estrategias de la derecha

América Latina en la actual transición hegemónica
del sistema mundo capitalista..... 117
José Honorio Martínez

Estados en disputa. Auge y crisis del ciclo de impugnación
al neoliberalismo en América Latina (1999-2019).....131
Mabel Thwaites Rey

En el bicentenario de la derrota del colonialismo español.
¿Un diseño militar neocolonial para América Latina y el Caribe?.....147
Jaime Caycedo Turriago

Derechas y fascismo social en la América contemporánea.....159
Sergio de Zubiría Samper

Nuevas derechas ante la integración latinoamericana185
Pablo Guadarrama González

Tercera Parte

Nuestra América en perspectiva estratégica. Escenarios de la disputa

Cuba: contra viento y marea209
Oswaldo Martínez

Rebelión electoral y cuarta transformación en México 229
Beatriz Stolowicz

Feminismos latinoamericano-caribeños para transformar
Nuestra América 239
Alba Carosio

Ascenso da “nova direita” na América Latina. O caso brasileiro.....	259
<i>Plinio de Arruda Sampaio</i>	
La derecha argentina en su intento de dominación por vía electoral.....	283
<i>Julio C. Gambina</i>	
Uruguay: la derecha, que no es nueva, se acerca al gobierno.....	297
<i>Antonio Elías</i>	

Prólogo

*Jairo Estrada Álvarez, Carolina Jiménez Martín
y José Francisco Puello-Socarrás*

Hace poco más de veinte años, en 1988, Franz J. Hinkelammert formuló la siguiente afirmación sobre lo que él denominara la *nueva derecha en América latina*:

La actual etapa de democratización en América latina se caracteriza por su sentido instrumental, que deja de lado toda auténtica integración participativa de la población. La nueva derecha es heredera de las dictaduras militares de Seguridad Nacional, y su vocación es asegurar el esquema de poder originado por esas dictaduras bajo formas democráticas, en beneficio de las élites y con la bendición de Estados Unidos (1998, p. 104).

Al finalizar la segunda década del nuevo milenio, el panorama político en Nuestra América sugiere la necesidad de un balance renovado sobre la relación de las fuerzas sociales, al menos desde los horizontes estratégicos y las trayectorias coyunturales.

El recambio de los escenarios políticos y sus expresiones electorales, la profundización de la crisis económica y el deterioro de las condiciones de vida, así como el empobrecimiento y endeudamiento generalizado de amplios sectores de la población, son algunos de los síntomas de una coyuntura singular en la que las fuerzas de derecha

vienen desplegando una estrategia integral a fin de recuperar o fortalecer sus posiciones en la región.

El análisis de las trayectorias recientes de la derecha no supone abordar un fenómeno estrictamente coyuntural. Se trata mejor de explorar un acontecimiento de largo plazo que, con flujos y reflujos, viene construyéndose, al menos, desde la década de 1980 y en paralelo a los llamados procesos de “democratización” posteriores a las dictaduras cívico-militares registradas en el subcontinente. En este sentido, subrayamos que los episodios electorales recientes y los perfiles políticos tanto al nivel de los liderazgos individuales como desde los organizacionales, los programas políticos y de políticas públicas (económicas y sociales) que ellos encarnan, aunque mantienen una continuidad histórica también expresan nuevos modos de articulación política y modalidades novedosas en la (re)construcción hegemónica.

En primer lugar, la impronta recientemente desarrollada en las estrategias de la derecha da cuenta de pretensiones de reinención, recobrando sus orígenes. En lo político, se ha intensificado el perfil ideológico desplazando el espectro hacia posturas ultraderechistas. El autoritarismo de nueva generación registrado durante la segunda década de este milenio definitivamente se ha exacerbado. Figuras presidenciales emergentes, vía electoral o por la inercia heredada de los “golpes blandos” institucionales, permiten una remembranza *directa* de las últimas (y más sangrientas) dictaduras cívico-militares y de gobiernos autoritarios que se impusieron en la región. Tal es el caso de Jair Bolsonaro en Brasil (militar retirado y melancólico de la dictadura que se impuso en ese país entre 1964 y 1985), Mauricio Macri en Argentina (beneficiario, junto a su familia, del *holding* Macri de las dictaduras de Onganía en 1966 y Videla desde 1976), Sebastián Piñera –por segunda vez– en Chile (ex funcionario junto a su hermano, José Piñera, durante la dictadura de A. Pinochet), Mario Abdo en Paraguay (hijo del secretario privado del dictador A. Stroessner) e Iván Duque en Colombia (retomando el “embrujo autoritario” que se impuso durante ocho años de mandato en Álvaro Uribe).

Esta matriz se ha reforzado en lo económico, por un lado y aún con variaciones sutiles según los casos, a partir de la renovación –al decir de Ruy Mauro Marini– de la antigua alianza *tecno-militar* en la composición de los gobiernos en cargos claves (Brasil, Paraguay y Colombia resultan ejemplos paradigmáticos); cuestión que ha incidido en la reinstalación de enfoques y referentes en diferentes acciones estatales bajo improntas autoritarias, propias de la doctrina de la “seguridad nacional” o de la recreación de la “amenaza comunista”, al tiempo que se refuerza el imaginario del Estado emprendedor, ahora conducido sin mediaciones y en forma directa por empresarios (la denominada “CEOcracia”). Por otro lado, con el endurecimiento de las orientaciones en los planes económicos y las políticas públicas, que –sin duda– se remontan a la tradición neoliberal de los ajustes macroeconómicos más ortodoxos. Es realmente sintomático que en Perú, por ejemplo, haya sido elegido como presidente uno de los arquitectos del neoliberalismo latinoamericano y global de la década de 1980, Pedro Pablo Kuczynski, quien se vio obligado a dimitir de su cargo por estar involucrado en escándalos de corrupción.

Precisamente, el aumento de los niveles de corrupción es otra línea que se desprende como rasgo de las trayectorias de (ultra)derechización reciente en Nuestra América, como se expresa, entre otros, en los procesos judiciales adelantados con ocasión de los casos de los *Panamá Papers* y de *Lava Jato – Odebrecht* que involucran a altos funcionarios del Estado, así como a numerosos mandatarios y ex-mandatarios. Sin embargo, estos procesos judiciales no han tenido desenlaces efectivos y, antes bien, muestran altos niveles de impunidad para beneficio de gobiernos en particular y de sectores de las clases dirigentes en general.

La neoliberalización económico–política de la región pareciera retomar vigor, especialmente, cuando se sintoniza con la “recuperación” institucionalizada de los lazos políticos, las conexiones comerciales y la cooperación militar con los Estados Unidos. Las estrategias de derecha han venido propiciado nuevos escenarios, dispositivos y mecanismos para reconciliar la relativa pérdida de la hegemonía

estadounidense sobre la región durante los primeros lustros del nuevo milenio. Proyectos como la Alianza del Pacífico donde participan activamente Perú, Colombia y Chile –en menor medida, México desde la asunción de Andrés Manuel López Obrador– o, recientemente, la iniciativa “PROSUR” liderada por Iván Duque y Sebastián Piñera para reemplazar UNASUR, o la reactivación del Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca (TIAR), son muestra de ello. Desde luego, la importancia estratégica hacia la Cuenca del Pacífico no ha querido descuidar el ámbito natural hoy vigente de la Cuarta Flota y el Comando Sur (SOUTHCOM) con la instalación de nuevas bases militares en la región, como aquellas autorizadas en Argentina por el gobierno Macri.

También el tipo de comando proyectado a partir de coordinaciones intergubernamentales de los gobiernos de derecha en Brasil, Colombia, Chile, Perú y Ecuador, que promueven un tipo de integración económica política pro–norteamericana mientras, al mismo tiempo, propician la desintegración de la institucionalidad latinoamericana y caribeña creada en el pasado reciente (CELAC, UNASUR, etc.). Este nuevo apuntalamiento de la hegemonía estadounidense pasa por una agresión a las experiencias políticas de Venezuela, Cuba y Bolivia que se resisten a alinderarse a la doctrina liderada por Trump.

En lo cultural, las estrategias de la derecha se tornan cada vez más influyentes para el reforzamiento de narrativas sociales discriminatorias entre crecientes sectores de la población, apuntando hacia los más empobrecidos. La construcción de matrices mediáticas, entre las que se destacan aquellas animadas por el extremismo confesional, representan vectores ideológicos imposibles de ocultar en esta coyuntura; se encuentran dirigidas a estigmatizar e incluso a criminalizar principios y valores colectivos que han sido posicionados gracias a las luchas populares, como los derechos humanos en general, los derechos de las mujeres y de la población LGTBI, de los pueblos indígenas y afros, en particular, así como el cuidado ecológico de la Madre Tierra, entre otros. Con ello, los clivajes desde lo étnico y el género, históricamente conculcados en Nuestra América, han exacerbado la intensidad característica de estos procesos de opresión social. En términos

de clase, además de llevar a extremos límites los niveles de sobreexplotación laboral, han resurgido actitudes socioculturales que reflejan lo que Adela Cortina ha conceptualizado como *aporofobia*: el “miedo a los pobres”.

Contra Nuestra América: estrategias de la derecha en el siglo XXI es otro esfuerzo colectivo de los y las investigadoras de CLACSO y de otros centros de investigación, quienes desde distintas voces y lugares de la región realizan contribuciones para el entendimiento del momento político actual y la comprensión en perspectiva histórica de los retos populares y los desafíos políticos que implica la construcción de propuestas antihegemónicas y emancipadoras. El texto se ha organizado en tres apartados. El primero, *Facetas y complejidades del actual momento político*, recoge reflexiones sobre la crisis capitalista y las expresiones políticas en el orden global. El segundo, *Geopolítica regional, configuraciones y estrategias de la derecha*, caracteriza la impugnación al neoliberalismo en América latina desde diversas dimensiones (político, militar, económico, cultural), proponiendo aproximaciones sobre las estrategias de la derecha en la región. Y, finalmente, *Nuestra América en perspectiva. Escenarios en disputa* ilustra a través del análisis de trayectorias nacionales, las dinámicas, tendencias y contradicciones más recientes de los procesos políticos en curso.

El conjunto de textos que hacen parte de esta edición no solo permite acceder a diferentes análisis sobre la coyuntura latinoamericana y caribeña, considerando el proyecto hegemónico “desde arriba”, encarnado por la derecha, en sus diversas expresiones. También ofrece horizontes alternativos para el pensamiento y las praxis transformadoras “desde abajo”, tal y como lo propuso el intelectual italiano Antonio Gramsci (1923) cuando aludía al *pesimismo de la inteligencia, optimismo de la voluntad*. Valorar en perspectiva estratégica y hacia el futuro la realidad de la dominación y las posibilidades efectivas de emanciparnos de ella, hacen que las luchas populares que siguen vigentes –aún en medio de las adversidades– sean la esperanza viva para Nuestra América.

Bogotá, octubre de 2019

Primera Parte

**Facetas y complejidades del actual
momento político**

La intensificación de las luchas por la (re)configuración del poder en Nuestra América y las estrategias de la derecha

*Jairo Estrada Álvarez**

El presente trabajo tiene como propósito aproximar elementos de análisis para una mejor comprensión de aspectos de la tendencia actual del proceso político en Nuestra América. En desarrollo de ese propósito, el texto se ha dividido en cuatro secciones.

En la primera, se formulan algunas consideraciones para la caracterización del presente político, con las que se busca sustentar la tesis de que se asiste a una intensificación de las luchas por la (re)configuración del poder, antes que al despliegue de un nuevo “ciclo político de derecha”, o a una “contraofensiva o restauración neoconservadora”.

En la segunda, se presentan algunas condiciones estructurales, en cuanto factores constitutivos, no exterioridades, de la trayectoria de los procesos políticos, las cuales –si bien no siempre se evidencian de manera explícita– permiten comprender de mejor manera el

* Profesor del Departamento de Ciencia Política, Director Académico de la Maestría en Estudios Políticos Latinoamericanos, Universidad Nacional de Colombia.

trasfondo y las posibilidades de la acción política y de los proyectos políticos en contienda.

En la tercera, se exponen el lugar, los propósitos, contenidos y límites de las estrategias de la derecha, mediante las cuales las clases dominantes de la región y el imperialismo buscan encauzar una (re)configuración del poder (en términos geopolíticos, pero también en los espacios nacionales) ajustada a sus intereses; bajo el entendido que tales estrategias pueden derivar en desiderata, precisamente por los límites que imponen los conflictos, contradicciones y luchas inherentes al orden social capitalista predominante.

En la cuarta sección, se aborda un aspecto específico del momento coyuntural, teniendo en cuenta aspectos de la estrategia imperialista y de la derecha transnacional frente a Cuba y Venezuela, en la que la acentuación del bloqueo económico pretende articularse con una instrumentalización de la crítica situación que atraviesa el proceso de paz en Colombia.

Al trabajo le subyace una preocupación de orden metodológico, con implicaciones políticas: la necesidad de contribuir a un análisis que trascienda la inmediatez y la ocurrencia de los hechos, y considere las condiciones bajo las cuales estos se desenvuelven; es decir, de un análisis no coyuntural de la coyuntura.

Sobre la caracterización del presente político en Nuestra América

La siempre tozuda realidad de Nuestra América indica que no hay lugar para valoraciones ligeras respecto de sus principales tendencias y configuraciones. Asimismo, que el problema no es de ella, de la realidad, sino de quienes la analizamos. Así como hubo dificultades (y sobre todo mucho voluntarismo) para caracterizar la tendencia del proceso político y los alcances del cambio político durante los tres primeros lustros de este siglo, de la misma manera es evidente que muchas caracterizaciones sobre lo que viene ocurriendo en la región

en los últimos años poseen la impronta del desacierto y la valoración apresurada.

Específicamente me refiero a la tesis sobre el nuevo “ciclo político de derecha” o del “giro a la derecha”, que además de ser controvertida por el devenir histórico–concreto, descansa sobre una muy problemática naturalización de la alternancia del proceso político, como si a este no lo definiese esencialmente la contradicción y el conflicto, la tendencia de las luchas sociales y de clase y sus configuraciones específicas.

En igual sentido, se encuentran las afirmaciones sobre la “restauración” o incluso sobre la “contrarrevolución (neo)conservadora”, que dan por sentado que en las décadas precedentes se había producido la derrota plena de las estrategias y de los proyectos políticos que en la década de 1990 había logrado imponer un régimen de hegemonía (neo)conservadora y de neoliberalización, con fuertes rasgos de homogenización a lo largo y ancho de la región. Es preciso recordar que las experiencias de gobiernos democrático–populares, algunos de ellos sustentados también en un discurso de la “construcción socialista”, o de gobiernos inspirados en el liberalismo social, coexistieron en todo caso con gobiernos declarados de derecha, que dieron continuidad y profundizaron las estrategias puestas en marcha a más tardar en la señalada década de 1990.

También han quedado en entredicho los planteamientos que –sin la debida decantación– dictaminaron en su momento la irrupción del “posneoliberalismo”, como tendencia que se estaría imponiendo por cuenta de los cambios políticos registrados en la región con la llegada de los “gobiernos alternativos”.

En todos estos casos, lo que entre tanto está demostrado es la inconveniencia de aproximaciones al estudio del presente de Nuestra América que se guíen por el vaivén de los hechos y los acontecimientos del día a día y, particularmente, por los resultados de las contiendas electorales. Si bien la coyuntura constituye un referente ineludible de análisis, pues representa una imagen de lo que está pasando, siempre resulta aconsejable retornar a lo que ocurre en la

tras-escena. Es preciso recuperar las enseñanzas del pensamiento crítico y, particularmente, del análisis marxista, que invitan a la consideración de las complejas relaciones entre coyuntura, estructura y contingencia, en el contexto histórico-concreto de un orden social que –como el capitalista– se caracteriza esencialmente por el antagonismo, la contradicción y el conflicto.

Si se asume esa perspectiva, el tiempo histórico de las últimas décadas y el momento presente se caracterizan por una intensa disputa por el destino de Nuestra América sin que se haya logrado imponer una tendencia definitiva, que pueda considerarse irreversible. Al tiempo que, en efecto, por una parte, se presentaron avances democráticos indiscutibles, se desataron procesos de reforma política y social, e incluso transformaciones de alcance estructural con beneficios para las grandes mayorías, que afectaron los regímenes de dominación de clase existentes en algunos países de la región y debilitaron la posición hegemónica de los Estados Unidos. Se ha advertido, por otra parte, en otros países, la prolongación y profundización de los regímenes neoconservadores de democracia gobernable, lo cual se ha acompañado de la adaptación y la ampliación –con nuevos contenidos– de la estrategia neoliberal impuesta décadas atrás.

En todos los casos, se intensificaron las luchas por el poder. Las fuerzas de la derecha, en variadas gradaciones y alianzas políticas, allí donde se encontraron en la oposición desplegaron su accionar tradicional de lucha por la preservación de los órdenes establecidos, al que se le agregaron nuevos repertorios y modalidades, como se verá adelante, encaminados a la desestabilización política, a la recuperación de las posiciones perdidas por la vía institucional, o incluso pretendiendo el derrocamiento de gobiernos a través del ejercicio de la violencia. Allí donde la derecha continuó en el gobierno, perfeccionó los mecanismos de dominio y control social, avanzó en la definición de marcos normativos (constitucionales y legales) para el afianzamiento del poder de clase, particularmente a través de la instauración de regímenes de excepcionalidad permanente para la preservación del orden y la seguridad; articulando todo ello con la

construcción de legitimidad en sectores medios y pobres de la población, por cuenta de políticas que conjugan la propagación del miedo y la inseguridad, con la exaltación del emprendimiento individual y el otorgamiento de subsidios condicionados. El accionar de la derecha trascendió el ámbito nacional-estatal, configurándose como proyecto político de alcance transnacional, de coordinación y articulación de fuerzas, con evidentes sujeciones a las estrategias del imperialismo estadounidense.

En ese sentido, las consideraciones geopolíticas han adquirido un lugar central. Si bien no se está frente al orden mundial bipolar del siglo veinte corto del que hablara Eric Hobsbawm, la disputa por el poder en la región ha sido planteada esencialmente como una disputa de alcance sistémico. Para la derecha todo lo que no se encuadre dentro de la defensa de la ecuación “democracia liberal más libre mercado”, así esta solo exista como discernimiento ideológico-teórico, es considerado amenaza contra el orden capitalista establecido. De ahí que se haya dado a la tarea de la construcción del (nuevo) enemigo. La expresión “castrochavismo”, abstracta e indefinida, pero con una localización geográfica que amenazaría extenderse a toda la región, representa la posibilidad de la unificación de fuerzas para enfrentar la disputa geopolítica y el poder en los espacios nacionales. Se trata de la reedición, bajo nuevas condiciones, de la confrontación contra el “enemigo comunista”, que poseería en la actualidad numerosas vestimentas.

Desde la posición de gobierno, las fuerzas democráticas, progresistas y de izquierda, por su parte, muy desiguales y diferenciadas en sus proyectos políticos, configuraciones y aspiraciones programáticas, han impulsado durante las últimas dos décadas indiscutibles procesos de cambio, aún difíciles de valorar en forma definitiva, si su alcance se considera en perspectiva histórica y sistémica. Si el análisis se hace en perspectiva regional, sin duda se asistió a un quiebre de la hegemonía neoliberal impuesta primero a sangre y fuego con los regímenes dictatoriales, extendida luego con los programas de ajuste económico impuestos por el Fondo Monetario Internacional en la

década de 1980, y validada posteriormente por la vía electoral con la mal llamada transición a la democracia y los triunfos electorales de proyectos político-económicos neoliberales que se encuadraron dentro de las “reformas estructurales” del Consenso de Washington.

La transformación político-cultural propia de la “desertificación neoliberal” logró agrietarse y pudo ser estremecida en sus cimientos por cuenta del discurso, la acción política y la movilización social, que además de renovar la crítica a la economía política del capitalismo realmente existente en la región, se acompañó de propósitos de democratización política, económica y social, así como del resurgimiento de la idea de las alternativas al capitalismo, incluida la construcción socialista; por cierto siempre presentes en el *continuum* histórico de la Revolución Cubana. Las trayectorias nacionales de esas experiencias registran productos diferenciados que dan cuenta de procesos complejos, en algunos casos con rasgos anticapitalistas y antimperialistas, en otros con acentos antineoliberales o reformistas más no antisistémicos, o incluso de mera alternancia democrático-electoral, determinados por los niveles de correlación política y social de fuerzas, pero también por las definiciones y aspiraciones programáticas, así como por los alcances y limitaciones en la producción de nuevas subjetividades. Ha quedado en evidencia que cuando se trata de procesos sociales no hay modelos a seguir, ni voluntarismos que se impongan; menos aún ausencia de contradicciones y conflictos. La construcción social se da en atención a condiciones histórico-concretas y también a un entendimiento de la política como deseo disputado.

Si se trata del caso de estas fuerzas en cuanto fuerzas opositoras a los gobiernos de derecha, debe destacarse la resistencia en las más variadas expresiones, la persistencia de la organización y la movilización por disímiles propósitos aún bajo las más adversas condiciones, así la como continua producción de formas de poder social “desde abajo”. Todo ello constituye acumulados que han devenido (o pueden devenir) en factores explicativos de los cambios políticos y hasta de resultados electorales que parecen sorprendidos.

Estas consideraciones pretender reforzar la tesis ya formulada acerca de que no se está en el presente de Nuestra América frente a un nuevo “ciclo político de derecha” o frente a una contraofensiva (neo)conservadora. La tendencia del proceso político se ha caracterizado por la intensidad y la profundización de las luchas por el poder; las derechas, por una parte, los sectores democráticos, progresistas y de izquierda, por la otra, han desplegado todos sus arsenales. Sigue sin imponerse una tendencia predominante, si la lectura es de alcance regional; probablemente en el examen a las trayectorias nacionales, pueda llegarse a valoraciones distintas.

El carácter abierto del campo político se expresa en el presente de Nuestra América en que durante el último año se han producido múltiples sucesos, con los que al tiempo que se registra la continuidad y el fortalecimiento de los proyectos políticos de la derecha, se advierten igualmente sus limitaciones para erigirse en la tendencia estable predominante de largo plazo. Pese a la más alta votación hasta ahora lograda por sectores democráticos y progresistas en elecciones presidenciales —en buena medida explicada por los efectos políticos y culturales del Acuerdo de paz—, en Colombia se posesionó el 7 de agosto de 2018 Iván Duque a la cabeza de una coalición de derechas; en Brasil, desde el 1° de enero de 2019 ejerce como presidente el ultraderechista Jair Bolsonaro; en El Salvador Nayib Bukele funge desde 1° de junio de 2019 como primer mandatario, tras la derrota estrepitosa del FMLN en la elección presidencial del 3 de febrero; en Paraguay gobierna desde el 5 de agosto, Mario Abdo Benítez del derechista Partido Colorado; el 11 de agosto se alzó con la victoria Alejandro Giammatte, candidato de las fuerzas de derecha en Guatemala, y ejercerá como presidente a partir del 14 de enero de 2020. Luego de su elección como candidato de Alianza País, Lenin Moreno se alineó rápidamente en el campo de la derecha de la región, tras su posesión el 24 de mayo de 2017. Y, más recientemente, se produjo el golpe “cívico-militar” de fuerzas de derecha en Bolivia, de gradual y rápida gestación, consumado el 10 de noviembre de 2019 con la renuncia del presidente Evo Morales. Igualmente, la victoria de la coalición de

derecha en Uruguay por cuenta de Luis Lacalle, en la elección del día 24 del mismo mes.

Por otra parte, en el mismo lapso triunfó Andrés Manuel López Obrador en las elecciones federales de México realizadas el 1º. de julio de 2018, asumiendo la presidencia a partir del 1º. de diciembre de ese año. Asimismo, en los comicios argentinos del 27 de octubre de 2019 se produjo la derrota del derechista Mauricio Macri por cuenta del candidato de la coalición “Frente de Todos”, Alberto Fernández. Sin que se trate de proyectos políticos que en sentido estricto puedan ser catalogados de izquierda, se está en presencia de un “progresismo” que en perspectiva geopolítica regional y desde la trayectoria nacional de los respectivos procesos políticos representa un freno frente a las estrategias de la derecha.

En Venezuela han fracasado todas las estrategias de la derecha para derrocar a Nicolás Maduro. En este caso, la orquestación transnacional y el intervencionismo estadounidense han sido más que notorios. En Nicaragua los propósitos de desestabilización del gobierno de Ortega parecen haberse superado. En Perú, la derecha en el gobierno atraviesa una situación de crisis institucional. En Ecuador hemos sido espectadores de un alzamiento indígena y popular en octubre de 2019 contra el “paquetazo” de medidas pactadas por el gobierno de Moreno con el FMI. En Chile, el gobierno de Piñera recurrió a la declaratoria del “estado de emergencia”, aduciendo una situación de presunta guerra interna, derivada de la movilización y la protesta social y estudiantil contra de las políticas neoliberales, con verdaderos alcances antisistémicos; lo cual derivó en la búsqueda de una solución controlada por la vía constituyente, sin que la trayectoria del proceso político esté trazada de manera definitiva. En Colombia, tras el magistral paro nacional del 21 de noviembre de 2019 contra el gobierno de Iván Duque, con un pliego de peticiones al tiempo que reivindicativo, con contenidos antisistémicos, vino la continuidad por semanas de una masiva movilización social y popular. De la cual deben esperarse líneas de persistencia y de probable intensificación.

Particular atención merece la actual etapa de intensificación del persistente bloqueo económico contra Cuba, propiciado por el gobierno Trump, el cual –unido a otras acciones en el campo político y de la comunicación– busca socavar la legitimidad del gobierno, sembrar descontento en la población, especialmente en las nuevas generaciones, e inducir una inflexión política hacia una denominada “transición democrática”.

El curso tomado por estos procesos refuerza aún más el argumento de que el rasgo principal del momento político en Nuestra América se encuentra en la intensificación y la profundización de las luchas; están en disputa, tanto las configuraciones geopolíticas de la Región, como la trayectoria específica de los procesos políticos en el ámbito nacional-estatal.

Algunas condiciones estructurales de los procesos políticos en Nuestra América

La identificación de algunas condiciones estructurales tiene el propósito de llamar la atención sobre aspectos del contexto bajo el cual se desenvuelven los procesos políticos y la (re)configuración de las relaciones de poder en la región. No se trata de factores que puedan considerarse como una exterioridad, sino constitutivos –aunque no siempre explícitos– de sus contenidos, sus formas y sus singularidades, y con incidencia sobre el curso de los acontecimientos. Se trata de condiciones generales de alcance sistémico que nutren la trayectoria, los límites y las posibilidades de la acción política, y de los proyectos políticos de las fuerzas en contienda. Me refiero a:

1. La tendencia predominante en las configuraciones del orden capitalista continúa siendo la transnacionalización y de la desnacionalización de las economías, en dirección hacia un nuevo tipo de relaciones distintas a las propias del orden nacional-estatal. El cuestionamiento de los órdenes de soberanía estatal en todos los

campos, no implica que haya variado la naturaleza del Estado en cuanto organizador y garante de las relaciones de poder y dominación; se trata más bien de la irrupción de nuevas disposiciones ajustadas a los nuevos requerimientos de la reproducción del orden capitalista. El proceso por ser conflictivo y contradictorio admite disrupciones –al parecer transitorias–, según lo evidencian la emergencia de los nacionalismos o de tendencias proteccionistas, como las promovidas en el último período por el gobierno de Trump en los Estados Unidos. En este caso particular, se trata de reacciones frente a la evidente crisis de hegemonía de ese poder imperial. Además de las configuraciones militares y de provisión de seguridad de carácter global, es creciente del peso de las corporaciones financieras transnacionales, así como de las agencias calificadoras de riesgo, a las que se le unen organismos multilaterales, principalmente el Fondo Monetario Internacional. El gobierno de facto del capital financiero transnacional extiende sus tentáculos a escala global. Su incidencia sobre los procesos políticos a nivel planetario es indiscutible.

2. La tendencia general de la acumulación capitalista da cuenta de la consolidación del proceso de financiarización, que se acompaña del despliegue sostenido de la llamada cuarta revolución industrial, con la cual se asiste a una transformación incesante del régimen de producción y de consumo. Las nuevas formas de organización y reproducción del capital, al tiempo que son expresivas de la creciente subsunción de la totalidad social a la lógica capitalista, ampliando el espectro de contradicciones y conflictos en diversas modalidades y escalas, reafirman por cuenta de la economía política de la crisis, los límites históricos del sistema. Entre tanto, esta ha asumido la forma de una crisis civilizatoria, que trasciende el ámbito de la economía, situándose también en el campo político y sociocultural. La relación social capitalista evidencia en forma protuberante su condición de relación destructora y depredadora de la naturaleza, extendiendo el conflicto

social y de clase a las condiciones de la vida y la existencia de la especie humana. En ese sentido, no se trata solamente de la configuración generalizada de un régimen de explotación y de dominación de clase sustentado en la precarización del trabajo; también de un régimen que amenaza sus propias condiciones de existencia.

3. No están estas definidas a plenitud las coordenadas del orden mundial emergido tras el derrumbe del “socialismo realmente existente” en la Unión Soviética y los países de Europa Oriental. Hay suficiente evidencia que documenta el declive de la hegemonía de los Estados Unidos, así como la irrupción en curso de China como nuevo hegemon mundial, aún distante de consolidarse en esa posición. En el entretanto se asiste a la constitución conflictiva y contradictoria, con desarrollos geográficos desiguales, de un orden multipolar transitorio, con configuraciones y alianzas también transitorias, que responden más a lógicas de reparto político, económico, cultural y territorial del mundo, que a configuraciones antisistémicas, aunque también las puede contener. Del contrapeso que, por ejemplo, ejercen en la actualidad China y Rusia a las estrategias de dominio de los Estados Unidos, no se puede inferir la constitución en tendencia de un orden bipolar de nuevo tipo, contentivo de propósitos de superación del capitalismo en cuanto formación socioeconómica.
4. Las transformaciones capitalistas han generado nuevas condiciones y nuevas formas de constitución de las luchas a escala planetaria, que se desenvuelven igualmente en diferentes ámbitos y escalas, así como en multiformes expresiones geográficas. La dispersión continúa siendo uno de sus rasgos distintivos, aunque son también evidentes tendencias y esfuerzos de unificación, que en numerosas experiencias han devenido en alternativa anti-sistémica, así sea de manera transitoria. Igualmente se ha puesto en evidencia que es posible avanzar en transformaciones del modo de producción predominante por cuenta de proceso de

producción de poder social “desde abajo”. La experiencia viene mostrando que la superación del orden social capitalista no resulta exclusivamente del “asalto al cielo”, sino también de la corrosión de sus cimientos a través de la acción política colectiva.

A estas condiciones estructurales generales, se adiciona –para efectos de una comprensión más compleja del presente de Nuestra América– el papel de la contingencia, en cuanto hecho o problema que se plantea de forma imprevista. Son numerosos los eventos de esa naturaleza observados durante las últimas décadas, que han incidido sobre el curso de los procesos, dotándolos de (nuevos) contenidos, bien sea para acelerarlos o retrasarlos, pero en todo caso modificando su trayectoria.

Lugar, propósitos, contenidos y límites de las estrategias de la derecha en Nuestra América

Las trayectorias políticas más recientes de la derecha en Nuestra América se fundamentan en los acumulados de las décadas precedentes. En ese sentido, trazan una línea de continuidad de la ofensiva neoconservadora, que se acompañó de los procesos de neoliberalización iniciados a escala mundial en la década de 1970, acentuados tras del derrumbe del “socialismo real” en la Unión Soviética y Europa Oriental. En Nuestra América, particularmente en los países del sur de continente, se surtieron procesos de alistamiento violento por cuenta, primero, de los regímenes dictatoriales impuestos en los años setenta, y luego, de los programas de ajuste económico derivados de la “crisis de la deuda” en los años de 1980.

Tales acumulados produjeron transformaciones significativas en la formación socioeconómica de la región, que en su dimensión más general se expresaron en los siguientes sentidos:

1. Se habilitaron las condiciones para la instalación definitiva de un régimen de acumulación de financiarización, que al tiempo que debilitó las modalidades de acumulación basadas en el despliegue del aparato productivo industrial y agrícola, provocó un nuevo tipo de inserción en la economía capitalista mundial con creciente sustento en la transnacionalización y desnacionalización de las economías. Desde finales de la década de 1990, se asistió además al fortalecimiento de procesos de reprimarización de nuevo tipo, con base en economías de extracción de los recursos naturales, inmersas también en las lógicas de acumulación por financiarización, que acentúan las relaciones de dependencia frente a las tendencias del capitalismo global, incluida la crisis.
2. Se produjo la emergencia de regímenes políticos de “democracia gobernable”, los cuales –tras el alistamiento violento por cuenta de regímenes dictatoriales o autoritarios– remozaron la organización democrática del poder y la dominación, complementando la representación con formas de participación política subordinada. En ese marco, por cuenta de reformas políticas, se asistió a rediseños de los regímenes de democracia electoral orientados al reforzamiento de la alternancia en los gobiernos y a la neutralización de proyectos políticos alternativos que pudieran constituirse en potenciales amenazas. La introducción en los sistemas electorales de la “segunda vuelta”, ha tenido como una de sus consecuencias la irrupción del “centro”, el cual propicia el ablandamiento de los programas políticos a fin de concitar mayores respaldos electorales y propiciar gobiernos de amplia coalición. Además de constituirse lugares comunes difusos y de indiferenciación entre derecha e izquierda, se fueron generando procesos de disciplinamiento sistémico de sectores de la izquierda a través de una definición de sus programas políticos “desde fuera”, que cedieron en sus discursos a lo que es considerado “políticamente correcto”, al predominio del pragmatismo sobre las elaboraciones programáticas, y al desdibujamiento de aspiraciones de

alcance estratégico. Aún bajo esas condiciones, no se ha concedido en las prácticas fraudulentas de reproducción del sistema político y de representación.

3. Se construyó una hegemonía de carácter sociocultural. Probablemente en ese aspecto se encuentra uno de los principales haberes de la neoliberalización en la región. Además de instalarse los discursos de la meritocracia, la competencia y la individualización, en las nuevas generaciones se sentaron las bases de la “cultura del emprendimiento” y del “empresariado de sí mismo” (en oposición al trabajo), y se fue abriendo el espacio para una nueva entronización y naturalización de la segregación, el racismo, la xenofobia, en general del “fascismo social”, con arraigo en sectores medios y empobrecidos de la población.

La relativa homogenización regional de la dominación de clase alcanzada al promediar la década de 1990 llevó incluso a considerar la posibilidad de un orden supranacional del libre mercado, como el que representó el proyecto de Área de Libre Comercio de las Américas (ALCA), con el que se pretendía materializar por la vía constitucional y legal, el legado monroísta de la doctrina imperialista.

Empero, el cierre aparentemente hermético de la dominación poseía en todo caso las fugas propias del orden social al que le son inherentes el conflicto y la contradicción, las luchas sociales y de clase. Al tiempo que el capitalismo neoliberal florecía en la región, se estaban desplegando también, en muchos casos no siempre de manera perceptible, los acumulados de indignación, resistencia y organización, que habrían de conducir a los cambios políticos advertidos desde la llegada de Hugo Chávez al gobierno de Venezuela en febrero de 1999. En ninguna de las trayectorias políticas nacionales de la década subsiguiente se trató hechos contingentes. Siempre es preciso recordar que los mismos factores que describen la trayectoria de la reproducción de la dominación capitalista en sus diversos ámbitos, contienen también las dinámicas y fuerzas en sentido contrario, incluida la tendencia a la crisis.

No es propósito de este texto aproximar un análisis de los cambios políticos democráticos y populares, ocurridos en Nuestra América durante las últimas dos décadas; tampoco hacer un balance acerca de sus alcances. En perspectiva histórica, es evidente que se produjo un quiebre en la tendencia predominante de la dominación capitalista; así como una afectación significativa de la hegemonía imperialista. En menos de una década se asistió a una modificación de la correlación social y política de fuerzas, vista tanto en perspectiva regional, como desde las trayectorias nacionales en un importante grupo de países, particularmente en América del Sur.

Igualmente se habilitaron nuevas condiciones para las luchas, que se acompañaron de un reverdecimiento del pensamiento emancipador, el cual recuperó la crítica de la economía política y produjo la reinstalación de categorías de análisis que se daban por obsoletas (capitalismo, imperialismo, lucha de clases, socialismo, comunismo...), así como su enriquecimiento con perspectivas culturales, feministas, socioambientales y de los pueblos originarios, entre otros. La posibilidad de construir sociedades alternativas al capitalismo, orientadas a la superación del modo predominante de producción y consumo, retornó al centro de las preocupaciones en sociedades que desplegaron mayores niveles de politización, extendida a muy amplios sectores de la población, que produjeron y obtuvieron mayor poder y capacidad organizativa.

En esa dimensión cultural se encuentran probablemente los mayores logros del campo democrático-popular durante las últimas décadas, sin dejar de lado desde luego el mejoramiento de las condiciones de vida de las pobrerías y en general de las gentes del común, por cuenta del impacto de políticas sociales que tuvieron como sustento la redistribución progresiva del excedente económico, particularmente en aquellos países en los que se produjo la reapropiación estatal de bienes comunes naturales (minero-energéticos).

Al mismo tiempo, no obstante, debe reafirmarse que la férrea oposición de derecha a los gobiernos democrático-populares, con dimensiones e intensidades desiguales, se ha expresado en el logro

niveles variados de articulación de sus proyectos políticos, utilizando con habilidad los conflictos surgidos en el campo popular. Las estrategias de la derecha no pueden comprenderse simplemente como una simple exterioridad, sino que también se explican por los errores, inconsistencias e incoherencias que se han advertido en el ejercicio del poder y en la conducción política del proceso económico, allí donde sectores democráticos, progresistas y de izquierda accedieron a la posición de gobierno y han pretendido una redefinición de las relaciones de poder.

En el presente histórico de Nuestra América es posible predicar, entre tanto, sobre un carácter transnacional de la estrategia de la derecha, que basándose en la elaboración de líneas programáticas comunes, posee contenidos ajustados a las realidades políticas nacionales. Tal estrategia es de carácter integral y se desenvuelve en los ámbitos político, económico, social y cultural. Aunque resulte más que evidente es preciso señalar los siguientes principales propósitos a) contribuir a la redefinición a su favor del campo de fuerzas en la región y dentro del respectivo país; b) consolidar las posiciones de gobierno, donde se es gobierno; c) ejercer oposición extrema donde no se está en el gobierno y se aspira a llegar a él; d) propiciar una reconfiguración geopolítica a su favor, lo cual incluye el desmonte de la institucionalidad con alcances contrahegemónicos, construida en las décadas previas (ALBA, CELAC), y, en su lugar, fortalecer las instituciones de la integración neoliberal y de coordinación política y militar subordinadas a los Estados Unidos (rescate de la OEA, creación de PROSUR, reactivación del TIAR, ente otros).

En el campo político, a partir de la asunción de la crisis como rasgo predominante del estado de cosas existente, la derecha se auto-define como alternativa a ella. Su discurso se sustenta en el ataque a los demás partidos burgueses, que son definidos como los causantes de la inestabilidad de la dominación de clase, por sus posturas liberales y ambivalentes, por su incapacidad, y por hacer concesiones indebidas, que no serían más que muestra de debilidad. Aunque se afirma el respeto por las reglas de la democracia liberal, a esta se le

endilga la apertura de espacios innecesarios para la reforma, y la siembra del desorden y la inseguridad, argumento que le permite construir relatos para justificar su quebrantamiento y la tendencia al autoritarismo.

La crítica al orden vigente la realiza “desde fuera”, como si se tratase de una fuerza ajena a él. En ese marco, a pesar de ser corrupta, incluye las banderas de la lucha contra la corrupción dentro de sus principales cometidos, y logra proyectarse respetuosa de la legalidad y de la moralidad pública. La elaboración de su discurso ideológico-político y de cada uno de los contenidos que lo conforman, es contraria a la improvisación; se sustenta en el uso de algoritmos, como herramienta que le permite predicar acerca de lo que la gente quiere oír y lo que se considera que la gente debe oír, ofreciendo soluciones simples, directas y efectistas. Es notoria la apropiación de aspectos del discurso de la izquierda, desde luego resignificándolos y dotándolos con otros contenidos, lo cual la hace aparecer como un proyecto sintonizado con las cuestiones del presente, así se trate, como en efecto es, de una simulación. Se está en presencia de la cuidadosa elaboración de una política del sentido común, así se fundamente hasta en exabruptos para el intelecto, en todo caso normalmente calculados.

En la formulación de su repertorio político la permanente (re) invención del enemigo ocupa un lugar central. La contienda política llevada al antagonismo más extremo y la irracionalidad, pero construido conscientemente, representa otro de sus haberes. Eso le permite sostener la iniciativa política en forma permanente, y poner a los sectores democráticos, progresistas y de izquierda en continua posición defensiva y de respuesta, que –por su pretensión usualmente más ilustrada– resulta más compleja y de difícil comprensión para el común de las gentes.

Tras esa construcción permanente del enemigo se encuentra un aspecto nodal de los proyectos políticos de la derecha en la actualidad, que devela su verdadero e inequívoco fin último: la preservación del régimen de dominación de clase, edificado dentro de lo posible

sobre la dominación consentida, deseada. Por ello, la continua exaltación del desorden y exacerbación del miedo se acompañan de la también continúa producción del deseo por el orden y la seguridad. Y no solo del deseo, igualmente por la tendencia a la construcción de órdenes normativos y materiales de carácter autoritario, incorporados incluso en la constitución y la ley, y dotados por tanto del don de la legitimidad y de la legalidad; los cuales no desestiman en absoluto el ejercicio estructural de la violencia y el uso de las vías de hecho cuando se estima necesario. De ahí que no es exagerado afirmar que los proyectos de la derecha hoy no excluyen la amenaza del fascismo en cuanto régimen de estabilización de la dominación de clase en condiciones que se consideren de extrema amenaza contra el régimen imperante.

En las estrategias políticas de la derecha hay en el presente de Nuestra América un enemigo mayor de alcance sistémico que ha venido siendo construido meticulosamente, el “castrochavismo”. Se trata de una versión actualizada del “enemigo comunista” de los años de la Guerra Fría. La invención de ese enemigo hace parte del propósito sistemático de combate y desprestigio a los gobiernos progresistas y de todo proyecto político que se perfile con posibilidad de disputar el campo político. La imagen proyectada del “castrochavismo” es la de un régimen antidemocrático, autoritario, populista, corrupto, de macroeconomía irresponsable, de empobrecimiento de las capas medias y escasez para los pobres, y de privilegios y enriquecimiento de burocracias enquistadas en el poder, que se habría establecido en la continuidad de la Revolución Cubana y del gobierno bolivariano de Venezuela, pero que acecha a lo largo y ancho de la región.

Ese enemigo mayor es acompañado de un amplio espectro de enemigos complementarios, con los más variados alcances. Sirve de sustento para la renovación de la fracasada “guerra contra las drogas”, en la medida en que también es identificado como narcotraficante. Y es portador además de los nuevos males que afectarían las sociedades latinoamericanas como la llamada ideología de género, o el ambientalismo resistente al desarrollo y el progreso, entre otros.

En los propósitos de siembra del miedo y la inseguridad se encuentra igualmente la creciente criminalización de la pobreza y de la migración, especialmente venezolana.

Todos esos males, los de alcance sistémico, pero también los que afectan la vida cotidiana, constituyen los fundamentos para la formulación de políticas de restablecimiento del orden y la seguridad, para la justificación de las acciones represivas del Estado y la creciente militarización de la sociedad como ejes ineludibles del control social. Y al mismo tiempo, para buscar la desestructuración de los movimientos y las fuerzas de oposición, así como para enfrentar las resistencias y luchas sociales, que normalmente son calificadas con la impronta de la “amenaza terrorista”.

Tras esa concepción militarista de la regulación del conflicto social y de clase, se encuentra el propósito de la organización del poder y la dominación bajos los preceptos de “estados de excepcionalidad permanente”, que buscan ser incorporados como tales en los ordenamientos jurídicos. Se trata, en ese sentido, de la elaboración de un concepto más refinado de la guerra, extendida ahora a todos los campos de la vida política y social, por considerarse que justamente en ellos se expresan las nuevas modalidades de la insurgencia, es decir, las amenazas contra el orden de seguridad establecido o a establecer.

Los teóricos de la guerra han enfatizado en su carácter no convencional, preventivo, difuso, corrosivo del tejido social y destructivo de procesos organizativos, y en el alistamiento concomitante de las fuerzas militares y de policía del Estado, de la inteligencia humana y tecnológica, a través de estructuras flexibles, de grupos especiales, de unidades formadas para la contención de la protesta y movilización social, para el combate callejero y el control mediante ocupación militar de territorios urbanos y rurales. Lo cual incluye la articulación y coordinación con aparatos privados de carácter paramilitar para ejercer justicia y violencia política, que no descarta el asesinato de opositores y de hombres y mujeres con variados niveles de liderazgo.

Entre tanto, por otra parte, en consonancia con esa redefinición de la guerra, puede afirmarse que se ha asistido a la conformación de

un nuevo sector de la actividad económica, que trasciende el sector tradicional de la seguridad y la defensa. Se han conformado complejos militares económicos para la seguridad, que además de dar cuenta de intersecciones entre altos mandos militares y de policía con el empresariado privado local y transnacional, constituyen un nuevo poder fáctico para la preservación del orden establecido.

La institucionalización y normalización de la violencia y la represión como parte de la vida cotidiana, conforman una línea muy delgada que sirve de justificación para el exterminio del enemigo, sea cual fuere su manifestación. Además de la legitimación de prácticas fascistas, se trata también de su entronización cultural.

La centralidad de las políticas del orden y la seguridad, instaladas en un imaginario social que hace del miedo y la inseguridad sus principales preocupaciones, posibilita distraer la atención sobre los problemas que aquejan las condiciones de vida y trabajo de las grandes mayorías.

Las estrategias de derecha descansan en la actualidad sobre estructuras complejas de organización, que superan el ámbito nacional y adquieren dimensiones transnacionales. Tales estructuras, aunque no responden necesariamente a centros de coordinación centralizada, funcionan y se encuentran en torno a propósitos comunes y a una cuidadosa división del trabajo. El soporte doctrinario es suministrado a través de centros de pensamiento con ideologías neoconservadoras y neoliberales, desde los cuales se diseñan estrategias y tácticas para la acción política, se internacionalizan las “experiencias exitosas”, se formulan y actualizan los lineamientos de política económica. En ese aspecto, se puede predicar de la emergencia de un “internacionalismo de derecha”, que ha sabido apropiarse también de repertorios desarrollados históricamente por la izquierda.

A los partidos de derecha, que comprenden un amplio abanico de opciones políticas desde el llamado centro político hasta la extrema derecha, se le suman la mayoría de las iglesias pentecostales (devenidas en movimientos políticos), las cuales además de identidades ideológicas propias de los discursos de derecha, construidas con base

en la defensa de la tradición, la familia, propiedad y particulares entendimientos de la moral, propagan una “teología de la prosperidad y del emprendimiento” de plena afinidad con la ideología neoliberal. Las iglesias pentecostales han merecido la mayor atención en las estrategias de la derecha. Por su cuenta ha sido posible llegar a los sectores más pobres de la población, extender los alcances de la hegemonía cultural que se busca imponer, y construir una más amplia base social. Resulta además útil para para la siembra de estructuras fanáticas del pensamiento y la acción política y constituye caldo de cultivo para el caudillismo, el extremismo, y la entronización del “fascismo cultural”. Resulta paradójico que la criminalización de los pobres, inherente a los proyectos de derecha, cuente con el respaldo de sectores significativos de los propios pobres.

Por otra parte, en los casos en los que la derecha es gobierno, su estrategia se orienta a la consolidación de sus posiciones; cuando le es posible busca subvertir el orden normativo existente valiéndose de las opciones que le brinda el procedimiento democrático-liberal, justamente para que su política aparezca como aspiración democrática. Cuando no, recurre al estado de excepción, a la represión y la violencia extrema.

En la disputa por el poder ha demostrado repertorios variados que comprenden, como ya se dijo, el uso de los espacios institucionales. Los llamados golpes blandos han sido un recurso probado con éxito. A pesar de no ser novedosos en la historia política de la región, se convirtieron en el último período en una de las modalidades de acceso al poder por la (aparentemente) vía institucional. Lo mismo se puede afirmar de la “guerra jurídica”. Pese a que tampoco se trata de un recurso nuevo, pues el derecho siempre fue utilizado contra la oposición y la izquierda, en el presente de la región se ha convertido en factor indiscutible para desprestigiar, juzgar y condenar liderazgos políticos o para –de manera preventiva– impedir que estos puedan acceder a la posición de gobierno.

En el abanico de repertorios que hoy exhibe la derecha también se encuentra la movilización social, la escenificación de la política en

la calle, el despliegue de dispositivos para provocar el saqueo o la sedición, dentro de los cuales se encuentran la acción directa a través de bandas armadas y actividades de carácter terrorista.

En todos los casos se ha demostrado que se trata de repertorios que se encuentran articulados con la estrategia del imperialismo de los Estados Unidos para recuperar sus afectadas posiciones hegemónicas en la región. La sujeción de los proyectos de la derecha a la injerencia estadounidense es más que evidente. Entre tanto, ni siquiera disimula los llamados a la intervención directa, como se ha expresado en la política orquestada en los numerosos intentos (fallidos) de derrocamiento del gobierno bolivariano de Venezuela. La política imperial de “dominación de espectro completo” no es solamente una política de intervención proveniente “desde fuera”; en el presente es invocada –sin recato alguno y con descaro explícito– “desde dentro”. No obstante, debe afirmarse que la derecha ha elaborado su propio discurso contra la injerencia extranjera, que es comprendida de naturaleza “castrochavista”, como lo muestra su explicación del levantamiento indígena y popular contra el “paquetazo” pactado por el gobierno derechista de Lenin Moreno con el Fondo Monetario Internacional.

La invocación del intervencionismo por parte de la derecha es un complemento de la estrategia intervencionista estadounidense en Nuestra América, que –como ya se afirmó– posee propósitos de “dominación de espectro completo”, en cuanto conjuga aspectos militares, políticos, económicos, tecnológicos, sociales y culturales, y alcances de preservación sistémica. La presencia militar, a través de la “ayuda militar” y la instalación de bases militares (recientemente con disposiciones más flexibles) está diseñada para garantizar un control territorial que posibilite el acceso a recursos naturales estratégicos, pero también para operaciones quirúrgicas, de intervención directa contrainsurgente, o con funciones de disuasión, que dan sustento además al control político. Tarea que se facilita por la presencia de gobiernos en los que la atención a los principios de la soberanía y la autodeterminación no hacen parte de su agenda política. En

el mismo sentido, deben considerarse los componentes económicos y tecnológicos, con los cuales, junto con el reforzamiento del modelo económico neoliberal, se pretende un control de largo plazo sobre la organización y las disposiciones del proceso económico en su conjunto, reforzando las condiciones generales de la dependencia. Por cuenta del financiamiento de programas sociales a través de numerosas agencias, en cuya cabeza se encuentra la USAID, así como de actividades propias del campo cultural, se fortalecen las operaciones de inteligencia humana y sobre todo la construcción de hegemonía.

El intervencionismo refuerza el concepto de “patio trasero” y está diseñado para neutralizar relaciones multilaterales, particularmente con China y Rusia, que se consideran amenaza frente a los propósitos geopolíticos. Con el gobierno de Trump se ha asistido a una intensificación del intervencionismo, que comprende el desconocimiento de facto de principios del orden del derecho internacional, apelando de manera reiterada al discurso antiterrorista y de amenaza a la “seguridad nacional”. Asimismo, se ha acentuado la política de “cierre de fronteras” para el control migratorio, con notorios rasgos racistas.

Dentro de las estrategias de la derecha se advierte, por otra parte, el despliegue de una acción comunicativa sin precedentes. Ha sabido hacer de las nuevas tecnologías de la producción y de la comunicación uno de sus estandartes para la construcción de hegemonía cultural. La aplicación de algoritmos, la creciente conectividad de la sociedad y uso de los medios individuales y masivos de comunicación le ha permitido establecer una relación directa y sin mediación de organizaciones, partidos o movimientos, con los más amplios sectores de la población, en términos que representan sus preocupaciones y sentires cotidianos. A ello se adiciona la fabricación y difusión de noticias falsas y mentiras, cuidadosamente elaboradas en función de los propósitos del proyecto político. El efecto concreto ha sido la instalación de un entendimiento (desfigurado) de la política que evoca el resentimiento, el odio, la pasión, que promueve el fanatismo y alienta en forma adicional el “fascismo cultural”.

Las estrategias de la derecha cuentan en la actualidad con bases sociales más consistentes, que han hecho de sus proyectos también proyectos de masas. A la ya señalada extensión a los sectores más pobres de la población, se le adiciona la influencia en sectores medios de la población, con marcada tendencia a la asunción de posiciones conservadoras. También en estos sectores se ha logrado entronizar el discurso de la inseguridad; en este caso, comprendida principalmente como la pérdida de la posición social adquirida por el (supuesto) efecto de políticas de expropiación y de redistribución empobrecedora del ingreso y las condiciones de vida que propiciarían los proyectos de izquierda. Esas bases sociales son articuladas al poder latifundista, allí donde la cuestión de la concentración de la propiedad sobre la tierra continúa irresuelta, o a los agronegocios y a las economías de extracción minero-energética, así como a los sectores más reaccionarios de los grupos corporativos locales, insertos en los procesos de financiarización transnacional. El capital extranjero se orienta más bien por posturas pragmáticas; se adapta con facilidad a las condiciones que le garanticen elevadas tasas de ganancia, sea en gobiernos de centro, o denominados de centroizquierda, pero actúa explícitamente cuando estima que sus intereses se pueden ver afectados.

En el campo de la economía, las estrategias de la derecha son explícitas a favor de la extensión y profundización de los procesos de neoliberalización y de una inserción subordinada en los procesos globales de la acumulación de capital. Se sustentan en políticas que acentúan la transnacionalización y desnacionalización de las economías, por cuenta del estímulo a la reprimarización financierizada a través de actividades de extracción minero-energética y de los agronegocios; de flujos de capitales y de mercancías sin mayores restricciones; de la incorporación de economías ilegales, especialmente de la industria corporativa transnacional de narcotráfico; del florecimiento de actividades de servicios (comunicaciones, comercio, hotelería, restaurantes, turismo, seguridad, economías del cuidado, entre otras); así como del continuo debilitamiento de los aparatos

productivos industrial y agrícola (especialmente de la producción de alimentos). Asimismo, se trata de políticas que despliegan al límite el endeudamiento del Estado y de los hogares a través de créditos hipotecarios, de consumo, y de los seguros. Además de acrecentar el lucro de los grupos corporativos transnacionales, logran extender el dominio financiero a la vida cotidiana, en cuanto el endeudamiento deviene en dispositivo de control social.

La política económica se rige por los preceptos –entre tanto incorporados en la normatividad– de la estabilización macroeconómica, es decir, de la sostenibilidad fiscal (léase, ajuste fiscal selectivo permanente) y el control inflacionario, con lo cual se busca atender los mandatos de las agencias calificadoras de riesgo y de los organismos multilaterales, particularmente del Fondo Monetario Internacional a fin de garantizar el pago de la deuda pública y reproducir la financiación endeudadora.

Contrario a las tesis sobre el debilitamiento del Estado, se advierte un fuerte intervencionismo estatal que da cuenta de un reencauzamiento de sus funciones hacia la protección por diversas vías de los “derechos” de propiedad privada; la organización de los mercados y de la competencia, del consentimiento y auspicio del despojo de bienes comunes, así como la creación de nuevos mercados por la extensión de las lógicas privatizadoras y de mercantilización a nuevos campos de la vida social; y la promoción de la integración neoliberal. La sustracción del Estado de la actividad económica directa se acompaña del fortalecimiento de las nuevas disposiciones que demanda la tendencia general de la acumulación. En ese aspecto, es apreciable también la persistencia de políticas de flexibilización laboral y de precarización del trabajo, que afectan sobre todo a las mujeres y a las nuevas generaciones. En igual sentido, se aprecia la sujeción del aseguramiento social (en salud y pensiones) a los procesos de financiarización. El deterioro del “colchón social” aún existente en sectores medios de la población en camino del empobrecimiento, así como la pobreza y miseria existentes, han buscado

ser contrarrestados mediante políticas sociales focalizadas y a través subsidios condicionados.

En ese marco, la promoción del “empresariado de sí mismo” y el “emprendimiento” se han erigido en políticas centrales de las estrategias de derecha. Además de producir una exculpación de las causas sistémicas, en cuanto se afirma que los destinos se labran individualmente y por “libre iniciativa”, conforman un factor cuantitativamente esencial en la generación de empleo y la generación de ingresos. Se asiste a una normalización de la informalidad y la precarización de la existencia, así como a una naturalización de las profundas desigualdades socioeconómicas. Todo ello logra ser matizado por el acceso a mercaderías y baratijas de consumo, en su mayoría importadas.

Allí donde la derecha recuperó las posiciones de gobierno y recobró su poder, se han emprendido procesos de reversión de los avances democráticos y de las conquistadas sociales avanzadas. Se ha producido incluso el retorno de los programas de ajuste económico a través de los pactos realizados con el Fondo Monetario Internacional.

La integralidad de las estrategias de la derecha que se ha tratado de exponer en este texto se complementa con la agresividad. El discurso y las prácticas se valen de la pretensión de arrasar. Se trata de una máquina de demolición de todo aquello que se le pueda o pretenda interponer; que aparezca como obstáculo. Y en ese propósito no se escatima recurso o medio alguno. El proyecto político es, en ese sentido, maximalista. La magnificación de los propósitos es, desde esa perspectiva, calculada; si no se logra, cumple al menos la función del alistamiento, o del ablandamiento o disciplinamiento de sus contradictores, que pueden terminar reduciendo sus aspiraciones estratégicas y aceptando el dictado “desde fuera” de sus definiciones programáticas.

No obstante, por muy consistentes y agresivas que aparezcan las estrategias de la derecha, pueden ser una desiderata. En ninguno de los casos en los que la derecha gobierna en la actualidad se puede afirmar que se asiste a una estabilización de la dominación de clase

en el largo plazo. En ninguno de los casos en los que la derecha aspira a ser gobierno, se encuentra con un campo político despejado. Hasta dónde pueden llegar sus pretensiones, es una cuestión no resuelta, cuya respuesta se encuentra en la posibilidad y capacidad que se exhiba desde el otro lado del conflicto y del antagonismo, desde el lado del “movimiento real” de la clase trabajadora en sus múltiples y heterogéneas configuraciones.

El actual momento coyuntural y algunas pretensiones inmediatas de la derecha

En el contexto ya señalado de Nuestra América en disputa, en la presente coyuntura nos encontramos en un terreno en el que están en juego definiciones más gruesas, que a mi juicio han sido muy bien comprendidas en la estrategia de la (extrema) derecha transnacional (de Estados Unidos y de varios países de la región) y a las que le trabajan también sectores no extremistas de las clases dominantes. Me refiero particularmente a las pretensiones de incidir sobre la situación de Cuba, Venezuela y Bolivia, con trayectorias y experiencias históricas no comparables, pero representativas de expresiones bien sea de propósitos de construcción de una sociedad alternativa al capitalismo (Cuba) o de reformas estructurales con diferente alcance antisistémico (Venezuela y Bolivia). Obviamente que esos casos, junto con otros que se presentaron en Nuestra América en el pasado reciente, exigen análisis complejos para hacer valoraciones adecuadas y comprender de mejor manera lo que ha venido y está ocurriendo. Empero, se pecaría de ingenuidad si tales análisis se redujeran al debate sobre “la democracia”, en su entendimiento liberal, que es al terreno adonde pretende ser llevada la discusión por los productores de opinión y sectores de la intelectualidad burguesa.

Lo que está en juego en lo inmediato en Cuba, Venezuela y Bolivia no es la “democracia”, sino la perspectiva futura de proyectos alternativos de sociedad en contextos de dominio mundial del régimen

del capital. En ese sentido, su alcance posee una dimensión sistémica. Precisamente las clases dominantes de la región trabajan de manera incesante en la coyuntura actual para que cualquier ideal o vestigio de anticapitalismo sea desprestigiado y superado, así sea de manera transitoria, pero seguramente por un período largo.

El imperialismo sigue sin aceptar que luego de su derrota en Playa Girón en 1961, Cuba haya logrado sobrevivir al derrumbe del “socialismo realmente existente” en la Unión Soviética y Europa Oriental, superar el “Período Especial”, sortear el más largo bloqueo conocido en la historia contra nación alguna y que, tras un reciente proceso constituyente con masiva participación social y ciudadana, cuente hoy con un orden social estable y adecuado a las difíciles circunstancias históricas. Tampoco puede admitir que en su mejor momento la “revolución bolivariana” haya afectado la geopolítica regional como logró hacerlo, ejercido soberanía en general y sobre su recurso petrolero en particular; ni que en medio del mayor asedio actual subsista un gobierno adverso a sus intereses (así haya múltiples y válidas críticas frente a él). O que los pueblos originarios en Bolivia se dieran a la tarea de construir un Estado soberano plurinacional, reivindicar su soberanía y edificar una economía plural propia, incluso con las críticas que se hacen a los gobiernos de Evo Morales.

En suma, no es admisible que procesos, pueblos, movimientos y partidos hayan puesto y puedan poner en cuestión la dominación capitalista e imperialista. Y por eso merecen castigo, estigmatización, injerencia e intervención militar, si fuere necesario. Todo ello con el concurso de poderosas fuerzas políticas, económicas y sociales que han sabido articular un proyecto político de derecha de alcance transnacional, en que resultaría ideal que fuesen fuerzas internas las que prendiesen la mecha de la inflexión política regresiva para activar a plenitud el internacionalismo del capital. De ahí que se promuevan organizaciones locales, presidentes interinos y se activen estrategias mediáticas orquestadas y sin parangón, entre otros; como se pudo apreciar al caracterizar los rasgos de las estrategias de derecha en la región.

Si inicialmente los mayores esfuerzos del imperialismo y la derecha transnacional se han concentrado en el propósito fallido de derrocamiento del gobierno de Maduro para restablecer la “democracia”, sea promoviendo fallidos focos insurreccionales, o fabricando el “gobierno interino” de Guaidó, o presionando al aislamiento internacional, o acentuando el bloqueo económico para forzar una “intervención humanitaria”, o considerando una contemplada intervención militar estadounidense “complementaria” al accionar de grupos paramilitares organizados y entrenados en territorio fronterizo colombiano, entre tanto se ha puesto en evidencia que dicha estrategia de acciones combinadas se ha extendido a Cuba, con sus componentes singulares, partiendo de la falsa premisa de que el derribo de Venezuela, o en su defecto el establecimiento de un “gobierno democrático”, conduciría a una caída precipitada de la economía cubana como consecuencia de la presunta dependencia de esta frente a la de Venezuela (particularmente en lo referido al abastecimiento de petróleo).

Hoy parece existir en el gobierno de los Estados Unidos la convicción de que, si se profundizara aún más la fracasada política de bloqueo a Cuba, esta podría generar –ahora sí– efectos desestabilizadores que derivarían en el descontento de la población y en el socavamiento de la legitimidad del gobierno para llevarlo a un ablandamiento de sus posturas, y forzar así una “transición democrática”. A las medidas tomadas por Trump, que interrumpieron la precaria normalización de las relaciones cubano-estadounidenses durante el gobierno de Obama, se agrega ahora el mayor endurecimiento de la política imperial, anunciado el pasado 17 de abril de 2019 por el Secretario de Estado, Mike Pompeo, con la activación del capítulo III de la Ley Helms Burton, que permite la presentación de demandas judiciales contra entidades cubanas y extranjeras fuera de la jurisdicción estadounidense; medida dirigida a impedir el acceso de Cuba a inversión extranjera y en general a los flujos de capital, y con ello a la mayor afectación de la actividad económica, con sus consabidos impactos sociales.

Desde luego que no se puede desconocer el impacto del infame bloqueo contra Cuba, que en marzo de 2018 se estimaba en 933.678 millones de dólares contabilizados desde 1962. Pero de ahí a considerar que por tal razón se asistirá al derrumbe de la economía y de la sociedad cubanas, es pensar con el desatino y la soberbia que han acompañado la agresiva política imperial por décadas, además de desconocer el lugar del antimperialismo y de la dignidad en la cultura política cubana, por lo menos desde los tiempos de Martí. Sin dejar de lado aspectos propios de la geopolítica mundial, que no solo ponen en cuestión la pretensión de aplicación extraterritorial de leyes estadounidenses al chocar, por ejemplo, con los intereses de la Unión Europea y Canadá, sino con la presencia de otros países, como China y Rusia.

Con el golpe “cívico-militar” contra Evo Morales, se registra un avance de las fuerzas de derecha en su pretensión de producir una reconfiguración geopolítica de la región a su favor. Este golpe, además de sustentarse en una franca actividad intervencionista del imperialismo estadounidense y un agresivo y violento despliegue de las estrategias de la derecha, también bebió del descontento de sectores del campo popular y del propio movimiento indígena boliviano frente al gobierno de Morales; lo cual fue hábilmente instrumentalizado por sus gestores. En todo caso, no se puede afirmar que se trata de una situación plenamente consolidada, pues se está pendiente de la realización de nuevas elecciones en mayo de 2020.

En la actual coyuntura, es preciso llamar la atención sobre una articulación perversa de la crítica situación del proceso de paz en Colombia con las pretensiones de la derecha transnacional. En efecto, es comprobable el propósito de presentar de manera sistemática a Cuba y Venezuela, sin cuyo concurso hubiera sido imposible pensar el Acuerdo de paz con la guerrilla de las FARC-EP, como países amigos y auspiciadores del terrorismo, promoviendo además su condena en instancias internacionales, especialmente en la ONU. Lo cual termina enlazándose con la infamia del bloqueo estadounidense contra

Cuba, y con las sanciones que acentúan la muy compleja situación de Venezuela.

El presunto compromiso del gobierno de Iván Duque con la implementación del Acuerdo de paz resulta un contrasentido cuando al mismo tiempo se propician acciones que amenazan la paz regional, como las relacionadas con la activación del Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca (TIAR); en esta ocasión con un evidente destinatario: la República Bolivariana de Venezuela. No debe quedar duda acerca de que la derecha transnacional y el gobierno de Trump encuentran en el actual gobierno de Colombia un soporte para la preparación y habilitación de condiciones que justifiquen una acción militar contra Venezuela.

Por otra parte, por cuenta del desconocimiento de protocolos regulatorios de procesos de diálogos y negociación, como los pactados con el ELN para eventos de ruptura, se afectan severamente las condiciones futuras de la mediación internacional en la búsqueda de la solución política con las expresiones de la rebelión armada aún existentes en Colombia. Ese franco desconocimiento del derecho internacional, además de una acción inamistosa contra Cuba, que de buena fe y por petición expresa del Estado colombiano ha prestado sus mejores oficios para contribuir a la paz, da cuenta de una intencionalidad perversa de comprometer al hermano país en un conflicto diplomático. En ese sentido, es evidente el propósito de instrumentalizar de manera torcida la búsqueda de paz en Colombia, en función de los intereses geopolíticos del imperialismo estadounidense.

Qué tan posibles son las pretensiones de la derecha transnacional en el presente político de Nuestra América. Se trata de una cuestión de difícil respuesta. No hay “futurológica” que valga. Estamos frente a un campo de opciones abiertas, de disputa intensa por el destino de la región, de realinderamientos complejos de las fuerzas políticas y sociales. Nos corresponde acertar en la lectura del momento, lo cual pasa por identificar la problemática principal cuando del análisis geopolítico regional se trata. Y eso incluye comprender que las mayores reservas del campo democrático, popular y revolucionario, se

encuentran hoy en Cuba, Venezuela y Bolivia, desde luego sin desconocer el potencial de resistencia y transformación que hay en el “movimiento real” de los de abajo en todos los países de la región, y en las múltiples expresiones progresistas que disputan la escena política o que hoy constituyen gobierno.

En ese marco, deben admitirse las debilidades de las izquierdas, derivadas, además de su propia condición y fuerza, de debates teóricos (históricos y del presente) no resueltos, bien sea porque se evaden, o porque se ha cedido al pragmatismo y al posibilismo. En cualquier circunstancia, debe aceptarse que hay ausencia de definición de un horizonte estratégico y que las válidas preocupaciones del presente han conducido a una especie de entrampamiento de la acción política que no logra articular la política en la cotidianidad con la perspectiva de avanzar hacia la construcción de un nuevo poder. Se trata finalmente de avanzar en la búsqueda de caminos frente a irresuelta y vigente cuestión de la relación entre democracia, reforma y revolución.

¿(Des)globalización & (anti)neoliberalismo?

El gobierno Trump y el capitalismo en el siglo XXI*

José Francisco Puello-Socarrás**

Y del mismo modo que no podemos juzgar a un individuo por lo que él piensa de sí, no podemos juzgar tampoco a estas épocas de transformación por su conciencia, sino que, por el contrario, hay que explicarse esta conciencia por las contradicciones de la vida material, por el conflicto existente entre las fuerzas productivas sociales y las relaciones de producción.

Carlos Marx. 1859. *Prólogo a la Contribución a la crítica de la Economía Política*

El (des)gobierno Trump, la (des)globalización, el (anti)neoliberalismo. Preliminares

Desde el triunfo electoral de Donald Trump se popularizaron distintas hipótesis sobre el supuesto perfil “antineoliberal” y “antiglobalización” del entrante presidente de los Estados Unidos¹.

* Ponencia presentada en el marco del Seminario Internacional Pensar Nuestra América: “¿Nuevas derechas o lo ‘nuevo’ en la derecha?” realizado por la Maestría de Estudios Políticos Latinoamericanos (MAEPLA) de la Universidad Nacional de Colombia durante los días 7 y 8 de mayo de 2019.

**Docente de carrera en la Escuela Superior de Administración Pública.

¹ Evitamos aquí desarrollar el carácter “populista” del gobierno Trump, el cual también aparece como otra de las hipótesis recurridas, al lado del “antineolibera-

La especulación producida por varios analistas sobre estas etiquetas, rápidamente atribuidas al mandatario estadounidense una vez conocidos los resultados de la elección, pretendieron anticipar cuáles serían las definiciones del gobierno –en ese momento– entrante.

En materia de políticas económicas internas, el antineoliberalismo fue invocado como una de las improntas determinantes de Trump.

En cuestiones relativas al Comercio Internacional, tópico en el cual Trump se habría mostrado crítico, incluso despectivo durante la campaña hacia la presidencia, los vaticinios preveían giros que definitivamente –se proponía– afectarían la globalización, proceso que los Estados Unidos comanda, al menos, desde la mitad del siglo XX.

Mientras este tipo de ideas seguían recargando los análisis esperando la posesión presidencial de Trump, los pronósticos asociados sobre las líneas económicas –en ese momento– por venir, paulatinamente se insuflaban.

En primer lugar, de manera prematura, se le adjudicó al presidente electo una suerte de “proteccionismo”. Este rasgo presuntamente caracterizaría al pensamiento y acciones económicos de la administración Trump.

En consonancia con lo anterior, en segundo lugar, se presagiaba el inminente “cierre” o “fin de ciclo” en la orientación económico-política neoliberal de los Estados Unidos (por ejemplo, Boron, 2016).

Las euforias provocadas por estos análisis llegaron hasta el punto de profetizar una futura nueva fase de “desglobalización”, en la cual

lismo desglobalizador”, todas ellas suposiciones sin respaldo verosímil alguno y, como veremos, por completo falseables. Al respecto, comenta Waldman (2017): “[...] con el fin de enfrentarse a esa estructura de poder global, Trump va contratando a un grupo de multimillonarios y magnates de Wall Street, recortando impuestos a las grandes empresas y los ricos, achicando la vigilancia regulatoria sobre Wall Street y ofreciendo un plan de infraestructuras que consiste principalmente en exenciones fiscales a las grandes empresas con el fin de animarlas a construir proyectos para los que luego habremos de pagar peaje si queremos utilizarlos. Sin embargo, persiste el mito del Trump populista”.

la hierofanía más poderosa sería la victoria electoral de Trump (por ejemplo, Del Corro, 2016). Otros analistas arriesgaron lecturas aún más desventuradas, ininteligibles política y teóricamente hablando que ratificaban el “fin del neoliberalismo progresista” (Fraser, 2017)².

Después de dos años de registrar las trayectorias claves de la *Trumponomics* en acción –ya no desde los oráculos entusiastas– es necesario volver a discutir la validez de esos vaticinios y sus presupuestos. La ventaja ahora es que la gran mayoría de las conjeturas irrazonadas pueden validarse a partir de reflexiones que se respaldan en los desenlaces reales y en las trayectorias prácticas y concretas que este acontecimiento ha venido significando durante el transcurso de la nueva administración estadounidense.

Resulta preciso analizar entonces los detalles económicos y políticos que actualizan la crisis que se debate hoy en el capitalismo de época y que involucra a la nación que ha encarnado contemporáneamente los destinos y desatinos de la economía-mundo contemporánea.

El neoliberalismo, o como azarosa y eufemísticamente lo denomina gran parte del saber convencional, la globalización, ha sido la identidad característica de la economía política de los Estados Unidos, si bien con algunos matices, por lo menos, desde el temprano giro neoliberal durante los últimos años de la administración Carter (Stedman, 2018; Kotz, 2018; Shakow, Yates & Keshavjee, 2018) (¡hecho que ha sido descartado sistemáticamente por la absoluta mayoría de

² “[...] la victoria de Trump no es solamente una revuelta contra las finanzas globales. Lo que sus votantes rechazaron no fue el neoliberalismo sin más, sino el neoliberalismo progresista. Esto puede sonar como un oxímoron, pero se trata de un alineamiento, aunque perverso, muy real... el neoliberalismo progresista es una alianza de las corrientes principales de los nuevos movimientos sociales (feminismo, antirracismo, multiculturalismo y derechos de los LGBTQ), por un lado, y, por el otro, sectores de negocios de gama alta “simbólica” y sectores de servicios (Wall Street, Silicon Valley y Hollywood). En esta alianza, las fuerzas progresistas se han unido efectivamente con las fuerzas del capitalismo cognitivo, especialmente la financiarización” (Fraser, 2017).

los análisis sobre los orígenes del neoliberalismo!); luego, ratificado por los tiempos de la *reagonomics* en la década de 1980s; profundizado con la *Third way* de Bill Clinton durante el período finisecular y, más recientemente, con la *Obamanía* del nuevo milenio, gobiernos Bush padre e hijo, mediante.

El neoliberalismo, proyecto político de la clase transnacional globalizada, es la guía básica de las directrices políticas e ideológicas (por supuesto, determinante para las definiciones al nivel de las políticas públicas, incluyendo las militares), tanto a nivel doméstico como a internacional dentro del (nuevo) imperialismo contemporáneo que encabezan las clases dirigentes de los Estados Unidos³.

El itinerario de esta exposición inicia con las reflexiones que contextualizan la emergencia de las equivocadas caracterizaciones sobre el supuesto *proteccionismo desglobalizador* en la era Trump. Al omitir las situaciones concretas y los contextos específicos en los cuales originalmente operaron los ejes discursivos de la naciente *trumponomics* durante la campaña presidencial, las interpretaciones—generalmente, apresuradas—sobre ese acontecimiento provocaron graves distorsiones que, de ninguna manera, se condicen con la evolución (aún preliminar) registrada hasta hoy en las trayectorias de la economía política de los Estados Unidos en particular, o en las

³ Recientemente, Adam Posen, actual presidente del *Peterson Institute for International Economics*, el *think tank* más influyente del neoliberalismo a nivel global, ha sintetizado esta idea: “In the aftermath of World War II, the United States set about building a global, rules-based economic order. At the heart of that order, it put the liberal values of free trade and the rule of law. Over the next seven decades, the order, backed by U.S. power and bolstered by its growing legitimacy among other countries, prevented most economic [sic] disputes from escalating into mutually destructive trade wars, let alone military conflict. That allowed even the smallest and poorest countries to develop their social and economic potential without having to worry about predation by stronger neighbors. By taking much of the fear out of the global economy, the U.S.-led order allowed market decisions to be driven by business, not bullying” (Posen, 2018).

tendencias globales del neoliberalismo tardío en general, líneas que desarrollamos en la segunda sección.

Las particularidades de este debate son la excusa perfecta para continuar con la reflexión sobre controversias asociadas en un nivel de reflexión estructural. Puntualmente: los debates que hoy se generan en torno a la llamada “globalización”.

La última sección apunta así hacia una síntesis sobre varias claves teóricas, por un lado, respecto a la validez de preguntas e hipótesis en los análisis sobre acontecimientos de este tipo; y, por el otro, subrayando la verosimilitud con la cual se vienen construyendo escenarios prospectivos y pronósticos en el marco de las reconfiguraciones más recientes en el Capitalismo tardío, es decir, en la llamada hegemonía neoliberal durante el siglo XXI.

Ab origine, lo gaseoso se desvanecía en el aire: el proteccionismo como predicción fantasiosa

Desde un primer momento, las sobrestimaciones acerca del “proteccionismo” de Trump pasaron por alto que estas apreciaciones habían sido construidas bajo el manto de la provocación mediática, al calor de la campaña por la presidencia de los Estados Unidos.⁴

En este contexto fue donde se produjo la mayor difusión y la progresiva confusión respecto a una retórica que si se hubiera analizado más allá de la superficialidad del espectáculo periodístico y los rumores de los *mass media* y las redes sociales, resultaba a todas luces tan vago como insostenible.

Uno de los principales responsables en propagar el galimatías “proteccionista” –a la postre acogido acriticamente por las (falsas)

⁴ En su momento, advertimos que los presupuestos teóricos, incluso el material empírico, bajo los cuales se intentaban respaldar gran parte de las “hipótesis” en este sentido se mostraban débiles e inconvenientes para construir pronósticos verosímiles (ver Puello-Socarrás, 2017).

predicciones proteccionista y desglobalización– fue el Premio Nobel de Economía (2001), ex jefe de asesoría económica del Banco Mundial (1997-2000) y, en tiempos de la campaña presidencial, *habitué* de los foros auspiciados por el Fondo Monetario Internacional (FMI) para “solucionar” la crisis capitalista global: Joseph Eugene Stiglitz.

Al lado de los ultra-neoliberales del *Instituto Peterson para la Economía Internacional* (PIIE, por sus siglas en inglés) –no dejemos de registrarlo: la cuna del primer Consenso de Washington (1989)–, el rol jugado por este *money-doctor* fue determinante para desencadenar entre la opinión pública la fantasía sobre el “proteccionismo económico” de Trump.

Para explicar lo anterior habría que señalar varias cosas. Entre ellas, la más importante: Stiglitz apoyó la campaña de Hillary Clinton. Más aún. Él fue su principal asesor en temas de política económica y comercial. Por ello, en este asunto no hay que olvidar el pasado laboral y las relaciones que ha mantenido Stiglitz con la familia Clinton, remontándonos a los tiempos en los cuales también actuó como asesor gubernamental dentro del Consejo de economistas durante la primera administración del expresidente Bill Clinton.

Acertadas o no –ese no es el problema en este momento–, las acusaciones promulgadas por Stiglitz contra Trump tienen como trasfondo las simpatías personales, las preferencias electorales, los intereses laborales y, desde luego, las convergencias ideológicas y políticas que median entre Bill y Hillary Clinton, y Stiglitz.

Relacionado con ello, se hicieron virales las entrevistas donde Stiglitz, profesor en la Universidad de Columbia, declaró que si tuviera la oportunidad de calificar los conocimientos básicos sobre economía del candidato Trump le otorgaría una “F”, es decir, la más baja calificación según el sistema americano (Curran & Lau, 2016). En otros pronunciamientos, Stiglitz insistió que como candidato y –peor aún– como presidente, Trump sería: “[...] un riesgo muy grande para la economía global” (*Indian Finance News*, 2016). La afirmación más categórica de Stiglitz, al respecto: “[...] [Trump] es básicamente un proteccionista” (Long, 2016).

En plena campaña, los debates públicos de mayor recurrencia tuvieron que ver con temas asociados al Comercio Internacional.

Las principales controversias giraron en torno a los tratados que mantienen los Estados Unidos con diferentes países y regiones, como por ejemplo: el Tratado de Libre Comercio de América del Norte (NAFTA, por sus siglas en inglés) o el CAFTA, con los países de Centroamérica y el Caribe.

Sin embargo, las discusiones más sensibles se registraron frente a los tratados comerciales venideros: el *Trans-Pacific Partnership* (TPP, la Asociación Transpacífico) y el *Transatlantic Trade and Investment Partnership* (TTIP, la Asociación Transatlántica) con la Unión Europea.

Los anuncios hechos por la agenda presidencial de Trump para los primeros cien días ratificaron esas intenciones. Desde el primer día en el Despacho Oval, Trump “renegociaría” el NAFTA y retiraría a los Estados Unidos del TPP (Juez, 2016).

Ahora bien, resulta bastante curioso que más allá de los panegíricos dedicados a Hillary Clinton o las descalificaciones hacia Donald Trump, el mismo Stiglitz siempre destacó que la oposición hacia esas “formas” de Comercio era un discurso mantenido por “ambos candidatos”. Stiglitz constantemente subrayó que –en lo fundamental– la diferencia entre Clinton (Hillary) y su contendor, estaba en el hecho que Trump: “va demasiado lejos” (*goes too far*) en estos temas (Long, 2016).

Para el caso puntual del TPP, tanto H. Clinton como D. Trump se pronunciaron en contra de este acuerdo, el cual –tampoco hay que olvidarlo– había sido impulsado y defendido por la administración de Barack Obama, a la cual pertenecía Hillary Clinton.

Retomando entonces lo manifestado por el asesor Stiglitz durante la campaña, resulta pertinente preguntarse: si Trump como Clinton se oponían a los Tratados de Libre Comercio, ¿en qué sentido Trump iría “demasiado lejos”? ¿Por qué Trump sería “básicamente un proteccionista”? Si ello fuera así, las diferencias entre ambos candidatos entonces ¿no serían ontológicas sino más bien topológicas –es decir,

distinciones de grado—? Hillary Clinton, reconocida pro-neoliberal, ¿sería *menos* proteccionista que Trump?; y, en tanto Trump “va demasiado lejos”, ¿sería topológicamente *más* proteccionista que Clinton?

Las respuestas a estos aparentes acertijos se explican cuando se esclarecen en qué consisten *stricto sensu* las “críticas” a los Tratados de Libre Comercio, de Trump a Clinton, desde luego, a la luz de la particular retórica de Joseph Stiglitz.

Lo que definitivamente sí puede verificarse, a partir del análisis y los diagnósticos, y no con base en rumores espurios y provocaciones sensacionalistas (la gran mayoría acudiendo a fuentes de información que resultan apócrifas, al menos débiles para dar con reflexiones verosímiles —*twitter, Facebook*—, en detrimento de la utilidad que aporta la documentación oficial), es que las “críticas” a los Tratados de Libre Comercio (TLC’s) no significan necesariamente críticas al Libre Comercio Total (LCT), como lo denomina Jairo Estrada.

Ambas denominaciones, TLC’s y LCT, se encuentran relacionadas, desde luego. Pero difieren.

Las “críticas” enunciadas apuntan, en lo fundamental, hacia las *formas* (incluso también los instrumentos) bajo las cuales estas políticas (*policies*), es decir, los Tratados, pretenden materializar la (dis) utopía neoliberal del Mercado global. Contrario a lo que se supone, las “críticas” nunca han cuestionado la *idea* —ni mucho menos el proyecto político de clase por excelencia del capitalismo de esta época: el neoliberalismo— del Libre Mercado Total.

Críticas neoliberales al neoliberalismo. Libre comercio y acuerdos de libre comercio

Es el propio Stiglitz quien se ha pronunciado *ab origine* y cada vez que tuvo la oportunidad sobre el TTP. Lo calificaba como *outrageous* (expresión que en castellano traduce: “indignante”, “vergonzoso”, “ultrajante”, “atroz”, “descarado”, “inaudito”, “espantoso”, “monstruoso”).

Estos epítetos, pronunciados por el principal asesor económico de H. Clinton durante la campaña presidencial, ¿no irían demasiado lejos, si se los contrastara frente a los pronunciados por el mismo Trump durante la “carrera hacia la presidencia”?

Por supuesto, no era la primera vez que Stiglitz se refería en ese tono a los tratados comerciales de los Estados Unidos.

Años atrás, Stiglitz viene siendo reconocido (incluso por círculos académicos e intelectuales que se autoproclaman de izquierda) como uno de los más acérrimos “opositores” a estos Acuerdos. No ha dudado en calificarlos como una “farsa” porque en su opinión: “[...] colocan habitualmente los intereses comerciales por encima de otros valores... [que] no deben ser negociables” (Stiglitz, 2013). Esta “oposición” se ha confundido con una crítica de fondo por parte de Stiglitz frente a la idea neoliberal del Libre Comercio.

Todas las declaraciones de Stiglitz se entienden mejor si se relacionan con las modalidades de estas políticas y sus instrumentos, como el propio Stiglitz ha sostenido:

Si los negociadores crearan un régimen de libre comercio auténtico, en el que se concediera a las opiniones de los ciudadanos de a pie al menos tanta importancia como a las de los grupos de presión empresariales, podría sentirme optimista, en el sentido de que el resultado fortalecería la economía y mejoraría el bienestar social. Sin embargo, la realidad es que tenemos un régimen de comercio dirigido, que coloca por delante los intereses empresariales, y un proceso de negociaciones que no es democrático ni transparente (Stiglitz, 2013).

Aquí –tal y como reza un refrán anglosajón: *el diablo está en los detalles*– varias connotaciones (“democrático”, “transparente”, etc.) pueden llegar a confundir.

Las críticas realizadas al régimen de libre comercio “dirigido” (“la farsa”, en términos de Stiglitz) reclaman la necesidad de una versión “auténtica” del comercio, es decir, un libre mercado puro.

En una entrevista concedida al *Nuevo Herald*, Stiglitz explica sus posturas:

Soy un crítico de la manera en que se han implementado ciertas versiones del capitalismo... Creo que el capitalismo irrestricto, la desregulación que fue uno de los ejes del capitalismo norteamericano desde el principio de la presidencia de Reagan, es una era que ha llegado a su fin...

Añadiendo enseguida:

En rigor, Estados Unidos no tiene lo que podría llamarse un sistema capitalista puro: hemos estado socializando las pérdidas y privatizando las ganancias. Tenemos toda clase de intervención gubernamental, pero desafortunadamente, se trata en general de una intervención destinada a ayudar al sector bancario, a las empresas farmacéuticas, a diversos intereses especiales. Es una suerte de sistema de beneficencia para las corporaciones. De manera que lo que realmente he defendido es una forma más pura de economía de mercado, que no centre su protección en las empresas, sino en la gente” (Oppenheimer, 2009).

Alrededor de esta matriz ideológica básica, paradigmática en los tiempos del neoliberalismo (tardío) durante el siglo XXI, convergen –si bien con matices y grados– las “críticas” a los *tratados* de Libre Comercio en las versiones de H. Clinton y D. Trump.

El núcleo ideológico fuerte de la “oposición” a los acuerdos de Libre Comercio “dirigido”, el cual aparece con frecuencia *aggiornando* por sucesivas exaltaciones al Libre Comercio “justo”, son parte del discurso de Stiglitz (así se titula uno de sus libros sobre el tema, publicado en 2006: *Fair Trade for All*; en castellano: “Comercio justo para todos”) y D. Trump: “*America needs ‘fair trade’ not ‘free trade’*” (“Los Estados Unidos necesitan ‘comercio justo’ no ‘libre comercio’”) (Swoyer, 2015).

Estas claves entonces deben ser interpretadas en su respectivo marco de referencia, a menos que se distorsione y se abuse de sus sentidos genuinos.

Neoliberalismo tardío: desregulación y regulación (más, y no menos, globalización)

En la perspectiva del capitalismo tardío, hoy vigente y realmente existente, se advierten algunos tránsitos fundamentales, especialmente, desde el tipo de actuación y acción estatales:

1. El abandono paulatino de la desregulación como presupuesto económico y político. Esta premisa para el funcionamiento de los mercados ha venido siendo no solo criticada sino también reformulada por el propio neoliberalismo (especialmente desde los gobiernos nacionales y las instituciones multilaterales como el Fondo Monetario Internacional, el Grupo del Banco Mundial, etcétera); y,
2. La elevación progresiva de la regulación (estatal) como nuevo principio organizativo *sine qua non* para el “buen funcionamiento” del capitalismo de (libre) Mercado.

Debe evitarse aquí la confusión de igualar la *regulación* desde el Estado con la “intervención” estatal (a la Keynes). La primera es una fórmula de planeación descentralizada basada en las lógicas de mercado defendida por el neoliberalismo histórico (especialmente en el ámbito internacional) mientras que la intervención estatal siempre ha sido rechazada en las preferencias políticas y de políticas por los neoliberales.

Las expresiones mercado “regulado” y “auténtico”, por lo tanto, se conectan virtuosamente, tal y como antes lo ha sostenido Stiglitz.

No resulta tampoco una casualidad que tanto para el neoliberalismo tardío (especialmente, post-2008) como en las propuestas de Donald Trump, la palabra clave sea: *regulación* (ver Puello-Socarrás, 2016).

Por esta razón, en su momento hubiera bastado con darle crédito a las *Posiciones* de la plataforma presidencial de Trump, titulada: *Make America Great again* (“Hacer nuevamente grande a los Estados

Unidos”), un documento verosímil para el análisis y no haberse guiado por los anuncios etéreos de Trump vía *twitter* para confirmar que el horizonte de la *regulación* aplicaría no solo para las líneas de política referidas a temas específicos como el “Comercio” (*position #15*). También este referencial englobaría las visiones de la gran mayoría de sus planteamientos (especialmente, el capítulo dedicado a este tópico: *Regulations, position #13*) (Trump, 2016).

Inclusive, durante el primer año del gobierno Trump, la tendencia de las acciones gubernamentales registrada es la desregulación. Lo anterior, a pesar de la “regla” que anunciara Trump durante la campaña, reiterada una vez posesionado: “por cada nueva regulación, dos regulaciones viejas tendrían que ser eliminadas”. En el balance efectivo, se produjeron sesenta y siete (67) acciones desregulativas *vis-á-vis* tres (3) nuevas regulaciones:

President Trump issued Executive Order 13,771, in January, ordering the executive branch regulatory agencies to roll back two regulations for each new regulation issued. On December 14, the Office of Information and Regulatory Affairs (OIRA) unveiled a preliminary estimate of the regulatory reform actions taken by the Trump administration through the end of fiscal year 2017 (September 30). From the end of January through September, the administration completed 67 *deregulatory actions* to only 3 *new regulatory actions* and reduced the regulatory burden by \$8.1 billion (net present value of lifetime burden) or \$570.4 million annually... (Johnson, 2017, énfasis propio).

En términos del componente “comercial” de la política económica internacional, la *Agenda Presidencial en Política Comercial 2017* publicada por la Oficina del Representante Comercial de Estados Unidos (USTR, por sus siglas en inglés), exponía oficialmente:

- a) Los “Principios y objetivos claves de la Política Comercial de la Administración Trump”, destacando:

[...] The American people grew frustrated with our prior trade policy not because they have ceased to believe in free trade and open markets, but because they did not all see clear benefits from international trade agreements. President Trump has called for a new approach, and the Trump Administration will deliver on that promise [...]

The overarching purpose of our trade policy –the guiding principle behind all of our actions in this key area– will be to expand trade in a way that is freer and fairer for all Americans. Every action we take with respect to trade will be designed to increase our economic growth, promote job creation in the United States, promote reciprocity with our trading partners, strengthen our manufacturing base and our ability to defend ourselves, and expand our agricultural and services industry exports.

As a general matter, we believe that these goals can be best accomplished by focusing on bilateral negotiations rather than multilateral negotiations –and by renegotiating and revising trade agreements when our goals are not being met. Finally, we reject the notion that the United States should, for putative geopolitical advantage, turn a blind eye to unfair trade practices that disadvantage American workers, farmers, ranchers, and businesses in global markets (USRT, 2017, p. 1).

- b) Por su parte, los *principios básicos* –continuaba el documento oficial de esta política– se conjugarían con las llamadas “Prioridades fundamentales y Razones correspondientes”, a saber: 1) “defend U.S. national sovereignty over trade policy”; 2) “strictly enforce U.S. trade laws”; 3) “use all possible sources of leverage to encourage other countries to open their markets to U.S. exports of goods and services, and provide adequate and effective protection and enforcement of U.S. intellectual property rights”; y, 4) “negotiate new and better trade deals with countries in key markets around the world” (USRT, 2017, p. 2).

No obstante, en relación con la prioridad 2), se precisaba:

[...] The Trump Administration believes that it is essential to both the United States and the world trading system that all U.S. trade laws be strictly and effectively enforced. We strongly support true market-based competition –and we welcome the partnership of any country that agrees with us. Unfortunately, however, large portions of the global economy do not reflect market forces. Important sectors of the global economy, and significant markets around the world, have been at times distorted by foreign government subsidies, theft of intellectual property, currency manipulation, unfair competitive behavior by state-owned enterprises, violations of labor laws, use of forced labor, and numerous other unfair practices... the Trump Administration will act aggressively as needed to discourage this type of behavior – and encourage true market competition” (USRT, 2017, p. 4).

Tal y como algunos pocos analistas lo subrayaron en su momento, esta agenda ha venido siendo materializada endureciendo severamente (*strictly enforce*) la legislación ya existente, la cual además se remonta a los gobiernos Bill Clinton y –más atrás– y Ronald Reagan (campaña donde el lema era justamente: *Let's make America Great Again*)⁵, administraciones identificadas con la liberalización comercial irrestricta, es decir, neoliberal, y contrario de lo que pueda pensarse, se ubicaron bastante lejos de practicar alguna clase de proteccionismo económico.

⁵ La revista *Counterpunch* ha llamado a Donald Trump: el “Ronald Reagan con esteroides”. Remembranza que progresivamente viene siendo utilizada por diversos análisis.

El “proteccionismo” como amenaza (táctica); más (neo)liberalización como promesa efectiva (estratégica)

C. Scherrer (2017) ha explicado en qué consiste la estrategia y táctica de la *Trumponomics*, especialmente en los debates comerciales que ha generado:

Trump usará los amplios déficits comerciales para presionar a sus socios comerciales a abrir sus mercados. Las empresas que exportan con éxito al mercado norteamericano desde esos países sentirán temor por los anuncios proteccionistas y, en consecuencia, es probable que presionen a sus gobiernos para que cedan ante las demandas del gobierno de Trump. En otras palabras, el gobierno de Trump va a ampliar la liberalización de las actividades económicas transfronterizas.

Agregando:

Usar el déficit comercial para abrir a la fuerza los mercados extranjeros tiene un precedente histórico. En el marco del crecimiento meteórico de los déficits comerciales durante los años de Ronald Reagan, la «política comercial estratégica» se volvió popular entre los economistas. Esa política forzaría a otras naciones a abrir sus mercados amenazando con el cierre del mercado estadounidense. Además de las empresas del sector de alta tecnología, los proveedores de servicios sofisticados y los titulares de derechos de propiedad intelectual se unieron al grupo de estrategias de la apertura del mercado. Junto con diversos think tanks, popularizaron la idea de que los servicios podrían prestarse transnacionalmente, de que las reglamentaciones nacionales de los respectivos sectores lo impedirían y de que, en consecuencia, estas barreras tenían que ser eliminadas por medio de duras negociaciones. La retórica nacionalista disfraza objetivos neoliberales que provocarían resistencia si se los proclamara abiertamente.

En sintonía con el neoliberalismo de nuevo cuño (“regulado”), la visión defendida por Trump para el tema comercial habla textualmente de *negociar tratados justos*.

En el TPP, desde un principio, la política incluyó en uno de sus puntos “retirarse”, tal y como fuera ratificado en su agenda para los primeros cien días de gobierno –aunque, luego, si se lee más allá de la retórica, para el *Memorandum presidencial* (23 de enero de 2017), “retirarse” significa “renegociar” bilateralmente. Los demás puntos dejan ver que están lejos de suponer un regreso al “proteccionismo”. Mucho menos un giro hacia la “desglobalización”.

Una lectura rigurosa de los hechos, indicaba, indica y viene indicando, todo lo contrario.

Una hipótesis verosímil y que, además, hubiera sido adecuadamente construida desde los hechos políticos y no desde la imaginaria que atraviesa estos asuntos, desde un principio, debió pronosticar (y debe tomar nota hoy) un avance táctico (*el proteccionismo como amenaza*) dentro del proyecto estratégico para los Estados Unidos (*la liberalización como promesa efectiva*), con todo lo que ello implica en las dimensiones: política, militar, etc., y, por supuesto, económica.

Los ejemplos de lo anterior son reveladores y se sincronizan con las trayectorias de la administración Trump hasta el momento.

Los casos que han sido objetos de la regulación presidencial: especialmente, el acero y los paneles solares, y en menor medida, el aluminio y la leña, sectores en los cuales se habrían anunciado “medidas” han sido utilizados más en función de su productividad política, en la doble connotación futura de: a) ejercer presión para la “renegociación” de los tratados (y liberalizarlos, aún más), especialmente, con Canadá y China; y, b) para acreditarse la “protección” de las empresas y trabajos estadounidenses, antes que por

las aludidas “medidas proteccionistas”, las cuales están sujetas a mecanismos más allá de la Casa Blanca⁶.

En los paneles solares, sector donde se impusieron “tarifas” en la importación recientemente (enero 2018), por el contrario, uno de los principales opositores a la medida fue *Solar Energy Industry Association* (SEIA, por sus siglas en inglés) quien predijo “pérdidas de empleos”, entre otros efectos negativos. Alrededor de 23.000 puestos de trabajo estarían en peligro, solo contabilizando las instalaciones de los paneles en los Estados Unidos (según cálculos de Lovely, 2018). La SEIA, a través de su vocero, Abigail Ross Hopper, envió una carta personal a Trump, en la forma de “una última súplica para salvar los paneles solares”, con el propósito de hacer retroceder la decisión, sin éxito⁷.

La trayectoria de las denominadas “batallas” comerciales muestra que, hasta el momento, la construcción táctica-estratégica no podría sintetizarse como “proteccionista” y, mejor sí, concretar y generar (nuevas) expectativas que conducen hacia una mayor liberalización.

⁶ Varios análisis tienden omitir el funcionamiento real, o en su lugar adjudicarle a la Presidencia una especie de manejo omnipotente de la Ley Comercial en los Estados Unidos. Temas como el *dumping* o las medidas compensatorias (relativas a subsidios), estarían por fuera del alcance y manejo discrecional directos por parte de la Casa Blanca (ver Bown, 2017).

⁷ “Ironically, the very jobs we all want to grow, American manufacturing jobs, will retract as the number of projects are scaled back significantly. This is not hype; this is what will happen. American companies manufacture, among other things, steel and aluminum racking systems, inverters and tracking devices. Raising solar prices, as these tariffs would do, would reduce demand for those downstream products and kill manufacturing jobs” (Hopper, 2018).

Tabla. “Batallas” comerciales Estados Unidos, en la Era Trump (2017-2019)

Batalla	Tópicos	Resultado	Trayectoria síntesis de Controversias
1	<i>Daños a la industria nacional</i> Importación de Paneles Solares y Lavadoras.	Tarifas de “salvaguarda”.	China & Exportaciones Sorgo desde US (vs Obama & Tarifas salvaguarda 2009).
2	<i>Amenazas a la Seguridad Nacional</i> Importaciones Acero (1º) & Aluminio (2da)	Exenciones temporales, indefinidas y permanentes; sin / con restricciones (cuotas, montos).	<ul style="list-style-type: none"> – Corea del Sur (2018) recibe “exenciones permanentes” en el Acero (reduciendo cuotas); – US extiende “exenciones” (temporales hasta Junio 2018) a Unión Europea, Canadá y México en Acero y Aluminio; – Otorga exenciones “indefinidas” para Argentina (cuotas), Brasil (cuotas y montos) y Australia (sin restricciones).
3	<i>Amenazas a la Seguridad Nacional</i> Autos y partes (3a)	En trámite	<ul style="list-style-type: none"> – Consideración de aumento tarifas a México (25%). Desestimada (junio) y suspendida indefinidamente. – Preacuerdo con México, considerando Canadá. – USMCA reemplaza NAFTA.

Fuente: Autor con base en Chad & Kolb (2019).

El año 2019 demuestra que las trayectorias efectivas se sincronizan con lo sucedido en estos temas. Por ejemplo, paradigmáticamente en relación con México, Trump amenazó con imponer aranceles a las importaciones provenientes desde ese país, iniciando con un 5% en junio, y hasta una progresión del 25%, porcentaje que se alcanzaría en pocos meses (hacia el mes de octubre); incluso, en medio del desenlace de este episodio, en marzo de este año Trump lanzó un ultimatum: el cierre unilateral de la frontera binacional, el cual finalmente no se cumplió. El cierre de la frontera con México se habría convertido en otra amenaza (incumplida) durante el año anterior (diciembre de 2018). Al final, la “amenaza arancelaria” condujo hacia un acuerdo entre Estados Unidos y México sobre el tema de la inmigración.

Un repertorio análogo, aún con matices resulta recurrente en el caso de la empresa China Huawei, donde –por ahora (julio 2019)– la Casa Blanca ha pasado de la inminencia y los ultimatus de las amenazas a la tregua.

Por otra parte, las expectativas de TLCs bilaterales, el primero y el más difundido: de “enormes proporciones” con el Reino Unido post-Brexit (junio 2019); y en África con países como Burundí y Malawi, proveedores de *tierras raras* (mercados claves de los cuales Estados Unidos depende en sus importaciones, *circa* 80%) ofrecen más pruebas que, en todo caso, habría que esperar el paso del tiempo para su concreción como evidencia. No obstante, resultan signos reveladores que contradicen cualquier época de cambios en la vía de las orientaciones sugeridas por la especulación analítica.

Hay que señalar dos razones empíricas adicionales que permiten seguir falsificando las hipótesis sobre el “proteccionismo” de Trump y la emergente fase de “desglobalización”.

La primera está directamente relacionada con un nuevo colapso del comercio mundial.

Como se ha subrayado, entre finales de 2008 y durante 2009 se registró “su mayor contracción en 70 años, debido a la crisis financiera y económica que sacudió a la economía mundial” (Silva, 2013, p. 109).

En medio de esta coyuntura especial, se han generado no solo una drástica reducción en los flujos comerciales globales (-15% *circa*) sino también reacciones desde los gobiernos, a través de medidas anticíclicas, en lo que se conoce como “proteccionismo de rescate” (Curran & Tusie citado por Silva, 2013, p. 115).

Esta *forma* de protección, sin embargo, no encaja con las medidas tradicionales (v.gr. aumento de tarifas e instrumentos de defensa comercial). Solo explican alrededor del 37% de las medidas adoptadas. Desde 2008, la gran mayoría de acciones gubernamentales han sido “no tradicionales”, generalmente discriminatorias, por parte de las potencias industriales (G-20).

La anterior síntesis permite asegurar que el supuesto proteccionismo de Trump, incluso redimiendo esta hipótesis, la cual hemos venido falseando, resultaría –a todas luces– una consecuencia de las recientes tendencias globales en comercio, y no una causa que revele ser un signo para una supuesta nueva época.

Más aún. Las modalidades de “protección no tradicional” a las que nos hemos referido resultan más próximas y reflejan el tipo de regulaciones estatales prototípicas del neoliberalismo y el capitalismo tardío hoy vigente, el cual en términos de su funcionamiento real en la economía–mundo profundiza la asimetría, el intercambio desigual y la “no reciprocidad” comerciales propias de este modo histórico de (re)producción social.

La segunda razón para examinar en torno a la supuesta desglobalización está relacionada con el balance estructural de este proceso.

En este caso, una interrogante resulta crucial y clave: ¿quién gana (y quién pierde) con la globalización? Veamos:

Los Estados Unidos han ganado enormemente con esta globalización. Nuestro país cada año es mucho más rico en más de US\$1 trillón gracias a la integración comercial. Esto equivale aproximadamente al 10% de toda nuestra renta nacional y más de US\$10.000 por hogar. Se acumulan ventajas adicionales con la globalización financie-

ra que ha acompañado los crecientes flujos comerciales” (Bergsten, 2005)⁸.

Lo anterior por el lado de las ganancias. Mientras tanto las pérdidas (“costos” en términos de Bergsten) de la globalización para los Estados Unidos –no solo ahora– siempre han resultado ser bastante diferentes:

Cerca de medio millón de trabajadores (de una fuerza laboral total de 150 millones) pierden su trabajo anualmente, la mayoría por períodos temporales, como resultado del incremento en las importaciones. Algunos tienen que aceptar empleos con bajos salarios en el largo plazo, sufriendo una pérdida en ingresos durante toda su vida. Esos efectos totalizan aproximadamente US\$50 billones por año, un monto sustancial en términos absolutos pero solo un vigésimo de la rentabilidad anual fruto de la globalización... (Bergsten, 2005).

En el balance, “esta” globalización, es decir, la globalización de carácter neoliberal, evidentemente favorece en concreto los intereses de los capitales usamericanos.

Para sintetizar este punto, y retomando un análisis guiado por lo que Marx llamó la “personificación de intereses”, en nuestra opinión, David Frum ha resumido bastante bien el trasfondo de la elección de Trump.

En su libro *Trumpcracy* (en castellano, una posible traducción sería “Trumpcracia”), Frum propone que la alianza republicana detrás del nuevo mandatario fue: “[...] una coalición de los mayores ganadores de la globalización y sus mayores perdedores. Los ganadores han redactado las medidas políticas; los perdedores han puesto los votos” (Kuttner, 2018).

Resultaba lógico entonces que en la “nueva era” Trump, los Estados Unidos continúen insistiendo con la idea de “negociar” y ampliar tácticamente nuevos tratados a su favor (el mal llamado “Comercio

⁸ Por concepto de “beneficios adicionales”, se podría añadir al cálculo: US\$0,5 trillones adicionales.

justo”) mientras al mismo tiempo fortalecían estratégicamente el Libre Comercio, el mejor mecanismo para consolidar el modelo estadounidense de “crecimiento basado en las exportaciones”⁹.

La fórmula política proyectada aunque renovada hacia el futuro y que, hoy por hoy, pretende gestionar y superar la crisis actual ratifica no solo la profundización del capitalismo realmente existente sino –peor aún– profundizar el neoliberalismo, con el propósito de perfeccionar su fase ulterior: la globalización.

En este debate, el diagnóstico original de Marx y Engels en *El Manifiesto Comunista*, como sugiere Aldo Casas, no ha envejecido:

¿De qué manera supera la burguesía las crisis? Por un lado, a través de la forzada aniquilación de una masa de fuerzas productivas; por otro lado, a través de la conquista de nuevos mercados y la explotación más intensiva de los viejos. ¿De qué manera, pues? Preparando crisis cada vez más multilaterales y poderosas, y reduciendo los medios para prevenir las crisis (Marx & Engels, citado por Casas, 2017, p. 159).

Pronósticos para el neoliberalismo tardío y análisis sobre el capitalismo de época: notas metodológicas ante los desafíos actuales

Más allá del caso que nos ocupa (*Trumponomics*), vale la pena llamar la atención sobre tres aspectos clave en torno a las interpretaciones erráticas y erradas, las cuales deberían ser objeto de reflexión sobre

⁹ Los Tratados diseñados a la medida de las pretensiones de los Estados Unidos, han venido reproduciendo las mismas estructuras productiva y de intereses capitalistas que actualmente rigen en ese país, especialmente después de las transformaciones sufridas en la década de 1980. Hoy por hoy, el sector manufacturero en los Estados Unidos representa a lo sumo el 10% de la economía mientras que la Agricultura no más del 1%. Los Servicios (sobre todo, los de carácter financiero) más del 80%. Este último sector provee el 25% de los empleos y ha crecido los últimos treinta años a tasas del 30% *circa* con salarios 10% superiores a los de la manufactura.

el tipo de análisis de los fenómenos emergentes en el neoliberalismo tardío: las fuentes empíricas, las dimensiones y el encuadre teóricos.

Todas ellas apuntan a mantener *la vigencia y la actualidad de la Teoría del Valor* en Marx (y Engels).

En primer lugar, los análisis han descuidado valorar la verosimilitud de las fuentes y los lugares hacia los cuales apuntan prioritariamente los discursos. En especial, aquellos que pretenden impactar con una mayor difusión en los medios de comunicación masificados, las redes sociales (el uso y abuso de mensajes vía twitter por parte de Trump, por ejemplo) y la denominada opinión pública mediatizada. Insistimos: lo anterior, siempre en detrimento de la documentación oficial que, en todo caso, garantiza ser un material menos azaroso.

Las “reflexiones”, además de acoger entusiasta y directamente *lo que se dice* también parecen subordinarse al desastre retórico al cual quieren ser sometidas. En su mayoría, desafortunadamente, parece que el mensaje es simplemente aceptado, sin ir más allá.

Tanto el discurso en general como en los análisis en particular, como lo propone Leith (2017), prevalece entonces el “triumfo de lo inarticulado”¹⁰.

Desde luego, este debate no se limita a la “correcta” o “cuidadosa” selección de las fuentes. El trasfondo debe interrogar por incorporar en los análisis los procesos de *alienación ideológica*, los cuales desde siempre han sido parte constitutiva del capitalismo y que, por definición lógica, dentro del neoliberalismo tardío no solo se intensifican sino que se exacerban. Algo que, por lo visto, al menos en el caso del análisis sobre Trump, parece haberse puesto entre paréntesis.

A este nivel, la cuestión no es *develar el contenido encubierto* de “lo que se dice”; de lo que se trata es, sin embargo –decía Marx–: revelar el *por qué del contenido*. O en otras palabras, “no el misterio *tras* la forma sino *el misterio de esta forma*” (Žižek, 2003, p. 353).

Otra de las omisiones analíticas –aunque, esta vez, dispuesta como un exceso–, fuertemente relacionada con el punto anterior, en

¹⁰ Sobre la retórica en Trump, ver Nunn (2016) y Leith (2017).

segundo lugar, sería la fascinación personalista en torno a la figura de Trump.

Como se planteaba, a pesar que existe la relativa disponibilidad de documentos oficiales, los cuales también deben ser sometidos a la crítica parsimoniosa, poco se acude a ellos.

La construcción del discurso, la reconstrucción de las prácticas, y sus significados correspondientes, en el nuevo gobierno estadounidense se han venido agotando al escenario *more* mediático alrededor de la personalidad de Trump, considerada individualmente.

Ya en el prólogo a la primera edición alemana de *El Capital* (1867), Marx planteaba la diferencia crucial entre la personalización y la *personificación* de las relaciones e intereses sociales en el caso del estudio del capitalismo¹¹. Esta clave metodológica, en el caso que nos ocupa, también brilla por su ausencia.

Finalmente, en tercer lugar, estas indicaciones convergen sobre el significado de la llamada globalización.

Al respecto, vale la pena precisar que:

[...] el cambio central que ocurrió en los últimos decenios que es la extensión a nivel planetario de la relación capitalista. Es un cambio que afecta a la forma en que se extrae el excedente económico, y esto es decisivo para la determinación de un modo de producción. Por eso no se trata de una mera diferencia cuantitativa con lo anterior –aumento del volumen de transacciones, de flujos de personas o capitales– sino de una transformación que afecta en profundidad a la economía [...] Como sostienen Bina y Yaghmaian: *El capital global no es la suma algebraica de los capitales nacionales, moviéndose constantemente*

¹¹ “[...] No pinto en absoluto de color rosa las figuras del capitalista y del terrateniente. Pero aquí se trata de personas solamente en tanto son la personificación de categorías económicas, portadoras de relaciones de clase e intereses determinados. Mi punto de vista, que concibe el desarrollo de la formación económico social como un proceso histórico natural, puede, menos que ningún otro, hacer responsable al individuo de unas relaciones de las que socialmente es su criatura, por mucho que subjetivamente se alce sobre ellas” (Marx, 1976, p. 18).

a lo largo del planeta de un país a otro, sino una relación de producción orgánica supranacional (Astarita, 2009, p. 93).

O lo que es lo mismo: *el mundo se ha unificado con la mundialización del capital* (Astarita, 2009, p. 92).

¿Qué implicaciones se derivan de esta conclusión?

Sin captar este contenido “esencial” no se puede entender que, entre otras cosas: a) “es la totalidad del modo de producción capitalista la que infunde su tonalidad a los particulares”; b) “hay que explicar la generación del excedente económico a partir del capital, de la ley económica; c) “toda la riqueza pasa a ser plusvalía acumulada, y no el producto de la “acumulación originaria”; d) “la clase obrera es reproducida por el capital mundializado, y en escala ampliada, en la medida en que se acumula plusvalía; e) “se opera la subsunción real del trabajo al capital a escala planetaria”; y, f) “todos los capitales están sometidos a la coerción de la competencia, lo que obliga a cada capital al cambio tecnológico incesante y a ir a fondo en la explotación del trabajo, so pena de perecer” (Astarita, 2009, pp. 96-97).

Las hipótesis que elevaron el proteccionismo antineoliberal y desglobalizador en Trump, además de no haber sido hasta el momento validadas *empíricamente*, al nivel *teórico* especulan que el funcionamiento de las dinámicas del capitalismo actual se impondría, por sobre la dialéctica del valor y la explotación basada en la plusvalía, las presiones *extra-económicas* –las cuales, como bien plantea Astarita (2009, p. 97), desde luego, “siempre acompañan al funcionamiento de la ley económica” pero que no la fundamentan.

Pero esa especulación teórica resulta, al menos, improbable, sintetizando históricamente la dinámica capitalista, como lo aclara M. Roberts (2018):

[...] por su propia naturaleza, el capitalismo, basado en ‘muchos capitales’ en competencia, no puede tolerar indefinidamente ningún monopolio ‘eterno’; una ganancia extraordinaria ‘permanente’ deducida de la suma total de las ganancias que se reparten entre la clase capitalista en su conjunto. La batalla para aumentar los beneficios

y la participación en el mercado significa que los monopolios están continuamente bajo la amenaza de nuevos competidores, nuevas tecnologías y competidores internacionales [...] La historia del capitalismo es la de un aumento continuo de la concentración y centralización del capital, pero la competencia sigue permitiendo el movimiento de la plusvalía entre capitales (dentro de las economías nacionales y globales).

Por ello, retomar como clave interpretativa la teoría del valor de Marx, no es una decisión analítica accidental. Se trata de una operación hermenéutica insustituible, imposible de soslayar, tal y como lo señala Jameson:

[...] la teoría del valor es algo así como la dimensión hermenéutica de El Capital: asegura la existencia, detrás de cualquier apariencia del precio y el intercambio en el mercado, de esas leyes profundas que la teoría marxiana tiene la vocación de sacar a la luz y sin las cuales difícilmente puedan entenderse las ‘violentas fluctuaciones’... así como la irreversible expansión del capitalismo [...] La versión que ofrece Marx de la teoría laboral del valor resuelve de modo drástico uno de los misterios más añejos del mercado (¿cómo es posible hacer dinero a partir de un intercambio justo?) (2013, p. 24).

Lo anterior cobra aún más actualidad para los temas que aquí se tratan.

El tomo I de *El Capital* es el lugar donde se desarrolla magistralmente la teoría del valor como “ataque en gran escala a la ideología de mercado” y, al mismo tiempo, “crítica fundamental al concepto de intercambio” (Jameson, 2013, p. 30), ejes centrales para la discusión sobre la llamada *globalización*.

Bibliografía

- Astarita, R. (2009). *Monopolio, imperialismo e intercambio desigual*. Madrid: Maia.
- Bergsten, F. (2005). US and the World Economy. Speech delivered at the Chautauqua Lecture Series: The US Economy: Beyond a Quick Fix. Washington: Institute for International Economics.
- Borón, A. (2016). Trump: el otro fin de ciclo. Disponible en: <http://bit.ly/2fhihZ0>.
- Bown, Ch. (2017, 21 de abril). Trump's threat of steel tariffs heralds big changes in trade policy. *Washington Post*. Disponible en: <http://wapo.st/2oz1iEA>.
- Bown, Ch. & Kolb, M. (2019). Trump's trade war timeline: An up-to-date guide. *Trade & Investment Policy Wacht Blog*. Washington: Peterson Institute for International Economics (PIIE). Disponible en: <https://bit.ly/2Q5MQAf>.
- Casas, A. (2017). *Karl Marx: nuestro compañero. Una invitación a conocer su vida y sus combates*. Buenos Aires: Herramienta.
- Curran, E. & Lau, A. (2016). Stiglitz Grades Donald Trump an F on Economics. *Bloomberg* (18/9). Disponible en: <http://bloom.bg/2cVy1P7>.
- Del Corro, F. (2016). Trump y el camino a la desglobalización. *América Latina en Movimiento* (11/11). Disponible en: <http://bit.ly/2iO7eJg>
- Indian Finance News*. (2016). Donald Trump very big risk for global economy: Joseph Stiglitz (7/6). Disponible en: <http://bit.ly/2BAHcBW>.
- Jameson, F. (2013). *Representar El Capital. Lectura del tomo 1*. México: FCE.
- Johnson, J. (2017). The Trump Administration's Historic Year in Deregulation. *U.S. Chamber of Commerce* (18/12). Disponible en: <http://uscham.com/2oh55X0>.
- Juez, B. (2016, 23 de octubre). Trump anuncia la agenda de los 100 primeros días de su presidencia si gana. *El Mundo*. Disponible en: <http://bit.ly/2ENllcq>.

Hooper, A. (2018, 17 de enero). *Trade Letter to POTUS, Donald Trump*. Re: USITC INV. NO: TA-201-75 (Crystalline Silicon Photovoltaic Cells, Whether Or Not Partially or Fully Assembled Into Other Products). Disponible en: <https://www.seia.org/sites/default/files/2018-01/SEIA-Trade-Letter-POTUS.pdf>.

Kotz, D. (2018). Neoliberalism, Inequality, and Capital Accumulation. En Cahill, D., Cooper, M., Konings, M. & Primrose, D. (Eds.), *The SAGE Handbook of Neoliberalism*. Los Angeles: SAGE Reference.

Kuttner, R. (2018, 30 de enero). Trump: the Globalist plutocrat. *The American Prospect*. Disponible en: <http://bit.ly/2EDc8jt>.

Leith, S. (2017, 13 de enero). Trump's rhetoric: a triumph of inarticulacy. *The Guardian*. Disponible en: <http://bit.ly/2jcFAD5>.

Long, H. (2016, 23 de Agosto). Nobel Prize winner Stiglitz call TPP 'outrageous'. *CNN Money*. Disponible en: <http://cnmmon.ie/2fSWtS3>.

Lovely, M. (2018, 26 de enero). Trump's tariffs on Solar Cells and Modules don't protect American interest. *Trade & Investment Watch*. Disponible en: <https://www.piie.com/blogs/trade-and-investment-policy-watch/trumps-tariffs-solar-cells-and-modules-dont-protect-american>

Marx, C. (1976). *El Capital. Crítica de la Economía política*. Libro I. Tomo I. Madrid: Akal.

Nunn, G. (2016, 11 de noviembre). Winning words: the language that got Donald Trump elected. *The Guardian*. Disponible en: <http://bit.ly/2fpI26S>.

Oppenheimer, A. (2009, 22 de agosto). Los consejos de Joseph Stiglitz. *El Colombiano*.

Puello-Socarrás, JF. (2016, 6 de junio). Las críticas neoliberales al neoliberalismo. El dogma de mercado y las herejías que nunca llegan a convertirse en Blasfemias. *Rebelión*. Disponible en: <http://www.rebelion.org/noticia.php?id=214205>.

Posen, A. (2018, marzo-abril). The Post-American World Economy. Globalization in the Trump Era. *Foreign Affairs*. Disponible en: <https://www.foreignaffairs.com/articles/united-states/2018-02-13/post-american-world-economy>.

- Roberts, M. (2018). Las razones subyacentes a la Larga Depresión. *SinPermiso* (17/2). Disponible en: <http://www.sinpermiso.info/textos/las-razones-subyacentes-de-la-larga-depresion>
- Scherrer, C. (2017). La agenda de política comercial de Trump: más liberalización. *SinPermiso* (29/6). Disponible en: <http://bit.ly/2HRqn6y>.
- Shakow, A., Yates, R. & Keshavjee, S. (2018). Neoliberalism and Global Health. En Cahill, D., Cooper, M., Konings, M. & Primrose, D. (Eds.), *The SAGE Handbook of Neoliberalism*. Los Angeles: SAGE Reference.
- Silva Flóres, C. (2013). Crisis global, colapso del comercio y proteccionismo. En Estay, J., Morales, J. y Marques, R. (Coords.), *Desarrollo y crisis en el capitalismo*. Puebla: BUAP; México: UNAM.
- Stedman, D. (2018). The neoliberal origins of the Third Way: How Chicago, Virginia and Bloomington shaped Clinton and Blair. En Cahill, D., Cooper, M., Konings, M. & Primrose, D. (Eds.) *The SAGE Handbook of Neoliberalism*. Los Angeles: SAGE Reference.
- Stiglitz, J. (2013, 13 de julio). La farsa del libre comercio. *El Espectador*.
- Stiglitz, J. (2016, 27 de mayo). La nueva era del monopolio. *El Espectador*.
- Swoyer, A. (2015, 27 de septiembre) Donald Trump: America needs 'Fair trade', not 'Free trade'. *Breitbart*. Disponible en: <http://bit.ly/1npweVh>.
- Trump, D. & Pence, M. (2019). *Make America Great Again*. Official Website. Disponible en: <https://www.donaldjtrump.com/>.
- United State Trade Representative, Office (USRT). (2017). *The President's 2017 Trade Policy Agenda*. Washington: USRT.
- Waldman, P. (2017). ¿Podemos dejar ya de fingir que Trump es un "populista"? *SinPermiso* 2 (1). Disponible en: <http://bit.ly/2jdQcn8>.
- Žižek, S. (2003). Cómo Marx inventó el síntoma, en: *Ideología. Un mapa de la cuestión*. Buenos Aires: FCE.

Crisis capitalista y triunfos electorales de la derecha

Desafíos políticos para Nuestra América

*Carolina Jiménez Martín**

Presentación

Los acontecimientos electorales del último lustro (Mauricio Macri 2015, Donald Trump 2017, Sebastián Piñera 2018, Iván Duque 2018, Giuseppe Conte 2018, Jair Bolsonaro 2019, Boris Johnson 2019, entre otros) han abierto un interesante debate a nivel mundial sobre las amenazas que representan los proyectos políticos de derecha para el ejercicio de la democracia, el goce de libertades y derechos individuales y colectivos, y el despliegue de acciones y expresiones de movilización social y resistencia popular.

La fuerza que han cobrado lineamientos de política de corte racista, machista, nacionalista, intervencionista, negacionista, así como la aporofobia que acompaña la acción de los nuevos gobiernos de

* Profesora y directora del departamento y área curricular de Ciencia Política de la Universidad Nacional de Colombia. Investigadora del grupo THESEUS y del GT Crisis y economía mundial CLACSO.

derecha, advierte sobre los graves riesgos que atraviesa la naturaleza y la sociedad en el siglo XXI. Para el caso específico de Nuestra América se vienen impulsando procesos de articulación regional, como el Grupo de Lima y la propuesta de activación del TIAR, que en nombre de la *defensa de la democracia* pretenden legitimar procesos de intervención militar en el Estado soberano de Venezuela. También, alerta las decisiones de política educativa del presidente brasileño contra las ciencias sociales y humanas, entre otros.

Atendiendo a estos asuntos, este artículo se interroga por la relación entre la crisis del capitalismo y las victorias electorales de la derecha durante la segunda década del siglo XXI y los impactos que esto tiene para Nuestra América en la actual coyuntura, en especial en los asuntos referidos al desarrollo del pensamiento crítico y las garantías para la movilización y la protesta social.

El texto se organiza en cuatro momentos: el inicial *Crisis capitalista y victorias electorales de la derecha*, identifica algunas relaciones entre la crisis capitalista de 2008 y las victorias electorales de la derecha durante la segunda década del siglo XXI. Un segundo momento. Los impactos de la crisis en las experiencias neodesarrollistas latinoamericanas plantean una caracterización general sobre las experiencias neodesarrollistas surtidas en la región en los primeros años del siglo XXI y las derrotas electorales sufridas; seguido por el apartado *Triunfos electorales de la derecha latinoamericana* que propone ejes del programa político de las nuevas derechas en el poder en Latinoamérica. Finalmente, *Resistencias sociales: un campo en disputa* propone una serie de temas que deben ser valorados por las fuerzas de izquierda para transitar en sus luchas.

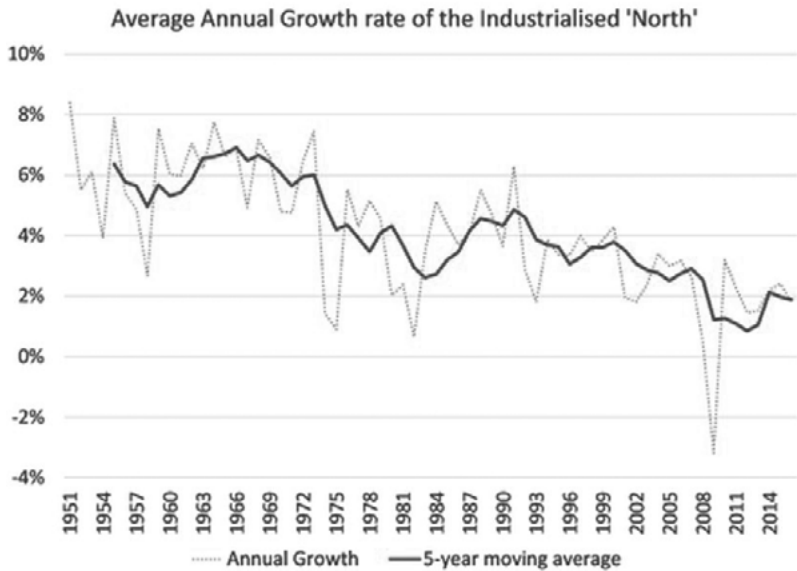
Crisis capitalista y victorias electorales de la derecha

La crisis del capitalismo de inicios del siglo XXI visibilizó, por una parte, las debilidades de un sistema económico soportado en la especulación, explotación, financiarización y transnacionalización; y por

la otra, los impactos que en términos de injusticia y desigualdad social se configuraron bajo la globalización neoliberal.

El carácter especulativo y contradictorio del sistema dificultó sostener en el largo plazo tasas de crecimiento económico positivas y generar ganancias sociales para el grueso de la población mundial².

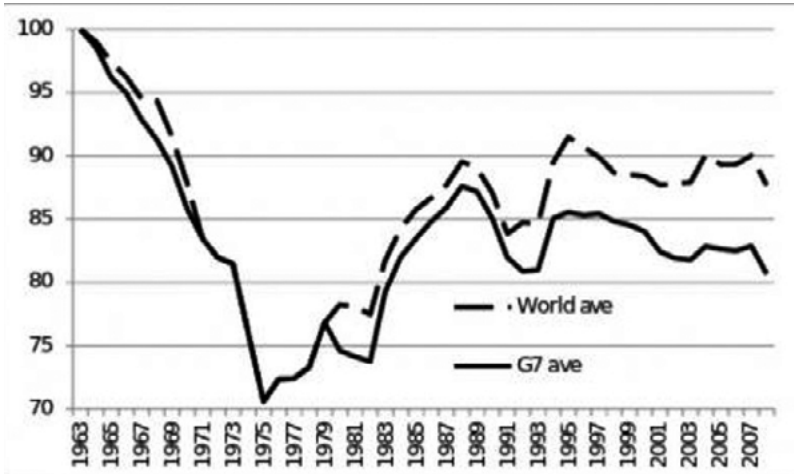
Gráfico 1. Tasa de crecimiento anual promedio del norte industrial



Fuente: Michael Roberts (2019). Disponible en: <http://www.sinpermiso.info/textos/las-perspectivas-demograficas-del-capitalismo>

² Michael Roberts (2018), recuperando el trabajo de Carchedi menciona: “El punto esencial es que las crisis financieras son causadas por la reducción de la base productiva de la economía. De este modo se llega a un punto en el que tiene que haber una deflación repentina y masiva en los sectores financieros y especulativos. A pesar de que parece que la crisis se ha generado en estos sectores, la causa última reside en la esfera productiva y la caída de la tasa consiguiente de beneficio en este ámbito”.

Gráfico 2. Tasa de ganancia en todo el mundo y el G7, 1963–2008 (índice 1963 = 100)



Fuente: Guglielmo Carchedi (2017). <http://www.sinpermiso.info/textos/el-agotamiento-de-la-fase-historica-actual-del-capitalismo>

Las gráficas anteriores ilustran una caída del crecimiento en todas las economías del Norte desde el inicio de esta nueva fase imperialista (segunda mitad del siglo XX), así como de las tasas de ganancia. Esta caída se explica por la expansión cada vez más lenta de la producción, la reducción de la base productiva de la economía, el declive en la productividad de la fuerza de trabajo, la caída de la rentabilidad del sector productivo y financiero, entre otros asuntos (Roberts, 2018 y 2019).

La crisis del capitalismo (2008) da cuenta de la incapacidad sistémica para sostener indefinidamente el alza en las tasas de beneficio y en consecuencia para construir un orden con una alta capacidad de integración y legitimidad social. En tanto las ganancias se concentraron en pocas manos, el costo de la crisis lo soportó la masa trabajadora y precarizada. Al decir de Carchedi,

La capacidad de supervivencia de la actual fase histórica se está agotando, el capitalismo tiende a morir. Pero no puede morir sin ser reemplazado por un sistema superior y, por lo tanto, sin la intervención de la subjetividad de la clase. Sin esa subjetividad, se renovará y entrará en una nueva fase en la que su dominio sobre el trabajo será aún mayor y más terrible. Una condición para que esto no suceda es que las luchas sacrosantas de los trabajadores por una mayor inversión estatal para reformas y mejores condiciones de vida y condiciones de trabajo se lleven a cabo en la óptica de la oposición irreconciliable entre el capital y el trabajo, y no en la perspectiva keynesiana de la colaboración de clases (Carchedi, 2017).

Con esta crisis también se visibilizó de manera mucho clara las consecuencias que en términos de injusticia y desigualdad social se configuraron bajo la globalización neoliberal. Los reportes de OXFAM (2019) han señalado que posteriormente a la crisis de 2008 se incrementó la concentración de la riqueza socialmente producida, “en 2016, 26 personas poseían la misma riqueza que 3800 millones de personas, la mitad más pobre de la humanidad”; y para el 2018 la mitad de la población mundial vivía con menos de 5,50 dólares al día.

En los diez años posteriores a la crisis económica, el número de multimillonarios prácticamente se ha duplicado. La riqueza de los multimillonarios que hay en el mundo se ha incrementado en 900.000 millones de dólares tan solo en el último año, lo cual equivale a un incremento de 2.500 millones de dólares diarios. Mientras, la riqueza de la mitad más pobre de la población mundial, que equivale a 3.800 millones de personas, se redujo en un 11% (OXFAM, 2019, p. 12).

La gestión de la crisis, como era de esperarse, se soportó en un plan general de rescate a los grandes bancos de inversión “*eran demasiado grandes para caer*” y de castigo a los pequeños bancos locales y a los millares de familias endeudadas (Stiglitz, 2018). De ahí, que este proceso fuese caracterizado por Stiglitz como “el gran atraco norteamericano”.

La crisis financiera mundial de 2008 no solo minó la confianza en los mercados descontrolados y en las élites, sino que dejó al descubierto la hipocresía de Washington: frente a la crisis, Estados Unidos y Europa desarrollaron políticas diametralmente opuestas a las que habían impuesto en el Este asiático y en otros lugares [...] bajaron los tipos de interés a cero en lugar de subirlos a los niveles abusivos que habían exigido a Corea e Indonesia. Aumentaron enormemente el gasto público, lo cual provocó unos déficits sin precedentes. Y emprendieron uno de los mayores rescates de la historia de la humanidad, peses a que críticos como yo habíamos señalado que no resultaba necesario para resucitar la economía [...] todo esto dejó un amargo resquemor [...] solo sirvió para reforzar la imagen de duplicidad: unas normas para los ricos y poderosos y otras para los demás (Stiglitz, 2018, p. 404).

De esta manera, las medidas de política económica posterior a 2008 profundizaron una tendencia del neoliberalismo: *socializar las pérdidas, concentrar las ganancias y rescatar estatalmente al gran capital*. La estructura tributaria da cuenta de esta situación.

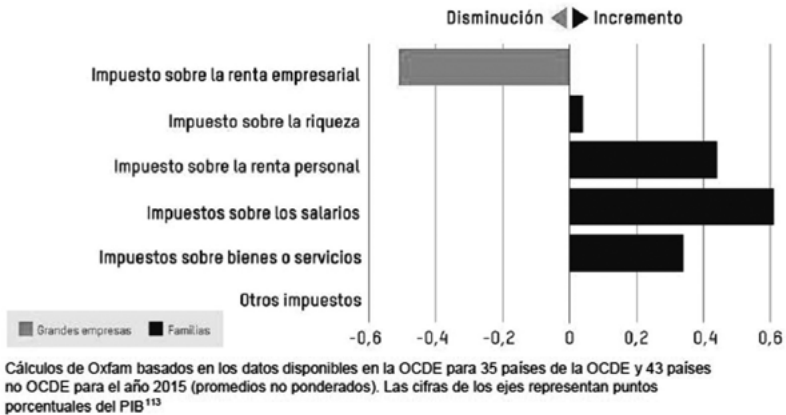
Gráfico 3. Desglose de los ingresos fiscales



Nota: el redondeo de las cifras implica que no sumen 100

Fuente: OXFAM (2019). Disponible en: <https://oxfamlibrary.openrepository.com/bitstream/handle/10546/620599/bp-public-good-or-private-wealth-210119-es.pdf>

Gráfico 4. Variaciones en los ingresos fiscales entre 2007 y 2015 (% del PIB)



Fuente: OXFAM (2019) Disponible en: <https://oxfamlibrary.openrepository.com/bitstream/handle/10546/620599/bp-public-good-or-private-wealth-210119-es.pdf>

Como se puede apreciar en las gráficas anteriores, por lo menos el 61% de los ingresos fiscales se soportan en los salarios de los trabajadores, bien sea a través del IVA y otros impuestos al consumo, o con la tributación directa sobre los salarios. Tan solo el 15% proviene de impuesto a la renta empresarial y la riqueza. Resulta particularmente alarmante que post-crisis disminuyera el impuesto a la riqueza empresarial de las grandes empresas y aumentarán los impuestos sobre los salarios. Denotando que el costo del rescate económico recayó sobre la masa de trabajadores precarizados de la globalización neoliberal. Esta situación empobreció aún más a la clase trabajadora y enriqueció al gran capital.

Y justamente, fue la crisis y las modalidades de su gestión las que ayudan a explicar, parcialmente, los resultados electorales entrada la segunda década del siglo XXI. Los discursos político-electorales de los reaccionarios ultras derechistas “responsabilizaron” a la globalización neoliberal y sus narrativas democráticas de la crisis que viven

sus países. Al respecto, son ilustrativas las afirmaciones del entonces candidato Donald Trump,

El americanismo, y no el globalismo, este es nuestro credo [...] Hemos pasado de la política del americanismo, que se centró en lo que es bueno para la clase media estadounidense, a la política de la globalización, que se centra en cómo hacer dinero para las grandes corporaciones que pueden desviar su capital y puestos de trabajo a otros países, perjudicando así a los trabajadores y a la economía estadounidense [...] Rechazamos la ideología de la globalización y abrazamos la doctrina del patriotismo (Trump, 2017).

En Italia, Mateo Salvini frente a la migración señalaba,

Daremos respuestas concretas. Limitar los desembarcos y aumentar las expulsiones significa salvar vidas [...]. Hay que acabar con el negocio del tráfico de inmigrantes (Salvini, 2018).

En Nuestra América, los candidatos de derecha responsabilizaron al “socialismo” y las trayectorias recorridas por los denominados gobiernos alternativos de la crisis capitalista que atravesó la región desde 2012. Al decir de candidatos hoy presidentes como Mauricio Macri, Jair Bolsonaro, Sebastián Piñera, entre otros, los 15 años que atravesó la región bajo el gobierno de estas experiencias serían los responsables de la caída en la tasa de crecimiento económico, la devaluación, el incremento en las tasas de desempleo, entre otros rasgos que acompañan la crisis económica latinoamericana.

En Brasil, en su discurso de asunción Bolsonaro señaló:

Aproveito este momento solene e convidar cada um dos congressistas para me ajudarem na missão de restaurar e de reerguer nossa patria, libertando-a, definitivamente, do jogo da corrupção, da criminalidade, da irresponsabilidade econômica e da submissão ideológica. Temos, diante de nós, uma oportunidade única de reconstruir o nosso país e de resgatar a esperança dos nossos compatriotas. [...] Vamos unir o povo, valorizar a família, respeitar as religiões e nossa tradição judaico-cristã, combater a ideologia de genero, conservando

nossos valores. O Brasil voltará a ser un país livre das amarras ideológicas (Bolsonaro, 2019).

Estas narrativas a nivel mundial de aparente antiglobalización y de reafirmación del nacionalismo y patriotismo, no es otra cosa que una pretensión de ciertos sectores de la clase capitalista mundial, especialmente estadounidense, por construir una nueva gobernanza para la globalización. Un nuevo esquema que limite a China y Rusia y garantice la posición hegemónica de los Estados Unidos.

El ocupante de la Casa Blanca intenta modificar ese resultado con un reordenamiento pro-yanqui de los tratados comerciales. No encara un repliegue proteccionista y es erróneo suponer que propicia la regresión a los bloques aduaneros de los años 30. Trump no quiere, ni puede revertir el cambio estructural introducido por la preeminencia de las empresas transnacionales. Ese proceso de internacionalización de la economía se afianzó, al cabo de tres décadas expansión de las inversiones extranjeras y crecimiento del comercio por encima de la producción. El exótico mandatario solo busca reordenar los términos de esa globalización a favor de su país, mediante negociaciones a cara de perro (Katz, 2018, p. 159).

No se trata entonces de recuperar un proyecto estado-céntrico y el otrora sistema keynesiano de bienestar. Lo que realmente se persigue es la definición de una nueva administración de la globalización caracterizada por rasgos neoconservadores: clasista, racista, colonialista, militarista y machista. Narrativas generadoras de legitimidad en ciertos sectores de la población que consideran han perdido con la globalización neoliberal. Con las implicaciones que en términos democráticos tiene este discurso.

De esta manera los discursos xenófobos y antimigración, negacionistas del cambio climático, nacionalistas y antiintegración regional, de aparente antiglobalización y de afianzamiento de un capitalismo ultraconservador han ganado espacio en el mapa político mundial, sin lograr eclipsarlo en su totalidad, y han acompañado los reacomodamientos de la geopolítica mundial en el último lustro.

Así las cosas, los resultados electorales del último lustro advierten sobre el fortalecimiento de las propuestas políticas de derecha a nivel mundial y sobre el afianzamiento de ideas reaccionarias en un número importante de grupos sociales. El gobierno de Trump en los Estados Unidos, el creciente peso electoral de partidos con posiciones reaccionarias en Alemania y Austria, la gestión del BREXIT, y las direcciones gubernamentales de Polonia y Hungría ilustran este escenario.

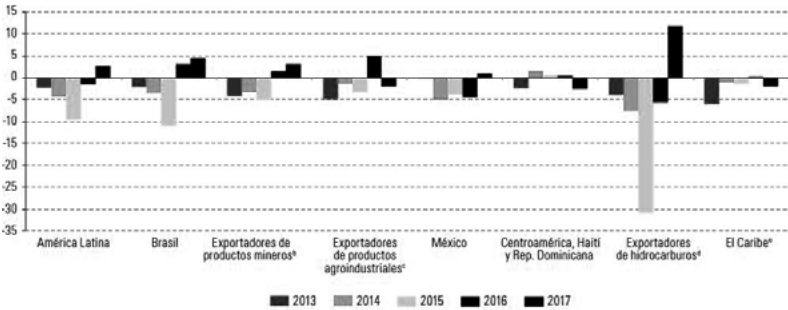
Ahora bien, entre los múltiples riesgos que implica el afianzamiento de las fuerzas de derecha en el escenario social, se destaca la construcción de una narrativa que encubre los factores reales que explican la crisis civilizatoria del capitalismo mundial. Son los migrantes, los terroristas, los desempleados, los derechos humanos, los responsables de la crisis; encubriendo la lógica especulativa, criminal y del despojo y los actores que se benefician de la misma quienes son sus verdaderos responsables. En síntesis, son los pobres y no los ricos los responsables de la crisis del capitalismo mundial.

El fortalecimiento de estas fuerzas políticas de extrema derecha alertan sobre los riesgos democráticos que afrontan los pueblos *ad portas* del inicio de la tercera década del siglo XXI.

Los impactos de la crisis en las experiencias neodesarrollistas latinoamericanas

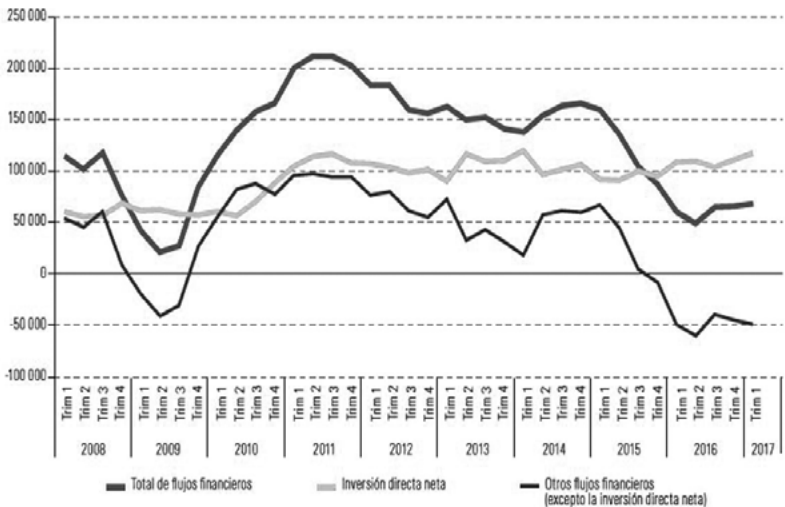
Nuestra América transitó por un proceso similar al descrito. La crisis capitalista de 2008 tuvo una expresión concreta en la región con la caída del precio de los *commodities* en el 2012. El impacto en términos de crecimiento económico y entrada de divisas a las economías regionales afectó los ingresos del Estado y sus posibilidades de inversión.

Gráfico 5. América Latina y Caribe tasas de variación en los términos de intercambio 2013-2017 (%)



Fuente: CEPAL (2017)

Gráfico 6. América Latina flujos de inversión directa y neta y demás flujos financieros 2008-2017



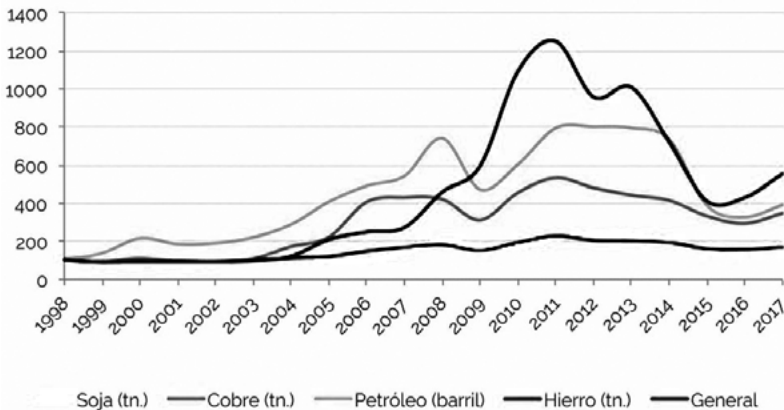
Fuente: CEPAL (2017)

Los gobiernos denominados “alternativos” o “neodesarrollistas” no lograron una administración relativamente autónoma de la crisis que les permitiera sostener su horizonte de política social, a través del cual lograron la inclusión al mercado de un sector amplio de capas sociales tradicionalmente excluidas del consumo. De ahí que la crisis condujo a limitar el alcance e impacto de sus políticas de asistencia social, con los impactos que en términos de legitimidad política de esto se desprende.

La literatura regional propone una serie de elementos que ayudan a explicar el margen acotado de reacción que tuvieron estos gobiernos. Entre otros se destacan:

- *Alto nivel de dependencia de los ingresos provenientes de la venta de materias primas.* Estos gobiernos le apostaron a un tiempo largo e indefinido de precios altos de las comoditties. De tal suerte que la caída de los precios afectó sensiblemente los ingresos proyectados por el Estado.

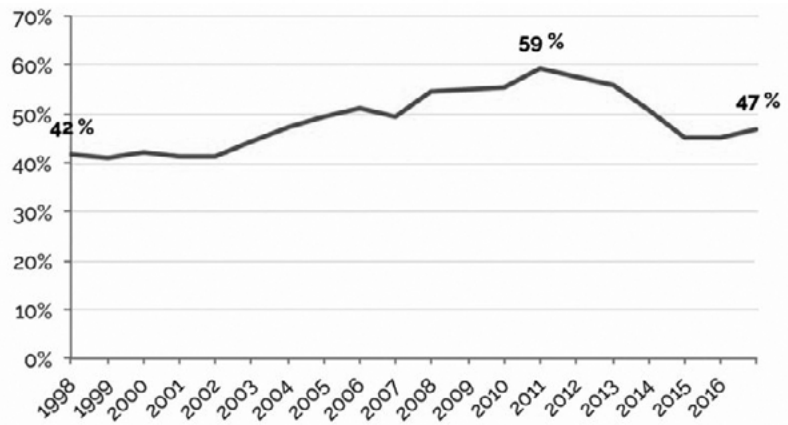
Gráfico 7. Precios internacionales de commodities en dólares



Fuente: CELAG. Disponible en <https://www.celag.org/finanzas-precios-internacionales-materias-primas-riesgo-regional/>

- En concordancia con el punto anterior, estas experiencias políticas fortalecieron la lógica de la economía dependiente y limitaron sus proyectos nacionales al desarrollo de una economía primaria. De ahí que estos gobiernos son responsables de modo importante del proceso de reprimarización de las economías sudamericanas.

Gráfico 8. Participación de las materias primas en América Latina en las exportaciones totales en dólares

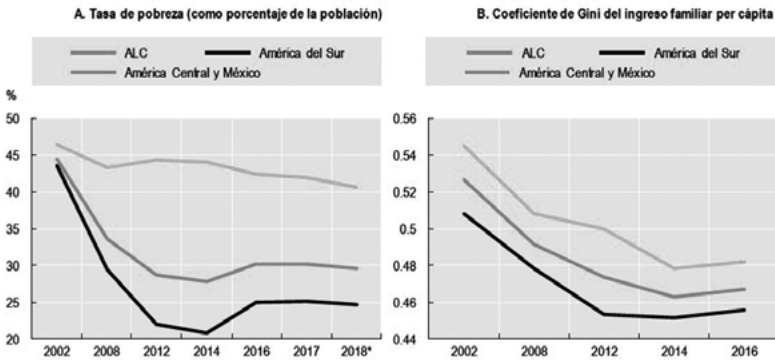


Fuente: CELAG. Disponible en: <https://www.celag.org/finanzas-precios-internacionales-materias-primas-riesgo-regional/>

- Construyeron una política económica orientada por el ideario del nuevo desarrollo de inclusivo. De esta manera, se buscó dinamizar la economía a través del estímulo al consumo de amplias capas de sectores populares antes excluidas de este proceso. Sin embargo, la inclusión de estos nuevos consumidores se soportó en procesos de bancarización y de algunos subsidios; estímulos que no resolvían de manera estructural la condición de pobreza de estos sectores.

- *Formulación de políticas sociales que, aunque apuntaban a reducir la pobreza no pretendían desconcentrar la riqueza.* De este modo, se desplegaron una serie de políticas asistencialistas y condicionales sin quebrar realmente las condiciones de reproducción de la pobreza. De ahí que con la crisis del 2012 se asistió a un nuevo incremento de las tasas de pobreza y de incremento en el coeficiente de GINI.

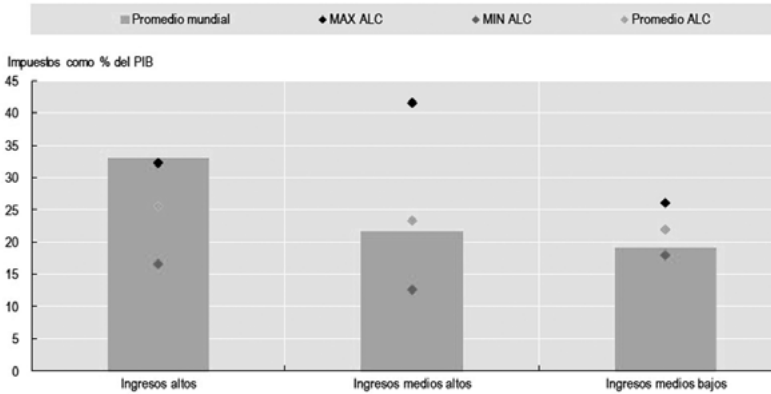
Gráfico 9. Pobreza y desigualdad de ingresos en América Latina y el Caribe



Fuente: CEPAL (2019)

- *La política tributaria no cambió la estructura regresiva definida bajo el neoliberalismo.* De este modo no se transformaron las fuentes de financiación tributaria al Estado y se siguió gravando al trabajo y favoreciendo al capital.

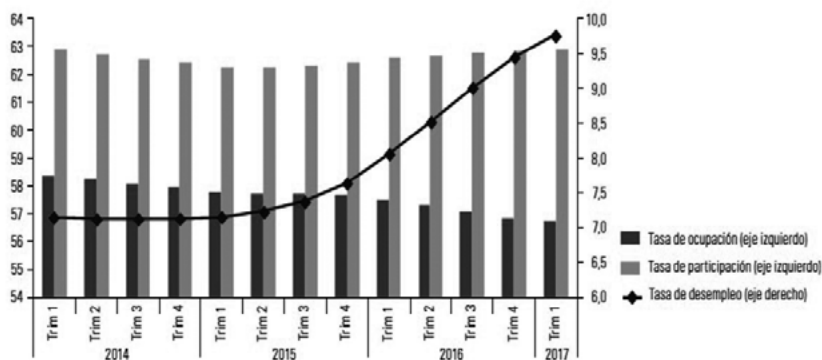
Gráfico 10. Impuestos como proporción del PIB en América Latina y el Caribe, promedio mundial por grupo de ingresos



Fuente: CEPAL (2019)

- *Los gobiernos progresistas mejoraron los salarios, pero no debilitaron el gran capital.* De este modo cuando se debieron realizar ajustes producto de las crisis los primeros golpeados fueron los salarios de los y las trabajadoras. De ahí que producto de la crisis se evidencie una tasa de aumento del desempleo.

Gráfico 11. América Latina y el Caribe tasas de ocupación, participación y desempleo



Fuente: CEPAL (2017)

Así las cosas, la crisis del capitalismo mundial golpeó sensiblemente las economías latinoamericanas de manera más acentuada desde el 2012. Las ganancias sociales obtenidas en lo corrido del siglo XXI fueron parcialmente desmontadas por unos gobiernos que vieron sensiblemente reducidos sus ingresos y que nunca lograron desmarcarse de los sectores económicos dominantes a nivel mundial, regional y nacional.

Estos gobiernos, en tanto no lograron construir una política económica autónoma y basaron su programa de gobierno en una *conciliación de clases*, tuvieron un margen acotado para reaccionar a la crisis. De ahí, que optaron por castigar a los sectores con menor capacidad de negociación política en esa coyuntura, esto es, las clases populares y las expresiones del movimiento popular. Y ello por proteger al gran capital (nacional y transnacional). De esta manera, generaron condiciones para estabilizar el capitalismo en crisis. Finalmente, estas experiencias sucumbieron a los parámetros del

orden heredado, refrendado la articulación entre neoliberalismo y progreso.

Este escenario condujo a una pérdida de legitimidad de las experiencias “alternativas” y a unos reacomodos en el bloque en el poder que condujeron al fortalecimiento de las tendencias reaccionarias. Se abre de esta manera, un nuevo momento en la política-electoral latinoamericana con el triunfo de Mauricio Macri (2015) en Argentina, Sebastián Piñera en Chile y Lenin Moreno en Ecuador (2017); así como con el golpe judicial a Dilma Rousseff en (2016) que preparó el terreno para la victoria de Jair Bolsonaro en Brasil (2018).

Lo acontecido con las experiencias alternativas se refuerza con los triunfos electorales de la derecha en Perú (2016), Colombia (2018), Paraguay (2018), Costa Rica (2018), entre otros.

Las narrativas de esta derecha responsabilizaron a los programas políticos alternativos de los impactos de la crisis y del déficit democrático. Este terreno lo venían abonando desde sus mismas derrotas electorales iniciado el siglo XXI.

[...] Ya es bien sabido por la mercadotecnia de la guerra y sus publicistas que una de las condiciones de esta es, antes que nada, satanizar al enemigo, de forma tal que se anestesia la opinión pública y se ahogue antes de nacer cualquier reacción de carácter moral. Ya en varios documentos del Congreso de Estados Unidos los nombres de Chávez y otros líderes del “eje del mal” aparecían entonces permanentemente asociados a “pobreza, violentos conflictos guerrilleros, líderes autocráticos, narcotráfico y populismo radical” (Borón, 2012, p. 146).

El 2015 marca entonces un punto de inflexión para la disputa político-electoral en la región. La derecha logra capitalizar el electorado en algunos países que experimentaron gobiernos neo-desarrollistas, en todo caso no es despreciable el incremento de la abstención electoral. Sin embargo, pese a estos resultados se destaca la vitalidad del proceso boliviano y cubano, así como el triunfo electoral de Morena en México.

Triunfos electorales de la derecha latinoamericana

Los triunfos político-electorales de programas de gobierno ultraconservadores develan la posición de ciertos sectores de la sociedad latinoamericana por encontrar salidas reaccionarias a la gestión de la crisis. Aunque es apresurado señalar que se ha consumado un giro a la derecha en la región, el cual implicaría el fin de las posibilidades para propuestas alternativas, sí es importante advertir sobre los impactos negativos que ya se empiezan a vivir en el subcontinente.

En los últimos años se han impulsado una serie de medidas de política que ponen en cuestión las ganancias de las luchas sociales referidas a políticas sociales, laborales, diferenciales, entre otras. A continuación, destacamos algunos asuntos que alertan sobre una gestión que profundiza el agravamiento de las condiciones sociales existentes.

- *Política económica ultra-neoliberal:* Políticas económicas y reformas laborales que castigan en forma progresiva el salario de los y las trabajadoras y precariza sus condiciones laborales; al respecto es ilustrativo lo acontecido en Brasil con la reforma de 2017 la cual impulsó: flexibilización de las garantías mínimas referida a la jornada de trabajo y el salario, fin de contribución sindical obligatoria, nuevas formas de contratos de trabajo (trabajo intermitente, que legaliza precarización), entre otros asuntos.
- *Securitización de la vida social y criminalización de la protesta:* Fortalecimiento de acciones policiales autoritarias para controlar la dinámica social cotidiana. La propuesta de Bolsonaro de armar a la población y el tratamiento militar de la protesta social ilustran esta cuestión. Esta política permite explicar el asesinato de liderazgos jóvenes y feministas entre los que se destacan el de Santiago Maldonado y Marielle Franco; así como el de cientos de líderes y lideresas sociales en Colombia.

- *Posiciones reaccionarias frente a los derechos de las mujeres:* La decisión del legislativo en Argentina de prohibir la legalización del aborto pese a la fuerza del movimiento feminista y los pronunciamientos de Bolsonaro frente al combate de “la ideología de género” y la prohibición de enseñar temas de “feminismo” en las escuelas denotan el carácter marchista y patriarcal de estos gobiernos.
- *Reacomodamientos en la relación con los Estados Unidos:* La disposición de los gobiernos de Argentina, Brasil y Colombia de actuar como los aliados estratégicos de Estados Unidos en la región y de liderar su doctrina antiterrorista acercan de modo peligroso a la región a los intereses belicistas de Trump; la posición tomada frente a la crisis de Venezuela, así como la apertura del gobierno de Brasil a la instalación de una base militar de los Estados Unidos en su territorio, ilustran esta cuestión.
- *Fin de experiencias de integración progresistas y dinamización propuestas reaccionarias:* La decisión de Colombia y Chile de impulsar el fin de la UNASUR y de crear un nuevo organismo regional PROSUR expresa la necesidad de redefinir una nueva arquitectura institucional proclive al momento regional. En este escenario, se destaca el carácter protagónico que ha pretendido asumir el denominado Grupo de Lima para tramitar la crisis en Venezuela.
- *Combate al comunismo:* todas estas expresiones gubernamentales asumen la bandera de defensa del capitalismo más reaccionario, pretenden negar la inviabilidad de construir proyectos alternativos y construyen un relato reaccionario frente al comunismo.

Estas acciones han fortalecido el carácter autoritario y contrainsurgente de los Estados latinoamericanos. Pese a que los triunfos de estos gobiernos han estado mediados por una importante abstención electoral, no deja de ser alarmante que han ganado elecciones enarbolando banderas reaccionarias y guerreristas, las campañas de Jair Bolsonaro, Mario Abdo Benítez e Iván Duque son ilustrativas de estos

asuntos. Estos proyectos políticos han logrado capitalizar un amplio sector de la sociedad civil despolitizada y sin una responsabilidad clara frente a lo público, elemento no despreciable para el análisis político en la actual coyuntura. Esta situación parece anticipar la derrota electoral del Frente Amplio en Uruguay.

Ahora bien, frente a este panorama no deja de ser alentador la vitalidad del proceso boliviano, cubano y los resultados electorales en México que condujeron al triunfo de la propuesta de Andrés Manuel López Obrador.

Resistencias sociales: democracia un campo en disputa

Pese a este escenario que se vive en la región resulta esperanzador el triunfo electoral de Andrés Manuel López Obrador en México y el reciente proceso constituyente vivido en Cuba, en el cual se reafirma el carácter revolucionario y socialista de su proyecto. También, se destaca la permanencia y amplias posibilidades del triunfo de Evo Morales en Bolivia.

Aunado a las experiencias político-electorales es importante destacar la vitalidad del movimiento feminista en buena parte de los países de la región; del movimiento estudiantil, indígena y campesino en países como Colombia, Brasil y México; y las diferentes experiencias organizativas en el espacio urbano, destacándose la resistencia civil en Haití.

Estos movimientos expresan la riqueza, creatividad y vitalidad del campo de la lucha popular y comunitaria.

Ahora bien, surgen una serie de asuntos que deben ser valorados por las fuerzas sociales y políticas de izquierda, especialmente recuperando algunos aprendizajes del período denominado progresista que se vivió en varios países latinoamericanos en los primeros 15 años del siglo XXI. Entre otros se destacan:

- *Resolver la tensión entre lo político-electoral y lo político-social comunitario sin pretender subordinar el segundo al primero.* Las fuerzas políticas de izquierda en la disputa por los espacios de gobierno institucionales tienden a valorar como superior esta lucha, dejando en un segundo nivel la acción política en los entornos locales y comunitarios. Esto ha conducido a una subvaloración y en el peor de los casos a un eclipsamiento de la segunda a la lógica de acción de la primera. Este asunto debe ser reflexionado con más detenimiento. La experiencia nos demostró que, en esas épocas de intensas movilizaciones, el partido es tan solo el instrumento político de una masa popular que, a través de eso que Luis Tapia (2008) denomina el subsuelo político, dinamizó todo su acumulado y experiencia histórica para desplegar condiciones y capacidades reales de igualdad política y de ejercicios efectivos de la democracia.
- *¿Cómo evitar que cuando las izquierdas alcancen el poder político y la dirección gubernamental pretendan la institucionalización del movimiento popular?* Este es un asunto crucial el cual ha sido muy discutido en Bolivia, Venezuela, Argentina e incluso en el proceso que se vive en este momento en México. Es una reflexión que debe atravesar las discusiones de la unidad de las izquierdas, pues como bien lo señala Boaventura de Sousa Santos (2019), la convergencia no puede limitar la posibilidad de la divergencia. Un horizonte de la disputa debe ser ocupar posiciones y espacios institucionales que permitan impulsar reformas democráticas para la sociedad. Pero la gran preocupación surge cuando se ganan esos espacios y no hay simultáneamente un movimiento fuerte que controle un gobierno que pueda quedar, incluso con la mejor voluntad, atrapado en la lógica sistémica de la estatalidad existente. Al respecto, es bien interesante la reflexión del subcomandante Marcos en la “historia de los espejos” (2001).
- *La lucha política de la izquierda debe tener como principio de acción la disputa hegemónica.* Realizar reformas y políticas sociales

progresistas y democráticas es importante pero insuficiente. La experiencia latinoamericana nos muestra que si no hay una disputa cultural se pierde la fortaleza de la lucha política de la izquierda. Estos gobiernos no disputaron una hegemonía política ni lograron crear un nuevo bloque histórico. No se logró comprender que el Estado es el principal espacio de disputa. Solo se vio como un órgano de gestión. Hay una tarea monumental para el proyecto de unidad de izquierda, no solo que política económica queremos sino cuál es el tipo de sociedad y de ciudadanos a la que apuntamos construir. Y en este sentido el horizonte anticapitalista es central para la reflexión.

- *Las luchas de las izquierdas deben comprender la contradicción entre capitalismo y democracia y en este orden poder avanzar en la construcción de una propuesta anticapitalista.* Las experiencias políticas que se vivieron en Nuestra América a inicios del siglo XXI han sido muy importantes para nuestras sociedades. Sin embargo, el carácter limitado de su lucha y el margen acotado de reacción y gestión a la crisis, se explica en buena medida en su opción de construir gobiernos soportados en la conciliación de clases. Recuperar el debate sobre qué es ser de izquierda resulta de la mayor vigencia en el escenario contemporáneo y en esta disputa por el campo democrático. La reflexión del maestro Bolívar Echeverría contribuye al respecto, “el Ser de izquierda debería definirse a partir de esa actitud de resistencia y rebeldía frente al hecho de la enajenación [...] en el origen y en la base del ser de izquierda se encuentra esa actitud ética de resistencia y rebeldía frente al modo capitalista de la vida civilizada [...] por debajo y muchas veces a expensas de una posible eficacia política de un posible aporte efectivo a la conquista del poder estatal “en bien de las mayorías” (2006, p. 263).

Bibliografía

Echeverría, B. (2006). *Vuelta de siglo*. México D.F.: Era.

Bolsonaro, J. (2019). Discurso de posesión presidencial ante el Congreso. Disponible en: <https://www1.folha.uol.com.br/poder/2019/01/leia-a-integra-do-discurso-de-bolsonaro-na-cerimonia-de-posse-no-congresso.shtml>

Borón, A. (2008). ¿Una nueva era populista en América Latina? En *El Eterno retorno del populismo en América Latina y el caribe*. Disponible en: <http://biblioteca.clacso.edu.ar/clacso/gt/20121122111456/Eleternoretornodelpopulismo.pdf>

Carchedi, G. (2017). El agotamiento de la fase histórica actual del capitalismo. Disponible en: <http://www.sinpermiso.info/textos/el-agotamiento-de-la-fase-historica-actual-del-capitalismo>

CEPAL. (2019). *Balance preliminar de las economías de América Latina y el Caribe*. Santiago de Chile. Disponible en: https://repositorio.cepal.org/bitstream/handle/11362/44326/141/S1801219_es.pdf

CEPAL. (2017). *Perspectivas económicas de América Latina 2019. Desarrollo en transición*. Santiago de Chile. Disponible en: https://repositorio.cepal.org/bitstream/handle/11362/44525/1/S1900182_es.pdf

De Sousa Santos, Boaventura. (2019). *Izquierdas del mundo uníos*. Bogotá: Siglo del Hombre.

Katz, C. (2018). Trump agrava el atolladero estadounidense. En *Estados Unidos contra el mundo: Trump y la nueva geopolítica*. Buenos Aires: CLACSO.

Roberts, M. (2019). Las perspectivas demográficas del capitalismo. Disponible en: <http://www.sinpermiso.info/textos/las-perspectivas-demograficas-del-capitalismo>

OXFAM. (2019). ¿Bienestar público o beneficio privado? Disponible en: <https://oxfamilibrary.openrepository.com/bitstream/handle/10546/620599/bp-public-good-or-private-wealth-210119-es.pdf>

Stiglitz, J. (2018). *El malestar en la globalización. Revisitado*. Barcelona: Taurus.

Subcomandante Marcos. (2001). *La historia de los espejos*. Disponible en: https://palabra.ezln.org.mx/comunicados/1995/1995_06_09.htm

Tapia, L. (2008). *Política salvaje*. La paz: Muela de Diablo.

Trump, D. (2017). Discursos campaña electoral. En *Americanismo contra la globalización*. Disponible en: <https://www.geopolitica.ru/es/agenda/donald-trump-el-americanismo-contra-la-globalizacion>

Wahren, P. (2019). *Finanzas y precios internacionales de las materias primas: un riesgo regional*. Disponible en: <https://www.celag.org/finanzas-precios-internacionales-materias-primas-riesgo-regional/>

El ciclo progresista en América Latina

De una tentativa frustrada a una perspectiva estratégica

*Victor Manuel Moncayo C.**

Algunas advertencias necesarias

Esta comunicación es apenas un intento por reconstruir algunas reflexiones sobre lo que se ha convenido en denominar los gobiernos progresistas en América Latina y el también denominado final de ese ciclo, signado en buena medida por la instauración de gobiernos de corte autoritario, que representarían un giro hacia la derecha. Como tal es el resultado de algunas lecturas de textos relevantes para el efecto, entre los muchos que se han producido y se siguen presentando en los tiempos recientes.

Frente a esas circunstancias históricas, no creemos que puedan darse aún respuestas satisfactorias, pero sin duda sí podríamos ensayar contribuir con algunos elementos para sugerirlas, con toda la precaución que es necesaria, pues estamos ante situaciones

* Profesor emérito y ex rector de la Universidad Nacional de Colombia.

novedosas, en el contexto general del acontecer general del orden capitalista en el cual seguimos inmersos.

La primera consideración indispensable es insistir, una vez más, aunque para muchos sea obvio, que todo este acontecer se escenifica bajo la vigencia del sistema de organización capitalista, que desde hace varios siglos existe y continúa reproduciéndose en todas las agrupaciones societarias del planeta. Es una realidad incontestable que no podemos dejar de tener presente cuando se trata de apreciar el curso de la historia.

Reconocida esa premisa, es preciso también admitir, aunque existan múltiples entendimientos, que el capitalismo desde hace ya varios decenios transita por una fase diferente que ha transformado radicalmente sus formas sociales de organización. Se trata de una era que sucede luego del agotamiento del modelo fordista-taylorista-keynesiano, en ruptura con las bases del llamado capitalismo industrial, a partir de una naturaleza diferente del trabajo y de las fuentes del valor, que sustentan la acumulación del capital y reorganizan la explotación como una expropiación rentista de lo común, en el contexto del sistema financiero globalizado (Moncayo, 2018).

Esta fase si bien tiene rasgos o características relativamente comunes a nivel global, ofrece especificidades en cada forma societaria, como las que evidentemente se advierten en cada una de las sociedades latinoamericanas, en función de sus diferentes configuraciones nacionales y de sus distintas formas de inserción en el capitalismo global.

Ahora bien; a cuarenta años de la trágica desaparición de Poulantzas, bueno es regresar a sus iluminadores trabajos sobre el Estado, para recordar como la dimensión estatal es parte constitutiva de la sociedad capitalista, y que esta se nos presenta históricamente bajo *formas* diversas, que no pueden confundirse con los *regímenes políticos*, ni mucho menos con los *gobiernos* en particular.

En el caso concreto de América Latina y, en especial, de las sociedades que se afirma han sido protagonistas del denominado ciclo progresista, la dimensión estatal propia del capitalismo ha regido

con sus rasgos esenciales, aunque con especificidades derivadas de las características de su advenimiento histórico al capitalismo y de su articulación con las formas derivadas de su inserción colonial. Como tal, esos Estados han correspondido también a las necesidades de cada fase del capitalismo y, en particular, a la fase contemporánea a la cual hemos aludido, aunque bajo formas heterogéneas y en momentos temporales diferentes. Similar consideración puede hacerse respecto de los regímenes políticos que han sido distintos según el tratamiento nacional de las variaciones de organización y funcionamiento del sistema democrático, determinadas por la composición de las clases y fracciones dominantes en el bloque de poder, y por las organizaciones, luchas y resistencias de los sectores explotados y excluidos.

El ciclo antineoliberal

Pues bien, en los inicios del presente siglo, varios países del continente (excluidos México, Colombia, Perú y Chile) inician lo que se ha bautizado un “ciclo de impugnación al neoliberalismo en América Latina” (CINAL) (Thwaites y Ouviaña, 2018), como resultado de procesos internos de luchas sociales y de circunstancias particulares de funcionamiento de los sistemas político-representativos. Pretendieron atender reivindicaciones de diversa índole provenientes de los movimientos indígenas, las organizaciones campesinas y los agrupamientos afrodescendientes, de los movimientos de desocupados y pobladores, así como de sectores de la clase trabajadora afectados por la precarización laboral y en sus condiciones de vida (Thwaites y Ouviaña, 2018).

Sobre los desarrollos específicos de esas experiencias, es preciso tener en cuenta, así sea de manera preliminar, que sobre ellas no puede hablarse en términos de generalización, pues son, sin duda, muy específicas. En algunas han sido significativas las respuestas a problemas de naturaleza colonial (como en Bolivia y Ecuador)

o a problemas de discriminación y exclusión (como en Brasil). En otras, lo determinante han sido problemas asociados al régimen político y a determinados gobiernos (como en Venezuela, Argentina o Paraguay).

Y es importante también señalar que en todos los casos, con algunas excepciones notables, los procesos no han estado acompañados por un reconocimiento claro de la fase actual del capitalismo y de su particular incidencia en cada sociedad. Más bien acudieron nostálgicamente a reivindicar el Estado de bienestar, a exaltar las posible ventajas de un mejoramiento del sistema democrático-representativo, a plantear posibilidades de un capitalismo nacional con rostro humano, a organizar sistemas de redistribución de rentas derivadas de un momento internacional favorable, a la proclamación de la igualdad y de nuevos derechos, al reconocimiento de la heterogeneidad de las singularidades múltiples, y a legitimar la llamada pertinencia de las políticas extractivistas por su papel generador de rentas de posible redistribución.

Pues bien, más allá de los resultados de esos procesos que han sido analizados en cada caso con detenimiento¹, y que precisamente han dado lugar a la tesis de que el “ciclo progresista” ha concluido o ha entrado en crisis, lo que puede afirmarse es que todos ellos representaron una tentativa de enfrentar la fase contemporánea del capitalismo (el “neoliberalismo”), a través de gobiernos que buscaron cambiar el régimen político de cada sociedad en particular. Tentativa que se puede calificar como derrotada o fracasada. En tal sentido, podría decirse que representaron ejercicios de cambio de gobierno y de régimen político para ponerlos en funcionamiento en favor de una ruptura de la fase actual del capitalismo y, por qué no decirlo, del propio sistema de organización capitalista, que han conducido al menos parcialmente a una involución autoritaria, a regímenes y

¹ Nos referimos, entre otros muchos, a los trabajos de Thwaites y Ouviaña (2018); Acosta (2013); De Sylvain (2018), Gago y Sztulwark (2016); Hardt y Negri (2019); Mezzadra (2007); Mignolo (2006); Negri, Hardt y Mezzadra (2013) y Stefanoni (2016).

gobiernos de derecha o neofascistas, alineados de manera desembosada con las tendencias más recientes de la fase neoliberal.

Hacia una perspectiva estratégica

No se trata, ahora, de pasar revista a los factores causales de esa frustración y de su revés autoritario, para pensar de alguna manera en lo que pudo haber sido y no fue, sino más bien el momento para considerar, sin el apasionamiento propio de la urgencia reactiva, las condiciones ciertamente difíciles para una estrategia anticapitalista en el contexto de regímenes y gobiernos, más o menos autoritarios, sirvientes de la fase actual del capitalismo que quizás se pueden ilustrar en estos puntos:

- a. Es preciso recuperar el sentido de la estrategia como la perspectiva que otorga sentido de conjunto y de largo plazo a los objetivos y medios superiores de una alternativa como la anticapitalista, que debe encarnarse en las prácticas concretas que ofrece la táctica en términos de eficacia inmediata. Sin estrategia se cae en el tacticismo que sucumbe ante el juego inmediatista, llegando a aceptar lo existente y a confundir el poder de una minoría con las verdaderas posibilidades de cambio. Son los movimientos y las luchas los que descubren y expresan la estrategia que debe subordinar al liderazgo en su acción táctica. Como lo advierten Hardt y Negri:

La acción de la multitud ya no es (o no debe ser) táctica, corta de miras y ciega al interés social general. La vocación (Beruf) de la multitud es estratégica. Y, de manera acorde, el liderazgo debe convertirse en algo fundamentalmente diferente: un arma que blandir y que desechar según dicte la ocasión (2019, p. 48).

- b. En la fase actual, de manera tendencial va quedando atrás la explotación de la fuerza de trabajo bajo el modelo industrial, para dar paso a nuevas formas de explotación-extracción del valor a partir de las crecientes formas de cooperación social y de apropiación del común natural/social, mediante mecanismos novedosos que giran especialmente alrededor de los instrumentos del sistema financiero que convierte en renta el beneficio o la riqueza generada. Hoy la producción se escenifica de manera creciente en redes cooperativas, y sus resultados no son solo mercancías de distinta naturaleza sino las propias relaciones sociales.
- c. Ese carácter cada vez más social de la producción, vuelve la propiedad un residuo obsoleto que evidencia la naturaleza común no solo de los recursos naturales, sino de las relaciones productivas y de sus resultados, y convierte en ilegítima y absurda la necesidad de apelar a la voluntad general para soportar el sistema democrático-representativo, como núcleo esencial del Estado propio del capitalismo.
- d. Y, lo que es más importante, ha determinado que los sujetos del trabajo no sean ya meramente instrumentos del Capital (K), sino que al poder incorporar a sus propios cuerpos y cerebros las herramientas productivas y el General Intellect, puedan erigirse como singularidades autónomas del Capital. En este sentido es que se afirma que la producción se vuelve biopolítica.
- e. En la dimensión estatal, por lo tanto, se desmorona la falacia representativa que, sin embargo, continúa operando como un cascarón vacío en el cual nadie cree, apelando al monopolio de la fuerza legítima, a la potestad represiva, que es la que permite el advenimiento de regímenes autoritarios o neofascistas, como los que han surgido en ciertos casos de derrumbe de los gobiernos progresistas (el de Bolsonaro en Brasil, el de Macri en Argentina o el más reciente de Ecuador).

- f. En los espacios circunscritos de los Estados nacionales, la nueva naturaleza social de la producción, hace imposible el despliegue de las políticas que caracterizaron el Estado de bienestar que, sin embargo, reclaman con nostalgia quienes piensan que la historia del capitalismo puede retroceder. En la etapa inicial de la fase contemporánea del capitalismo, la forma estatal transitó la ruta de las privatizaciones o de imprimirle la lógica privada a los aparatos estatales concebidos para contribuir con salario indirecto, pero ahora tiene que acudir a su potestad reguladora para recomponer y mantener un determinado bloque de poder, y para afrontar de la mejor manera las tendencias globales del capitalismo y tratar de conservar algún beneficio en los intrincados lazos del sistema financiero global.²
- g. El universo de los explotados de hoy es complejo y heterogéneo. Está más allá de los sectores aún sometidos al régimen salarial propio del capitalismo industrial. Se encuentra en una amplia gama de singularidades que optan por diversas formas alternativas de ingreso, que van desde la supuesta autonomía del emprendimiento individual y las muchas formas precarias e inestables de remuneración, hasta las prácticas informales, legales o no, de captación de recursos. Es lo que se ha llamado la “heterogeneidad del trabajo”, a la cual corresponden “multiplicidad de luchas, prácticas de resistencia y rechazo que no pueden ser localmente unificadas y representadas por organizaciones políticas tradicionales como los partidos y los sindicatos” (Mezzadra, 2007, p. 13).
- h. Por lo tanto, existe allí un espacio para la comunicación y la traducción de todos esos elementos heterogéneos en un proyecto de nuevas organizaciones, de nuevas redes, ligadas ahora por lo que es común (Mezzadra, 2007). Pero, también nos encontramos con el peligro de que se produzca entre ellos una segmentación por razones de género, étnicas o territoriales (Rodríguez, 2016, p. 227),

² Véanse algunos desarrollos interesantes en Rodríguez (2016).

o que las tensiones suscitadas por el orden capitalista en materias tales como la seguridad individual y social, la corrupción, o el medio ambiente, provoquen ilusorias identificaciones de la población sobre las cuales se edifiquen fórmulas populistas de todo tipo o figuras neofascistas.

- i. Ese riesgo populista acecha también a gobiernos de izquierda o progresistas, como bien lo advierten Hardt y Negri:

Un peligro al que se enfrentan estos proyectos podría denominarse con el término “populismo”, cuando el populismo se entiende como la operación de un poder hegemónico que construye “el pueblo” como una figura unificada, a la que afirma representar. Las formaciones políticas populistas pueden reconocer su fuente en los movimientos que los trajeron al poder, pero siempre acaban separándose de esa fuente y afirmando que el poder político es el ámbito autónomo respecto al social, afirmando que pueden discernir y representar la voluntad general del pueblo. Los populistas sobreestiman la importancia del poder estatal y subestiman las expresiones políticas de los movimientos sociales, no solo por su legitimidad sino también por la efectividad del proyecto. El populismo se caracteriza entonces por una paradoja central: una adulación verbal del poder del pueblo pero, en última instancia, un control y una toma de decisiones por parte de una camarilla de políticos (2019, p. 49).

Es en ese contexto, que es necesaria y útil la crítica para la continuidad de la resistencia con propósitos subversivos. Es ese el camino insoslayable para que esas singularidades reencuentren su camino, con independencias de los regímenes y gobiernos existentes y para que señalen su estrategia a las nuevas formas de organización que las integren. Para que hallen nuevas modalidades de expresión de la resistencia y de la subversión, deslindándose de las conocidas y ya superadas; para que actúen en los aparatos estatales, especialmente los democrático-representativos, con todas las cautelas posibles para impedir los procesos de cooptación; para que reivindiquen la

desmercantilización de todos los bienes y servicios que la cooperación social puede asumir en forma autónoma, sin caer en el espejismo de la estatización; en fin, para controlar y gestionar sin mediaciones los bienes comunes.

Bibliografía

Acosta, A. (2013, septiembre). El correísmo: un nuevo modelo de dominación burguesa. En *SinPermiso*.

Schultze, S. (2018, 13 de febrero). Los gauches en Amerique du Sud. *La vie des idées*.

Gago, V. y Sztulwark, D. (2016, septiembre). La temporalidad de la lucha social en el fin de ciclo “progresista” en América Latina. Disponible en: <https://latinta.com.ar/2016/09/la-temporalidad-de-la-lucha-social-en-el-fin-de-ciclo-progresista/>

Hardt, M. y Negri, A. (2019). *Asamblea*. Madrid: Akal.

Mezzadra, S. (2007). Vivir en Transición. Hacia una teoría heterolingüe de la multitud. Disponible en: <https://transversal.at/transversal/1107/mezzadra/es>

Mignolo, W. (2006, marzo-abril). ¿Giro a la izquierda o giro descolonial? Evo Morales en Bolivia. *Revista del Sur*, (164).

Moncayo, V. M. (2018). Éxodo: *salir del capitalismo*. Bogotá: Aurora.

Negri, A., Hardt, M. & Mezzadra, S. (2013). *Biocapitalismo, procesos de gobierno y movimientos sociales*. Quito: FLACSO.

Rodríguez, E. (2016). *La política en el ocaso de la clase media*. Madrid: Traficantes de Sueños.

Stefanoni, P. (2016, marzo-abril). El nuevo escenario político boliviano: ¿Transpié electoral o fin de un ciclo? *Nueva Sociedad*, (262).

Thwaites Rey, M. & Ouviaña, H. (2018). El ciclo de impugnación al neoliberalismo en América Latina: auge y fractura. En *Estados en disputa*. Buenos Aires: CLACSO.

Segunda Parte

**Geopolítica regional, configuraciones
y estrategias de la derecha**

América Latina en la actual transición hegemónica del sistema mundo capitalista*

*José Honorio Martínez***

El poderío alcanzado por China en la orientación del proceso de acumulación capitalista a escala global viene marcando la pauta para que el sistema mundial experimente una transición histórica consistente en la mudanza de su centro de dirección política. En el transcurso de las próximas décadas es altamente probable que el poder

* Glosando –y ajustando– a González Casanova, se entiende por hegemonía la capacidad de un Estado nacional de cohesionar a otros Estados con intereses heterogéneos, bajo una dirección política en la perspectiva de determinada visión de mundo articulada a una voluntad nacional. Supone el ejercicio de estrategias que permita dirigir a los aliados y dominar a los antagonistas dentro de un proyecto de transformaciones políticas. La creación de voluntad colectiva, la difusión y arraigo de una ideología en torno a objetivos económicos y políticos unificándose igualmente unidad intelectual y moral. La lucha por la hegemonía debe fundarse en un consenso activo y directo que integre en torno a una visión de mundo a corto y largo plazo, ello supone el despliegue de una mística que vincule a los dirigentes y dirigidos y difunda en la sociedad valores que no tienen una única connotación de clase. Ver al respecto el capítulo “Los trabajadores y la lucha por la hegemonía en América Latina” en González Casanova (1985).

**Docente de la Maestría en Estudios Políticos Latinoamericanos. Universidad Nacional de Colombia.

económico acumulado por China sea convertido en poder político, propiciando con ello las sacudidas y convulsiones en el ordenamiento mundial que son propias en este tipo de grandes transformaciones. Pero ¿qué implicaciones guarda para el continente latinoamericano esta nueva “gran transformación”? ¿Es posible que la misma transcurra para los Estados latinoamericanos sin generar mayores efectos ni consecuencias? ¿Qué conflictos y contradicciones sociales son susceptibles de ser generadas o potenciadas en el bloque de poder dominante? Y, finalmente, ¿qué posibilidades puede representar tal movimiento histórico para el campo popular en la lucha por la construcción de condiciones para la emancipación y la autodeterminación? Estas preguntas se plantean como orientadoras de la reflexión que se desarrollará en el presente artículo. Se trata de una aproximación analítica orientada a tejer hipótesis para el estudio de la condición actual del continente latinoamericano dentro del sistema mundial y de las posibilidades para la superación del régimen de división del trabajo y la producción imperantes desde hace más de cinco siglos.

El devenir contemporáneo del sistema mundial

El sistema mundo capitalista se ha organizado históricamente en torno a un polo o eje central, en el transcurso del siglo XX dicho eje se mudó de Inglaterra a Estados Unidos, tal transición acaeció en un lapso de tres décadas, entre la Primera y la Segunda Guerra Mundial (1914-1945). En este período, la competencia interimperialista planteada por la emergente Alemania a la hegemónica Inglaterra trajo como resultado el ascenso norteamericano. Estados Unidos, que en el transcurso de la guerra realizó excelentes negocios (préstamos, suministro de armas) con los bandos enfrentados, terminó situándose como el gran vencedor de la contienda bélica. Arrighi emplea el término “renta de protección” para significar el lugar privilegiado que le permitió a Estados Unidos salir adelante en medio del caos reinante.

Al decir de este, “cuanto más caótico y turbulento se hacia el sistema-mundo, mayores eran los beneficios que obtenían los Estados Unidos, dadas sus dimensiones continentales, su posición insular y su acceso directo a los dos mayores océanos de la economía-mundo” (Arrighi, 1999: 331).

El acontecimiento decisivo de tal tránsito estuvo constituido por el desplazamiento que sufrió la libra esterlina como principal moneda del comercio mundial en 1939. La centralidad del dólar en el comercio y las finanzas globales desde entonces ha sido uno de los símbolos más emblemáticos de la hegemonía norteamericana.

A finales del siglo XX e inicios del siglo XXI el sistema mundial viene experimentando movimientos anunciadores de una nueva transición histórica. Esta vez el polo central del sistema mundial viene trasladándose a China. La ausencia de acontecimientos como las guerras mundiales entre las grandes potencias tiende a invisibilizar el hecho de que efectivamente este movimiento viene produciéndose, sin embargo, la fortaleza económica alcanzada por China y el peso político que paulatinamente viene configurándose en torno suyo es indicativo de esta tendencia. Las investigaciones de Immanuel Wallerstein, Giovanni Arrighi y Andre Gunder Frank, por mencionar solamente a algunos de los autores más destacados, da buena cuenta de este proceso histórico. Se trata de un proceso en el que la potencia de relevo, sin plantear una retórica desafiante ni belicista, avanza con gran prudencia en el logro de objetivos económicos y geopolíticos trazados por la Asamblea Nacional China en 1999. En ese año la Asamblea Nacional planteó como propósito lograr el equilibrio estratégico con Estados Unidos al cabo de dieciocho años, tal proyección geopolítica se denominó como el Consenso de Beijing.

China realizó un vertiginoso proceso de acumulación originaria que se ha distinguido por el papel decisivo del Estado en la conducción del mismo, y que, a diferencia del modelo clásico inglés, disecionado por Marx en *El capital*, ha prescindido del establecimiento de un robusto sistema colonial (esclavista y extractivista). Lo hecho por China en materia de acumulación de capital no tiene parangón

en la historia del capitalismo, su resultado es que hoy sea la primera potencia industrial del mundo.

El posicionamiento de China en la primera década del siglo XXI, como la potencia industrial de mayor peso (Caputo & Galarce, 2014) en el sistema mundial ha sido el hecho más significativo en el devenir de las relaciones internacionales contemporáneas. La industrialización china se ha traducido en una forma de dinamización del sistema mundial, siendo decisiva para contener las tendencias críticas—como el declive de la tasa de acumulación en los países centrales—experimentadas durante las cuatro últimas décadas en la reproducción del desarrollo capitalista.

La industrialización china ha introducido una fuerza potenciadora de los procesos de generación de ganancias y acumulación de capital¹. El empuje del desarrollismo chino ha sido clave para el sostenimiento del sistema financiero internacional inaugurado con los Acuerdos de Bretton Woods en 1944 (Rajamoorthy, 2004). Sistema, en el cual el dólar ostenta centralidad otorgando a la Reserva Federal un poder de señoreaje que se traduce en poder político global. Lo que Gowan (2000)² denomina el régimen de la Reserva Federal–Wall Street, ha sido la base del sistema mundial financiarizado³, este ha

¹ Se retoma la tesis, del fordismo como mecanismo contrabalanceador de la caída de la tasa de ganancia, expuesta por Aguirre (2008). La apreciación de Aguirre induce a debate puesto que predomina la idea que el orden productivo fordista fue desplazado por el neoliberal. Es decir, cabe la pregunta: ¿hasta qué punto el orden productivo chino ha seguido los lineamientos del neoliberalismo, o más bien, se ha tratado de la réplica de un modelo fordista propio del desarrollo capitalista occidental de comienzos del siglo XX? La tesis presentada se encamina hacia la segunda alternativa.

² El texto “La apuesta de la globalización, la geoconomía y la geopolítica del imperialismo euro-estadounidense” en especial en el tercer capítulo, detalla las transformaciones que operaron para dar centralidad al patrón oro y la financiarización global comandada por Estados Unidos.

³ Al decir de Michel Husson (2010): “la financiarización se ha desarrollado como una respuesta a las contradicciones aparecidas hace mucho tiempo en la economía real”. El capital financiero ha permitido tres cosas: “1) reciclar la plusvalía no inver-

podido mantenerse a flote gracias a la prestancia con la que China ha ingresado al sistema mundo capitalista, siendo soporte de los crecientes déficits norteamericanos al emplear sus grandes reservas monetarias en la compra de bonos de la deuda estadounidense.

China ha experimentado desde 1978 grandes reformas que han dado lugar a un colosal proceso de proletarización, industrialización, reconfiguración territorial, crecimiento económico, acumulación de reservas monetarias, despliegue de inversiones en todo el planeta y el impulso de transformaciones que vienen dando lugar a una nueva arquitectura financiera internacional⁴.

Los extraordinarios resultados logrados por China contrastan con el declive industrial ostentado por los Estados Unidos desde los años 1970. Estados Unidos viene acumulando desde hace varias décadas elementos que en el presente dan forma a una dura crisis económica⁵. Entre ellos cabe destacar el proceso de desindustrialización comenzado en 1970, los constantes y crecientes déficits comercial, fiscal y de la balanza de cuenta corriente, el elevado endeudamiento público y privado, y más coyunturalmente (crisis de 2008) el elevado índice de desempleo, la quiebra de grandes corporaciones (informáticas, energéticas, bancarias, automotrices, la ejecución de hipotecas a deudores morosos y la reducción de los gastos sociales en los presupuestos estatales y federal. Estados Unidos viene acumulando desde hace varias décadas elementos que en el presente dan forma a una severa crisis económica.

La industrialización china se ha complementado con otros movimientos que integran todo un complejo de poderío económico, entre ellos, la creciente acogida de inversión extranjera, la alta

tida en el consumo de capas sociales reducidas; 2) alimentar el sobreendeudamiento de los hogares y sostener su consumo; 3) ajustar los desequilibrios mundiales, principalmente entre los Estados Unidos y el resto del mundo”.

⁴ Se sigue la tesis de Win Dierckxsens (del Observatorio Internacional de la Crisis) sobre el particular en varios artículos del 2011.

⁵ Para ampliar al respecto ver Honorio (2017).

participación alcanzada en las exportaciones mundiales, su continuo y elevado crecimiento económico, la elevada tasa de formación de capital bruto, la impresionante acumulación de reservas internacionales, la presencia del yuan –desde 2015– entre las cinco monedas que conforman la cesta de monedas del comercio mundial (Derechos especiales de giro), la consolidación del proceso de integración económica regional en torno a la Asociación de Naciones del Sudeste Asiático (ASEAN) y la Organización de Cooperación de Shanghai (2001), la creación del Banco Asiático de Inversiones e Infraestructura (2014) y el lanzamiento de la Ruta de la Seda.

La Ruta de la Seda, por sus vastas proporciones geográficas, es un proyecto cenital dentro proceso de acumulación de capital, no en vano ha sido catalogado como un proyecto inaugurador de un nuevo *New Deal* global. El agenciamiento de estas iniciativas implica necesariamente la construcción de un liderazgo político global, en otros términos, la configuración de una nueva hegemonía global.

El movimiento fundamental que experimenta el sistema mundial se caracteriza entonces por el declive norteamericano y el ascenso chino, no se trata de un proceso milimétricamente sincronizado ni mucho menos simétrico, sino de un proceso con connotaciones geopolíticas diferenciadas dada el desigual posicionamiento hegemónico de cada uno a escala global. En este movimiento del sistema mundial regiones del mundo como América Latina son interpeladas a revisar, reajustar e incluso modificar sus vínculos y articulaciones con el sistema mundo capitalista en el marco de la división del trabajo prevaleciente. Es esta cuestión la que se intentará problematizar a continuación.

América Latina entre la continuidad hegemónica o la ruptura independentista

En el cuadro descrito los Estados de América Latina tienen tres alternativas; la primera, conservar las viejas sujeciones geopolíticas y

mantener sus pliegues incondicionales ante los Estados Unidos subordinando sus economías a “la suerte” del “gigante de las botas de siete leguas”, la segunda, moverse, no sin conflictos, según las tendencias que marca el sistema mundial dando un viraje geopolítico hacia China lo que implicaría un relativo aflojamiento de los lazos de dominación política ejercidos por Norteamérica, y la tercera, aprovechar la coyuntura histórica para consolidar procesos de independencia política y económica. Las tres alternativas implican afrontar una serie de tensiones como las siguientes:

1. La tensión en torno a los territorios: entre el posicionamiento militar norteamericano y el extractivismo chino

La hegemonía norteamericana se ha desarrollado históricamente mediante una notable presencia del militarismo como parte fundamental de su estrategia de dominación geopolítica. Esta pauta, que fue elocuente en su práctica durante las décadas de 1960 a 1980 mediante la aplicación de Doctrina de la Seguridad Nacional, se ha consolidado y acentuado durante el siglo XXI. El posicionamiento de Estados Unidos en América Latina a través de numerosas bases militares, la activación de los patrullajes de la IV Flota sobre las costas del Caribe y Sudamérica y el afinamiento de los mecanismos de influencia –por ejemplo, la realización regular de ejercicios y maniobras militares– sobre las Fuerzas Armadas de los Estados latinoamericanos son entre otras, formas reactualizadas de mantener la política de contrainsurgencia vigente en el transcurso del siglo XX. Siguiendo a Ceceña (2008) es claro que este posicionamiento sigue diseños estratégicos en pos del control de los recursos energéticos y naturales existentes en los territorios latinoamericanos. Sin embargo, dado el marcado declive industrial experimentado por Estados Unidos con sus consecuencias en el consumo de materias primas lo que se denota es que la extracción de tales recursos tiene como destino la provisión de las fábricas localizadas en China y Asia. El trabajo de Freitas

da Rocha (2018) da buena cuenta del intensificado y creciente flujo de materias primas desde América Latina hacia China, existiendo casos como el de Perú cuyo primer destino de sus exportaciones mineras es China. Este flujo de recursos se incrementó entre el año 2000 y el año 2015 pasando su valor de 5.000 a 103.000 millones de dólares, siendo América Latina la región con mayor crecimiento (42% anual) en el mundo como fuente de abastecimiento de materias hacia China entre 2003 y 2015. Dichas exportaciones están constituidas en un 70% por cuatro productos: petróleo, cobre, hierro y soja. El mismo documento describe también la creciente importancia adquirida por las empresas nacionales chinas en el control de tales exportaciones. ¿Cómo comprender el apuntalamiento militar realizado por los Estados Unidos en el continente latinoamericano fundamentalmente en torno a los recursos energéticos y naturales cuando estos tornan rumbo a China? Esta sería una cuestión a estudiar y dilucidar contando con mayores elementos empíricos, ya que no es consistente un ejercicio militarista tan sistemático con la dinámica que sigue la geopolítica del proceso de acumulación de capital.

2. La tensión ideológica en el seno de la clase dominante: entre el arraigo al mito norteamericano del progreso y la seducción del desarrollismo comunista chino

Las clases dominantes latinoamericanas se ven hoy confrontadas con la gran paradoja que “el comunismo”, enemigo ideológico al cual adversaron, combatieron y eliminaron físicamente en el curso de décadas es el referente político que guía los destinos del gigante asiático. El pragmatismo asumido por el Partido Comunista Chino (PCCh) desde las reformas modernizantes de Deng Xiao Ping en 1978 hasta la inserción de China en la Organización Mundial de Comercio (OMC) en 2001 ha dado como resultados un exitoso capitalismo de Estado. Es el Estado chino quien funge como “capitalista colectivo ideal” ejecutando planes de desarrollo que en términos de resultados

económicos ensombrecen a los alcanzados por la tríada Europa, Estados Unidos, Japón. China realiza actualmente intercambios comerciales sin seguir una pauta geopolítica como la que distinguió las relaciones internacionales durante la guerra fría. Para los estados latinoamericanos el auge del gigante asiático ha significado la existencia de un enorme mercado para las materias primas, lo cual ha acentuado los modelos de desarrollo primario exportadores distintivos del continente en el transcurso de toda su historia.

Las rentas territoriales obtenidas mediante la profundización de los modelos primario exportadores ha sido uno de los rubros que ha permitido mantener los flujos de pago del endeudamiento externo sin que haya una nueva crisis de la deuda como la acaecida en la década de 1980. Las clases dominantes latinoamericanas identificadas históricamente con el pensamiento hegemónico norteamericano se encuentran hoy ante una encrucijada, la de seguir confiando y apostando a un paradigma de desarrollo en franca decadencia –el norteamericano–, o la de tratar de replicar y buscar aproximaciones al exitoso modelo de acumulación chino. La implicación más decisiva de esta tensión reside en el fortalecimiento del pragmatismo como paradigma cultural y el abandono de los clivajes ideológico-políticos, *en últimas* se trata de un mismo sistema de producción con distinta dirección estatal-nacional. La cuestión problemática es que las clases dominantes que anclaron y arraigaron su pensamiento dentro del horizonte del “estilo de vida y el sueño americano” se encuentran actualmente ante notorias dificultades para dar consistencia a sus proyectos de dominación de clase pues las coordenadas ideológicas asumidas y defendidas en el transcurso del siglo XX vienen siendo erosionadas y abandonadas por los propios Estados Unidos (ver Cypher, 2012).

El acusado desgaste del neoliberalismo y de las formulas del desarrollo impuestas por el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional (FMI) tornan insostenibles los referentes discursivos e ideológicos empleados por clases dominantes en sus respectivas sociedades para apuntalar *la gobernabilidad*, de allí el auge de la

inconformidad social y a la postre la emergencia de los progresismos y las alternativas nacional-populares como fórmulas gubernamentales de recambio para el sostenimiento y la legitimación del Estado (capitalista dependiente latinoamericano), en ejercicios catalogados por ciertos intelectuales como revoluciones pasivas (Stolowicz, 2011).

En la actual coyuntura, las clases dominantes se encuentran situadas ante una especie de entrampamiento ideológico pues el ideario liberalizador aupado por los Estados Unidos se encuentra en un momento de corrección por parte de quien lo lideró durante cuatro décadas. Ello ha dado lugar a una crisis de pensamiento entre las clases dominantes, la cual se traduce en una crisis de dirección política de los Estados, que se hace a su vez notoria en las inconsistencias con las que ejercen el poder gubernamental tanto gobiernos progresistas como derechas.

3. La tensión del campo popular: entre la mediocratización política y la recuperación de los derroteros emancipadores

El campo popular entendido como el complejo orgánico de luchas por la liberación de Nuestra América ha enfrentado siempre grandes dificultades para desenvolverse. En las décadas de 1960 a 1980, el campo popular sufrió feroces ofensivas a manos de dictaduras genocidas que destruyeron valiosos proyectos políticos de cambio y transformación social, en la década de 1990, la disolución del campo socialista representó un nuevo golpe, esta vez ideológico, sobre las organizaciones sociales y políticas que sobrevivieron al terror de Estado. En este panorama de aniquilamiento físico y de crisis de referentes ideológicos, las clases dominantes tuvieron el camino allanado para la ejecución del neoliberalismo. Sin embargo, la dialéctica histórica muy pronto mostró su vigencia y la dominación neoliberal entró en crisis al cabo de pocos de años de la aplicación de los ajustes estructurales, la impugnation popular mediante la protesta callejera

marcó un punto de inflexión que conllevó la caída de los gobiernos neoliberales y su reemplazo por gobiernos progresistas, incluso el propio Banco Mundial trató de enmendar la plana sugiriendo un neoliberalismo corregido⁶.

El progresismo fue la salida –casi “natural”– que tuvo la crisis del neoliberalismo a finales del siglo XX en América Latina. Pero los gobiernos progresistas en el gobierno, enfrentados a los históricos condicionantes geopolíticos y carentes de perspectivas organizativas, programáticas y estratégicas, tampoco se empeñaron en abrir sendas liberadoras en el continente. A lo sumo desarrollaron acentuadas y comprometidas políticas sociales con un sello asistencialista, recuperaron cierto margen de maniobra mediante el robustecimiento fiscal propiciado por el auge de los *commodities* y la reforma de los regímenes rentistas. La apuesta política más importante dentro de un horizonte emancipador fue quizá la que realizó el estado venezolano bajo los gobiernos de Hugo Chávez al jalonar propuestas e iniciativas en pos de la unidad y la integración latinoamericana.

Los gobiernos progresistas recuperaron la legitimidad del Estado –capitalista dependiente latinoamericano–, consolidaron la precaria democracia existente demostrando que era posible la alternancia izquierdas-derechas sin generar profundos sobresaltos sociales y condujeron al campo popular hacia un estado de in-consciencia identificado con el *realismo político tipo fin de la historia tardío*, de acuerdo con el cual no es posible mantener las perspectivas ideológicas antisistema.

La adopción de perspectivas que no cuestionan consistentemente el sistema mundo capitalista contrasta no solamente con el momento de crisis histórica que afronta el desarrollo capitalista sino también la continuidad que guardan los procesos de dominación imperialista caracterizados por el saqueo de los recursos energéticos y naturales,

⁶ Trabajos como los de Manuel Garretón (2012) y Pablo Dávalos (2014) dan cuenta de estos ajustes institucionales de parte de los organismos multilaterales orientadores de los modelos de desarrollo vigentes en el continente.

el colonialismo cultural y la sobre-explotación de la fuerza de trabajo del continente. Es decir, en un momento histórico en que se torna más viable la política antisistema, los liderazgos prevaletentes dentro del campo popular convocan al consenso con las clases dominantes y la conservación del orden existente. El resultado de este ejercicio es la mediocratización de la política, al punto que los sectores populares dejan de percibir las diferencias entre izquierdas y derechas. Frente al predominio de estas circunstancias, los sectores del campo popular que guardan convicciones críticas consistentes con la necesidad de la negación de la sociedad capitalista se enfrentan a la necesidad de realizar síntesis, reelaboración y construcción orgánica. La transición hegemónica que sufre el sistema mundial es una oportunidad histórica tremendamente valiosa para insistir en la necesidad política de que América Latina prosiga en sus búsquedas emancipadoras en pos de su liberación.

Bibliografía

Aguirre Rojas, C. A. (2008). Los procesos de trabajo taylorista y fordista. Notas sobre la hiperrealización del trabajo y la caída de la tasa de ganancia. *Mundo Siglo XXI*, (11). CIECAS-IPN, México.

Arrighi, G. (1999). *El largo siglo XX. Dinero y poder en los orígenes de nuestra época*. Madrid: Akal.

Caputo, O. & Galarce, G. (2014). China desplazó a Estados Unidos como primera potencia económica mundial. Disponible en: <http://www.rebellion.org/docs/184347.pdf>.

Ceceña, A. E. (2008). *Hegemonía, emancipaciones y políticas de seguridad en América Latina: dominación, epistemologías insurgentes, territorio y descolonización*. Lima: Programa democracia y transformación global.

Cypher, J. (2012). Las burbujas del siglo XXI: ¿el fin del sueño americano? En *Estados Unidos más allá de la crisis*. México: Facultad de Ciencias Políticas y Sociales (UAEM).

Dávalos, P. (2014). *Alianza País o la reinención del poder. Siete ensayos sobre el posneoliberalismo en el Ecuador*. Bogotá: Desde abajo.

Dierckxsens, W. (2011). Cómo salvar a los pueblos y no a los banqueros?. Disponible en: <http://www.observatoriodelacrisis.org/2011/09/¿como-salvar-a-los-pueblos-y-no-a-los-banqueros-2/>

Freitas da Rocha, F. (2018). La búsqueda de China de recursos naturales en América Latina. *CEPAL*, (126), Santiago.

Garretón, M. A. (2012). *Neoliberalismo corregido y progresismo. Los gobiernos de la Concertación en Chile (1990-2010)*. Santiago: ARCIS.

Gowan, P. (2000). *La apuesta por la globalización, la geoeconomía y la geopolítica del imperialismo euro-estadounidense*. Madrid: Akal.

González Casanova, P. (1985). *Hegemonía y alternativas política en América Latina*. México: Siglo XXI.

Gunder Frank, A. (2008). *La economía global en la era del predominio asiático*. Valencia: Universidad de Valencia.

Husson, M. (2010). El debate sobre la tasa de beneficio. *Inprecor*, (562-563), París. Disponible en: <https://www.vientosur.info/documentos/Tasa%20beneficio-Husson2.pdf>

Martínez, J. H. (2017). *Estados Unidos: crisis económica y militarismo sistémico*. *Revista de Historia Actual*, (44), Cádiz.

Martínez, J. H. (2017) La crisis productiva estadounidense y la insostenible centralidad monetaria del dólar. *Mundo Siglo XXI*, XII, (42), México.

Rajamoorthy, T. (2004). Bretton Woods y el triunfo de la hegemonía de Estados Unidos. *Revista del Sur*, (155-156).

Stolowicz, B. (2011). El “Posneoliberalismo” y La Reconfiguración del Capitalismo. Disponible en: http://www.quehacer.com.uy/images/stories/Posneolib_y_reconfiguracin_capitalismo_AL_Bogot.pdf

Wallerstein, I. (2007). *Análisis de sistema mundo*. México: Siglo XXI.

Wallerstein, I. (2012). *El capitalismo histórico*. México: Siglo XXI.

Estados en disputa

Auge y crisis del ciclo de impugnación al neoliberalismo en América Latina (1999-2019)*

*Mabel Thwaites Rey***

Con sus desigualdades, limitaciones y trayectorias nacionales peculiares, durante una década larga lograron emerger en la región nuevos procesos constituyentes y experiencias de gobierno que, en conjunto, conformaron lo que hemos dado en llamar “Ciclo de impugnación al neoliberalismo en América Latina” –CINAL– (Thwaites Rey y Ouviaña, 2018). Esta fue una etapa de conquistas sociales, plasmadas en políticas públicas redistributivas y reparadora de las injusticias sociales acumuladas durante los años del ajuste privatizador noventista, que generaron grandes expectativas de transformación social. Sin embargo, agotado el período de bonanza económica fundado en el alza de los precios internacionales de los *commodities* exportables,

* Este artículo está basado en el capítulo “El ciclo de impugnación al neoliberalismo en América Latina: auge y fractura”, escrito en coautoría con Hernán Ouviaña e incluido en Ouviaña & Thwaites Rey (Comps.) (2018).

**Doctora en Derecho Político (Área Teoría del Estado) por la Universidad de Buenos Aires. Profesora Titular Regular, Investigadora y Directora del Instituto de Estudios de América Latina y el Caribe, Facultad de Ciencias Sociales-Universidad de Buenos Aires. Coordinadora del Grupo de Trabajo de CLACSO *Alternativas contrahegemónicas desde el Sur Global*.

la ofensiva del capital global volvió a ocupar el centro de la escena, llevándose puestos a varios gobiernos y desestabilizando a otros. Las derechas sociales y políticas lograron reagruparse y disputar con éxito la conducción estatal, en un clima de revancha social y regresividad económica y sociocultural muy acentuada.

La etapa de auge del CINAL, abierta con la llegada de Hugo Chávez a la presidencia de Venezuela en 1999, culminó con la muerte del líder bolivariano en 2013. El reagrupamiento de las derechas sociales y políticas, y su creciente belicosidad, devinieron la contracara de las expectativas transformadoras auguradas al comenzar el nuevo siglo. El 10 de diciembre de 2015 asume el empresario conservador Mauricio Macri la presidencia de Argentina. Pocos días antes, la oposición gana las elecciones parlamentarias en Venezuela y se inicia una escalada de asedio antichavista que continúa hasta el presente. En 2016 se suceden varios hitos de avance derechista: Evo Morales pierde el plebiscito convocado para definir su posible reelección; el Senado de Brasil consuma el golpe parlamentario-judicial-mediático contra Dilma Rousseff; por estrecho margen pierde el SI en el plebiscito por la aprobación del plan de paz en Colombia; Donald Trump gana las elecciones presidenciales en Estados Unidos. Ya en 2018, el encarcelamiento arbitrario de “Lula” da Silva y el apabullante triunfo electoral del ultraderechista Jair Bolsonaro marcan un punto de inflexión preocupante para la región. Solo México, con la victoria del candidato presidencial de centro izquierda, Andrés Manuel López Obrador, rompe la tendencia regresiva.

Los interrogantes sobre las causas y azares que determinaron tanto el ascenso como la caída del ciclo impugnador, se vienen desplegando en los debates políticos y académicos desde hace más de una década. Las interpretaciones de la etapa son varias, pero creemos que vale la pena distinguir algunos elementos centrales.

Los rasgos del CINAL

Optamos por denominar a esta etapa, que ha recibido diversas denominaciones (posneoliberal, de izquierda, “consenso de los commodities”, neodesarrollista), como “ciclo de impugnación al neoliberalismo” (CINAL), para destacar su carácter fluido, no cerrado y en disputa, y para incluir los rasgos comunes que se advierten en los distintos procesos, más allá de sus especificidades nacionales. Creemos que en ninguno de los procesos que integran este ciclo se dio una ruptura, no ya anticapitalista, sino siquiera superadora de las bases materiales de sustentación neoliberal. Sin embargo, muchas de las políticas que impulsaron los gobiernos del CINAL y el relato discursivo desde el cual se propusieron disputar la hegemonía, partieron de una disconformidad, un cuestionamiento, una impugnación de las determinaciones neoliberales desplegadas en los años noventa.

Origen

Podemos decir que esta etapa emergió como resultado de la intensificación de los malestares, protestas y luchas populares, que se manifestaron en los años previos contra los ajustes y sus efectos de pauperización generalizada. El CINAL condensa y en él remata la crisis del proyecto neoliberal abierta como consecuencia de la creciente activación social y política de los pueblos de la región, que produjo cambios importantes en la correlación de fuerzas sociales. En efecto, desde mediados de la década de los noventa, la devastación social provocada por las reformas estructurales neoliberales llevó a una importante escalada de las luchas populares en la región.

Desde el alzamiento zapatista en 1994, grandes luchas de movimientos de trabajadores/as desocupados/as, de indígenas, de campesinos/as sin tierra y otros van gestando procesos de resistencia cada vez más intensos. Empieza así a configurarse el escenario que desemboca en una serie de gobiernos que en el nuevo siglo habrían

de cuestionar la herencia neoliberal y que redefinirían el mapa político latinoamericano. Estos gobiernos internalizan, con amplitud y profundidad diversa, las demandas populares que empujaron sus triunfos electorales, abriendo así un abanico de transformaciones económicas, políticas y sociales, muy genéricamente definidas como “progresistas”, si se las compara con las modalidades neoliberales que las precedieron.

Entre la multiplicidad de demandas desplegadas en la región se destacan las de los movimientos indígenas y campesinos contra el modelo colonial de explotación de la naturaleza y el consumismo, al que opusieron formas de vida comunitarias e integradas con el medioambiente (buen vivir o vivir bien); las de los movimientos de trabajadores/as desocupados/as y pobladores/as de las barriadas periféricas de las grandes ciudades, con demandas de trabajo y condiciones de vida digna; las de trabajadores/as contra la precarización laboral y el debilitamiento sindical; las de los pobladores contra los avances depredadores del capital extractivo en sus territorios, a las que se suman las demandas sociales más generales por el acceso a consumos básicos y vitales, postergados o suprimidos por las políticas neoliberales.

Que los gobiernos del CINAL hayan surgido de procesos de activación de lucha popular no significa, sin embargo, que todos hayan sido expresión directa de la acción de los movimientos populares. Las respuestas concretas que dieron a las demandas sociales fueron el resultado de las relaciones de fuerzas que se configuraron en sus espacios estatales específicos. Tanto en Brasil como en Uruguay, por ejemplo, ganaron las elecciones sendos agrupamientos de centro-izquierda que venían participando en la compulsa electoral de sus países desde décadas atrás, pero su llegada a la conducción estatal se concreta con programas más moderados y aptos para seducir a un electorado más amplio que sus bases de izquierda. En Ecuador, Rafael Correa llega a la presidencia con un agrupamiento con fuerte presencia de las capas medias y armado expresamente para las elecciones –Alianza País–, que internaliza de manera diferida la

experiencia de lucha de los movimientos indígenas y sociales de comienzos de los 2000, pero ya en un momento de reflujo organizativo de la izquierda y de los agrupamientos indigenistas.

En la Argentina, fue en la crisis de 2001/2002 donde quedaron condensados los límites de los modos predominantes de dominación neoliberal bajo la potencia de las luchas plebeyas, pero, al mismo tiempo, la recomposición de poder posterior dejó al descubierto los también evidentes límites de los sectores populares para conformar un proyecto de disputa hegemónica de carácter autónomo y emancipador, que lograra rearticular al conjunto de las clases y grupos subalternos desde una perspectiva integral. En Venezuela, la potente figura de Hugo Chávez logra aglutinar a grupos diversos de la izquierda radical y a sectores plebeyos de las Fuerzas Armadas, para capitalizar el largo proceso de luchas populares iniciado con el Caracazo de 1989. Pero su conducción carismática –caracterizada también como “hiperliderazgo por algunas lecturas– es lo que prima para activar desde arriba hacia abajo la participación popular. Es en Bolivia donde las luchas de los movimientos indígenas, campesinos, urbanos y populares, desplegadas con creciente e incesante intensidad desde comienzos de los 2000, consigue plasmarse directamente en la llegada de Evo Morales a la presidencia.

Despliegue

En cada ciclo histórico a escala global, determinados bienes y servicios adquieren mayor o menor relevancia comercial, e impactan sobre las estructuras productivas de cada Estado nacional. El CINAL se desplegó en un contexto de la economía mundial caracterizado por el alza de los precios de los granos (especialmente soja), la energía y los minerales producidos por nuestras naciones. El ascenso de China como comprador masivo de *commodities* produjo un importante crecimiento económico (entre 2003 y 2011 fue del 5% anual) en la mayoría de los países, incluidos los que siguieron anclados en el molde

neoliberal (México, Colombia, Perú y Chile). La expansión de la megaminería complementó la explotación masiva de bienes naturales, aunque sin grandes beneficios en materia de acumulación de recursos redistribuibles y con graves impactos ecológicos. Esta coyuntura favorable de *boom* exportador implicó una reversión parcial del tradicional balance negativo en los términos de intercambio que afectó históricamente a la región, y tuvo su correlato en la acumulación de reservas e, incluso, en el desendeudamiento público, lo que permitió a varios países (como Brasil y Argentina) sortear la tutela permanente de los organismos financieros internacionales y sus recetarios ortodoxos, para aplicar políticas de mayor intervención social. Además de haberse constituido en el principal comprador de *commodities*, la capacidad china de ofrecer financiamiento para obras de infraestructura y de actuar como prestamista de última instancia la convirtieron en un factor de contrapeso relevante al tradicional poder de los centros y organismos financieros internacionales.

En correlato a la bonanza económica, durante el auge del CINAL se intentó una recomposición de la identidad latinoamericanista y la toma de distancia –e incluso, en algunos casos, una retórica de abierta confrontación– respecto del recetario del llamado “Consenso de Washington”, así como de las directrices surgidas de los Estados Unidos hacia la región. El punto más alto de ruptura fue el rechazo al proyecto del ALCA, materializado en octubre de 2005 en la ciudad argentina de Mar del Plata, durante la cumbre de mandatarios de todo el continente, en donde literalmente se “enterró” la propuesta impulsada por el entonces presidente George W. Bush, de avanzar en un acuerdo continental de libre comercio. De ahí en más, los años sucesivos estuvieron signados por una vocación común de buena parte de los países de Sudamérica por gestar instancias supranacionales, que abogaran por recrear la mentada unidad continental, sobre la base de preceptos que no solo contemplaran la dimensión económica y comercial de la cooperación y mutua complementariedad, sino también –y sobre todo– la política, asentada en el reconocimiento de la diversidad lingüística, étnica y cultural,

así como en el pleno ejercicio de la soberanía y la autodeterminación de los pueblos que la integren.

Soporte

Durante los años 90, pese a las loas que se cantaron al mercado como articulador óptimo de la vida social y a la globalización como imparable conductor del progreso, el Estado-Nación estuvo lejos de desaparecer y jugó un rol muy activo para facilitar la expansión en el espacio territorial nacional de los mecanismos de mercado desplegados a escala global. Al comenzar el nuevo siglo se produjo en la región una reacción cuestionadora de la primacía de la lógica mercantil por sobre la voluntad política y volvió a considerarse al Estado como actor central. Los gobiernos del CINAL reivindicaron el papel del Estado nacional y la recuperación de la capacidad política para definir las estrategias centrales *vis à vis* los factores de poder económico concentrado, local e internacional. Puede decirse que los elencos políticos que asumieron los gobiernos adquirieron una mayor autonomía relativa para conducir el Estado, logrando distanciarse de las presiones directas de las fracciones más poderosas del capital (Piva, 2015). Precisamente, a partir de ganar esos márgenes de autonomía pudieron imponer decisiones que afectaron a algunos intereses particulares para preservar las condiciones de reproducción general.

Mediante la re estatización o creación de empresas nacionales, la apropiación y gestión de la renta extraordinaria (gas, petróleo), o la aplicación de retenciones a las exportaciones agropecuarias y mineras, los gobiernos del CINAL (a diferencia de los anclados en el neoliberalismo sin fisuras, como México, Colombia, Perú y Chile) lograron generar o apropiarse de recursos con los cuales financiar políticas públicas asistencialistas, aumentar y sostener la tasa de empleo (aunque con un alto grado de informalidad) y ampliar el consumo interno. La consecuencia positiva fue la considerable ampliación de

derechos y mejoras materiales palpables (vía políticas de vivienda, salud, ingresos y subsidios directos a la luz, gas, agua, transporte) para grandes sectores de la población. A su vez, profundizaron la contradicción entre la legitimidad y justicia de garantizar el acceso a bienes y servicios básicos, por un lado, y el simultáneo fomento de un *consumismo acrítico* e insostenible en el tiempo, por el otro.

Contradicciones y debilidades

Pero, a su vez, al no afectarse las estructuras económicas heredadas, quedó condicionada la sustentabilidad económica y política en el mediano plazo. Esto debido a que, durante el CINAL:

Extractivismo y primarización

A la par que esta bonanza brindó la posibilidad de eludir, por un tiempo, el conflicto abierto con las clases propietarias mientras se incluía, con políticas sociales, a los sectores más desfavorecidos, sirvió para profundizar los rasgos estructurales preexistentes y desplazó la posibilidad de encarar modelos alternativos. El crecimiento de las exportaciones de materias primas durante el CINAL, no ha tenido una correspondencia similar en términos de regalías obtenidas por los Estados, ni tampoco logró desactivar la matriz productiva neoliberal, hegemónica desde los años noventa entre cuyas características centrales están el predominio de la financiarización globalizada y la intensificación de la explotación de bienes naturales. Las políticas económicas aseguraron las ventajas de corto plazo del ciclo, lo que redundó en que se acentuaran las tendencias a la reprimarización y el extractivismo preexistentes. Las propuestas de transformación de la matriz productiva enunciadas como deseables por varios gobiernos, quedaron subordinadas –diluidas o archivadas– al aprovechamiento inmediato de los recursos provenientes de

las exportaciones y, de este modo, permanecieron engarzadas en el ciclo neoliberal del capitalismo mundial (“cortoplacismo”).

Pactos de consumo y empleo

Predominó la conformación de “pactos de consumo y empleo”, basados en asegurar el trabajo nacional y ampliar la capacidad de compra popular. Satisfacer demandas materiales, injustamente postergadas por décadas de ajuste, fue el eje de su apelación hegemónica, con consecuencias paradójicas. Como conquista de las luchas populares, el acceso a condiciones básicas de vida y a los bienes de consumo masivo contiene una legitimidad material incuestionable. Pero al estar basada en las formas de producción del presente, plantea grandes desafíos para los procesos de transformación social radical. Porque la hegemonía profunda del sistema capitalista arraiga en el modo de construir la materialidad de la vida cotidiana, basada en la creación de necesidades crecientes y ficticias. La contradicción entre la legitimidad y justicia de garantizar el acceso a bienes y servicios básicos, por un lado, y el simultáneo fomento de un *consumismo acrílico* e insostenible en el tiempo, por el otro, son las caras de tal complejidad. Más allá de la apelación al buen vivir, un déficit notorio registrado en el CINAL fue que ninguno de los gobiernos pudo, o se propuso siquiera, librar una batalla intelectual y moral de envergadura contra los valores del consumismo capitalista. Los bienes de consumo masivo globalizados, convertidos en objetos aspiracionales de alcance universal (celulares, música, ropa, calzado deportivo, electrónicos, etc.), interpelan directamente a grandes porciones de las clases populares del planeta y se han convertido en “cemento” ideológico y cultural del orden capitalista. Contra esta formidable ancla sistémica no se plantearon batallas intelectuales y morales de la envergadura requerida.

Continuidad institucional liberal

Se mantuvo la democracia liberal representativa como soporte político principal, con elecciones regulares que marcaron los ritmos de la legitimidad política y las posibilidades de lograr cambios profundos. Esto también tuvo efectos paradójicos: 1) Le dio a los gobiernos una gran legitimidad, 2) pero redundó en un fuerte incentivo a guiar las acciones políticas hacia medidas de corto plazo, para obtener resultados inmediatos y que se dejaran de lado acciones de largo alcance. Salvo en Venezuela, donde se crearon las comunas para desarrollar formas de participación popular de nuevo tipo, en los demás países se avanzó poco en la transformación de las bases de sustentación política. Se mantuvieron los formatos estatales heredados, con renovación étnica y social de los elencos de gestión (caso Bolivia); o se impulsó la modernización basada en la capacitación técnica y las metas meritocráticas y eficientistas (Ecuador); o se crearon programas estatales para atender demandas específicas, pero en condiciones institucionales y laborales precarias y reversibles (Argentina). Salvo avances en Bolivia, tampoco se produjeron reformas significativas en las estructuras del Poder Judicial, el más ranciamente conservador y antidemocrático de los aparatos estatales. El uso del aparato judicial, con su entrelazamiento con servicios de inteligencia locales e internacionales y con los medios de comunicación concentrados (*lawfare*), demostró su eficacia para condicionar el funcionamiento democrático. Quedó expuesto así que este poder estatal es el que ha venido a reemplazar al militar como ariete en la ofensiva disciplinadora de las clases populares y asumido sin pudor por las derechas sociales y políticas de la región.

Reflujo de luchas

A lo largo de los años se fue produciendo un reflujo de la participación popular autónoma y activa, que algunos analistas describen

con la sugerente categoría de “pasivización” (Modonesi, 2012), reelaborando en clave latinoamericana el concepto de “revolución pasiva” de Gramsci. Se hace visible la manera en que la dinámica de protesta y el espíritu de confrontación antagonista desplegado por las clases populares contra las recetas neoliberales, logra ser metabolizado por los gobiernos de tipo cesarista progresivo para garantizar la estabilización y continuidad sistémica, aunque incorporando parte de las demandas de las clases subalternas. En este enfoque quedan plasmados tanto la fuerza de las clases dominantes para subsumir en el Estado la potencialidad transformadora popular, como los límites de las dirigencias políticas para conducir exitosamente hacia un horizonte de revolución social las luchas reivindicativas, tanto las que accedieron al poder político como las que se mantuvieron en la esfera de la sociedad civil. La delegación de las tareas de transformación en los gobiernos “confiables”, por parte de porciones importantes de los movimientos y colectivos sociales activos en el período de ascenso de las luchas populares, constituyó un rasgo distintivo del ciclo. De modo que los gobiernos del CINAL terminaron por contribuir a garantizar la estabilización y continuidad sistémica por la vía de incorporar demandas de las clases subalternas y así disminuir la conflictividad inherente a la lucha social y política, sin por eso haber podido neutralizar por completo la ofensiva de los sectores dominantes. Los movimientos populares más radicales, en tanto, tuvieron una dificultad creciente para sostener la activación política autónoma, en la medida en que los gobiernos iban cumpliendo algunas de sus demandas, lo que muestra la complejidad de los ciclos de ascenso, estancamiento y baja de todo proceso de lucha.

La crisis

Los efectos de la crisis mundial empezaron a sentirse en la región a partir de 2011 y la muerte de Hugo Chávez en 2013 marca un punto de inflexión en la región. La concomitante caída de los precios

internacionales de los *commodities* agudiza los problemas acumulados en los distintos países, lo que da lugar a protestas populares desarticuladas. Pero, sobre todo, como la relación de fuerzas favorable a los sectores populares que había dado origen al ciclo no quedó congelada, se produjo la previsible reacción y rearmado de las clases dominantes, que usaron las herramientas a su alcance para encarar su ofensiva. En un clima de malestares crecientes, se va expandiendo la movilización de sectores medios y altos opuestos a las políticas redistributivas, encolumnados bajo la consigna de la anticorrupción y el punitivismo.

Las derechas sociales y políticas movieron todo su arsenal de recursos parlamentarios, judiciales y mediáticos para que su predominio político volviera a estar a la altura de su inamovible supremacía estructural. La crisis agudizó la inquina contra las presidencias “populistas” y exacerbó los impulsos destituyentes, con el apoyo más o menos abierto de Estados Unidos, dispuesto a retomar el liderazgo explícito en la región, disputado durante la primera década del siglo XXI. Apostaron a ficciones institucionales para encubrir malamente golpes de Estado (Honduras, Paraguay y luego Brasil, con la destitución de Dilma Rousseff), a operativos mediáticos de deslegitimación (como en Ecuador y en todos los demás países) o, incluso, a oportunidades electorales. Argentina, con el triunfo de Mauricio Macri, en octubre de 2015, plantó un hito fundamental en el retroceso del ciclo.

Aunque los gobiernos del CINAL no lograron transformaciones estructurales decisivas, materializaron conquistas sociales que en condiciones de restricción externa los sectores dominantes no están dispuestos a tolerar. El principal objetivo de las derechas sociales y políticas es, por ende, desmontar los pactos de empleo y consumo (más garantías sociales y laborales), que obstaculizan la apropiación completa de la renta socialmente producida y que erosionaron la escala jerárquica de distribución de bienes materiales y simbólicos que se proponen restaurar. Para lograrlo interpelan a las capas medias apelan a la meritocracia y al racismo.

Los avances de las derechas ponen de manifiesto varios de los límites intrínsecos de los procesos del CINAL. Los sentimientos profundamente antipopulares de las clases medias y altas de varios de los países (expresados en la furibundia antipetista, antikirchnerista y antichavista, en especial) se construyeron a partir de múltiples amalgamas de rechazo a políticas de redistribución e inclusión social, pero también se abonaron con los episodios de corrupción que enlodaron, de un modo u otro, a todos los gobiernos. La connivencia de los gobiernos con las tramas corruptas de la obra pública, el enriquecimiento obsceno de personajes oscuros ligados al poder, la fuga de divisas, las cuentas ocultas en paraísos fiscales de empresarios y políticos abonaron, al mismo tiempo, un creciente y comprensible malestar social y la excusa para tejer la trama mediática y judicial destinada a construir la antipolítica y así liquidar las experiencias del CINAL. Las dirigencias políticas tienen una parte importante de responsabilidad, al subestimar la significación de la corrupción y su impacto en el conjunto de los sectores populares. Es cierto que, como nunca antes, porciones del poder judicial en alianza con los grandes medios de comunicación, asumieron una cruzada de persecución política hacia los dirigentes considerados adversarios del poder económico real, bajo apariencia moralizadora. Sin embargo, la débil respuesta política de las fuerzas sostén del CINAL, oscilantes entre la negación, la minimización y la impotencia ante los episodios inocultables, no hizo más que contribuir al rechazo y el disgusto entre amplias franjas populares, que quedaron así permeables a los discursos de las derechas más belicosas.

Otro tanto puede decirse de la falta de respuestas social y políticamente progresistas y sustentables a la violencia delincinencial, ligada a tramas policiales y del narcotráfico muy difíciles de desarmar, pero cuyo combate es un imperativo para cualquier proyecto genuinamente emancipador. La bandera de la honestidad y el orden comenzó a izarse con viento de cola, y junto a ella empezaron a cobrar fuerza los discursos de odio social antes reprimidos. A escala global, la llegada de Trump a la presidencia de Estados Unidos, con un

discurso violento, xenófobo, antifeminista y antipopular, sumado al crecimiento de las ultraderechas en Europa, fue gestando un clima mundial que ha empezado a desplegarse en América Latina de un modo acelerado. El hasta hace poco impensable triunfo de Jair Bolsonaro marca un punto de inflexión de consecuencias imprevisibles.

La apelación creciente al “orden” y a la “normalidad”, el discurso centrado en la “lucha contra el flagelo del narcotráfico” y la saturación por parte de los medios hegemónicos de comunicación, de imágenes delictivas y situaciones de violencia social, sirven de basamento para la irradiación, hacia el conjunto de la sociedad, de un relato épico que justifica el control territorial de la población empobrecida, a través de los aparatos represivos del Estado. En simultáneo, la exacerbación de la xenofobia y el miedo al “otro”, calan hondo en un contexto de incertidumbre y crisis socio-económica, y cuentan con creciente legitimidad, constituyendo un caldo de cultivo para sectores de derecha que hacen de la demagogia punitiva y el “combate contra la inseguridad” su caballo de batalla.

Las experiencias del CINAL corroboran que la llegada al gobierno de fuerzas políticas de arraigo popular, no es una condición suficiente para transformar la estructura económica, social y política existente en el marco del capitalismo global. Ocupar el Estado puede derivar, incluso, en la domesticación de la potencialidad transformadora y en la subordinación a la dinámica institucional que asegura la continuidad sistémica. Pero, por el contrario, también se constató estos años que permanecer por fuera de la disputa estatal no garantiza triunfos, ni escenarios de lucha más favorables ni, menos aún, mejores condiciones de vida para los pueblos, como lo muestran los casos de Colombia, México, Chile y Perú. Es más, las políticas regresivas de corte neoliberal y conservador ejecutadas en Argentina y Brasil son una prueba contundente de lo que significa para la vida de los pueblos que poder político y poder social se fusionen sin mediaciones en el aparato estatal. Porque el Estado, con todas sus complejidades y contradicciones, sigue siendo un factor central en la lucha política, económica, social e ideológica que se libra en América Latina.

Bibliografía

Modonesi, M. (2012). Revoluciones pasivas en América Latina. Una aproximación gramsciana a la caracterización de los gobiernos progresistas de inicio de siglo. En Thwaites Rey (Ed.), *El Estado en América Latina: continuidades y rupturas*. Santiago de Chile: CLACSO-ARCIS.

Piva, A. (2015). *Economía y política en la Argentina kirchnerista*. Buenos Aires: Batalla de Ideas.

Thwaites Rey, M. & Ouviaña, H. (2018). El ciclo de impugnación al neoliberalismo en América Latina: auge y fractura. En Ouviaña, H. & Thwaites Rey, M. (Comps.), *Estados en disputa. Auge y fractura del ciclo de impugnación al neoliberalismo en América Latina* (pp. 17-65). Buenos Aires: CLACSO-IEALC-Editorial El Colectivo.

En el bicentenario de la derrota del colonialismo español

¿Un diseño militar neocolonial para América Latina y el Caribe?

*Jaime Caycedo Turriago**

Justo en el año que conmemora el Bicentenario de la creación de Colombia (la grande) en Angostura y el desenvolvimiento de la guerra de liberación denominada Campaña Libertadora, se conjugan dos hechos que contradicen el efecto histórico de un momento fundador de la idea misma de Nuestra América:

- el proceso de adscripción de Colombia (la actual) como Estado Asociado a la OTAN, la difícil implementación del Acuerdo final de paz y la readecuación de la contrainsurgencia, de una parte;
- la hipótesis de una intervención militar de Estados Unidos en Venezuela, con el respaldo logístico espacial del Estado colombiano, de otra parte.

Las consecuencias de este momento están en curso de verse. La amenaza de guerra involucra a nuestro territorio y a Nuestra América en la lógica del nuevo diseño agenciado por Washington.

* PhD, MsC, antropólogo. Profesor Especial Universidad Nacional de Colombia.

Desde inicios del siglo XXI una nueva estrategia militar globalista se ha abierto campo. En el llamado un mundo unipolar Estados Unidos dio por supuesto que su poder era incuestionado y procedió en consecuencia a pensar una realidad mundial con nuevas características. Los tanques de pensamiento ubicados más a la derecha dieron en concebir un enfoque del colonialismo que pudiera adaptarse a las nuevas formas de dominación del capital global.

El nuevo reparto del mundo así pensado imagina un nucleamiento de los países de alto desarrollo, diríamos de los países del norte capitalista agrupados en el G8 + Rusia, que se suponen modelos de “democracia”, de una parte; y de otra, el resto de países considerados depósito de materias primas bajo la forma de recursos naturales, fuerza de trabajo barata y bienes comunes. Bajo esta idea, Thierry Meissan (2018) destaca la visión de los estrategas estadounidenses Rumsfeld y Cebrowski¹, para quienes no se trata ya de priorizar para su desarrollo un suministro fluido de insumos esenciales, sino que deviene en algo vital que los Estados centrales puedan acceder a los mismos solo a través de la voluntad de Estados Unidos. Para llegar a dicha realidad es necesario modificar el sistema mundial interestatal golpeando la forma Estado-nación, con base en la destrucción previa de las estructuras estatales de los países considerados como tanques de recursos, a partir de quebrar la voluntad de resistencia de los mismos.

Una destrucción estratégica consiste en pulverizar el organismo político-territorial, redefinir y reubicar sus fronteras externas e internas, subordinar su economía a los aparatos transnacionales que se adapten al nuevo dominio y, no es lo menos importante, suprimir toda expresión de rebeldía, de resistencia, de autonomía y alternativa de sentido social. Todo resquicio de sentimiento nacional

¹ Los nombres del vicealmirante Arthur K. Cebrowski (1942-2005) y el ex secretario de Defensa Donald Rumsfeld (1932) aparecen asociados a la nueva estrategia militar de Estados Unidos para el siglo XXI. Este último tuvo papel destacado en las invasiones a Afganistán e Irak y ha sido acusado de crímenes de guerra.

patriótico debe desaparecer bajo las nuevas premisas fundacionales del imperio postmoderno.

Lo nuevo, si en algo ello puede ser nuevo, es que esta estrategia, ensayada en el Oriente Medio se traslada ahora a América Latina. El continente, desde mucho tiempo atrás considerado “patio trasero” de Estados Unidos ahora es conceptualizado de una nueva manera en el marco de la nueva teoría. De la desconsideración que se desprende de la idea de un solar familiar al alcance de la mano y, en últimas, como algo que se tiene disponible para cualquier uso, en cualquier momento, luego del intervalo de procesos autonomistas y antiimperialistas en el continente, cobra por fin su verdadera importancia, incluso en la percepción desde el imperialismo.

La estrategia, que estimula la contraofensiva política de la derecha y la ultraderecha, ha comenzado por recuperar gobiernos e iniciar el desmonte del constructo latinoamericanista creado en torno al ALBA, UNASUR y la CELAC. Este enfoque guarda coherencia con la estrategia diplomática que, como dice Meissan, no busca crear nuevos bloques militares sino promover alianzas sobre objetivos de crecimiento económico con base en la “garantía del acceso a fuentes de energía”. La nueva estrategia puede concebirlo así, porque los actuales amos de Washington piensan en una combinación de la relativa autosuficiencia petrolera, asentada ahora en la dañina tecnología de fragmentación de rocas (*fracking*) y el poder disuasivo militar a partir de la adecuación de la OTAN. La política enfocada a tomar el control del mercado mundial de hidrocarburos le “permite determinar quién tendrá acceso a ellos para poder desarrollarse y quien no”.

Según esta lógica el papel de Trump es procurar que retornen a Estados Unidos una parte sustantiva de los empleos que sus empresas habían trasladado al Asia y a la Unión Europea. La guerra comercial iniciada con China explica el cambio en la política que llevó a concluir la Asociación Trans Pacífica, a renegociar tratados de libre comercio, a cuestionar la asociación Atlántica con Unión Europea y a mirar de otra manera a América Latina. El despegue positivo de indicadores de empleo muestra que la estrategia produce

sus primeros efectos y que el más importante esperado puede ser el de la reelección de Trump.

El papel de Colombia

Al examinar de cerca el papel asignado a Colombia en el contexto de esta estrategia dos aspectos podrían ser subrayados: en primer lugar, el distanciamiento en política exterior de la posición colombiana en relación con los compromisos latinoamericanos y caribeños que se condensan en la Proclama de América Latina y el Caribe como Zona de Paz²; y luego, el rediseño doctrinario y la adaptación de las fuerzas militares, que incluyen a la Policía Nacional, a los compromisos implícitos en la incorporación de Colombia como socio global de la OTAN³ particularmente expresos en el convenio con Unión Europea sobre cooperación y participación en situaciones de crisis⁴.

Ambos aspectos inciden directamente en la política de seguridad aplicada en el post Acuerdo de Paz, suscrito entre el gobierno colombiano y FarcEp, especialmente en la renuncia a la estrategia de solución política, vía diálogo y negociaciones, por parte de la administración de Iván Duque, continuador de la línea de Álvaro Uribe, que exige el reconocimiento del Otro y, en consecuencia, el reconocimiento de un conflicto sociopolítico armado, que no puede resolverse exclusivamente por una vía militar. La terminación, sin horizontes, del diálogo con el Ejército de Liberación Nacional, ELN, ha anulado prácticamente la posibilidad de nuevos acuerdos de paz

² En enero de 2014 la Cumbre de CELAC realizada en La Habana acordó esta Proclama como consenso de los gobiernos de la región, incluido en gobierno colombiano presidido por Juan Manuel Santos.

³ Por ley 1.839 del 12 de julio de 2017, el Congreso aprobó el ingreso de Colombia como “socio global” de la OTAN.

⁴ La ley 1.925 aprobada el 24 de julio de 2018 el parlamento adoptó el convenio de cooperación y participación militar con la Unión Europea, en situaciones de crisis, técnicamente complementario del acuerdo OTAN.

que pudiesen articularse con el Acuerdo Final de noviembre de 2016, para configurar un proceso de paz con mayor alcance e integralidad.

No solamente se ha roto el diálogo con el ELN y se descarta la remota opción de un acercamiento con el Ejército Popular de Liberación, EPL, fuerza guerrillera supérstite de presencia real en el Catatumbo. La renuncia a la solución política por el actual gobierno puede ser también el anuncio de un viraje más profundo del significado de la guerra continuada para el régimen que intenta configurar el Centro Democrático. Dicho de otra manera, este partido de extrema derecha necesita la guerra ante todo de pretexto para estructurar un sistema autoritario, cuya esencia es la permanencia del paramilitarismo como instrumento de control social, atesoramiento de tierras y acumulación de capital, bajo mecanismos coactivos de terror, en un marco de institucionalidad flexible no muy diferente de lo que existido hasta ahora en Colombia, un Estado de derecho que convive con el exterminio de la oposición política y social. Esta forma de “democracia paramilitar”, con una justicia aherrojada, un ambiente de sospecha, estigmatización y soplonería “legales”, casa adecuadamente con el proyecto de una refundación de la historia nacional, con base en la negación de la verdad histórica y su reinterpretación acomodaticia; negación de la guerra civil vivida y la reducción del adversario a una nueva versión del “enemigo interno”, representado ahora como un delincuente terrorista narcotraficante, que oscila entre la delincuencia “organizada” y el denominado “castrochavismo” en alusión que apunta al conflicto ideológico con la Venezuela bolivariana.

El diseño militar del post acuerdo de paz

La nueva Política de Defensa y Seguridad para la Legalidad, el Emprendimiento y la Equidad⁵ se propone alcanzar estos tres últimos

⁵ La nueva política fue hecha pública en febrero de 2019.

objetivos por medio de una política de consolidación militar del territorio, que es la continuación de los anteriores planes de la guerra, con la inclusión ahora del agua y los bienes comunes del medio ambiente como parte de la seguridad nacional. Bajo la cobertura de proteger las aguas, los parques nacionales, los recursos naturales y el medio ambiente, el gobierno despliega espacialmente el control por la fuerza militar, sustrae estos territorios a las consultas ciudadanas, obligatorias de acuerdo con la Constitución frente a los megaproyectos extractivistas, depredadores y agresivos del gran capital transnacional y somete la vida de los pobladores históricos a las condiciones regulatorias establecidas por el Estado con los megaproyectos privados. Los colonos campesinos, mineros artesanales, pequeños ganaderos, incluidos sectores indígenas y negros, pobladores ancestrales, vienen siendo expulsados sin alternativa de una formación socio espacial histórica de asentamiento, en razón de la nueva política de seguridad nacional impuesta desde el poder central, sin su consentimiento.

La consolidación está planteada en tres fases secuenciales. La primera establece Zonas Estratégicas de Intervención Integral (ZEII), en áreas de conflicto social, agua, biodiversidad y medioambiente en riesgo y zonas de frontera, ejemplo: Catatumbo, Tumaco. Zonas de Construcción de Legalidad, en condiciones intermedias entre el conflicto y la “normalización”, ejemplo: Meta, Arauca. Y Zonas de Legalidad, Emprendimiento y Equidad, ejemplo Urabá, Eje cafetero, regiones de fuerte presencia paramilitar.⁶

La Política de Defensa y Seguridad formula una visión de *seguridad cooperativa* cuyo verdadero sentido es definir los enemigos externos, las hipótesis de conflicto y, en consecuencia, demarcar el campo de los alineamientos internacionales. Es claro que las llamadas “amenazas externas” vienen predeterminadas: en el ámbito cercano

⁶ La ley 1941 de 2018 modifica la 418 de 1997 y da potestad al Consejo de Seguridad Nacional para crear las Zonas Estratégicas de Intervención Especial, ZEEI, en el marco de la estrategia de consolidación militar.

Venezuela y Nicaragua; en el campo estratégico, Rusia, China, Irán. Se ha empezado a señalar a Cuba, a raíz de la cesación unilateral por el gobierno colombiano del diálogo de paz con el ELN. La causa de esta previsión de “defensa nacional” atiende a enfoques ideológicos inspirados en los compromisos con la política exterior de Estados Unidos hacia América Latina y el Caribe, como también a la estrategia de EE.UU.-OTAN, incorporada al componente doctrinario de las Fuerzas Militares, contenido en la denominada *Doctrina Damasco*⁷.

Un marco contextual con Venezuela

Los cambios ocurridos en Venezuela a lo largo del siglo XXI ponen de manifiesto la profundidad de la crisis de los Estados del área Norandina y la brecha revolucionaria que dejó marcada la irrupción popular chavista en el país bolivariano.

Dos circunstancias califican y complejizan el carácter excepcional de la revolución bolivariana. De un lado, la fuerza arrolladora de la crisis económica capitalista en una formación social marcada por la fuerte dependencia y el carácter deforme de su modelo de capitalismo dependiente. Como señalan analistas marxistas la crisis económica y social venezolana no es la crisis del “socialismo del siglo XXI” sino la de un sistema económico, forzado por la división internacional del trabajo, a existir bajo la forma de proveedor de materias primas energéticas (para el caso esencialmente petróleo), sin una articulación adecuada de las relaciones con la agricultura, el desarrollo rural y comercio internacional. De otro lado, el impacto de las medidas sociales puestas en marcha por los gobiernos bolivarianos ha estado dirigidos a superar las desigualdades más agudas de

⁷ La doctrina Damasco resume el proceso de adaptación del ejército colombiano a los nuevos compromisos con el principio estratégico de la OTAN, las nuevas estrategias derivadas de la cooperación militar con el Comando Sur y la misión de control territorial en función de la nueva política de seguridad y defensa.

la sociedad, pero no ha podido contrarrestar factores que incentivan la migración de una fuerza de trabajo significativa, joven y en gran proporción beneficiaria de la obra educativa de la revolución.

En un contexto de bloqueo, aislamiento económico y comercial, que es parte de la respuesta política del imperialismo a la revolución, el flujo mediático de la derecha intenta por todos los medios retomar el poder perdido, como si se tratara de un recambio de gobierno simple y no de una contrarrevolución. Si el fenómeno revolucionario venezolano fue un producto de la crisis, la disyuntiva no está planteada en términos de regreso al pasado sino avanzar en la consolidación y profundización de los cambios democráticos, con un contenido social de superación del capitalismo, como lo proponen las fuerzas avanzadas del proceso. Nada fácil, mecánico ni inmediato, pero sí marcado por necesarios y nuevos progresos hacia la mayor igualdad y la transformación del sistema económico y la organización social existente, que corresponde aún a la formación económica y social heredada del capitalismo dependiente periférico.

Venezuela ha resistido. Todos los indicios muestran que el imperio se propone destruir la revolución bolivariana, subordinar a Venezuela y homogeneizar en la región condiciones de subordinación. No es un asunto simple, como cuando Estados Unidos definía el destino de los gobiernos. Esta compleja situación ha develado la extraordinaria importancia del país y de la región para los planes del imperialismo. Por muchas razones del orden histórico y de la vecindad indisoluble de Venezuela y Colombia, el destino de la una y la otra están en una singular interdependencia. La derecha gobernante en la segunda ha usado las dificultades económicas y políticas derivadas de la agresión, el aislamiento y el bloqueo económico y comercial para emprender una campaña de desprestigio mediático y estigmatización ideológica contra la imagen de Chávez, de Maduro ahora, en general, contra lo que representan logros de la experiencia revolucionaria, reduciendo toda explicación al supuesto “fracaso” de la revolución. Venezuela sigue existiendo y la desestabilización no ha rendido frutos, el chantaje de la intervención militar y de la

utilización del gobierno y el territorio colombianos como medios para cumplir ese propósito no han prosperado. La presión internacional, en la región y en el mundo, ha ido inclinando las soluciones hacia la vía del diálogo y la negociación, lo que tiende a favorecer el criterio de autodeterminación por sobre la idea de intervención externa.

La decisión de la fracción dominante de la gran burguesía colombiana de hacer un tránsito de la contrainsurgencia permanente a la paz y, de manera simultánea, incorporar a Colombia a la OTAN, de la mano el Comando Sur de los Estados Unidos, conllevó una más alta percepción de peligro de intervención militar con base en la extensa y activa frontera común. La respuesta de Rusia y de China, países considerados “enemigos” dentro de las hipótesis de conflicto de la OTAN, abrió puertas a la mayor asistencia tecnológica defensiva a Venezuela, como un factor disuasivo, en escala global, para un eventual conflicto en la región. La veleidad de una diplomacia de juego doble se estrella con sólidas dificultades. Sin embargo, reubica la posición de Colombia, en cuanto a su política exterior general y latinoamericana, en el terreno de una “anomalía”, si se colocan en un tablero los componentes, las líneas de fuerza emergentes y los realineamientos de la geopolítica.

Mientras, en general, predominaron en los dos decenios iniciales del siglo XXI las tendencias centrifugas frente a la voluntad del referente central imperial, la postura colombiana osciló entre la funcionalidad instrumental al imperio (1978-1982) y la disensión moderada (1983-1999). El Plan Colombia (1999-2017) conllevó una mayor articulación entre la política de paz, la ayuda estadounidense principalmente militar, la instrumentación de las FFMM colombianas a la directiva de Obama de “huella ligera” en Centro América y la integración a la OTAN.⁸

⁸ Luego del relanzamiento de la IV Flota en 2008 bajo el mandato Bush, la llamada estrategia de “huella ligera” puesta en marcha bajo el gobierno Obama modeló el alineamiento de Colombia con la OTAN y las misiones con el Comando Sur durante

A modo de una conclusión provisional

La renuncia del gobierno Duque a una política de paz, la declaración de guerra al ELN, tras el atentado a la Escuela de Policía el 17 de enero, la suspensión de todo proceso de diálogo para la paz y los condicionamientos taxativos de rendición previa para cualquier acercamiento, indican un rompimiento con el concepto de solución política y el temerario retorno a la antigua vía de la solución militar. Las evasivas del gobierno al cumplimiento de los compromisos de implementación del Acuerdo Final, la no inclusión de un Capítulo específico de inversiones para la paz en el Plan Nacional de Desarrollo, PND, pero, sobre todo, el creciente número de crímenes de ex combatientes y líderes sociales, muestran la ausencia de voluntad política que ilustra el enfoque del actual gobierno. Las clasificaciones del Ministerio de Defensa de los grupos en armas como “amenaza terrorista”, amalgaman organizaciones revolucionarias político-militares como el ELN y el EPL, históricamente enfrentadas con el Estado –enfrentamiento discernible y rastreable en políticas judiciales realmente existentes– al lado de las llamadas Autodefensas Gaitanistas de Colombia, AGC, herederas del historial contrainsurgente, aliadas en los pactos con el empresariado legal e ilegal y parte consubstancial del proyecto paramilitar de la ultraderecha.

Hay incertidumbre sobre el estatus legal del nuevo momento de la guerra y su conceptualización⁹. El manejo del lenguaje acerca del “enemigo interno”¹⁰ vincula contrainsurgencia (de inocultable

el diálogo de paz en La Habana como un proceso de bajo perfil, es decir de intervencionismo militar a través de tercero interpuesto, a lo que se ha ido adaptando el mando militar colombiano.

⁹ El Comité Internacional de la Cruz Roja ha puesto la pregunta por la multiplicidad de conflictos, sus diferencias, el nivel de letalidad desde el Estado, para la definición del enfoque de DIH aplicable. Véase al respecto: “Cinco conflictos armados en Colombia ¿qué está pasando?”, por el Comité Internacional de la Cruz Roja (2018).

¹⁰ Véase Betancur (2010). Este artículo constituye un importante análisis del discurso negacionista del conflicto armado, político y social histórico que hoy revive

sentido político: anticastrochavismo, anticomunismo) con guerra antinarcóticos, como cruzada explícita de Trump sobre América Latina y el Caribe.

Una política de defensa y seguridad, vinculada doctrinariamente a la OTAN y, operativamente, al Comando Sur de los Estados Unidos, dominada por el ánimo de intervenir, militar e inconstitucionalmente en los asuntos internos de países hermanos, con la excusa de responder a una imaginaria amenaza del “castrochavismo”, es un anacronismo inaceptable, obra como imposición a Colombia de una conducta hostil, por intereses de una superpotencia imperial que desprecia y utiliza al país, y es una traición a la identidad histórica en la que se han formado casi 50 millones de colombianos y colombianas.

A doscientos años del Congreso de Angostura, del éxito fulgurante de la Campaña Libertadora y de la creación de una Colombia concebida como proyecto de libertad y humanismo, no es posible olvidar a todos aquellos hombres y mujeres que la encabezaron, la pensaron, la realizaron bajo la conducción ilustre de Bolívar. El origen e historia común imponen el deber de buscar soluciones en el entendimiento pacífico, el diálogo y el respeto mutuo, sobre la base que la paz de Colombia es mensaje de paz para América Latina y el Caribe.

Bibliografía

Betancur, J. G. (2010). Conflicto armado interno vs. amenaza terrorista: La disputa por un concepto. *Reflexión política*, año 12, (24), 68-77.

en contra del Acuerdo de Paz y de una necesaria política de paz permanente del Estado.

Brzezinski, Z. (2017). *El gran tablero mundial. La supremacía estadounidense y sus imperativos geoestratégicos*. Barcelona: Paidós.

Comité Internacional de la Cruz Roja, CICR (2018). Cinco conflictos armados en Colombia. ¿Qué está pasando? Disponible en: <https://www.icrc.org/es/document/cinco-conflictos-armados-en-colombia-que-esta-pasando>

Fuerzas Militares de Colombia, Ejército Nacional (2016). *Doctrina Damasco*. Bogotá: Centro de Doctrina del Ejército (CEDOE).

Meysan, T. (2018, 18 de diciembre). Estados Unidos prepara una guerra entre latinoamericanos. *Red Voltaire*. Disponible en: <https://www.voltairenet.org/article204405.html>

Ministerio de Defensa, Política de Defensa y Seguridad PDS, para la legalidad, el emprendimiento y la equidad. Disponible en: https://www.mindefensa.gov.co/irj/go/km/docs/Mindefensa/Documentos/descargas/Prensa/Documentos/politica_defensa_deguridad2019.pdf

Senado de la República, Ley 1.839 de 2017. Disponible en: http://www.secretariasenado.gov.co/senado/basedoc/ley_1839_2017.html

Senado de la República, Ley 1.925 de 2018. Disponible en: http://www.secretariasendo.gov.co/senado/basedoc/ley_1925_2018.html

Derechas y fascismo social en la América contemporánea

*Sergio de Zubiría Samper**

*La necesidad del socialismo está de nuevo
cara a cara con la necesidad del fascismo.
La alternativa clásica “socialismo o barbarie”
es algo más actual que nunca*

Herbert Marcuse

El presente artículo pretende llamar la atención sobre dos fenómenos descuidados actualmente en la investigación social y política latinoamericana. El primero, la expansión progresiva en la región de un proto-fascismo social que se ha evitado llamar directamente por su nombre. El segundo, la existencia de limitados estudios sobre las “derechas políticas” en el continente y su asimetría con relación a reflexiones consolidadas sobre alternativas al neoliberalismo y los denominados “gobiernos progresistas”.

* Licenciado en Filosofía y Letras de la Universidad de los Andes. Máster Internacional en Gestión, Políticas Culturales –UNESCO y Universidad de Girona–. Doctor en Filosofía Política de la Universidad Nacional de Educación a Distancia, Madrid. Actualmente es profesor asociado del Departamento de Filosofía de la Universidad de los Andes y profesor titular de Doctorado en Bioética de la Universidad El Bosque.

Acoge las recientes palabras de la filósofa Judith Butler (2019) al recibir su Doctorado en la Universidad de Chile, cuando expresa: “La Universidad tiene obligaciones en tiempos donde la nostalgia por el fascismo está ganando terreno. Existe la necesidad que su trabajo sea más escuchado, más visto”.

Para asumir esta tarea dividimos el presente escrito en tres momentos. En la primera parte se postulan algunos posibles motivos que originan la escasa atención a los fenómenos del fascismo y las derechas en la América contemporánea; señalando que esta enumeración de causas es solo tentativa y la necesidad de emprender investigaciones académicas rigurosas sobre esta problemática etiológica. En el segundo momento se destacan algunas reflexiones sobre el tema elaboradas en otras latitudes; especialmente en Italia, por causas históricas notorias y su realidad política actual. En la tercera parte se introduce la categoría de “fascismo social” como noción que puede convertirse en orientadora para comprender diversas prácticas socioculturales proto-fascistas en la realidad social latinoamericana.

Se trata de una reflexión teórica que exige mayor substrato material e investigaciones de campo, pero que abre el horizonte hacia la comprensión de las contradicciones políticas fundamentales que caracterizan a Nuestra América contemporánea.

Causas tentativas del olvido y emergencias

La investigación y la bibliografía sobre derechas y fascismo son actualmente escasas en América Latina, especialmente si hacemos un análisis comparativo con otras latitudes. En Europa y Norteamérica, hace más de dos décadas la teoría política prioriza estudios sobre neofascismo, profascismo, urfascismo, fascismo eterno, fascismo societario, etc.

Basta recordar el texto anticipatorio de Umberto Eco, en 1995, sobre “Las catorce características de todo fascismo”. Allí el filólogo

italiano destaca los eufemismos y las frivolizaciones que evitan llamar las cosas por su nombre, señalando que la mera presencia de una de las catorce características permite “el desarrollo del fascismo”. Y enumera con enorme lucidez estos elementos: 1. El culto a la tradición; 2. El rechazo a lo moderno; 3. El culto a la acción por la acción; 4. El desacuerdo experimentado como traición; 5. El miedo racista a la diferencia; 6. La apelación constante a la frustración social para movilizar; 7. La obsesión con una conspiración; 8. Los enemigos son contruidos al mismo tiempo como fuertes y débiles; 9. El rechazo del pacifismo como una forma de comercio del enemigo; 10. El desprecio por los débiles hacia formas de elitismo; 11. El heroísmo es una norma y en este culto al héroe hay un culto a la muerte; 12. El machismo como manifestación del armamento acompañado de la misoginia y la homofobia; 13. Un populismo “selectivo”; 14. Habla una especie de neolengua: un vocabulario empobrecido y una sintaxis elemental para impedir el razonamiento complejo y crítico.

Clasificaciones como las de Gentile (2004) y Payne (2001), en los inicios del siglo XXI, subrayan los siguientes rasgos del fenómeno fascista: 1. Imposición de un Partido-milicia; 2. Jefatura carismática de un líder; 3. Uso y valoración positiva del uso de la violencia en el campo político; 4. Ideología social-nacionalista ecléctica y flexible en la práctica; 5. Una fuerte tendencia modernizante con inspiraciones en el pasado y sugestivos “mitos” tradicionales; 6. Recurso a ideas movilizadoras como: comunidad entendida como nación, estirpe o raza; decadencia/renacimiento como revertir una trayectoria decadente con una palingenesia; estricto ordenamiento jerárquico de la sociedad corporativa; vitalismo juvenilista; voluntarismo violento de la acción política; durabilidad en el tiempo de las realizaciones humanas; búsqueda de un nuevo ordenamiento de la geopolítica mundial.

Sostenemos que son escasas las producciones sobre el tema en la teoría política latinoamericana, especialmente si lo comparamos con la bibliografía en otras problemáticas, sin desconocer algunos hitos como la obra sistemática del pensador argentino José Luis Romero, *El pensamiento político de la derecha latinoamericana* (1970) y el

Seminario Internacional convocado, en 2014, por el Instituto Francés de Altos Estudios de América Latina y que se condensa en el libro *Las derechas en América Latina en el Siglo XX: problemas, desafíos y perspectivas* (2016). En esta última obra se postula la tesis que compartimos de la “falta de una reflexión historiográfica y teórica sobre esta familia política”.

Algunos de los motivos provisionales que explican la penuria de investigaciones sistemáticas sobre esta problemática en nuestras latitudes, podrían ser:

- a) La teoría política en la región lleva más de dos décadas muy centrada en la interpretación del “interregno” o “giro progresista” de ciertos gobiernos a partir de 1994/1998. La emergencia del zapatismo y los gobiernos de Hugo Chávez han sido criterios importantes de periodización para diagnosticar este continente como una alternativa a la hegemonía neoliberal. Debates como la caracterización de los gobiernos de izquierda, nacional-populares o progresistas, como también el post-neoliberalismo o alter-neoliberalismo, han sido predominantes en los últimos años en las ciencias sociales latinoamericanas.
- b) Existe una abundante producción sobre desigualdad, pobreza, transición a la democracia, papel del Estado, movimientos sociales y neoliberalismo. Predominan los temas y problemas del presente o la coyuntura y la percepción que la zona posee una potencia alternativa que la diferencia de las experiencias políticas de otros continentes. Los análisis de política comparada contienen cierta tendencia a analogías especialmente con la Europa del Sur (sería importante complementar esta hipótesis con pesquisas empíricas).
- c) En general se ha identificado la “familia política” de la derecha con los partidos políticos tradicionales realmente existentes en los respectivos países, que se remontan a las nacientes repúblicas del siglo XIX y se evita por ello acercarlos a fenómenos como el

fascismo. Se extiende la opinión no académica de que el fascismo es exclusivamente europeo y limitado a tres décadas del siglo XX. Además, sería conveniente insistir en análisis que logren mostrar los aspectos de continuidad y de ruptura en la derecha política latinoamericana.

- d) La noción de “populismo” ha cumplido en la teoría política funciones difusas y ambivalentes. Es difusa su utilización cuando cualquier situación no comprendida se caracteriza de “populismo” y es ambivalente cuando se exagera o devalúa la importancia de la categoría para explicar fenómenos sociales. Un ejemplo paradigmático de estos usos equívocos es la no distinción entre el “populismo de izquierda” y el “populismo de derecha”; como también la aproximación del término a “democracia popular”, o en la otra orilla, a simple “demagogia”. Las intersecciones entre derecha, populismo y fascismo, en la producción intelectual latinoamericana, se han constituido en una dificultad analítica más. En nuestro continente tenemos estudios muy consolidados y anticipatorios sobre el tema como la producción colectiva de Gino Germani, Torcuato Di Tella y Octavio Ianni, con el trabajo *Populismo y contradicciones de clase en América Latina* (1977).
- e) Son escasos en este continente los partidos, movimientos e ideólogos que se identifican y se adscriben de forma directa o explícita con el fascismo, prefiriendo las expresiones “derecha”, “nacionalismo” o “conservadores”; cierto uso despectivo y confuso del término ha ido alejando cada vez más la adscripción de los partidos políticos a su utilización. Por ejemplo, en el caso colombiano, el Grupo de los Leopardos, prefirió caracterizarse como una facción del partido conservador que como una organización de tinte fascista en pleno auge de fenómeno en las décadas del 20 y 30 del siglo XX.

La llegada a la presidencia en Brasil de Bolsonaro, por vía electoral en 2018, nos ha despertado de una especie de “sueño dogmático”

post-neoliberal; además, antecedido del triunfo difícilmente previsible de Trump, en Estados Unidos, en 2014. Un militar de la reserva del ejército brasileño, que había sido el diputado más votado en Río de Janeiro en 2014, con 464.000 votos, uno de los parlamentarios más influyentes en redes sociales, defensor de la dictadura brasileña de 1964-1983, alguien que apoya la tortura para combatir el comunismo y rechaza los derechos de la mujer y las comunidades LGBTI, es designado presidente del país más potente económicamente de la zona, a nombre de un partido denominado demagógicamente “Social liberal” (imita los abusos de lo “nacional” y “social” en los partidos de Mussolini y Hitler), con cerca de 58 millones de votantes. Tuvimos que esperar demasiado tiempo para reconocer que la extrema derecha y el fascismo permanecen y se transmutan hace décadas.

Esto se presenta paralelamente con retrocesos electorales parciales o definitivos de los denominados “gobiernos progresistas” o “nacional-populares” de Argentina, Ecuador, Venezuela, Honduras, El Salvador y Bolivia. Situación que ha llevado a algunos analistas a hablar del debatible “cierre del ciclo progresista” o el “interregno” de esos gobiernos. Aunque no exista consenso en esas caracterizaciones, si evidencia la urgencia de dedicar mayores esfuerzos reflexivos e investigativos a tres asuntos. El primero, comprender las causas y motivos profundos de un relativo abandono temático de la “familia política” de la derecha. Segundo, analizar las tácticas y métodos actuales de consolidación de las derechas, entre ellas las estrategias de “golpes blandos” como en Honduras y los dispositivos de judicialización de la política (*lawfare*) con la instrumentalización del “*timing* político”, la reorganización del aparato judicial, el doble rasero de la legalidad, las “guerras híbridas” y la concentración de los medios masivos, implementados en Brasil, Argentina y Ecuador; un uso indebido de mecanismos jurídicos para fines de persecución política, que se expande en la región. Tercero, clarificar categorías analíticas como derecha, populismo y fascismo, que orienten adecuadamente la comprensión de la realidad política contemporánea de Nuestra América.

Reflexiones y urgencias sobre el fascismo

La bibliografía sobre el tema en otras latitudes es amplia y robusta, especialmente la teoría política italiana ha dedicado grandes esfuerzos a comprender el fenómeno. La primigenia experiencia fascista de Mussolini en la segunda década del siglo XX, la figura mediática de Berlusconi y los avances del Partido Liga Norte con Salvini, han preocupado al pensamiento crítico en Italia. Este país ha sido durante un siglo el laboratorio para la implementación de formas transmutadas de fascismo, como también para las resistencias a sus avances.

Disponemos de dos textos importantes que aportan análisis conceptuales y prácticos en la comprensión de esta problemática: *El monstruo amable. ¿El mundo se inclina a la derecha?* (2008), de Rafaele Simone y *Las nuevas caras de la derecha* (2018), de Enzo Traverso. El primero decide acoger la noción de “neoderecha” y el segundo de “posfascismo”. La apuesta de Simone es por la “novedad” de la nueva derecha; la de Traverso por la urgencia de mantener rasgos de “continuidad” y de “discontinuidad” en ese “posfascismo”.

Aunque su contenido es rico y extenso quisiéramos destacar algunas de sus tesis centrales, con el objetivo de sintetizar postulados y criterios que puedan apoyar nuestro examen de la realidad contemporánea latinoamericana. No con una finalidad imitativa, sino tratando de decantar e inspirar similitudes y diferencias contextuales.

Algunas de las tesis relevantes de Simone, son: a) La “nueva derecha” es una manifestación directa del gran capital nacional y transnacional financiero, no del capital industrial. Para esta mirada financiera los obreros industriales son potencialmente peligrosos, en cambio, los empleados y funcionarios de las finanzas y el comercio sí saben respetar quien es el “patrón”. En economía son enemigos de la intervención estatal, sobre todo en los grandes servicios de educación, telecomunicaciones, seguridad social y salud; estos siempre deben ser dirigidos por manos privadas; b) En política son totalitarios y conservadores; por ello, nunca se negocia con el enemigo, más bien

se le ridiculiza y se le destruye. Ultraconservadores en sus hábitos y visiones, con excepción de lo que tiene que ver con “innovación” de productos y expansión de los consumos. Representan una oposición drástica entre un “nosotros” y los “otros”: a esos “otros”, políticamente hay que mantenerlos a raya, despreciarlos y echarles la culpa de todo lo que no va bien; c) La “neoderecha” explota abundantemente el “miedo” como factor de atracción, aunque personalmente necesitan hacer creer que el mundo va bien. Ese “seudo” optimismo es un componente fundamental que logra mantener tranquilo al “ciudadano-consumidor” y ante todo no perturba las inversiones económicas; d) La “neoderecha” desprecia la cultura crítica, la investigación y las actividades intelectuales; le rinde culto a la acción por la acción y es indiferente a la creación artística, salvo si produce objetos mediáticos y contribuye a la decoración. A menudo evoca valores familiares, en una perspectiva moralista y religiosa, evocando un supuesto respeto a una “indefinida” tradición; e) No es suficiente acoger el término “capitalismo”, sería mejor utilizar “archicapitalismo”, porque su única obsesión es acumular beneficios no únicamente explotando a sus trabajadores, sino también captando y oprimiendo a su propia clientela mundial que, en términos de Pasolini, es el “nuevo poder consumista” del actual capitalismo (1974).

Para el ensayista italiano, ha nacido un paradigma de cultura global “despótica”, que decide nominar el “Monstruo Amable”, un sistema gestionado por conglomerados del poder financiero, centrado en un consumismo compulsivo, en la ubicuidad de los medios de comunicación masiva y el entretenimiento banal, con permanentes invocaciones a la “voluntad del pueblo” y a un deseo supuestamente genérico de espiritualidad y religión. Es un nuevo “despotismo del futuro” que se expande en la cultura de masas de la “neoderecha” y analizado de forma anticipatoria por autores de orillas tan diversas como Tocqueville, Ortega y Gasset, Pasolini, Arendt o Baudrillard. El rasgo principal de este “amable” despotismo es el hecho que degrada a los seres humanos “sin atormentarlos”, no les hace sufrir, sino por el contrario le crea a cada uno de ellos la impresión que están

cada día mejor; un tipo de opresión consentida y de alguna manera “placentera”.

Este cuadro evoca de una forma asombrosa el mundo de la modernidad, donde enormes masas heterodirigidas son inducidas al consumo incesante en vez de la austeridad, al buen humor y a la diversión forzosos en vez de al descanso, a la sumisión satisfecha en vez de a la práctica de la libertad. Esta última oposición entre sumisión y libertad no debe parecer sorprendente: la libertad es costosa, reivindicarla no es algo instintivo; puede resultar cómodo compensarla con una dosis de sometimiento (Simone, 2011, p. 123).

El historiador italiano Enzo Traverso (2018) postula que el fascismo está de regreso, aunque nunca la academia ha dejado de interesarse por su comprensión. Es importante en este retorno evitar una suerte de “facilismo semántico” y para ello es necesario captar sus continuidades y discontinuidades. También necesario recuperar el “comparatismo histórico” de la Escuela francesa de los Anales que en términos de Marc Bloch exige mantener las “analogías” y “diferencias” entre épocas. El término embrionario “posfascismo” puede apoyar estos intentos para analizar formas posibles de fascismo características del siglo XXI que no se limiten a la reproducción mecánica del fascismo anterior, logrando captar sus dispositivos disruptivos. Por ejemplo, con excepción del “Movimiento por una Hungría Mejor (Jobbik)” y “Amanecer Dorado” en Grecia, que reivindican su filiación directa con el fascismo clásico, la mayoría de las organizaciones europeas de extrema derecha no lo hacen; la falta de un programa y la reivindicación de un tipo muy peculiar de eclecticismo, lo permiten.

Algunas de sus tesis centrales son:

- a) El “posfascismo” está desprovisto del impulso vital y utópico de sus ancestros, que se concebían como alternativas civilizatorias, revoluciones nacionales, proyectos salvadores, etc., porque emerge en un tiempo que podemos denominar “postideológico”, marcado por unas élites que experimentan el “colapso de la

esperanza”, el desprecio por las ideologías y el poder exclusivo del dinero. Su tiempo “presentista” hace que su vínculo con las masas sea distinto al del fascismo precedente: no tienen la ambición de movilizar grandes masas en torno a mitos colectivos o fundacionales, sino utilizarlas en las citas electorales para oponerse a lo que denominan el “sistema”, los “enemigos”, “los migrantes”, etc.; extrae su material de la continuidad de la crisis capitalista y del agotamiento de las democracias liberales que han conducido a las clases populares hacia la abstención;

- b) Una de sus fuentes pulsionales es la “personalidad autoritaria” (Freud, Horkheimer): una mezcla de frustración, temor y falta de autoconfianza que conducen al “goce” de su propia sumisión. La frustración y debilidad del “yo” se deben compensar en la fantasía como “orden y seguridad”; el temor paranoico se ha trasladado al “terrorista”, al extranjero y lo que denominan “minorías étnicas, sexuales o religiosas”. Saben fabricar y explotar el miedo, pero la solución siempre es “volver al pasado”. Existe un “buen pueblo”, un “nosotros” (varonil, homófobo, antifeminista, antiaborto, indiferente a la contaminación ambiental y hostil al intelectualismo) y un “mal pueblo” (inmigrante, drogadicto, marginal, inmoral, etc.); existe un “enemigo interno” (los migrantes que quitan el empleo a los nacionales) que se conforma como un elemento corruptor y que está afectando el cuerpo sano de la nación (en Europa muy relacionado con la islamofobia y en Norteamérica con la sudamericanofobia);
- c) El “posfascismo” no oculta su pasión por los poderes autoritarios, peticiona leyes de seguridad, mayor intervención de la inteligencia policiva, permisividad de la tortura, pena de muerte, poderes unidimensionales, etc., pero a diferencia de sus antecedentes no critica directamente la democracia o los derechos humanos. Puede mezclar demagógicamente frases como “seguridad democrática”, “guerra preventiva”, “dictaduras necesarias”, “armamentismo

sano”, etc.; por momentos se comporta como una de las especies de “ilustración racista”;

- d) Al haber colapsado el “comunismo soviético” y haberse alineado la socialdemocracia en la gobernabilidad neoliberal, las derechas han venido adquiriendo una suerte de monopolio de la crítica al “sistema”, sin ninguna necesidad de mostrarse subversivas. Una especie de distanciamiento del establecimiento dentro del orden social capitalista; nunca se presenta como revolucionario, sino como conservador y reaccionario. La época porta una profunda paradoja: el fracaso del “socialismo real” y en América Latina las profundas limitaciones del “progresismo” fueron seguidas por una ofensiva ideológica del “conservadurismo” y no por un balance riguroso de las estrategias de la izquierda. El viraje epocal de 1989 creó condiciones favorables para esta contraofensiva de la derecha planetaria;
- e) El tipo de liderazgo “posfascista” es una variante particular del “carisma”; no se parece al analizado por Weber (1922) que implicaba una relación directa, casi personal y emocional del líder con sus adeptos, sino un carisma “a distancia”, a través de los medios, con una figura que lo importante es “que actúe” (la acción por la acción) y como no tiene un programa político y racional claro, puede permanentemente equivocarse y rectificar (los ejemplos de Berlusconi y de Trump son paradigmáticos);
- f) Entre el fascismo ancestral y el posfascismo no solo está la derrota del comunismo, sino también está la descolonización. La matriz colonial de la islamofobia permite comprender la metamorfosis ideológica del actual fascismo; ya no apunta a conquistar sino a expulsar. Se podría afirmar que la mentalidad de conquista colonial ha cedido plenamente su lugar al rechazo; se trata ahora de primero segregar y luego expulsar, como si el colonialismo actual no pudiera realizarse sin la destrucción por expulsión del “otro”.

Hoy en día, el discurso racista ha cambiado de forma y de víctima: el inmigrante musulmán ha reemplazado al judío. El racialismo –un discurso modelado por el cientifismo y el biologismo– ha cedido su lugar a un prejuicio culturalista que señala una divergencia antropológica radical entre la Europa “judeocristiana” y el Islam. El antisemitismo tradicional, que fue durante un siglo un elemento constitutivo de todos los nacionalismos, no es más que un fenómeno residual. Las instituciones del Continente han hecho incluso de las conmemoraciones del Holocausto la fianza moral de sus políticas y mantienen relaciones especiales con Israel [...] La nueva xenofobia se apoya en una producción erudita neoconservadora muy considerable. Obras tales como *El choque de las civilizaciones* de Samuel Huntington (1993), *Riqueza y pobreza de las naciones* de David Landes (1998) o ¿Qué ocurrió? El Islam, Occidente y Modernidad de Bernard Lewis (2002) son el equivalente actual de *La psicología de la evolución de los pueblos* de Gustave Le Bon (1895), *La Génesis del siglo XIX* de Houston Stewart Chamberlain (1899) o *La decadencia de Occidente* de Oswald Spengler (1918). Su lenguaje y su utilería conceptual cambiaron, pero cumplen una función análoga” (Traverso, 2016, p. 7).

Esfuerzos reflexivos para comprender las tendencias y contra-tendencias que caracterizan el espíritu de nuestro tiempo (*Zeitgeist*) y que por momentos se nos desvanecen, pero que señalan nítidos avances de la cultura política de las derechas y el fascismo a nivel planetario. Nuestra tarea es estudiar estas aproximaciones para intentar interpretar nuestra realidad latinoamericana y colombiana; recuperar el trabajo sistemático iniciado por José Luis Romero sobre el pensamiento político de la derecha latinoamericana y lograr decantar continuidades y rupturas en los estudios críticos en estas latitudes.

Fascismo social en América Latina en contextos “democráticos”

En general la teoría política latinoamericana ha sido reacia a aceptar rasgos y regímenes fascistas en nuestro contexto. Esta especie de “negacionismo” tiene motivaciones diversas que también estamos obligados a investigar con mayor profundidad. Se pueden prever tentativamente motivaciones como: a) Los regímenes fascistas solo existieron en la Europa del siglo XX y no es conveniente utilizar la noción de forma imitativa para la realidad política de la región, mucho menos para aproximaciones a nuestro siglo XXI; b) En estas latitudes existen términos más adecuados como “extrema-derecha”, “populismo de derechas”, “dictaduras militares”, “regímenes autoritarios”, “estados burocrático-autoritarios”, etc., que representan mejor nuestra realidad contextual (por ejemplo, es escasa la bibliografía que denomina “fascistas” a las dictaduras militares del Cono Sur en las décadas del 60 y 70 del siglo XX; es conocida la posición de intelectuales críticos como Hugo Zemelman y Atilio Borón a la caracterización de esos regímenes militares como fascistas); c) Nuestra América es propensa a la democracia, el desarrollo y el progresismo, pero en ningún caso al fascismo; somos más bien un continente de resistencia al fascismo; d) Acercar demasiado el fascismo a la extrema derecha puede conducir a equivocaciones o exageraciones en los análisis políticos concretos; e) Se pueden utilizar términos como “procesos de fascistización”, “fascismo en proyecto”, “fascismo dependiente” o “fascismo atípico”, pero en sentido estricto no fascismo a secas.

Tal vez, el sociólogo argentino que sostuvo de manera imperativa como el fascismo está instalado y trata de perpetuarse en la región es Marcos Kaplan (1987). No tuvo ninguna vacilación en calificar de “neofascistas” a las dictaduras militares de Argentina, Uruguay y Brasil. Y llegó a señalar unas características del neofascismo *sui-generis* de nuestra zona continental: a) La implantación de este régimen

se presenta como la solución final a las contradicciones entre las exigencias del neo-capitalismo periférico y la crisis de hegemonía; b) La hegemonía es asumida esencialmente por las Fuerzas Armadas; c) El Estado es reestructurado y reorientado en su aparato, funciones y modo concreto de operar; d) El neofascismo usa en grado sin precedentes las formas simbólicas del poder, las técnicas y aparatos de información de masas, y el control social; e) La militarización del poder político se entrelaza con intensificación de la represión.

Consideramos que preservando los consejos de Simone y Traverso es posible empezar a llamar las cosas por su nombre evitando tanto el “facilismo semántico” como la moda “imitativa” eurocéntrica y la necesidad de preservar el sentido histórico de la continuidad y la discontinuidad. Subrayar las peculiaridades idiosincráticas latinoamericanas del liderazgo fascista contemporáneo también es necesario en los estudios. Como lo señala Franco Savarino (2013), hasta ahora, la investigación académica se ha concentrado especialmente en cuatro países (Brasil, Bolivia, Chile y México) y en movimientos nacidos en las primeras décadas del siglo XX, como Legión Plateada estadounidense, Unión canadiense de fascistas, Nacionalsocialismo chileno, Movimiento Nacional Revolucionario boliviano e Integralismo brasileiro. Latinoamérica merece mayor atención en el ámbito de la investigación histórica y política sobre el fascismo extraeuropeo.

En América Latina y el Caribe, dos profundas tesis teóricas formuladas por Theodor Adorno parecen ratificarse prácticamente en los albores del siglo XXI. Orientados por estas anticipaciones teóricas del filósofo de Frankfurt, podemos comprender que nuestro continente es una especie de laboratorio de experimentos políticos de dominación en el siglo XXI, como lo fue con la implementación del neoliberalismo en el siglo anterior; al mismo tiempo que se constituye en un espacio privilegiado para las resistencias y alternativas políticas al capitalismo. La primera tesis, el envejecimiento del imperativo categórico kantiano y la necesidad de una transmutación radical hacia un nuevo imperativo, acorde con las exigencias de los tiempos por venir. La segunda, la constatación del mayor peligro cuando el

fascismo sobrevive en condiciones de aparente democracia que la persistencia de tendencias fascistas dirigidas contra la democracia.

En su obra *La dialéctica negativa* (1966), Adorno formula:

Hitler ha impuesto a los seres humanos un nuevo imperativo categórico para su actual estado de esclavitud: el de orientar su pensamiento y su acción de modo que Auschwitz no se repita, que no vuelva a suceder nada semejante. Este imperativo es tan reactivo a toda fundamentación como lo fue el carácter fáctico del imperativo kantiano. Tratarlo discursivamente sería un crimen: en él se hace tangible el factor adicional que comporta lo ético (Adorno, 1984, p. 365).

Sorprende que sea la acción del máximo victimario la que imponga la modificación del imperativo (Hitler), las limitaciones que debe contener su irrupción cuando las condiciones son la “ausencia” de la libertad o esclavitud y la imposibilidad de fundamentarlo por una vía conceptual o racional. En la misma perspectiva de Freud y Walter Benjamin, después de Auschwitz, toda la cultura occidental, junto con la crítica contra ella, se han convertido en basura. Perder de vista los espectros o vestigios del fascismo, como lo sabía muy bien Primo Levi, puede conllevar su retorno a causar mayores estragos ahora robustecido, porque las puertas de ingreso a Auschwitz siempre están abiertas y demasiado cerca.

La filósofa española Marta Tafalla ha desentrañado las diferencias entre los imperativos kantiano y adorniano en su texto *Theodor Adorno: Una filosofía de la memoria* (2003). Para ella existen cuatro claras distinciones: a) El nuevo imperativo categórico no lo dicta el conocimiento del bien o la “buena voluntad”, como el caso de Kant, sino la experiencia histórica europea del mal en el siglo XX (guerras, catástrofes, crisis, barbarie, genocidios, etc.); la verdadera dimensión moral no emerge de ideales o sentimientos positivos, sino del horror y el rechazo a la injusticia y el sufrimiento; b) No nace del ejercicio racional y teórico de la razón pura, sino de la experiencia histórica concreta; no surge de una razón autónoma y autosuficiente, sino de un genocidio, los campos de exterminio de Auschwitz; c) Consiste en

decir “No”, en rechazar lo sucedido y exigir la imposibilidad de su repetición; un “No” que parece minimalista, pero que en situaciones de ausencia de libertad es bastante exigente; d) El imperativo adorniano contiene un componente de mimesis, semejante a la dimensión estética, porque lo desata un impulso material o somático y no un ideal abstracto como en el imperativo kantiano; ante el dolor reacciona nuestro cuerpo, nuestras pulsiones, por el sufrimiento de la naturaleza y de todo el género humano.

La moral debe ser universal para que el mal no lo sea, para que el mal no se repita incesantemente encerrando en él la historia. Y para evitar su repetición necesitamos rememorarlo. Por ello, frente al IC kantiano, el nuevo IC es el imperativo de la memoria, la exigencia del recuerdo. Porque la memoria no solo repara las injusticias del pasado, sino que puede impedir que se repitan, y es así la principal esperanza de futuro. El nuevo IC y su exigencia de memoria van dirigidos a todos los seres humanos, porque la memoria es una tarea de todos, porque la memoria de la humanidad solo puede componerse como una red en la que se entretejen las memorias individuales. De manera que la universalidad no es solo el objeto de la memoria sino también el sujeto que la realiza” (Tafalla, 2003, p. 201).

La experiencia histórica latinoamericana evidencia que no era necesario culminar en el “holocausto nazi” para empezar la irrupción de un nuevo imperativo, porque los horrores de la “racionalidad instrumental occidental” habían iniciado muchos siglos antes. De alguna manera nos enseña, aunque siempre sea problemático formular una historia contra fáctica que, esos genocidios habrían podido ser evitados; como también nos advierte, que insistir en un único “holocausto”, esconde toda la barbarie contra otros pueblos y culturas. Las masacres, los trabajos forzados, la esclavitud negra, los malos tratos y enfermedades contagiosas traídas de Europa provocaron una dramática extinción de las poblaciones no europeas. Una tasa acelerada de decrecimiento poblacional que modificó todas las estructuras del tejido social en el continente.

Por mucho tiempo se dudó de los cálculos de los observadores contemporáneos; se los calificó de parciales y exagerados. Sin embargo, investigaciones más recientes de la Universidad de California en Berkeley han mostrado que los cálculos originales no estaban tan equivocados. Se estima que, en 1500, al comienzo de la conquista, vivían en las Américas unos ochenta millones de indígenas. En 1550 quedaban solo diez millones. En el caso particular de México, el primer imperio indígena conquistado, las cifras son aún más elocuentes y dramáticas: durante los primeros cien años de dominación española la población indígena se redujo de veinticinco millones a un millón (Larraín, 1996, p. 135).

En el caso colombiano, aunque no existe consenso académico sobre el conjunto de pueblos indígenas que habitaban estos territorios antes de la llegada de los españoles y que van de cifras entre 4 y 8 millones de pobladores, el genocidio o catástrofe poblacional sí es destacado por la investigación histórica: sesenta años después de la Conquista quedaban aproximadamente 1,5 millones y a mediados del siglo XVII las comunidades sobrevivientes se redujeron a medio millón de pobladores. Son múltiples y profundos los “holocaustos” cometidos durante estos cerca de seis siglos contra la población y la naturaleza de Nuestra América. Con Aníbal Quijano, es preciso reconocer que la producción histórica de América Latina y el Caribe comienza con la destrucción de todo un mundo histórico, y sea probablemente la más grande aniquilación sociocultural y demográfica que haya llegado a nuestro conocimiento.

A su regreso a Alemania de su exilio, en 1949, en la década del cincuenta del siglo XX, Adorno dedica grandes esfuerzos investigativos a la persistencia del nazismo en la sociedad alemana de la postguerra. Se ha pretendido negar la culpa colectiva y “liberarse” del pasado a través del olvido, el silenciamiento y el negacionismo. El filósofo de Frankfurt demuestra que el “nacional socialismo” se prolonga no solamente en las organizaciones neonazis sino al interior de la “democracia”; para él, hacerse cargo del pasado, realizar una verdadera “elaboración o re-elaboración del pasado” (*Vergangenheitsbewältigung*),

implica, rechazar ciertas justificaciones espurias de la existencia del fascismo y reconocer que aún existen las condiciones objetivas que lo generaron.

En mi opinión, la supervivencia del nacionalsocialismo en la democracia es potencialmente mucho más amenazadora que la supervivencia de tendencias fascistas contra la democracia (Adorno, 1998, p. 15).

Pretensiones de justificación como “algo habrán hecho”, “las víctimas dieron algún motivo”, “Dresden puede amortizar a Auschwitz”, “no fueron tantos los asesinatos”, “el fascismo es una anomalía histórica”, “una aberración en el curso de la historia”, “el liberalismo es ajeno al totalitarismo”, etc., deben desaparecer del discurso público y para ello es necesario reconocer que existen causas como la tardía formación del Estado alemán que promueve el chovinismo, la organización totalitaria del proceso productivo, las industrias culturales, el declive del individuo, la obediencia colectiva, la “cancelación del recuerdo”, el “carácter manipulador”, los “asesinos de escritorio”, la renuncia a la crítica y el desprecio de la autonomía, la desvalorización de la vida y la naturaleza, etc., que, se consolidan como estructuras objetivas para la germinación del fascismo. La narración divulgada que a todos les fue mal en el periodo nazi es falsa, porque a innumerables personas “no les fue nada mal” bajo el fascismo, especialmente en la adquisición de poder económico y político. Hoy sabemos que la punta extrema del terror iba dirigida selectivamente a unos pocos y bien definidos grupos. Adorno tiene muy claro, en plena época de la “transición democrática” de la postguerra, que el pasado solo podrá ser superado el día en que las causas de lo ocurrido hayan sido eliminadas y los falsos prejuicios sean derribados. Y tal vez, el mayor de ellos es la suposición que el “fascismo social”, interiorizado en grandes sectores de la población, no puede sobrevivir en condiciones de una democracia formal y electoral.

La supervivencia del fascismo y la imposibilidad de conseguir, hasta el momento, la tan traída y llevada superación del pasado –que ha degenerado en su caricatura, el frío y vacío olvido–, hunden sus raíces en la subsistencia de los presupuestos sociales objetivos que hicieron posible la irrupción del fascismo. En lo esencial no puede ser derivado de disposiciones subjetivas. El orden económico, así como la organización económica de acuerdo con su modelo, lleva, ayer como hoy, a la mayoría a depender de acontecimientos sobre los que carece de toda posibilidad de disposición, y a la minoría de edad. Si quieren vivir no tienen otro remedio que adaptarse a lo dado, que someterse; tienen que erradicar precisamente esa subjetividad autónoma a la que apela la idea de democracia; solo pueden mantenerse renunciando a su propio yo (Adorno, 1998, p. 25).

Así como nuestra región anticipa el peligro colonialista y la barbarie de la “racionalidad instrumental occidental”, también se convierte en ámbito privilegiado para mostrar los peligros de la supervivencia del fascismo “en democracia”. La coexistencia de democracia y violencia, democracia y represión, violencia política y derecho moderno, como la profundización del fascismo en ciertos tipos de democracia no son una especie de “anomalía histórica”, sino son la regla en estas latitudes. Evocando a Walter Benjamin, para la tradición de los oprimidos en Nuestra América, el “Estado de excepción” siempre es la regla y existe un íntimo nexo entre el “progreso” demoliberal y el fascismo. Nunca podremos olvidar que Hitler llegó al poder por vía democrática electoral ese fatídico 30 de enero de 1933. Promover el verdadero Estado de excepción “mejorará nuestra posición en la lucha contra el fascismo” (Benjamin, 2012, p. 309), y en este caso, se trata de constatar, sin vacilaciones, que la democracia liberal siempre “normaliza” el sufrimiento de las víctimas y los oprimidos, como también es cómplice partera del fascismo.

La crítica radical a la democracia liberal no se puede confrontar simplificando el debate al uso de adjetivos defectivos como “democracia formal”, “democracia restringida”, “democracia electoral”, “semidemocracia”, “democracia débil”, “democracia atípica”, etc.

La teoría crítica de la sociedad debe destacar la inmanencia de las tendencias totalitarias del modo de producción capitalista (Marx y Engels) y de la democracia liberal (Rousseau, Tocqueville, Weber, Polanyi, Escuela de Frankfurt).

El intelectual crítico, Boaventura De Sousa Santos, llama la atención sobre la persistencia y expansión de un “fascismo social o societario”, que no consiste en una restauración del fascismo clásico de los años 30 y 40 del siglo XX, sino en un conjunto de prácticas socioculturales cotidianas violentas y autoritarias, características del tránsito de siglos: un nuevo fascismo. “Vivimos en sociedades que, a lo mejor, son políticamente democráticas, pero socialmente fascistas” (De Sousa Santos, 2016, p. 4). No nace directamente del Estado sino de la sociedad, expandiéndose a todas las interrelaciones locales, nacionales e internacionales; el Estado no se proclama fascista porque ya es innecesario, si la sociedad, como un todo, ya lo es. A diferencia del fascismo estatal-político del siglo pasado, el actual fascismo societario es “pluralista”, coexiste con facilidad con los denominados “Estados democráticos” y su tiempo-espacio preferido es a la vez lo local y lo global. Su forma de “pluralismo” es la indiferencia y la necesidad del miedo hacia “los otros”; coexiste con una democracia que se ha subsumido en las leyes del mercado; y, privilegia el fascismo social a nivel local y global. Su antecedente inmediato, para De Sousa Santos, es el denominado consenso neoliberal, al permitir una lógica del mercado desparramada en todos los campos de la vida social haciendo del mundo humano éticamente repugnante y políticamente ingobernable.

En palabras de Leonardo Boff: “La Gran Transformación consiste en el paso de una *economía* de mercado a una sociedad de mercado. O dicho de otra manera: de una sociedad con mercado a una sociedad solo *de* mercado” (Boff, 2014, p. 9). El neoliberalismo creó y agudizó las condiciones para este desastre, el fascismo societario. Se constata la aguda anticipación de Karl Polanyi (1944), ya en la década del 40 del siglo XX, que aseveraba que si queremos comprender los regímenes totalitarios contemporáneos tenemos que remontarnos a la

Inglaterra de finales del siglo XVIII, a la génesis de un tipo de liberalismo que permitió el nacimiento de un contrasentido impuesto por la fuerza y la violencia, la sociedad de mercado.

En el prefacio que redacta Michel Foucault, en 1977, para la presentación inglesa de la obra *El Antiedipo: capitalismo y esquizofrenia*, de sus colegas Deleuze y Guatarri, intitulado “Introducción a una vida no fascista”, evoca ese fascismo societario –sin usar este término–, pero ubicando perfectamente el problema. Lo considera el “enemigo mayor”, el “adversario estratégico”, porque se “halla dentro de todos nosotros, que acosa nuestras mentes y nuestras conductas cotidianas, el fascismo que nos hace amar el poder, desear aquello mismo que nos domina y explota [...] ¿Cómo se hace para no convertirse en fascista aun cuando (especialmente cuando) uno cree ser un militante revolucionario?” (Foucault, 1994: 3). Hasta arriesga unos principios esenciales para mitigar o combatir en la vida cotidiana el fascismo que vive en todos nosotros: a. Liberad la acción política de toda forma de paranoia unitaria y totalizadora; b. Haced que la acción, el pensamiento y los deseos crezcan por proliferación, yuxtaposición y disyunción, no por jerarquización piramidal; c. Preferid lo positivo y lo múltiple, la diferencia a la uniformidad, los flujos a las unidades, los ordenamientos múltiples a los sistemas; considerad que lo productivo no es sedentario sino nómada; d. No imaginéis que haya que estar triste para ser un militante aun cuando lo que se combata sea abominable; es el lazo entre el deseo y la realidad lo que posee fuerza revolucionaria; e. No utilizéis el pensamiento para dar a la práctica valor de Verdad; ni la acción política para desacreditar un pensamiento cómo si este no fuera más que especulación pura; utilizad la práctica política como un intensificador del pensamiento, y el análisis como multiplicador de las formas y los ámbitos de intervención de la acción política; f. No exijáis de la política el establecimiento de los derechos del individuo tales como los define la filosofía; recordad que el individuo es un producto del poder; lo que hay que hacer es desindividualizar por medio de la multiplicación, el ordenamiento en combinaciones diferentes; el grupo ha de ser un

constante generador de desindividualización; f. No os enamoréis del poder.

La comprensión y diagnóstico de ese nuevo fascismo contemporáneo exige la apropiación de categorías esbozadas por Foucault como “biopolítica”, “biopoder” y “gubernamentalización” y que han tenido actualizaciones muy interesantes como también complejas en las reflexiones de G. Deleuze, A. Negri, G. Agamben, S. Zizek y A. Heller.

Judith Butler, en *Detención indefinida*, ha llamado la atención sobre un aspecto que permanece inexplorado en el trabajo de Foucault sobre la gubernamentalidad: el de la gestión de la población a partir de la producción de vidas residuales, de cuerpos despojados de humanidad y de toda protección jurídica y política. La gubernamentalidad implica, además de la producción de individuos socialmente legibles y de condiciones de vida para la población, la construcción de un orden normativo de lo humano que, en la contracara del proceso, reduce a distintas minorías sociales (que a veces son mayoría numérica) a la condición de residuos, vidas precarizadas y desechables convertidas en blanco de violencia, persecución, eliminación o simple abandono. El poder que toma por objeto la vida controla, por un lado, las diferencias, produce y organiza socialmente las imágenes y deseos que se identifican con lo humano [...], por otro lado, los mecanismos por los cuales ciertos grupos son despojados de su humanidad y “producidos” como vida desnuda, como meros residuos sin lugar en el orden económico y social, como cuerpos superfluos” (Giorgi y Rodríguez, 2007, p. 30).

Para el investigador portugués, De Sousa Santos, en total contravía con los principios hacia una vida no fascista anticipados por Foucault, existen en la acción, el pensamiento y los deseos de las sociedades actuales, seis formas básicas de un nuevo fascismo social:

1. Fascismo del *apartheid* social: consiste en una forma espacial segregadora que en virtud de criterios socioeconómicos distribuye la población en “zonas civilizadas” y “zonas salvajes”. Se levantan

barreras visibles (condominios cerrados, barrios con puertas de seguridad, torniquetes, etc.) e invisibles (prohibición social del paso, control de pandillas, estigmatización, aporofobia, racismo, etc.) para promover la distancia infranqueable entre estas “zonas”.

2. Fascismo del Estado paralelo: se deciden formas selectivas y diferentes de intervención estatal. En las denominadas “zonas salvajes” se fomenta actuar de forma arbitraria y con operaciones policiales brutales e indiscriminadas; en las “civilizadas” la actuación es reglamentaria y acorde con el derecho vigente.
3. Fascismo para-estatal: opera como la apropiación, muchas veces en connivencia con las instituciones estatales, de aquellas competencias gubernamentales por poderosos actores sociales privados que escapan a cualquier control jurídico e institucional. Llegando estos actores particulares a controlar todos los espacios y tiempos de las poblaciones hacia un “fascismo contractual” (las poblaciones más vulnerables terminan sometidas a los ricos y a los poderosos) y un “fascismo territorial” (actores privados terminan controlando a los habitantes en los territorios).
4. Fascismo populista: se consolidan dispositivos de identificación inmediata a través de modelos consumistas y pseudo apariencias de participación; haciendo que la democracia formal representativa se vaya convirtiendo en una democracia de “baja intensidad”, porque logra convivir sin ninguna tensión y de forma confortable con el fascismo societario.
5. Fascismo de la inseguridad: se logra una manipulación discrecional del sentimiento de inseguridad de las personas y grupos sociales vulnerabilizados, instrumentalizando sus sentimientos y emociones de ansiedad e incertidumbre respecto del presente y del futuro. Ya en 2006, el ensayista polaco Zygmunt Bauman, había dedicado una obra completa al tema, con el título *Miedo líquido. La sociedad contemporánea y sus temores* (2007).

6. Fascismo financiero: ante el predominio de la financiarización y la economía especulativa en todos los ámbitos de la vida, se instaura una dictadura de la bolsa de valores, de la tarjeta de crédito y de las deudas, que glorifica el dinero e incrementa la inseguridad y miedo del yo.

Son contundentes los síntomas del retorno o persistencia del fascismo en los albores del siglo XXI, desconocer esta presencia se convierte en un dispositivo de poder hacia la complicidad y el negacionismo. El asunto no puede limitarse a una disputa de términos (neofascismo, urfascismo, profascismo, nuevo fascismo, fascismo societario, etc.) sino a la inminente conciencia de su peligro social y político. Tenemos que evocar las lúcidas anticipaciones filosóficas de Benjamin al denominarlo el mayor “enemigo histórico” a vencer y Foucault como el “adversario estratégico”, y, para ello, es obligatorio abandonar la supuesta antípoda entre “democracia” versus “fascismo”.

América Latina y el Caribe se constituyen, al mismo tiempo, por un lado, en un espacio para el despliegue del fascismo con nuevos y viejos rostros, y, por otro lado, como un escenario privilegiado para las luchas políticas hacia formas de subjetivación no fascistas. Al lado de las resistencias al poder político, social, moral y religioso, contra toda forma de explotación capitalista, en nuestro continente emergen nuevos campos de luchas contra las formas tradicionales y fascistas de subjetivación. En los conflictos sobre la definición de la salud y la enfermedad, los normales y anormales, los movimientos ecológicos contra el extractivismo, las mujeres, los géneros y las sexualidades, la interculturalidad, los territorios de la diferencia, la defensa de la paz, etc., se materializan estas luchas por la emancipación y las prácticas de libertad. La alternativa clásica, evocada por Marcuse, entre “socialismo o barbarie”, entre “anticapitalismo o fascismo”, hoy tiene más vigencia que nunca.

Bibliografía

- Adorno, T. (1984 [1966]). *La dialéctica negativa*. Madrid: Taurus.
- Adorno, T. (1998). *Educación para la emancipación*. Madrid: Morata.
- Bauman, Z. (2007). *Miedo líquido. La sociedad contemporánea y sus temores*. Barcelona: Paidós.
- Benjamin, W. (2012). *Obras. Libro I*, volumen 2. Madrid: Abada.
- Boff, L. (2014). *La Gran Transformación*. Madrid: Nueva Utopía.
- Bohoslavsky, E. & Boisard, S. (Coords.) (2016). Las derechas en América Latina en el siglo XX: problemas, desafíos y perspectivas. *Memorias Seminario Internacional Instituto Francés de Altos Estudios de América Latina*. Disponible en: <https://journals.openedition.org/nuevomundo/68802#-text>
- Borón, A. (1977). El fascismo como categoría histórica: en torno al problema de las dictaduras en América Latina. *Revista Mexicana de Sociología*, (2), México.
- De Sousa Santos, B. (2009). *Sociología jurídica crítica*. Madrid: Trotta.
- De Sousa Santos, B. (2016). Entrevista. *Envío org*, No. 415, Managua.
- Eco, U. (1995). *UR-fascismo (O fascismo eterno)*. Conferencia proferida en la Universidad Columbia. Disponible en: <https://www.rebellion.org/noticia.php?id=251632>
- Foucault, M. (1994). Introducción a la vida no fascista. *Zona Erógena*, (18). Buenos Aires.
- Gentile, E. (2004). *Fascismo. Historia e interpretación*. Madrid: Alianza.
- Giorgi, G y Rodríguez, F. (2007). *Ensayos sobre biopolítica*. Buenos Aires: Paidós.
- Ianni, O. (1977). *Populismo y contradicciones de clase en América Latina*. México: Era.
- Kaplan, M. (1987). *Democratización, desarrollo nacional e integración regional en América Latina*. San José: Capel.

- Larraín, J. (1996). *La modernidad, razón e identidad en América Latina*. Santiago: Andrés Bello.
- Payne, S. (2001). *El fascismo*. Madrid: Alianza Editorial.
- Pasolini, P. (1973, 15 de julio). La primera y verdadera revolución de derechas. *Tempo illustrato*.
- Polanyi, K. ([1944] 1989). *La gran transformación. Crítica del liberalismo económico*. Madrid: La Piqueta.
- Romero, J. L. (1970). *El pensamiento político de la derecha latinoamericana*. Buenos Aires: Paidós.
- Savarino, F. & Bertonha, J. F. (Coords. (2013). *El fascismo en Brasil y América Latina. Ecos europeos y desarrollos autóctonos*. México: Instituto Nacional de Antropología e Historia.
- Tafalla, M. (2003). *Theodor Adorno: Una filosofía de la memoria*. Barcelona: Herder.
- Traverso, E. (2016). *Espectros del fascismo: pensar los derechos radicales en el siglo XXI*.
- Traverso, E. (2018). *Las nuevas caras de la derecha*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Simone, R. (2008). *El monstruo amable. ¿El mundo se inclina a la derecha?* Madrid: Taurus.
- Weber, M. ([1922] 2008). *Economía y sociedad*. México. FCE.
- Zemelman, H. (1976). Acerca del fascismo en América Latina. *Nueva Política*, (1). México.

Nuevas derechas ante la integración latinoamericana

*Pablo Guadarrama González**

Desde que se iniciaron los procesos de diferenciación social en los primeros estadios de la humanidad, resultó lógico que a los sectores más beneficiados por la desigual distribución de la riqueza no les agradara mucho que aquellos sobre los cuales descansaba la mayor parte del trabajo establecieran algún tipo de nexo de unidad o relación de interdependencia.

Este fenómeno no debe interpretarse como manifestación de una fatal “naturaleza humana” egoísta, elitista y divisionista, de la cual no es posible escapar. En caso de que esta fuese la determinante en el desarrollo de la humanidad, tal vez esta ni siquiera podría haber comenzado a elevarse sobre el reino animal. En verdad, lo que prevalece en el desarrollo social no es dicha presunta naturaleza ni una

* Profesor de Mérito de la Universidad Central “Marta Abreu” de Las Villas, Cuba; Doctor en Filosofía Universidad Karl Marx, Leipzig; Doctor en Ciencias, Cuba; Académico Titular de la Academia de Ciencias de Cuba. Autor de varios libros sobre el pensamiento filosófico latinoamericano. Actualmente es profesor de la Maestría en Estudios Políticos Latinoamericanos de la Universidad Nacional de Colombia y de la Maestría en Ciencia Política de la Universidad Católica de Colombia-Università degli Studi di Salerno.

metafísicamente inaprensible “esencia humana”, sino una histórica “condición humana” (Guadarrama, 2017).

Alguna razón debe otorgársele a uno de los gestores del socialdarwinismo, Herbert Spencer, quien no se dejó seducir totalmente por tal tipo de reduccionismo epistemológico biologicista, y a pesar de ser uno de los ideólogos del liberalismo, consideró que el progresivo desarrollo de la humanidad, especialmente durante sus primeros estadios, se debió a que prevaleció más una tendencia “egoaltruista” que una individualista.¹

Con el incremento de la estratificación social aparecieron justificaciones ideológicas, generalmente con argumentos religiosos, con la intención, por una parte, de inculcar criterios discriminatorios que fuesen aceptados como designios divinos, tanto por los pueblos o sectores dominados, como los *parias* en la India o los *plebeyos* en Roma –quienes a su vez eran diferenciados entre sí con el objetivo de fomentar mayores grados de división entre ellos–, y por otra parte, para elevar el grado de autoestima en los conquistadores al considerarse los “elegidos”, y por tanto, “invencibles”.

Aunque la máxima romana de “divide y vencerás” es la más conocida, ello no significa que civilizaciones imperiales anteriores no la hayan puesto en práctica, con el objetivo de dominar a aquellos pueblos que les interesaba explotar para aprovecharse de sus recursos naturales y humanos.

Ante tales situaciones caben las siguientes interrogantes: ¿históricamente las derechas han propiciado más la fragmentación o la integración social? ¿Quiénes se han beneficiado a lo largo de la historia de las propuestas divisionistas, elitistas, racistas, regionalistas,

¹ “Pero el que la lucha –sostenía Spencer con su optimismo característico– haya sido necesaria, incluso en los seres dotados de sentimiento, no significa que deba existir en todos los tiempos y entre todos los seres. [...] Pero podemos suponer que una vez producidas estas sociedades (la de las cavernas, P. G.), la brutalidad, condición necesaria para su producción desaparecerá y la lucha intersocial, factor indispensable de la evolución de las sociedades, no desempeñará en el porvenir un papel semejante al que tuvo en el pasado” (Spencer, 1948, p. 11).

nacionalistas estrechas, etc.? En su lugar, ¿han tenido las mismas actitudes los opositores a las derechas en distintas épocas o, por el contrario, han estado más orientadas por el criterio de la necesidad de la unidad, como lo evidenciaría la conocida consigna del Manifiesto Comunista: “proletarios de todos los países, uníos”, así como la labor de sus autores en la creación de la Asociación Internacional de Trabajadores, del mismo modo que la de Lenin con la III y la de Trotsky con la IV?

La historia latinoamericana no constituye una excepción al respecto. Para analizar la actitud de las nuevas derechas ante procesos de unidad e integración es necesario antes considerar la de las viejas derechas.

Tanto en la época precolombina, durante las guerras de conquista protagonizadas por mayas, incas y aztecas sobre los pueblos que dominaban, como en el caso de otros no tan avanzados en sus respectivos procesos civilizatorios, también se pusieron en práctica esos criterios divisionistas de aquellas “viejas derechas” imperiales. Los aztecas despreciaban a los chichimecas, a quienes equiparaban con animales.

Una vez fragmentados y conquistados esos pueblos, se les inculcaba la idea del presunto origen divino del monarca, considerado a la vez como sumo sacerdote, al cual debían subordinarse para recibir su protección paternal, y así aseguraban las nuevas fronteras de su imperio. Sin embargo, como medida de manipulación ideológica se les respetaban algunos elementos de su identidad cultural. Los incas en su sincretismo llevaban los dioses de los pueblos conquistados al panteón del Cusco. Incluso en ese proceso de transculturación se aceptaban e incorporaban algunas de sus instituciones y festividades.

Hernán Cortes supo aprovechar muy bien los conflictos entre los aztecas y otros pueblos, del mismo modo que Pizarro lo hizo en el caso de la conquista de los incas.

Lógicas preocupaciones surgirían entre los conquistadores iberos cuando a las insubordinaciones indígenas se sumaron las de los

esclavos africanos y aún más cuando se les unieron algunos criollos. Encomenderos primero y hacendados después estimularon los conflictos entre los esclavos a partir de sus diferencias tribales de procedencia, y en particular, de diversidad religiosa, para debilitar su potencial peligro de sublevación.

La “vieja derecha” encarnada en el poder metropolitano hispano-lusitano, cuyos integrantes también se presentaban como designados por Dios, trató por todos los medios de mantener fragmentados los virreinos y capitanías, así como a los distintos sectores de la población, no solo diferenciando a los peninsulares de los nativos –los cuales ya habían sido caracterizados como “indígenas”, que significa originario del lugar que habita, pues ya desde esa época se inculcaba el criterio de que todo lo extranjero es superior, excepto, por supuesto, los negros africanos–, sino también hasta los mismos esclavos africanos, al establecer diferencias sustanciales entre los que prestaban servicio doméstico y los que trabajaban en las minas o en la plantaciones. Las clasificaciones sobre los distintos tipos de mestizos tenían el mismo objetivo, al igual que las distinciones entre los criollos blancos, aunque fuesen ricos, y los peninsulares. Se establecían numerosos privilegios en correspondencia con la extracción social, hecho este que constituiría uno de los ingredientes de las luchas independentistas.

A pesar de la intolerancia católica respecto a las religiones nativas, durante el proceso de evangelización forzosa no fue posible evitar que algunos elementos de aquellas, así como también otros de los cultos de los esclavos de origen africano, lograran permear el cristianismo, como expresión de la transculturación. Pero este no fue un proceso inconsciente o espontáneo, sino muy bien concebido para lograr la dominación ideológica sobre aquellos pueblos avasallados.

La política colonial por mantener a toda costa la fragmentación se evidenció al no posibilitar la comunicación directa entre virreinos y capitanías, por lo que resultaba más fácil hacerlo a través de los puertos de la metrópoli que directamente. Una herencia de tal situación se puede apreciar hasta el día de hoy en muchos aspectos, que

aún obstaculizan la comunicación entre los países latinoamericanos, independientemente de los avances tecnológicos contemporáneos.

El proceso de fermentación de las ideas independentistas, fundamentado en el pensamiento filosófico de la modernidad,² se vio frenado en múltiples ocasiones por la labor divisionista de las metrópolis, no solo en relación con diferentes clases y estratos sociales, sino también entre regiones y ciudades, con el propósito de propiciar más los conflictos entre estos que la posibilidad de lograr consensos para luchar por logros comunes. El lastre de tales políticas no solo se mantiene hasta el presente, sino que estas se promueven por las nuevas élites gobernantes para facilitar su dominación, para tratar de impedir o al menos minimizar cualquier tipo de alianza entre diferentes sectores populares o entre países.

Los ilustrados latinoamericanos tuvieron que desarrollar una valiosa tarea reivindicadora de los valores y derechos de sus respectivos pueblos (Guadarrama, 2015), e incluso de la naturaleza, frente a las ideas discriminatorias de la “vieja derecha”, esto es, los funcionarios e ideólogos del colonialismo que se cuestionaron no solo la condición humana de indígenas y esclavos africanos e incluso las cualidades de los mestizos criollos, sino también las características de algunos animales y plantas, considerados inferiores a los del mundo europeo.

El despliegue de la modernidad, acelerada con las revoluciones burguesas en Inglaterra, Países Bajos y Francia, impulsaría algunas conquistas sociales en cuanto a derechos humanos y libertades políticas. Estos acontecimientos obligarían a la monarquía española a establecer la política del “despotismo ilustrado”, favorecedor de algunas reformas en las colonias. Sin embargo, las estrategias

² “[...] la filosofía ilustrada del siglo xviii en Europa contribuyó sustancialmente a la construcción de una mirada imperial sobre el mundo que postula a Europa como *telos* de la civilización humana, estableciendo al mismo tiempo una taxonomía jerárquica entre las diversas formas de producir conocimientos” (Castro-Gómez, 2009, p. 130).

divisionistas en América no decaerían, sino que, por el contrario, se incrementarían considerablemente, dado el temor al contagio con el ejemplo independentista norteamericano y haitiano.

Los gérmenes del pensamiento integracionista latinoamericano comenzarían desde fines del siglo XVIII en Francisco de Miranda, Juan Pablo Viscardo y otros. Una de las formas de oposición de la “vieja derecha” fue la represión, pero la “nueva derecha” emergente –conformada por los criollos conservadores que se vieron precisados a apoyar de algún modo vacilante las guerras de independencia– utilizó un método más sutil: ignorarlos o tildarlos de ilusos.

Durante el proceso independentista, tales tácticas se recrudecieron en sentido proporcional al fortalecimiento del pensamiento integracionista. La “vieja derecha” –conformada no solo por la metrópoli colonial, sino también por los “demócratas” gobernantes norteamericanos, como Thomas Jefferson, a quienes no les agradaba la posible independencia de las colonias latinoamericanas, pues preferían esperar a que el naciente coloso yanqui pudiese sacar mejor provecho de ella– hizo todo lo posible por aplastar, por medio de la violencia y de la manipulación ideológica del temor ante una posible vuelta al pasado del poder indígena o incluso de una “revuelta de negros”, ambas amenazas: el independentismo y el integracionismo.

La “nueva derecha”, una vez obligada a apoyar aquel proceso revolucionario y lograda la victoria, trató de limitar por todos los medios sus alcances, especialmente en cuanto a la propiedad de la tierra y a poner límites a las exigidas conquistas sociales y democráticas.

Lo que subyacía ideológicamente en el plano del debate intelectual y cultural durante el pensamiento ilustrado frente a los propugnadores de la discriminación y el divisionismo afloraría de una forma más radical al nivel de la política y el derecho durante las guerras por la independencia. Fue no solo con los sables, sino con la imprenta y la labor divulgativa oral con lo que los líderes independentistas tuvieron que enfrentar los argumentos de “la derecha” de su época, tanto de «la vieja» vinculada al gobierno colonial, como de

la emergente “nueva derecha” que se preparaba para asumir su conservador protagonismo al iniciarse la vida republicana.

Tanto el poder monárquico como sectores oligárquicos vernáculos hicieron todo lo posible por fragmentar las fuerzas independentistas. Especialmente, cuando se percataron de que estas eran irreversibles –al menos en “tierra firme”, pues las Antillas no estaban preparadas para ese proceso, como lo demostraron Cuba y Puerto Rico al demorar en iniciar dichas luchas, y en Santo Domingo hubo un regreso temporal al poder español–, se dieron cuenta de que para mantener su estatus económico, jurídico y político era necesario desintegrar al máximo las fuerzas revolucionarias. Con ese objetivo desarrollaron políticas para encontrar apoyo en los grupos menos radicales y así establecer hegemonías conservadoras en una época en que emergían tendencias más peligrosas aún, como el socialismo y el anarquismo. De manera que ante estos últimos el liberalismo y el conservadurismo tendrían más aproximaciones que distanciamientos.

Los continuadores del ideario integracionista de Bolívar, y en general de los próceres de la independencia (Zea, 1993), se convirtieron en dignos representantes de los valores de un combativo latinoamericanismo (Guadarrama y Romero, 2007, p. 61) frente al fagocitósico panamericanismo de la Doctrina Monroe, hoy revitalizada, que pronto devoraría la mayor parte de México y amenazaba con continuar su acción depredadora hacia Centroamérica y el Caribe, como trampolines para abalanzarse sobre los pueblos del Sur, tal como había vaticinado el Libertador.

En el inicio de la vida republicana, cuando las propuestas integracionistas parecían “utopías abstractas”, según Ernst Bloch, la “nueva derecha”, conformada por aquellos conservadores³ que se sentían

³ “El núcleo original del pensamiento conservador perpetuaba las ideas de la antigua sociedad colonial, una sociedad barroca constituida por dos grupos netamente diferenciados: los que gozaban de privilegios y los que no los tenían. Luego, a partir de la Independencia, ocurrieron muchas cosas que modificaron esa sociedad; pero

satisfechos con el reformismo (Villegas, 1972) y se conformaban solo con algunas conquistas de soberanía política que les permitieran mejoras económicas, resultaba relativamente más homogénea (Picarella y Scoccoza, 2019). Aunque algunos imperios coloniales como Inglaterra y Francia realizaron incursiones militares en Latinoamérica en el siglo XIX, todavía no se vislumbraba nítidamente la amenaza del naciente imperialismo norteamericano.

La confluencia entre “vieja” y “nueva” derecha se pudo apreciar en el plano ideológico cuando una vez establecida la vida republicana algunos sectores de esta última trataban afanosamente de enaltecer el espíritu de la “madre patria” (Sierra, 2002). En esa labor desempeñaría una esmerada labor la Iglesia católica.

Múltiples fueron los factores aprovechados por la derecha desde el inicio de la vida republicana para obstaculizar cualquier proceso integracionista. Al respecto, Miguel Ekmekdjian sostiene acertadamente:

El proceso de integración y cooperación económica entre los países latinoamericanos nunca fue simple, único ni lineal. Pasado el primer momento de las guerras de la independencia, la Nación latinoamericana se fue fragmentando en numerosos Estados, algunos dibujados caprichosamente por las clases conservadoras, e incluso por la diplomacia inglesa con la complicidad miope de las clases dirigentes criollas. Es difícil resumir en una breve reseña todos los diversos factores, políticos, culturales, económicos, subregionales, incluso muchas veces contradictorios entre sí, que han provocado la balcanización de Hispanoamérica. Ha habido celos y desconfianzas recíprocas, intereses económicos encontrados, ansias expansionistas de las clases

los conservadores fueron precisamente los que se resistieron a ese cambio y, más aún, a consentir en la cancelación de sus fundamentos. Ellos seguían siendo, simplemente, los mejores. Sus antepasados habían sido los únicos vasallos que gozaban de privilegios reales, y sus descendientes se consideraron los únicos ciudadanos de pleno derecho, más allá de las declaraciones igualitarias y democráticas, más allá de los nuevos principios institucionales, más allá, inclusive, de las nuevas situaciones sociales que se iban consolidando poco a poco” (Romero, 1989, p. XVI).

dirigentes, que separaron especialmente a los países vecinos creando odios absurdos. Incluso ha habido guerras fratricidas y los fosos llenos de sangre tardan mucho tiempo en ser cegados. Todo ello trajo como consecuencia el aislamiento recíproco de los Estados así formados (Ekmekdjian, 1996, pp. 114-115).

Ya desde los próceres de la independencia se habían elaborado propuestas integracionistas, como el Congreso Anfictiónico de Panamá, o las de San Martín, Artigas, etc., que encontraron serios obstáculos en algunos sectores de la nueva derecha, a la cual se sumarían los sectores gobernantes en Estados Unidos de América.

Algunos de los más dignos cultivadores del dicho latinoamericanismo –como José María Samper, Justo Arosemena, José Cecilio Valle, Francisco Bilbao, José Martí, Enrique José Varona, Ramón Emeterio Betances y Eugenio María de Hostos, entre otros– atisbaron el peligro que acechaba del coloso norteamericano y presentaron fuerte resistencia a los abanderados del caudillismo, el regionalismo, el nacionalismo y el anexionismo. En este último caso, no faltaron los cultivadores de la “nordomanía”, según le calificaría José Enrique Rodó, quienes añoraban ver las repúblicas latinoamericanas en forma de estrellas sumadas a la bandera de los Estados Unidos de América, como en el caso de José Domingo Sarmiento. Tal vez estos serían antecedentes del fracasado Área de Libre Comercio de las Américas (ALCA) que los Estados Unidos han tratado de reemplazar con los Tratados de Libre Comercio (TLC).

Algunos de los cultivadores de esa corriente pronorteamericana –por su visceral postura antiespañola más allá del plano político, que los lleva incluso a proponer una total emancipación cultural, e incluso lingüística, de España– conformarían un ala de la “nueva derecha” marcada por la xenofilia ante la cultura anglosajona, acorde con sus perspectivas ideológicas liberales y filosóficas positivistas.

Frente a esos que menospreciaban los valores y posibilidades de los pueblos latinoamericanos, José Martí replicó enalteciendo la unidad de *Nuestra América*. En consecuencia, sostuvo:

Pueblo, y no pueblos, decimos de intento, por no parecernos que hay más que uno del Bravo a la Patagonia. Una ha de ser, pues que lo es, América, aun cuando no quisiera serlo; y los hermanos que pelean, juntos al cabo de una colosal nación espiritual, se amarán luego. Solo hay en nuestros países una división visible, que cada pueblo, y aún cada hombre, lleva en sí, y es la división en pueblos egoístas de una parte, y de otra, generosos. Pero así como de la amalgama de los dos elementos surge, triunfante y agigantado casi siempre, el ser humano bueno y cuerdo, así, para asombro de las edades y hogar amable de los hombres, de la fusión útil en que lo egoísta templa lo ilusorio, surgirá en el porvenir de la América, aunque no la dividen todavía los ojos débiles, la nación latina; ya no conquistadora, como en Roma sino hospitalaria (Martí, 1976, pp. 318-319).

Otros obstáculos por parte de la “nueva derecha” se les presentarían posteriormente a aquellos que como José Vasconcelos, José Carlos Mariátegui o Víctor Raúl Haya de la Torre preferían denominar como “Indoamérica” (Vasconcelos, 1927: 32) y propugnaban encontrar otros elementos de identidad de estos pueblos –en lugar de Latioamérica, Iberoamérica o Hispanoamérica– que facilitaran ideológicamente su integración.

El no menos convulso siglo XX fue escenario propicio para que las “nuevas derechas” reaccionaran espantadas ante revoluciones en México, Cuba, Nicaragua, etc., especialmente por las manifestaciones de solidaridad que motivaron no solo en este continente. En ocasiones buscarían “protección” en el poderoso vecino del Norte, le colaborarían en las dos guerras mundiales y no protestarían por sus intervenciones militares en varios países latinoamericanos, e incluso les apoyarían en algunas de ellas.

La trascendencia de la Revolución de Octubre en Rusia, la derrota del fascismo, el surgimiento de países que al parecer acometían ensayos de socialismo en Europa Oriental, la Revolución China y, en particular para este continente, la Revolución Cubana, así como el proceso de descolonización en África y Asia serían acontecimientos que desvelaron a la “nueva derecha” mundial, y como parte de ella la

latinoamericana. Por ello han puesto todo su empeño en aniquilarlos, sobre todo por las manifestaciones de solidaridad que algunos de ellos más que otros han producido en todo el orbe. La hostilidad ante el socialismo y el marxismo, por supuesto, se ha incrementado tras la caída del muro de Berlín, y en particular con los recientes triunfos electorales de la derecha en algunos países latinoamericanos (Guadarrama, 2018).

El panamericanismo renovado encontraría fuertes aliados en las “nuevas derechas” latinoamericanas que han preferido contar con la “protección” de tan poderoso padrino. De ahí su anuencia para la creación de la Organización de Estados Americanos (OEA), que como ministro de colonias el gobierno estadounidense ha manejado la mayoría de las ocasiones para expulsar a aquellos países que, como Cuba, no cumplen las exigencias de sus “democratómetros”; guardar silencio ante golpes de Estado como los de Batista, Pinochet, Videla, etc.; propiciar “golpes blandos” contra Lugo, Zelaya o Dilma, o favorecer intentos de otros no tan blandos contra Chávez, Correa, Maduro, etc.

Las “nuevas derechas” latinoamericanas aceptaron a regañadientes el fracaso del ALCA.⁴ Inmediatamente se plegaron a las ofertas de firmas de tratados de libre comercio con Estados Unidos de América y tragarón el anzuelo de las ventajas económicas que estos traerían consigo; por supuesto, para los sectores económicamente poderosos

⁴ “El ALCA era, fundamentalmente, una ofensiva del capital contra el trabajo. En tanto establecía la libre movilidad de capitales y mercancías, pero no así de personas, otorgaba al capital mejores condiciones para explotar al trabajo. En este sentido pretendía restringir, como se intentará mostrar en este apartado, las condiciones de los trabajadores organizados para defender sus derechos. En la década del noventa, de la mano de las políticas neoliberales, aumentó el desempleo en América latina. A esto debe sumarse la subocupación, la flexibilización y el trabajo en “negros”, que alcanzaban dimensiones alarmantes. Cuando el capital cuenta con mayores condiciones para operar a escala internacional y moverse libremente, más capacitado está para trasladar inversiones hacia donde mejores condiciones tenga para explotar el trabajo. En los últimos años, por ejemplo, empresas estadounidenses que se habían radicado en México por la baratura de su mano de obra, se trasladaron a China, donde los salarios eran muchísimo más bajos” Kan & Pascual (2013, pp. 140-141).

de las oligarquías nacionales puede que así sea, pero para las medianas y pequeñas empresas es otro asunto.

Por otra parte, Marx y Engels debieron haber considerado que no solo los obreros no tienen patria, sino tampoco los empresarios, pues estos invierten sus capitales en cualquier país del mundo, siempre y cuando esto les resulte beneficioso, aun en detrimento de su propio país (Gambina, 2013).

Las “nuevas derechas” vieron con ojeriza la creación de UNASUR, del ALBA y la CELAC. De ahí la euforia cuando recientemente se ha inclinado el péndulo de los procesos electorales hacia la derecha y celebran el retiro de algunos de esos gobiernos de la primera.

Un rasgo característico de las “nuevas derechas” consiste en criticar los procesos de integración latinoamericana, los cuales, a su juicio, se han basado en criterios ideológicos, y en su lugar generan otros alternativos, como la Alianza del Pacífico o PROSUR (Foro para el Progreso de América del Sur),⁵ a partir de lo mismo que critican. Por supuesto, aunque hipócritamente declaran que su objetivo no es generar fisuras en las instituciones integracionistas latinoamericanas, en verdad resulta todo lo contrario.

En los actuales tiempos de globalización (Guadarrama, 2004 y 2011), aunque las “nuevas derechas” utilicen instrumentos ideológicos tecnológica y mediáticamente más sofisticados para evitar que los procesos de integración latinoamericana puedan revertirse contra sus intereses, no abandonan las políticas tradicionales de las

⁵ “Durante la instalación ayer en Santiago de Chile de la nueva plataforma de integración de los países latinoamericanos, llamada PROSUR, Venezuela fue, a la vez, el único ausente y el gran protagonista. Nadie mencionó a este país –sumido en una crisis humanitaria y de legitimidad política–, pero el gobierno de *Nicolás Maduro* estuvo implícito en cada una de las palabras de los mandatarios. [...] Los firmantes de la declaración conjunta insistieron en diferenciar este espacio de UNASUR, su antecesor, que surgió hace una década durante el auge de los gobiernos de izquierda en la región. No obstante, entre los integrantes solo hay coincidencias políticas”. (Flórez Arias, 2019).

“viejas derechas” de «divide y vencerás». Por lo que puede sostenerse que al respecto existen más coincidencias que diferencias.

Del análisis anterior se pueden derivar algunas conclusiones como las siguientes:

Por supuesto que existen diferencias cualitativas entre la actitud de “viejas” y “nuevas” derechas ante procesos de unidad o integración de los pueblos de lo que hoy se conoce como América Latina. Pero en el desarrollo histórico de las políticas al respecto también se aprecian coincidencias.

Las “viejas derechas” –tanto la de los imperios precolombinos como la de los conquistadores colonialistas europeos– utilizaron políticas comunes de manipulación ideológica, entre las que se destacan:

- a) trataban por todos los medios de estimular los conflictos y discriminaciones entre los pueblos que conquistaban, y una vez alcanzada su subordinación, se promovía el criterio según el cual se beneficiarían de la nueva situación, por lo que debían custodiarse las vastas fronteras de sus dominios ante posibles agresores;
- b) Permitían que los pueblos conquistados mantuvieran algunos elementos propios de su identidad cultural, con lo que propiciaban cierto proceso de transculturación, al punto que los introducían hasta sincréticamente en las liturgias del catolicismo.
- c) Intentaban justificarse con designios divinos, que supuestamente les concedían la soberanía para la unidad monolítica de sus respectivos señoríos y les otorgaban derecho para reprimir cualquier insubordinación o fragmentación.

Algunas de las coincidencias que pueden destacarse entre la actitud de las “viejas derechas” justificadoras del poder colonial y las “nuevas derechas” ante un posible proceso integracionista emergido a partir del inicio de la vida republicana son:

- a) distanciamiento crítico ante algunas de las conquistas democráticas y en relación con los derechos humanos impulsadas por la modernidad;
- b) utilización de instrumentos de adoctrinamiento religioso basados en el “derecho natural” para conservar las formas de propiedad impuestas por el poder colonial;
- c) desestimación de los derechos de los pueblos originarios, así como subestimación de sus instituciones y valores culturales;
- d) inicial postura justificadora de la esclavitud de los africanos y posterior ambigua actitud ante su abolición.
- e) enfrentamiento a las propuestas democráticas de los liberales con la intención de moderarlas.
- f) rechazo absoluto al entonces emergente ideario socialista y anarquista.
- g) xenofobia ante la posibilidad de que los procesos integracionistas propiciaran la penetración de instituciones y concepciones modernas.
- h) reivindicación, como elemento de integración, de la raigambre ibérica y católica de la cultura latinoamericana.

En el siglo XIX, si bien se desarrollaron determinadas propuestas de integración latinoamericana, incluso algunas de ellas elaboradas por los próceres independentistas, no cristalizaron. Habría que esperar hasta bien avanzado el XX para apreciar intentos más concretos de realización de esta “utopía concreta”. Por tal motivo, las “nuevas derechas” de aquella época no se vieron precisadas a pronunciarse de forma sistemática y radical sobre sus resquemores, lo que no significa que no los tuviesen, ante las posibles consecuencias de procesos de integración latinoamericana.

Pero esa no ha sido la situación de las “nuevas derechas” en tiempos más recientes, pues la concreción de numerosos ensayos

integracionistas, unos más exitosos que otros, las han obligado a tomar una decisiva y diferenciada postura ante ellos.

Entre los rasgos más comunes de las “nuevas derechas” ante la integración latinoamericana se pueden observar diferenciadas etapas, tendencias y rasgos comunes.

En relación con las etapas se deben distinguir las siguientes:

1. La primera etapa se produce a partir de que los Estados Unidos de América, aprovechando los fracasos de los procesos integracionistas latinoamericanos, impone el panamericanismo de la Doctrina Monroe a partir de 1889 con la Primera Conferencia Panamericana en Washington, donde José Martí denunció las pretensiones yanquis de implantar el dólar y el control del comercio latinoamericano. Este período llega hasta la creación de la OEA en 1948 en la que la actitud de la “nueva derecha” –una vez que reconoce la imposibilidad de desarrollar una poderosa burguesía nacional dada la penetración imperialista en las economías de los países latinoamericanos– se caracteriza por plegarse a las pretensiones norteamericanas tratando de aprovechar las migajas algunos intercambios comerciales, pero fundamentalmente con los Estados Unidos de América. En este período la embarga el pesimismo ante las posibilidades reales de la integración latinoamericana, por lo que –con honrosas y escasas excepciones, como México y Argentina– prefiere acomodarse a esa «fatal» situación y tratar de sacarle el mayor provecho como oligarquía semifudal y comercial importadora de productos industriales y exportadora de materias primas o productos semielaborados.
2. La segunda etapa se desarrolla desde el inicio de la «guerra fría» hasta el derrumbe del “socialismo real” (Estrada, 1991). En ella se producen timoratos intentos integracionistas, como la Asociación Latinoamericana de Libre Comercio (ALALC), la Asociación Latinoamericana de Integración (ALADI, 1960–1980) o el Sistema Económico Latinoamericano y del Caribe (SELA, 1975), y organizaciones intergubernamentales como la Comunidad Andina de

Naciones (CAN, 1969) y el Mercado Común del Sur (MERCOSUR, 1991). Aunque sin duda estos procesos, basados en criterios desarrollistas, se produjeron al margen del control directo de los gobernantes norteamericanos, las “nuevas derechas” no renunciaron a sentirse cobijadas por su padrinazgo, especialmente para evitar que se reprodujera el ejemplo de la Revolución Cubana –de ahí su contubernio con el bloqueo a la Isla y la ruptura de relaciones diplomáticas de la mayoría de los gobiernos, con la honrosa excepción de México, aunque nunca pudieron cortar los nexos solidarios y culturales entre los cubanos y los demás pueblos latinoamericanos–, y de igual modo sucedió con el cerco a la Revolución Sandinista. La mayor parte de la actividad de tales instituciones integracionistas se ha limitado a vínculos exclusivamente económicos, comerciales, financieros y en algunos aspectos jurídicos o académicos, pero sin promover esenciales provechosas relaciones de beneficio social para los sectores populares.

3. La tercera etapa de triunfalismo neoliberal, que toma auge con la caída del muro de Berlín, aunque languidece con la caída de otro muro, el de Wall Street, y la crisis financiera internacional, se ha revitalizado con los triunfos electorales de candidatos de derecha en los últimos años. A mediados de este período se produjeron algunos triunfos electorales de gobiernos de izquierda en Venezuela, Brasil, Bolivia, Ecuador, etc., que propiciaron procesos integracionistas latinoamericanos de otra orientación, con mayor proyección social y solidaria, como la Alianza Bolivariana para los Pueblos de Nuestra América (ALBA) en el 2004; la Unión de Naciones Suramericanas (UNASUR), creada en el 2008 y en actual crisis por la renuncia de varios gobiernos de derecha a seguir formando parte de ella; y la de mayor trascendencia, por incluir un número mayor número de países, es la Comunidad de Estados Latinoamericanos y Caribeños (CELAC), creada en el 2010. Al no participar Estados Unidos de América, lógicamente algunos gobiernos se vieron precisados a formar parte de ella, aunque no

fuera de su mayor agrado. Ante tales procesos de integración latinoamericana, la “nueva derecha” revelaría en esta etapa una vez más sus afinidades con el conservadurismo de la “vieja derecha”, de manera que en algunos casos, aunque demagógicamente aparentaba identificarse con dichos procesos, en verdad hacía todo lo posible por dificultar su favorable desarrollo (Stolowicz, 2012). Como expresión de que la “nueva derecha” no es tan nueva en su estrategia de divide y vencerás, con el argumento de que es mejor formar pequeños bloques subregionales de integración, en lugar de macroproyectos,⁶ se creó en el 2012 la Alianza del Pacífico, en la cual, los gobiernos de Chile, Colombia, Perú y México, y recientemente de PROSUR, sin expresarlo abiertamente tratan de fisurar otros procesos integracionistas de mayor alcance, como la CELAC.

Si se fuesen a puntualizar algunos rasgos nuevos y viejos de la “nueva derecha” ante la integración latinoamericana, podría indicarse lo siguiente:

1. Algo viejo en la “nueva derecha” es que se sigue confabulando con las potencias imperiales y neocoloniales para producir solo cambios cosméticos en cuanto a la integración de todos los países latinoamericanos, y propiciar solamente la de algunos países que sus gobernantes consideran superiores o mejor dotados

⁶ “Complejiza el escenario de análisis además, el hecho de que en América Latina y el Caribe se han puesto en práctica varios proyectos integracionistas en los últimos años, que han creado un complejo mosaico de organizaciones comunitarias que obedecen a fórmulas de regionalismo cerrado, debido a la creencia de que se necesitaba lograr primero la integración por bloques para luego abocarse a la de toda la región; pero se advierte que con esta tendencia promovida por la Asociación Latinoamericana de Integración se alargó el camino que se debía transitar hacia la unidad del área, debido a que han sido heterogéneos los proyectos construidos si se tienen en cuenta sus diseños jurídico-institucionales, cuestión por demás blanco de reiteradas críticas [...]”. (Santana, 2017, pp. 11-12).

para integrarse, con la consiguiente discriminación de los menos desarrollados.⁷

2. No se diferencia sustancialmente de la vieja derecha en cuanto a priorizar los aspectos económicos, comerciales, financieros, aduanales, jurídicos, etc., en los procesos de integración, pues solo hace declaraciones formales en relación con los derechos humanos a alimentación, vivienda, salud y educación, pero sus resultados no llegan a materializarse (Guadarrama, 2016).
3. Un rasgo que distingue a la “nueva derecha” de la vieja es el triunfalismo sobre el socialismo, al considerarlo totalmente fracasado y sin ninguna posibilidad de éxito.
4. Se cuestiona los mecanismos de integración que existieron entre los otrora países del “socialismo real”, como el Consejo de Ayuda Mutua Económica (CAME).
5. Otro rasgo es la demagógica crítica al «capitalismo salvaje», utilizando pieles de cordero en las campañas electorales, con algunas promesas de mejoras sociales para ganar adeptos vacilantes, especialmente de la clase media.
6. En la nueva geopolítica imperialista, las “nuevas derechas” se unen para intentar fragmentar todos los procesos integracionistas y

⁷ “Para los gobiernos de la derecha latinoamericana, su punto de referencia fundamental es ubicarse en la coyuntura actual, como los principales protagonistas de un proyecto neoconservador que trata de encabezar la lucha contra el derrocamiento del gobierno revolucionario de la República Bolivariana de Venezuela, así como impedir el nuevo avance de las fuerzas progresistas que ya se perfila de nueva cuenta en la región. En nuestro criterio, en el caso particular de estos gobiernos neoconservadores ellos representan las claras aspiraciones de un proyecto que busca la conformación de un bloque gubernamental, de partidos y agrupaciones políticas y sociales de la derecha latinoamericana. Tratan de quitar o, mejor dicho, eliminar del escenario regional a aquellos gobiernos de corte progresista, de izquierdas o revolucionario que figure en el escenario político latinoamericano” (Santana, 2017).

generar microbloques de poder subordinados a los intereses neocoloniales (Borón, 2012).

En fin, para las “nuevas derechas” el frasco de la integración latinoamericana está medio vacío; para las izquierdas, con el pesimismo de la realidad y el optimismo gramsciano de la voluntad, está medio lleno.

Bibliografía

Borón, A. (2012). *América Latina en la geopolítica del imperialismo*. Buenos Aires: Luxemburg.

Castro-Gómez, S. (2009). La ilustración del siglo XVIII. En Dussel, E.; Mendieta, E. & Bohórquez, C. *El pensamiento filosófico latinoamericano, del Caribe y «latino»*. (1300–2000). México: Siglo XXI.

Ekmekdjian, M. (1996). *Introducción al derecho comunitario latinoamericano (con especial referencia al Mercosur)*. Buenos Aires: De Palma.

Estrada, J. (1991). Crisis del socialismo en Europa oriental y recomposición del orden mundial. En *Socialismo, realidad, vigencia y utopía. Selección de ponencias*, Seminario Internacional, Bogotá.

Flórez Arias, J. M. (2019, 23 de marzo). Prosur. 7 de los 12 países que integran América del Sur forman parte de Prosur. *El Colombiano*, Bogotá. Disponible en: <https://www.elcolombiano.com/internacional/america-latina/suramerica-ahora-se-integra-a-la-derecha-GH10423234>

Gambina, J. (2013). *Crisis del capital (2007–2013). La crisis capitalista contemporánea y el debate sobre las alternativas*. Montevideo: FISYP.

Guadarrama, P. (2018). *Marxismo y antimarxismo en América Latina. Crisis y renovación del socialismo*. La Habana: Editorial Ciencias Sociales.

Guadarrama, P. (2017). Condición humana. En *Pensamiento crítico latinoamericano. Conceptos fundamentales*, Ricardo Salas Astrain, (Coord. académico, Universidad Católica de Temuco, Temuco, 2017); Introducción a la condición humana, University of Miami. Disponible en: https://bioethics.miami.edu/_assets/pdf/ethics/Documents/Cuba/pdf/Condition-Humana.pdf.

Guadarrama, P. (2016), *Democracia y derechos humanos: visión humanista desde América Latina. Tomo II*. Bogotá: Taurus-Penguin Random House.

Guadarrama, P. (2015). Derechos humanos y democracia en el pensamiento ilustrado latinoamericano. *Latinoamérica, Revista de Estudios Latinoamericanos*, Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe (CIALC), Universidad Nacional Autónoma de México, México, DF, (60), 235–275. Disponible en: <https://www.sciencedirect.com/science/article/pii/S1665857415000095>

Guadarrama, P. (2011). “El pensamiento de la integración latinoamericana ante la globalización”. En Antolinez Camargo, R. & Santamaría Velazco, F. (Comps.). *La integración de América Latina y El Caribe: filosofía, geopolítica y cultura*. Bogotá Universidad de Santo Tomás.

Guadarrama, P. (2004, enero–febrero). El pensamiento de la integración latinoamericana ante la globalización. *Cuadernos Americanos*, Universidad Nacional Autónoma de México, México DF, (103).

Guadarrama, P. & Romero Fernández, E. (2007, octubre-diciembre). Los valores fundacionales para la integración latinoamericana y las vicisitudes de su desarrollo. *Islas*, Revista de la Universidad Central «Marta Abreu» de Las Villas, Año 49, (154).

Kan, J. & Pascual, R. (2013), *¿Integrados? Debates sobre las relaciones internacionales y la integración regional latinoamericana y europea*. Buenos Aires: Imago Mundi.

Martí, J. (1976). *Obras completas*. La Habana: Ciencias Sociales.

Picarella, L. y Scoccoza, C. (Eds.). (2019). *De la soberanía del pueblo al soberano del pueblo*. Salerno: Universidad Católica de Colombia-Università degli Studi di Salerno-Penguin Random House.

Romero, J. L. (1989). El pensamiento conservador latinoamericano en el siglo XIX. En Romero, J. L. (Comp.). *Pensamiento conservador (1815-1898)*. Caracas: Biblioteca Ayacucho.

Santana, F. (2017). *La integración regional en América Latina y el Caribe*. Bogotá: UniAcademia Leyer.

Santana, A. (2019, 20 de abril). La integración de la derecha latinoamericana. *Con nuestra América*, San José de Costa Rica. Disponible en: <https://connuestraamerica.blogspot.com/2019/04/la-integracion-de-la-derecha.html><https://connuestraamerica.blogspot.com/2019/04/la-integracion-de-la-derecha.html>

Sierra Mejía, R. (Ed.). (2002). *Miguel Antonio Caro y la cultura de su época*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia,

Spencer, H. (1948). Principios de sociología t. II. *Revista de Occidente*, Buenos Aires.

Stolowicz, B. (2012). *A contracorriente de la hegemonía conservadora*. Bogotá: Espacio Crítico.

Vasconcelos, J. (1927), *Indología*. Barcelona: s.e.

Villegas, A. (1972). *Reformismo y revolución en el pensamiento latinoamericano*. México: Siglo XXI.

Zea, L. (1993). *Bolívar y el mundo de los libertadores*. México: UNAM.

Tercera Parte

**Nuestra América en perspectiva
estratégica. Escenarios de la disputa**

Cuba: contra viento y marea

*Oswaldo Martínez**

En tiempos históricos, sesenta años es un tiempo breve. Pero, sesenta años resistiendo las embestidas de la más poderosa potencia mundial situada a unos pasos de distancia, es una hazaña para un país pequeño, pobre en recursos naturales y expuesto a la erosión generada por la sociedad de consumo y el bombardeo mediático inclemente. Si a eso se añade que la resistencia ha sido simultánea con el intento de construir el socialismo, un tipo de sociedad y de convivencia humana que no puede apoyarse en los instintos primarios, sino en el poco frecuente cultivo de cosas tan opuestas al capitalismo y tan borradas del “sentido común de la época” como la solidaridad, entonces pueden apreciarse los contornos de lo vivido por el pueblo cubano en las últimas seis décadas.

Pongamos algo más. Y es que once presidentes norteamericanos han ensayado todo el arsenal de la destrucción sociopolítica de un país –excepto la invasión militar directa–, desde el bloqueo económico hasta los intentos de seducción, con tenacidad incansable y resultados estratégicos nulos. La Revolución Cubana está en el poder para rabia y desesperación del peligroso farsante que hoy ocupa la presidencia de Estados Unidos.

* Economista cubano. Presidente de la Comisión de Asuntos Económicos del Parlamento cubano y director del Centro de Estudios de la Economía Mundial.

Para Cuba ha sido una victoria sostenerse en una guerra larga y desigual siempre, pero en las guerras, incluso las victorias dejan heridas, tanto aquellas ocasionadas por el enemigo como las autoprovocadas por los inevitables, y a veces evitables, errores en el fragor de la incesante batalla y el avance por un camino de construcción socialista que no ha tenido una guía teórica certera pues el marxismo clásico no se propuso enseñar cómo construir el socialismo, y tuvo en cambio, la influencia de sus deformaciones caprichosas, de los ejemplos fallidos como la URSS, de intentos polémicos como China y Vietnam y grandes interrogaciones acerca de cómo hacerlo en el escenario concreto de América Latina, del Caribe a 90 millas de Estados Unidos, en medio de la cultura occidental con fuerte impregnación del modo de vida norteamericano.

A comienzos de 2019 contra Cuba se concentra una constelación de adversidades quizás de mayor calibre que nunca antes.

A las heridas mencionadas se suman una situación económica amenazante que erosiona la base de sustentación política por lo recurrente en la precariedad, una coyuntura internacional marcada por la oleada derechista neoliberal que cambió el mapa político de América Latina, un gobierno de Estados Unidos en manos de un grupo de fanáticos decididos a cobrarle a Cuba la ofensa al orgullo imperial, un cambio generacional en la dirección cubana que implica el fin del liderazgo respaldado por la Historia y la entrada en escena de un liderazgo que no puede ser igual al de las seis décadas anteriores, pero que tampoco se sabe cómo debe ser para lograr al mismo tiempo la continuidad y el renuevo.

Y también el desgaste inevitable que el rigor de la escasez y las expectativas no alcanzadas provocan en un pueblo sometido al ablandamiento mediático diario, a la fábrica de ilusiones situada a solo 90 millas y la presencia en ella de una numerosa emigración cubana con poder económico y control político en el estado de La Florida, que introduce además el ingrediente entrañable y complejo de las relaciones familiares, a lo que debe sumarse el tránsito de casi 5 millones de turistas.

Desde 1990-1991 (derrumbe de la Unión Soviética) el horizonte diario de las familias cubanas ha sido el de lucha por la subsistencia frente a las tensiones de la alimentación, el transporte, la vivienda, el vestido. Son ya casi 30 años de un llamado “Período Especial” que se alarga sin que se avizore su término.

Las líneas que siguen no pretenden más que señalar algunos ingredientes de la muy compleja situación que hoy vive el proyecto inaugurado en 1959. Los trazos serán necesariamente esquemáticos por su brevedad y tampoco intentan ser exhaustivos.

La economía

El abrupto derrumbe de la Unión Soviética y el grupo de países que integraban el CAME significó para Cuba el quiebre de un tejido de relaciones económicas elaborado durante 30 años con países muy lejanos. Cuando empezaba a madurar un incipiente proceso de industrialización, se habían encontrado nichos adecuados en aquella integración y se comenzaban a respirar aires de cierta leve holgura económica en una sociedad con ingresos muy igualitarios, Cuba se encontró en el vórtice de una crisis que no dio espacio para prepararse.

Entre 1989 y 1993 el PIB descendió 34,8%, las importaciones cayeron 75%, desapareció el abastecimiento de petróleo para un país que importaba el 95% de su consumo. El déficit fiscal escaló hasta el 33% del PIB, la generación eléctrica cayó 27,8% por falta de combustible y provocó cortes en el servicio eléctrico de hasta 20 horas diarias¹.

El consumo total de la población disminuyó 31,8% y en la alimentación el descenso fue de 31% en el consumo de calorías y 38% en el de proteínas. Como resultado de esto muchos cubanos sufrieron una

¹ Toda la información económica sobre Cuba ha sido tomada de José Luis Rodríguez en *Transformaciones y perspectivas de la Economía Cubana*. Working Paper, presentado en la Universidad de Salamanca. Febrero 2019.

neuropatía de la cual algunos aún sufren secuelas. Todavía está pendiente de estudio detallado el impacto sobre las personas y la magnitud de la resistencia en esos duros años 90 en que Cuba estuvo en absoluta soledad frente a la avalancha presuntuosa de la globalización neoliberal henchida de triunfalismo.

Recuperar el nivel del PIB de 1989 tomó 15 años y no se alcanzó hasta 2004. Fue una década y media perdida en términos de crecimiento económico que obligó además a una segunda y costosa reconversión tecnológica pues fue necesario sustituir la tecnología de procedencia CAME por otras capaces de operar en el mercado mundial. En la década de los años 60 había ocurrido una primera reconversión al paralizar el bloqueo las tecnologías norteamericanas y obligar a implantar tecnologías de países socialistas. En solo poco más de 30 años la economía cubana pasó por dos procesos totales de reconversión tecnológica con características no ocurridas antes en América Latina.

En 1995 comenzó una trabajosa recuperación mediante una reforma económica diseñada para abrir ceñidos espacios a las relaciones mercantiles, al trabajo por cuenta propia y a la inversión de capital extranjero, manteniendo en manos del Estado las riendas de la economía y poniendo énfasis en el turismo como pivote para reinsertar al país en la economía mundial.

A partir del año 2000 se desarrollaron relaciones de intercambio ventajosas con la República Bolivariana de Venezuela, especialmente el intercambio de servicios médicos por petróleo y una coyuntura favorable en la economía mundial de altos precios de productos primarios. En 2004 se alcanzó el monto del PIB de 1989 y entre ese año (2004) y el 2009 la economía marchó en forma aceptable.

Entre 1994 y el 2009 el crecimiento promedio fue de un 4,4%, insuficiente para el desarrollo sostenible en perspectiva, pero de positivo significado por haberse obtenido en medio de una excepcional adversidad. En esta valoración no puede olvidarse que el bloqueo económico se intensificó estimulado por la creencia de que Cuba estaba herida de muerte y era necesario elevar el rigor para derrotarla.

En 1992 la Enmienda Torricelli, en 1996 la Ley Helms-Burton y en 2003 la llamada Comisión para la Asistencia a una Cuba Libre, fueron sucesivas vueltas a la tuerca del bloqueo.

El estallido de la crisis económica global en 2007-2008 impactó con fuerza negativa por la combinación del descenso de precios del níquel y el aumento de precio de los alimentos. Ya en 2009 la economía mostraba descosidos visibles:

- Desbalance financiero externo caracterizado por una deuda no pagada y vencida que gravaba el balance de pagos y entorpecía la obtención de nuevos créditos.
- Baja eficiencia en el funcionamiento. El incremento de la productividad del trabajo entre 1959 y 2009 fue de un exiguo 0,4% promedio anual.
- Consumo restringido, lo que a su vez desestimulaba el crecimiento de la eficiencia laboral.
- Gestión económica marcada por el burocratismo y la escasa participación social en la toma de decisiones.

El año 2009 trajo consigo una revisión de la estrategia y la política económicas. Un conjunto de nuevos enfoques o la reelaboración de otros nutrieron la llamada “actualización del modelo económico” que a partir de ese año sería la denominación para un enfoque diferente al anterior. Una síntesis de ellos podría ser:

- Cambiar el modo de pensar la economía desde una lógica de resistencia a la crisis y reinserción en las realidades de la economía mundial, a una lógica de sustentabilidad a mediano plazo.
- Darle mayor espacio al mercado y a la propiedad “no estatal”, junto a la práctica de una planificación más flexible.
- Reducir el empleo superfluo en las empresas y dependencias estatales, considerado como el principal factor generador de

ineficiencia y canalizar a los desempleados en el sector estatal hacia el sector privado.

- Concentrar al sector estatal en las actividades estratégicas y de mayor potencial de desarrollo.
- Separar las funciones estatales y empresariales, y descentralizando la gestión hacia las empresas, las provincias y municipios.
- Darle mayor peso al consumo personal en relación con el consumo social.
- Racionalizar el gasto social por considerar que era exagerado y mal utilizado en ocasiones. Eliminar los “subsidios y gratuidades indebidas”. Reducir el gasto en asistencia social y “compactar” servicios de salud.
- Aplicar la lógica consistente en creer que el desequilibrio financiero externo podría ser manejado mediante la renegociación y pago de deuda externa vencida, lo que abriría nuevos créditos en magnitud al menos igual a lo pagado y atraería inversiones directas de capital extranjero.

Poco de lo anterior ha funcionado satisfactoriamente, aunque sería imposible en estas breves líneas un análisis más argumentado y detallado. Los insatisfactorios resultados que a continuación se exponen dan cuenta de los errores de apreciación, de apresuramiento y de pasividad para corregir el rumbo.

- El crecimiento del PIB entre 2009 y 2016 fue planeado fuera de 4,4%. Lo real fue 2,3%. En 2016 el crecimiento fue de 0,5%, en 2017 fue 1,8% y en 2018 alcanzó 1,2%. El promedio anual para el más reciente período 2016-2018 fue de 1,5%, muy alejados de las tasas entre 5-7% que se estiman necesarias para alcanzar la sostenibilidad.
- Los ingresos por servicios médicos en el exterior, que han sido un importante factor para disminuir el desequilibrio financiero

externo, han venido disminuyendo entre 2014 y 2018 y se calcula que cayeron 28,3%, a lo cual habría que sumar un 6% adicional en 2019 por la retirada de Brasil de los médicos cubanos ante la hostilidad del gobierno derechista de Bolsonaro.

- La inversión extranjera directa entre 2014 (aprobación de la Ley de Inversión Extranjera) y 2018 registró compromisos de inversión por unos 5.500 millones de dólares, para un promedio anual de 1.100 millones, pero el estimado para que esa inversión desempeñe un papel consistente con los objetivos nacionales, es que debe alcanzar entre 2000-2500 millones anuales.
- Las entregas de petróleo venezolano descendieron en 2016 de unos 115.000 barriles diarios a 70.000 lo que obligó a compras emergentes a Rusia y Argelia.
- La política de renegociar y pagar deuda externa no pagada y vencida creyendo que tal cosa permitiría recibir nuevos créditos en montos similares a los pagados y además atraer inversión directa de capital extranjero, no justificó sus supuestos. Fueron pagados entre 2009 y 2017 unos 23.000 millones de dólares sin que los nuevos créditos y la inversión de capital funcionaran como esta política suponía. Lo pagado es una cifra considerable en cualquier momento, y con mayor significado aún en estos años de fuerte tensión económica.
- El déficit fiscal escaló hasta alcanzar en 2017 el 8,6% del PIB, y en 2018 llegó a 9,0%.
- Lo expresado hasta aquí, a lo que se agrega el descenso en la producción de níquel (principal exportación de bienes) y los recurrentes fallos en la producción de azúcar, condujeron a una crítica restricción financiera en 2018, la cual incluyó el incumplimiento de pagos de la deuda renegociada, la retención de dividendos a empresas extranjeras radicadas y a la acumulación de una deuda corriente (pagadera a un año) por unos 1.500 millones de dólares, según información de los acreedores.

Esta estrecha coyuntura de la economía cubana en 2019 se refleja en tensiones en la comercialización minorista de productos sensibles para la alimentación de la población debido a la reducción de importaciones, tanto de los productos de consumo directo como de insumos para la producción (piensos para producir huevos).

Intensificación del bloqueo económico y de la agresividad del gobierno Trump

El gobierno de Donald Trump ha impuesto nuevas marcas absolutas en la agresividad contra Cuba y el reforzamiento del bloqueo, superando a los diez presidentes norteamericanos anteriores que han enfrentado a la Revolución Cubana.

Su política ha sido revertir el relativo deshielo en las relaciones Cuba-USA que fue alcanzado en los finales del segundo gobierno de Barack Obama. La reapertura de embajadas en ambas capitales, la remoción parcial de las restricciones para visitar Cuba a ciudadanos norteamericanos, la ampliación de los límites para enviar remesas y la firma de algunos Acuerdos en asuntos de interés para países vecinos, fueron resultados concretos de aquel deshielo.

Desde su llegada al poder, Trump se afanó por destruir el acercamiento –que para nada significaba el cese de la hostilidad hacia Cuba–, sino el cambio de táctica para lograr el resultado estratégico de aplastar a la Revolución Cubana –con la asesoría de un fanático grupo ultraderechista (Bolton, Pence, Pompeo, Rubio).

Con el argumento pueril y nunca demostrado de que los diplomáticos norteamericanos sufrían misteriosos “ataques sónicos” en La Habana, fue retirado el servicio consular que atendía las visitas de cubanos a familiares residentes en Estados Unidos y reducido hasta límites mínimos el personal de esa embajada.

La persecución a las actividades de empresas cubanas por parte de la oficina dedicada a esta tarea en el Departamento del Tesoro fue aumentada y elaborada una lista de empresas cubanas supuestamente

operadas por las fuerzas armadas cubanas, para ejercer contra ellas acciones más intensas.

El más reciente y agresivo acto del gobierno Trump ha sido permitir la entrada en vigor del Título III de la Ley Helms-Burton, con lo que supera una barrera que durante veintitrés años tres presidentes anteriores habían respetado. Esa parte de la ley promulgada en 1996 y firmada por Clinton había permanecido en suspenso en virtud de sucesivas prórrogas semestrales de su no aplicación, que todos los presidentes habían expedido en forma semiautomática.

El Título III permite presentar demandas ante tribunales norteamericanos a ciudadanos de ese país contra cualquier persona natural o jurídica que “trafique” con propiedades nacionalizadas por el gobierno cubano en 1960. Tales ciudadanos –sean norteamericanos o cubanos nacionalizados– tienen certificadas y reconocidas sus propiedades por un órgano oficial de Estados Unidos (son más de 5.000 reclamantes), La entrada en vigor del Título III ha producido de inmediato una esquizofrenia entre los nietos y bisnietos de los propietarios de activos nacionalizados hace 59 años. La primera demanda que inaugura lo que puede ser un diluvio de ellas, ha sido hecha por un señor contra la empresa de cruceros Carnival porque ella utiliza las instalaciones del puerto de Santiago de Cuba y este señor alega ser “dueño del puerto de Santiago de Cuba”.

La primera gran corporación que ha presentado demanda ha sido Exxon, alegando su derecho sobre una refinería y estaciones de servicio.

Más allá del delirio por recuperar propiedades reales o ficticias seis décadas después, la acción de dar luz verde a esta parte de la Helms-Burton trata de atemorizar a capitales extranjeros radicados en Cuba o potenciales inversionistas ante el costo que tales litigios pueden implicar y el daño que ocasiona no es despreciable.

El gobierno Trump ha atropellado una vez más a sus aliados europeos y de cualquier región con esta decisión unilateral. En 1996 la Unión Europea amenazó a Estados Unidos con presentar demanda en su contra en la OMC y adoptó un sistema de protección de las

empresas europeas frente a la pretensión de Estados Unidos de aplicar leyes norteamericanas con carácter extraterritorial. Similares posiciones adoptaron entonces los gobiernos de Canadá, México y otros países.

Las nacionalizaciones hechas por el gobierno cubano en 1960 han sido estudiadas en sus componentes legales y políticos. Fueron una decisión soberana de un estado amparada en el orden legal nacional y reconocido el derecho de nacionalización por el Derecho Internacional. El argumento de los supuestos beneficiarios de la Helms-Burton sostiene que se trata de “propiedades robadas” y que deben ser devueltas a sus legítimos dueños o ser estos indemnizados.

La verdad histórica es que en aquella nacionalización el gobierno cubano ofreció indemnizar y fue rechazado por el gobierno de Estados Unidos. Para éste no tenía sentido aceptar fórmulas de indemnización ofrecidas por un gobierno al que creían incapaz de sostenerse unos meses, y aún más, contra el que organizaban en secreto una invasión militar para derrocarlo que fue ejecutada en abril de 1961. La indemnización ofrecida por el gobierno cubano fue aceptada por los gobiernos de Canadá, España, México, y otros países, los acuerdos fueron cumplidos y liquidadas las indemnizaciones desde décadas atrás.

El bloqueo tiene un costo financiero y un costo humano. El costo financiero ha sido calculado con metodología económico-estadística y ella nos dice que hasta el año 2018 su costo financiero asciende a 134.500 millones de dólares acumulados a lo largo de casi seis décadas. Un promedio anual de 4,321 millones. El costo humano no tiene metodología capaz de cuantificarlo porque las privaciones de los humanos no son medibles en cifras.

En esta pugna con un gobierno indigerible como el que encabeza Donald Trump, el desafío y la resistencia cubana es cosa repetida durante muchos años, a tal extremo que casi no es noticia, a pesar de recordar siempre la pelea entre David y Goliath, pero ese desafío tiene un costo elevado. El bloqueo y su exacerbación actual reciben

el rechazo de la población y también cobra un precio cada vez más alto sobre ella y desgasta más después de sesenta años de resistencia.

El bloqueo es una dura realidad que desde hace varias décadas es condenado en cada sesión anual de la Asamblea General de Naciones Unidas con votaciones que pueden resumirse como Estados Unidos más Israel versus el resto del mundo, y tienen alto valor político, pero no quitan el fardo de las espaldas del pueblo cubano. También ha servido en ocasiones el bloqueo como cortina de humo para justificar errores internos no explicables por él. Su eliminación no parece estar visible o cercana, por lo que –sin olvidarlo ni subestimarlos– el desarrollo económico y la sostenibilidad política que a fin de cuentas depende de ese desarrollo tiene que lograrse en lucha permanente con el bloqueo y por encima de él.

Envejecimiento poblacional

Los problemas que trae consigo el envejecimiento de la población expresan una paradoja significativa y una lección acerca del necesario equilibrio entre el desarrollo económico y el desarrollo social. La Revolución Cubana nació con una definida conciencia de su responsabilidad en el combate al analfabetismo, la carencia de servicios de salud, la precariedad de la educación pública, el desempleo, la discriminación racial, la desigualdad en contra de las mujeres, la desatención a los ancianos, la deficiencias de la infraestructura, la falta de agua potable y un largo etcétera para aludir a un acumulado histórico que hundía sus raíces en el pasado colonial y neocolonial. Todos eran problemas apremiantes que portaban una carga de injusticia social indiscutible. Todos requerían gasto social y todos fueron atendidos mediante programas públicos.

El resultado es bien conocido en cuanto al desarrollo social. Cuba alcanzó indicadores en los campos de la educación, la salud pública, la seguridad y asistencia social, el deporte y otros sectores sociales que se comparan con los de países desarrollados. Por ese desarrollo

social el país clasifica como de alto desarrollo humano en las evaluaciones que cada año hace el PNUD utilizando el Índice de Desarrollo Humano.

El desarrollo económico quedó rezagado con relación al social y después de sesenta años ese rezago repercute agravando la actual coyuntura cubana debido al avanzado envejecimiento de la población.

La esperanza de vida al llegar al poder el gobierno revolucionario era de 62 años. En 2016 era de 77 años (80,7 años para las mujeres y 76,6 para los hombres). Casi 18 años más de vida que se han ganado por el crecimiento de los servicios de salud y una alimentación con mejor distribución general para todos. Un resultado relevante que refleja una activa política social.

Ahora la población con 60 años o más es el 19,8% de la población total, lo que coloca a Cuba como uno de los países más envejecidos de América Latina. Uno de cada cinco cubanos se encuentra en esa llamada tercera edad. En 2025 serán el 26%, esto es, uno de cada cuatro. En 1970 era el 9% (Acosta, 2018).

Más grave es que la fecundidad está por debajo de los niveles de reemplazo (nace menos de una hija por mujer), por lo que el incremento poblacional se hace negativo y en corto plazo la población total empezará a reducirse en términos absolutos.

Para la agobiada economía este envejecimiento significa mayor cantidad de jubilados y pensionados que gravitarán sobre una menor población económicamente activa. Una creciente y costosa demanda de servicios de cuidado a la tercera edad no encuentra piso sólido para ser financiada y se refleja en el déficit de estos servicios y en el obligado abandono del trabajo por personas aptas y calificadas, para atender a tiempo completo familiares ancianos que requieren cuidados que no pueden brindar instituciones públicas.

La baja natalidad muestra también el sello del desequilibrio entre desarrollo económico y social. El gobierno comienza a aplicar estímulos para incrementar la natalidad tratando de contrarrestar las razones que la explican, entre estas, el crecimiento cultural de las parejas que tiende a reducir el número de hijos, el viejo y no resuelto

problema de la vivienda y la insuficiencia de los servicios de guarderías infantiles.

La política de “actualización del modelo económico y social” intentó encarar este desafío con estrategias de focalización y descargando sobre las familias y el mercado una parte de los costos de atención a la población envejecida. Disminuyó el presupuesto para asistencia y servicios sociales en vista de la insuficiencia de recursos para sostener el modelo que funcionó durante una larga etapa en la que logró resultados emblemáticos. Como paradoja ahora la elevada esperanza de vida golpea sobre una economía que no ha logrado equipararse a ella en su desarrollo y ha llevado a la reducción de servicios en el complicado momento socio-político de descenso de ingresos reales, diferenciación social mayor que nunca antes y restricciones severas al consumo.

En la educación ocurre una contradicción similar. El brillante desempeño del sistema de educación a partir de 1959 transformó un país con 24% de población analfabeta en ese año, en otro bien diferente con universidades en todas las provincias y un graduado universitario por cada diez habitantes. El gobierno ha ofrecido ubicación laboral a la totalidad de graduados, pero la ubicación laboral no equivale a satisfacción laboral y no es raro que jóvenes abandonen los trabajos en el sector estatal o emigren hacia otros países debido a los bajos salarios o las dificultades para ejercer sus capacidades en un contexto de escasa dinámica y crecimiento económico.

Nueva constitución

Durante varios meses de la segunda mitad de 2018 y hasta poco antes del 24 de febrero de 2019, fecha en que se efectuó un referendo nacional para aprobarla, tuvo lugar el proceso de debate del proyecto de nueva Constitución, la cual fue puesta en vigor el 10 de abril del actual 2019.

La nueva Constitución sustituyó a la anterior que databa de 1976 y que en sus enunciados y lenguaje eran visibles los modos de los años de estrecho vínculo con la Unión Soviética y el grupo de países socialistas de Europa Oriental.

Este debate nacional y el referendo que lo culminó han aportado variados síntomas del estado político interno. De este proceso puede derivarse un mapa político del país real de 2019.

El proceso en torno a la nueva Constitución tuvo dos fases principales: el debate sobre el proyecto elaborado por una Comisión encargada de hacerlo por la Asamblea Nacional, y el referendo mismo.

El debate efectuado en centros de trabajo, de estudio, barrios, asociaciones no gubernamentales, en zonas urbanas y rurales, fue el más participativo y democrático de todos los ejercicios de similar naturaleza que se efectuaron en el pasado. Es difícil encontrar un proceso similar en el que un alto porcentaje de la población de un país adquiriera conocimientos constitucionales mediante una discusión abierta y mediada por un sistema de recogida y transmisión de las opiniones y propuestas surgidas de los debates para su examen final por la Asamblea Nacional. De ese debate se derivaron nuevas redacciones de artículos y cambios en otros.

Es probable que el mayor resultado del proceso de la nueva Constitución sea el conocimiento que la sociedad cubana ha adquirido y que no es fácil encontrarlo en otros países. Durante meses los temas constitucionales fueron debatidos y comentados no solo en las reuniones formales del debate organizado, sino en las calles, en los hogares y hasta en el humor popular.

El referendo tuvo como balance final una participación como votantes de 7.848.343 electores, que fueron el 90,5% del total de votantes. Los votos válidos fueron 7.522.569, para un 95,85% de los votos emitidos.

- Votaron por la aprobación del Proyecto de Constitución 6.816.169 electores, para un 86,85% de los votos emitidos.

- Votaron en contra de la aprobación del Proyecto 706.400 electores, para un 9%.
- Votaron en blanco 198.674, para un 2,5%.
- Votos nulos fueron 127.100, para un 1,6%.²

La nueva Constitución como todas las constituciones no hace más que definir un conjunto de reglas de máxima jerarquía legal que establecen los límites dentro de los cuales debe desarrollarse el intercambio político para aproximarse a un cierto modelo de país.

Esta Constitución no es un punto de llegada, sino un medio para avanzar en el funcionamiento de un campo político y de convivencia social, y no es ella, –aunque su importancia no puede subvalorarse – quien decidirá el curso esencial futuro de la Revolución Cubana. Lo anterior no le resta significado al proceso constitucional recién efectuado, pero más que lo escrito en su texto, es el debate popular de los temas políticos, sociales y económicos lo más sobresaliente

Entre esos temas seleccionados sin pretender mencionarlos todos, pueden destacarse los siguientes:

- El planteo de un Estado Socialista de Derecho en sintonía con corrientes contemporáneas del constitucionalismo que acercan la Carta Magna a la vida corriente de las personas y tratan de fortalecer los diferentes tipos de derechos.
- La definición de los tipos de propiedad, incluyendo la ratificación del papel central de la propiedad estatal, aunque relativizada su magnitud a “los medios fundamentales de producción”. La propiedad mixta puede incluir a personas jurídicas nacionales (novedoso en el medio cubano) y extranjeras en asociación con el estado. Ratificación de la planificación como forma general de funcionamiento de la gestión de gobierno y de la economía.

² Informe de la Comisión Electoral Nacional, 1 de marzo de 2019. Disponible en: www.cubadebate.cu

- La elección directa del Presidente de la República por votación popular. Se mantuvo su elección por la Asamblea Nacional.
- Establecidas los principios que impiden la concentración de riqueza en actores no estatales.
- La aparición de la figura de un Primer Ministro como jefe de gobierno elegido por la Asamblea Nacional a propuesta del Presidente (Jefe de Estado).
- Descentralización de la gestión del gobierno y mayor autonomía y capacidad de decisión a los municipios. Reducción de las facultades de los gobiernos provinciales.
- Reconocido el derecho de la población a recibir y pedir al estado información veraz y oportuna, plantear quejas y solicitudes a las autoridades y la obligación de estas de recibirlas, procesarlas y ofrecer respuestas fundamentadas en plazos determinados.
- Pospuesto por dos años el debate sobre el matrimonio definido como la unión de dos personas sin especificación del sexo de ellas.

La muestra presentada intenta evocar la amplitud del debate, pero hay dos puntos que merecen comentario. Uno de ellos es la abundancia en el texto constitucional de principios generales que su concreción queda remitida a la elaboración y aprobación de la ley específica que los regule. Esto no es excepcional porque una Constitución no puede establecer regulaciones al detalle de todos los temas, pero indica el copioso trabajo que se abre a partir de ahora para la Asamblea Nacional, necesitada ella misma de romper el estilo de votaciones por unanimidad y reflejar en el debate vivo y abierto al escrutinio público la mayor complejidad y pluralidad de la sociedad actual. Será esta una de las pruebas que deben ser aprobadas para comprobar el funcionamiento real del Estado Socialista de Derecho y el aliento democratizador que contiene la nueva Constitución.

Otro punto a tener en cuenta es que el referendo permitió disponer de una especie de mapa político que informa entre otras cosas, la

dimensión de la oposición interna. Si se suman los votos en contra del texto constitucional con los que no acudieron a votar (en Cuba el voto no es obligatorio), con los que votaron en blanco y los que anularon la boleta electoral, la cifra se aproxima a los dos millones de personas (Fernández, 2019).

Esto es ciertamente una minoría, pero de una dimensión no desdenable y que requiere de una correcta lectura política en el período de cambio generacional en la dirección del país, de diferenciación social acrecentada, economía debilitada, agresividad multiplicada en el gobierno de Estados Unidos y retroceso de la izquierda en América Latina.

Ante la dirección donde ya ocupan posiciones relevantes personas que no participaron en la Sierra Maestra ni en los escenarios de luchas históricas, y hacia el futuro cercano lo ocuparán más aún, está planteada la necesidad de convivir con y escuchar a esa oposición, incluida la emigración.

Tendrá ella que echar adelante la reforma económica que incluye la transformación de la empresa estatal ineficiente, la regulación del sector privado para evitar su desborde, la convivencia conflictual con el capital extranjero, la defensa de los servicios sociales básicos de cobertura universal y lidiar con Trump y su equipo.

La izquierda latinoamericana en retroceso

Aunque Cuba tuvo que esperar en soledad durante veinte años por el triunfo en América Latina de una revolución amiga (Nicaragua, 1979), la existencia de gobiernos de izquierda o progresistas en la región es de gran importancia para la Revolución Cubana.

Después de 1979 hubo que esperar otros veinte años hasta 1999 en que la victoria electoral de Hugo Chávez abrió una etapa de llegadas al gobierno de fuerzas políticas que se enfrentaban a la derecha neoliberal y trataban de construir una integración regional guiada

por la solidaridad y el reconocimiento a las diferencias de desarrollo, antes que a los cantos de sirena del libre comercio globalizado.

En los años del progresismo a Cuba le fue mejor, no solo por las ventajosas relaciones de intercambio con Venezuela, sino por el acompañamiento y pertenencia a su comunidad natural geográfica, histórica y cultural. La estructuración de una integración regional de diferente signo (CELAC, ALBA, PETROCAIBE, UNASUR) aportaba espacios mayores de maniobra política frente a la tradicional posición de Estados Unidos de ver en América Latina su patio trasero.

No es necesario recordar que bastante ha cambiado la región a partir de 2014 y lo ocurrido ha sido el regreso del neoliberalismo de la mano de una derecha que ha aprendido de sus derrotas y en sintonía con el gobierno norteamericano que proclama al comenzar el siglo XXI a la Doctrina Monroe como su política hacia la región.

El retroceso de la izquierda latinoamericana es otro factor que agrava la coyuntura cubana de este tiempo.

El regreso del neoliberalismo, de la “larga noche neoliberal” calificada así por Rafael Correa, es perceptible claramente en las estadísticas sobre el número de pobres e indigentes en la región. El progresismo hizo una notable contribución a la reducción de la pobreza con sus políticas activas de gasto social, no permitiendo que la mano invisible del mercado dictara del todo las condiciones. Entre 2002 y 2014 el número de pobres se redujo de 233 millones a 168 y los indigentes de 63 millones a 48.

De modo inmediato a la llegada al gobierno de la nueva hornada neoliberal, el número de pobres deja de reducirse y la tendencia se revierte. A partir de 2015 cambia el signo y ya en 2017 el número de pobres había escalado a 187 millones y la indigencia a 62 millones. Si en 12 años salieron de la pobreza 65 millones de latinoamericanos y 15 millones de la indigencia, en solo tres años (2017) los pobres aumentaron en 19 millones y los indigentes en una asombrosa magnitud de 14 millones (CEPAL, 2019).

Sin embargo, la derecha ha recobrado sus posiciones de mando y no parece estar cercano el tiempo en que la izquierda pueda

recomponerse, pues la política no se reduce a ni se determina por las estadísticas sobre pobreza.

La izquierda distribuyó ingreso, pero no hizo educación política entre los beneficiados por su política. Creó nuevos consumidores, pero estos continuaron en el analfabetismo político que equivale a cautivos de la maquinaria mediática de reproducción del sistema. Hizo aumentar los efectivos de la clase media, pero el discurso superficial sobre socialismo, equidad e injusticia social no caló en los millones de rescatados de la pobreza, convertidos no más que en nuevos y ávidos consumidores. No entregaron a ellos en igual medida capacidad de consumo y capacidades de conocimiento político-social para entender los procesos sociales y tomar decisiones más allá de las propuestas glamorosas de los medios globalizados.

Fue creada por la izquierda una nueva capa de burgueses inhabilitados para establecer conexión con el discurso antimperialista. En algunos países gobernaron en alianza “táctica” con la derecha, pero sin una real estrategia para enfrentar el momento inevitable en que la derecha decidiera romper la alianza y aplastar a los aliados, a pesar de que –como ocurrió en Brasil– los 14 años de alianza con la derecha implicaron no tocar sus bases estructurales de dominación.

Se ha implantado en las mentes de muchos latinoamericanos la convicción de que la izquierda es corrupta y probablemente tomará largo tiempo borrarlo. La derecha, que ostenta por amplia ventaja el campeonato de la corrupción, ha logrado sin embargo, captar la adhesión de muchos con un discurso de denuncia de la izquierda y de promoción de campañas de limpieza moral.

Llama la atención la ausencia de autocrítica en el campo de las organizaciones de la izquierda y el progresismo. En menos de un quinquenio se han derrumbado varios gobiernos y otros que retienen el mando se baten a la defensiva con más preguntas que respuestas, pero las reuniones de organizaciones internacionales como el Foro de Sao Paulo continúan –al menos en las declaraciones públicas– haciendo el relato de lo sucedido sin conclusiones autocríticas,

repetiendo las viejas posiciones y culpando a las oligarquías nacionales y extranjeras por ser y actuar como es natural que ellas actúen.

Bibliografía

Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL). (2019). *Panorama Social de América Latina, 2018*. Santiago.

Comisión Electoral Nacional (2019, 1 de marzo). *Informe votaciones referéndum*. Disponible en: www.cubadebate.cu.

Rodríguez, J. L. (2019). *Transformaciones y perspectivas de la Economía Cubana*. Working Paper, presentado en la Universidad de Salamanca.

Rebelión electoral y cuarta transformación en México*

*Beatriz Stolicz***

Cuando estuve con ustedes en 2016 dije que la idea de “ciclo” y las comparaciones simples que se derivan de ella no permitían entender las especificidades sociopolíticas de cada proceso. Hoy estamos hablando del triunfo electoral en México en un contexto de reversiones hacia la derecha. Y hay que considerar que en los 15 o 12 años de distancia de aquellos triunfos electorales de la izquierda y el centroizquierda se han acumulado el saqueo económico y territorial, la transformación del Estado para hacerlo permanente y, también, sus efectos sobre la sociedad. Los problemas son mayores y más difíciles de lo que encontraron aquellos gobiernos.

El triunfo electoral no puede entenderse sin considerar, por un lado, la historia de fraudes electorales comprobados, el que en 1988 le robó la presidencia a Cuauhtémoc Cárdenas y en 2006 a López

* Ponencia presentada en el *Tercer Seminario Internacional Pensar Nuestra América*. Maestría en Estudios Políticos Latinoamericanos, Facultad de Derecho y Ciencias Políticas y Sociales. Universidad Nacional de Colombia. Bogotá, 7-9 de mayo de 2019.

**Profesora-Investigadora del Departamento de Política y Cultura, Área Problemas de América Latina. Universidad Autónoma Metropolitana-Unidad Xochimilco, México.

Obrador, y de nuevo en 2012 con la masiva compra de votos ilegal pero avalada institucionalmente. Lo cual indica que hay una historia de voto antineoliberal. Pero que también produjo el efecto de cierto fatalismo.

Por otro lado, hay que considerar el México de 2018 en la decisión de más de 30 millones de votantes por López Obrador, el 53,19% frente a otros cuatro candidatos con registro y una candidata indígena sin registro, triunfando además en 31 de los 32 estados. Es el México de 300 mil muertos en 12 años sin un conflicto armado formal; 40 mil desaparecidos registrados; 26 mil cadáveres en las morgues sin identificar; centenares de cadáveres que se desentierran de fosas clandestinas; cientos de presos políticos y sociales y constante represión; la mayor parte del territorio saqueado por la minería, la explotación del agua, agricultura industrial transgénica y negocios inmobiliarios urbanos, entre otros, todos con sustento legal. La miseria, la precariedad, el nulo futuro para los jóvenes. Y los terremotos del 7 y el 19 de septiembre de 2017. La sensación del abismo. Por eso, cuando Andrés Manuel dijo claramente que “la tercera es la vencida” y que en caso de un nuevo fraude no sería él quien “amarraría al tigre”, el mensaje fue entendido por todos, también por los empresarios. Hay además un elemento de singularidad en las dificultades: que somos frontera con Estados Unidos, y por nuestro territorio pasa todo y pasan todos. Y que son 25 años del Tratado de Libre Comercio de América del Norte, con una profunda transformación estructural del país y con su dimensión militar, que nos convirtió en un protectorado de Estados Unidos. Y lo que esto significa con la presidencia de Trump.

Haciendo sociología política, hay que ser cuidadosos con las caracterizaciones. Es difícil afirmar que en México “triunfó la izquierda” en el sentido clásico de “acumulación de fuerzas” y de adhesión programática. Ha sido más bien la “acumulación de agravios”. Es una base electoral heterogénea, que todavía no tenemos estudiada, con una importante masa de izquierda y progresista, pero que también tiene un gran componente de hartazgo, que puede ser fluctuante. Se llega con una crisis o desaparición de la izquierda política,

excepto el Partido del Trabajo, un partido pequeño pero persistente. El Movimiento de Regeneración Nacional, MORENA, creado por López Obrador como asociación civil en 2011, tiene su registro como partido en 2014. Su núcleo constitutivo inicial es sin duda de la izquierda histórica. Más que partido es un movimiento pensado como instrumento electoral, que en 4 años ha mostrado una inimaginable eficacia para hacer una campaña electoral de masas y estar en todas las mesas electorales del país. El fatalismo del fraude explica, también, que para ganar Morena haya hecho alianzas con emigrados de última hora de los partidos de derecha, por lo que no todos los parlamentarios o candidatos por estados y municipios triunfantes por Morena son de izquierda, lo que ya está generando problemas. Tiene mayoría en el Congreso federal aunque no alcanza la mayoría calificada de dos tercios, por lo que ha tenido que hacer negociaciones y concesiones negativas para avanzar en cambios constitucionales.

Por su parte, la izquierda social, de enorme diversidad y con luchas en cada rincón del país, no está articulada. En muchos casos con relaciones distantes con los partidos y el candidato, pero es evidente que sus bases se volcaron a votar. Pero pueden ser apoyos circunstanciales. Lo cierto es que solo López Obrador pudo representar esa heterogeneidad popular. Y que, más allá de sus votantes, esa heterogeneidad social es la destinataria de su ambicioso plan de extensión de derechos colectivos y de políticas sociales de aspiración universalista.

La firme decisión del gobierno de respetar las libertades públicas y los derechos humanos ha hecho que la gente pierda el miedo. Que exige a este gobierno la reparación inmediata de los agravios cometidos por gobiernos anteriores, lo que produce un cuadro de conflictividad peculiar.

Las dos primeras acciones contundentes del gobierno fueron la suspensión de la construcción del nuevo aeropuerto internacional de la Ciudad de México en Texcoco (que liquidaría la captación hídrica del Valle de México) y el combate al robo de combustible. Este último le aumentó la aprobación al Presidente a 80% en las encuestas.

Por cierto, robo de combustible en tales cantidades que incluso se exportan, y que puso en evidencia que es una de las varias ramificaciones de la acción empresarial del llamado crimen organizado, en contubernio con el Estado. Que está respondiendo con amenazas al Presidente y mayor agresividad en asesinatos y secuestros, poniendo al rojo vivo el problema de su enfrentamiento que, aunque se tiene una estrategia de largo plazo de quitarle influencia mediante la recomposición social, plantea en lo inmediato el problema de fuerza que ha colocado el controversial tema de la Guardia Nacional.

Por otro lado, a diferencia de las otras campañas electorales en las que López Obrador era el enemigo número uno, ahora tiene alianzas firmes con un sector empresarial. Con varias escaramuzas como la suspensión de proyectos, o la denuncia pública de incumplimiento de contratos y negociados, ha ido neutralizando la oposición violenta de otros sectores empresariales, en movimientos de equilibrios inestables en torno a los proyectos desarrollistas. Con compromiso de respeto a contratos no fraudulentos (aunque legalmente entreguistas) y de no aumentarles impuestos en los tres primeros años, pero sí eliminar las devoluciones y condonaciones millonarias (en su expresión en dólares), lo que compromete la viabilidad de sus proyectos sociales.

Esa diversidad de relaciones se manifiesta en su equipo de gobierno, en el que conviven posturas bastante ortodoxas con posturas francamente de izquierda.

Estos –apenas– cinco meses de gobierno han sido vertiginosos, con un tremendo remezón sobre el Estado con el objetivo prioritario de su moralización y de la recuperación de las funciones públicas. Las denuncias que hace el gobierno nos permiten ver que todo es peor que lo que sabíamos, por donde se toca sale pus. El eje discursivo es la *corrupción*, que el Presidente absolutiza, incluso, como el origen de la desigualdad social. Aparece como un discurso muy simplificado, que ha tenido buen impacto en la población. Pero tiene otro alcance: porque el Presidente condena “el saqueo”, “el despojo”, las privatizaciones, condena el “influyentismo” y que se hagan “negocios privados

al amparo del presupuesto público”, los “contratos leoninos” de las asociaciones público-privadas dando nombres y apellidos, y exige que “se separe el poder económico del poder político”. Diciéndolo de otra manera, está cuestionando el patrimonialismo estatal ejercido por el capital, sin ser ideológicamente anticapitalista. Lo que abre un terreno muy interesante, que se suma a las contradicciones en juego.

Algo bien interesante es que las acciones emprendidas apuntan a revertir muchos componentes de la reforma neoinstitucionalista del Estado, aunque no se identifiquen así. Hoy tenemos en México un buen laboratorio para medir los efectos del neoinstitucionalismo.

Recuerden que los neoinstitucionalistas recomendaban que para reducir el “índice de tentación” a la corrupción había que pagar sueldos altos a los funcionarios del Estado. Tuvo el resultado contrario. Rebajar estos escandalosos sueldos ha sido la primera medida del nuevo gobierno, con serias resistencias especialmente en la cúpula del Poder Judicial y otros organismos autónomos, que son muchos.

Decían los neoinstitucionalistas que “los políticos interfieren en el funcionamiento cotidiano de los organismos públicos”, y que para garantizar el “crecimiento” había que “aislar a los organismos de decisión de los grupos de presión para poner las políticas públicas a salvo de los choques populistas”. Que con su autonomía acotarían el poder del Ejecutivo, y que con su “ciudadanización” se completaría la democratización del Estado. La autonomía del banco central como bunker de la conducción económica viene desde comienzos de los noventa. Es con el anterior gobierno de Peña Nieto, con una intención claramente preventiva, que se instituye la mayoría de las autonomías de los órganos de competencia económica, de energía, de telecomunicaciones, electoral, de evaluación educativa, de evaluación de políticas sociales, de transparencia, de estadística y censos, etcétera. En sus consejos “ciudadanizados” están los empresarios de manera directa, o con sus intelectuales. Operan por períodos más largos que el Poder Ejecutivo y el Legislativo. Ha habido bastante ingenuidad sobre esta arquitectura institucional dizque ciudadanizada, suponiendo que la clase dominante no forma parte de la sociedad

civil. Como ha dicho Alejandro Álvarez Béjar (2018), que ha estudiado el asunto, estos órganos autónomos son “los verdaderos candados internos de la jaula neoliberal”. El presidente López Obrador denuncia a diario cómo estos órganos han hecho escandalosas concesiones en petróleo, electricidad, telecomunicaciones, en contratos a proveedores monopólicos en compras del Estado, etcétera. Su batalla, por el momento, es en el recambio de consejeros al terminar su período, proponiendo nombres que la oposición le ha rechazado.

Los neoinstitucionalistas, cuyo objetivo primordial es garantizar los “derechos de propiedad” del capital, decían que estos resultan afectados por el aumento de los “costos de transacción por la cultura de sobornos en América Latina” y para ello promovían la “transparencia”. Bajo ese discurso se reformó en México la ley de aguas, obligando al Estado a hacer públicos los yacimientos hídricos para concesionarlos a privados, concesiones muy resistidas por las comunidades territoriales. Lo que sí ha tenido legitimidad fue la creación del instituto de “transparencia” (hoy llamado Instituto Nacional de Transparencia, Acceso a la Información y Protección de Datos Personales, INAI). Este órgano autónomo ha decidido en distintos casos la reserva de información por muchos años. Ahora, con las denuncias del presidente López Obrador, sabemos que escudándose en una trama normativa, ha sido reservada por más de una década la información sobre las condonaciones de impuestos a grandes empresarios: entre 2007 y 2018 ascienden –a valores actualizados– a más de 400 mil millones de pesos (unos 21 mil millones de dólares) condonados a 120 “contribuyentes”; el 54% de ese monto corresponde a 108 de ellos, que ya están presentando amparos judiciales para mantener la secrecía aproximándose el vencimiento de la reserva. Ha dicho el Presidente: “Para mantener secretos nos cuesta más de mil millones de pesos”, unos 57 millones de dólares de presupuesto anual para las neoinstitucionalistas políticas de transparencia.

También decían los neoinstitucionalistas que la descentralización disminuye la presión sobre el Estado de los intereses contrarios al “crecimiento”; que había que descentralizar los servicios

manteniendo solo la rectoría reguladora del Estado. El nuevo gobierno denuncia el gran desastre nacional de la salud por esa descentralización, que se plantea volver a centralizar para asegurar el derecho universal a la salud y a los medicamentos gratuitos. Y también la recentralización del pago de salarios en la educación pública, que los gobiernos de los estados dejaron de pagar durante muchos meses. Con el discurso neoinstitucionalista de la “nueva relación Estado-mercado-sociedad” se promovió entregar la provisión de servicios a privados con financiamiento estatal, con la promoción de una pluralidad de organismos intermedios en su gestión. El nuevo gobierno denuncia cómo son mecanismos clientelistas perversos con recursos públicos que no llegan a sus destinatarios. Se propone la difícil tarea de desmontar las trenzas público-privadas de las políticas sociales neoliberales, y reconstruir las instituciones sociales públicas de carácter universal. Es una postura de avanzada, como la iniciativa constitucional de que la educación sea obligatoria, pública y gratuita desde el nivel preescolar al superior. Esto lleva tiempo y recursos. La medida inmediata de suspender las transferencias monetarias a través de organismos intermedios y hacerlas llegar directamente previa realización de censos de verificación, supuso dejar temporalmente a alguna población beneficiaria sin cobertura, lo que ha generado protestas. En el caso de las guarderías subrogadas, con más de un 30% de beneficiarios fantasmas, la manera en que lo planteó el Presidente no fue la más agraciada, debe decirse. Paradójicamente, justificó ese temporal subsidio a la demanda bajo el argumento de que así las familias tendrán “libertad de elegir”, un mantra neoliberal precisamente contra el Estado. Y al denunciar la función de los organismos intermedios u ONG para allegarse recursos públicos, muchos de ellos empresariales, se refirió irónicamente, y con toda razón, a la “llamada sociedad civil”. No obstante que aclaró que no estaba generalizando, quedó la sensación de un cuestionamiento a las organizaciones civiles en general o, diría yo, a las organizaciones sociales en general, que no es lo mismo. Trescientas

organizaciones de la sociedad, como se autodenominan, claramente de izquierda, han hecho una protesta pública.

Esta es una muestra de las dificultades que existen para enfrentar la reconfiguración social neocorporativista promovida por los neoliberales durante varias décadas, incluso a nombre del posneoliberalismo, y distinguir entre las formas de organización que expresan intereses populares independientes y las que son funcionales a los intereses dominantes. Considerando, además, que México tiene una larga tradición de corporativismo clientelar estatal sobre el movimiento obrero, campesino y urbano que ha moldeado la cultura política nacional.

Por ejemplo, yo he analizado la creación de cooperativas de pequeños productores agrarios impulsadas por las transnacionales en la agricultura por contrato, o Negocios Inclusivos como los llaman. Es más fácil escribirlo en papel que encarar en la práctica las formas de subordinación montadas sobre las urgentes necesidades de reproducción de la vida, y a través de las cuales se ejerce hegemonía. Y que hoy se convierte en el terreno prioritario de la acción de los dominantes tras haber perdido fuerza electoral y recursos gubernamentales, institucionales y económicos. En ello no solo están los partidos tradicionales de la derecha, el Partido Revolucionario Institucional (PRI) y el Partido Acción Nacional (PAN), como sabemos, sino iglesias conservadoras, fundaciones, sectores profesionales, etcétera. No es irrelevante mi comentario previo de que no existe un movimiento popular articulado con suficiente capacidad contrahegemonía.

Y el escenario está todavía más complicado. Porque hay una situación de conflicto con organizaciones sociales y comunidades que rechazan los megaproyectos desarrollistas programados, que afectan territorios, culturas y medio ambiente. Digamos, también, que estos quince años transcurridos del asalto territorial del capital bajo los gobiernos de derecha, han sido también de acumulación de conocimiento crítico, organización y luchas contra el llamado “nuevo desarrollo” de la reconfiguración capitalista en este siglo. No los toma por sorpresa. Lamentablemente, en sentido contrario a lo comentado

antes, en este asunto se aplicaron aquellas recomendaciones neoinstitutionalistas sobre “dar voz” para legitimar acciones gubernamentales, mediante consultas muy cuestionables y cuestionadas. Se corre el riesgo de alienarse una base social consciente y organizada, y quedar solo con una base electoral inestable y manipulable.

Cinco meses es demasiado pronto para hacer prospectiva. El gobierno que se propone hacer la Cuarta Transformación¹ en México recibe un país en ruinas, un Estado vaciado, con una deuda que equivale casi al 50% del PIB, y una sociedad descompuesta. No es descabellada la prudencia que se proclama. También para las relaciones con Estados Unidos, al mismo tiempo que se recupera la digna tradición de la política exterior mexicana. Los movimientos de equilibrista en situaciones de escaso margen de acción buscan ganar tiempo. Pero el problema no es solo del gobierno, sino de la correlación de fuerzas sociales.

Como en otras experiencias, aparece el problema de la conciliación de clases en la acción y proyectos de los gobiernos. Pero incluso esto tiene que repensarse con mayor cuidado. Porque conciliación de clases supone que los dominados tengan tal fuerza social relativa que obligue a los dominantes a conciliar, a ceder. Y esa fuerza no es el resultado de una sumatoria de resistencias heroicas, que en México hay en cada rincón del país. Necesitan estar articuladas para que produzcan una potencia colectiva suficiente. Todavía no se llega a la conciliación de clases propiamente tal, según me parece. El gobierno aporta fuerza poniendo reglas en algunos aspectos, que ayuda, pero la desigualdad de fuerzas relativas todavía es grande. Están apareciendo cuestiones alentadoras, como las masivas huelgas de

¹ López Obrador denominó *Cuarta Transformación* a su proyecto, considerando como la primera a la gesta de *Independencia*; la segunda es el período de *Reforma*, que encabezó Benito Juárez a mediados del siglo XIX con la separación del Estado y la Iglesia y la constitución de la república; la tercera es la *Revolución* en la que se incluye al gobierno de Lázaro Cárdenas que llevó a la práctica sus conquistas. Aunque resultaría algo presuntuoso, la popularizada 4T da identidad a la intención de cambio de su proyecto.

las maquilas en Matamoros o las huelgas mineras, que se suman a la permanente lucha de los maestros independientes, y articulaciones y solidaridades regionales que potencian movimientos. Pero todavía falta mucho.

Toda la presión generada por los agravios podría haber producido estallidos, un estado crítico de ingobernabilidad, pero que como ocurrió otras veces podría haberse diluido. Tuvo la posibilidad de expresarse como rebelión electoral, con mucha gente que fue a votar, que antes no lo hacía, como muchos jóvenes, porque hubo quien logró convocarla. Que fue reconocido por su constancia, por su terquedad. Y así se abrió un momento inédito, de recuperación de la esperanza en muchos, de mayor autoestima social al comprobar que pudo decidir y transformar. Considero que gran parte de la responsabilidad está en los gobernados, en usar todas las posibilidades que se abren para organizarse, reconstruirse, y poder darle la fuerza al gobierno para *ir por más*.

López Obrador solo estará seis años, y ha promovido la revocación de mandato que pondrá a consideración a los tres años. Los tiempos cuentan. Pero esta historia que apenas comienza está por escribirse. Y con todo lo difícil que es, de verdad que vale la pena.

Bibliografía

Álvarez Béjar, A. (2018). *Cómo el neoliberalismo enjauló a México. El contexto de los siglos XX y XXI y la alternativa de un ecosocialismo democrático*. México: Facultad de Economía-UNAM.

Feminismos latinoamericano-caribeños para transformar Nuestra América

*Alba Carosio**

El movimiento feminista nuestroamericano se ha venido convirtiendo en un nuevo agente político, una potencia que interpela sobre asuntos cruciales que la política hasta ahora no tuvo en cuenta: el cuerpo, el amor, el deseo, la sexualidad, la maternidad como una opción y no una obligación, el derecho al aborto, la pobreza de las mujeres, la economía para la sostenibilidad de la vida, la participación de las mujeres y sus derechos efectivos, pero sobre todo, interpela sobre la transformación social, y sobre la profundidad y alcance de la emancipación.

La visión feminista es indispensable para enriquecer y completar la lucha por la transformación social. Los movimientos de mujeres tienen hoy demandas y fuerza insoslayable en todo camino hacia la justicia y emancipación. Frente a las olas restauradoras-conservadoras que se han venido instalando en los gobiernos y en las sociedades

* Investigadora en Estudios Feministas y de Género, con énfasis en el Pensamiento Latinoamericano. Ha coordinado el Grupo de Trabajo CLACSO sobre Feminismos y Alternativas Civilizatorias. Dirige la *Revista Venezolana de Estudios de la Mujer*, es Profesora Titular de la Universidad Central de Venezuela y profesora invitada en CLACSO. Investigadora del Centro de Estudios Latinoamericanos Rómulo Gallegos y del Centro Internacional Miranda.

latinoamericanas, las ideas feministas son una barrera para su instalación y un impulso para continuar las luchas. Por este motivo, son presentadas por las derechas como un enemigo a extirpar y por algunas izquierdas como rebeldías infantiles; lo cierto es los feminismos son de las resistencias más fuertes y más acostumbradas a combatir en la adversidad. El feminismo en su radicalidad camina por toda nuestra América, y ha promovido la más nutrida y subversiva toma de las calles de ciudades de nuestra región.

La actual tercera ola feminista (o cuarta ola, según se mire) latinoamericana y caribeña, comenzó con las denuncias por abusos machistas hacia los cuerpos de las mujeres¹, y fue creciendo y constituyendo una fuerza que plantea un nuevo pacto social, en todos los sectores de la vida social: las mujeres nunca más deben ser tomadas como objeto de uso y abuso de los hombres, la sociedad no puede ser justa ni igualitaria mientras se mantenga la desigualdad de las mujeres. Se trata de plantar luchas al poder patriarcal, histórico aliado del capitalismo y el neoliberalismo. El movimiento social de las mujeres ha venido develando cómo el sistema y sus coartadas culturales avellan la discriminación para legitimar la explotación.

El movimiento feminista es calificado por muchos como la fuerza política social más esperanzadora en este momento de la historia, en el marco de una tensión entre fuerzas progresistas y reaccionarias. Se ha constituido en una tupida estructura de trabajo cruzado, donde se incluyen colectivos, organizaciones de la sociedad civil, organizaciones de mujeres racializadas y de pueblos originarios, mujeres autoconvocadas o movilizadas por las instituciones públicas

¹ Según la ONU, Mujeres y PNUD (22 de noviembre de 2017) América Latina y el Caribe es –aún– la región más violenta para las mujeres. De los 25 países del mundo con las tasas más altas de feminicidio, 14 son de América Latina y el Caribe: 4 en el Caribe (Jamaica, Bahamas, Belice, República Dominicana), 4 en América Central (El Salvador, Guatemala, Honduras y 6 en América del Sur (Colombia, Bolivia, Venezuela, Brasil, Ecuador, Guyana). Hay focos particulares de feminicidios en determinados países que superan ampliamente el promedio nacional: en Ciudad Juárez (México) o Spirito Santo (Brasil).

dedicadas al trabajo de apoyo a necesidades prácticas de las mujeres, organismos internacionales y de cooperación que impulsan políticas y acciones dirigidas a las mujeres, articulaciones rebeldes de nuevas generaciones de adolescentes y mujeres jóvenes, grupos de arte y lenguajes diversos, y aliados de variados orígenes y formas: varones concientizados, organizaciones LGBTI, partidos políticos, organizaciones sociales, movimientos populares y barriales, movimientos de reivindicación identitaria y racial, organizaciones religiosas progresistas y otras.

El agotamiento de los modelos económicos “neoliberales”, con las secuelas de pauperización a principios del siglo XXI, dieron lugar a un resurgimiento de la movilización en el mundo, y en nuestra América en particular, que fue acompañado por un intento de diálogo del feminismo con otros movimientos sociales que, al cabo de más de diez años, ha ido fructificando en comprensión y alianzas. Todo feminismo puede contar con tener los fundamentalismos de derecha en contra o ser víctima de una instrumentalización interesada de sus demandas (las menos radicales y transformadoras), pero no está claro que pueda tener la misma confianza en tener a la izquierda a favor (al menos, cierta izquierda tradicional). A pesar de que en algunos momentos la institucionalidad y las organizaciones no gubernamentales de asuntos de las mujeres y género, que surgieron durante la década de los 90, fueron vistas como opuestas a los movimientos sociales feministas, o creadas para procurar mantener el control y un tipo de disciplina y medida a la que las feministas no se avienen, también en otras interpretaciones, la radicalidad y la rebeldía, no solo no se oponen a la capacidad de propuesta, sino que son su motor. Al día de hoy, las tramas feministas latinoamericanas y caribeñas incluyen ONG, instituciones, academia y movimientos feministas de diferente radicalidad.

Hay una convicción de que para conseguir al menos “algunas” reformas necesitamos planteos radicales y fuerza para impulsar a avanzar más aún. En este sentido, los movimientos de mujeres y feministas, se valen también, de convenciones y pactos internacionales,

y de instituciones a nivel nacional, regional e internacional para promover la igualdad de género. En especial no podemos dejar de mencionar algunos hitos importantes que han sido de utilidad a las luchas y demandas feministas latinoamericano-caribeñas: la Convención contra todas las formas de discriminación contra las mujeres, CEDAW (1979), que es uno de los instrumentos internacionales de DDHH; la Convención Interamericana para prevenir, sancionar y erradicar la violencia contra las mujeres “Convención Belem do Pará” (1994); la Agenda 2030 para el Desarrollo Sostenible en su Objetivo 5 sobre la Igualdad de Género, y los consensos de las Conferencias Regionales sobre la Mujer de América Latina y el Caribe, especialmente la Estrategia de Montevideo para la Implementación de la Agenda Regional de Género en el Marco del Desarrollo Sostenible hacia 2030.

Desde la Segunda Ola Feminista en América Latina y el Caribe en la década de los 70, las feministas ya sostenían que el movimiento de liberación de la mujer es un movimiento *político* que busca la transformación económica, política y social de nuestra sociedad de una manera radical y absoluta. En 1976, la emblemática revista feminista mexicana *FEM* proponía articular la investigación, la reflexión y las luchas. Las feministas de la época veían su militancia como una red con características de organización horizontal, como un movimiento eminentemente antijerárquico y descentralizado. En los 80, los movimientos feministas lucharon por el regreso de las democracias: mujeres políticas y feministas, coincidieron la necesidad y las luchas por sociedades en las que la democracia se exprese en las calles, en las casas y en las camas. Es decir, en la cotidianeidad y en lo íntimo.

Como decía, refiriéndose al feminismo, Giovanna Mérola: “Un movimiento social no es la expresión de una concepción del mundo, es la petición consciente de un cambio, es la manifestación de un conflicto y por tanto se encuentra asociado a conductas de innovación social y cultural” (1985, p. 115). El feminismo como movimiento social aparece como enfrentamiento a la rigidez de las doctrinas, normas, orden social, que tienden a decaer y que, sin embargo, las

tradiciones, los sistemas ideológicos, las barreras sociales y culturales se empeñan en reforzar y mantener. La lucha de las mujeres es un hecho político concreto, que al añadir un elemento nuevo al campo político lo transforma completamente, y lo amplía.

Según Virginia Vargas (2002), en el desarrollo del movimiento feminista en los años 70 y 80 se pueden ver tres vertientes:

1. La vertiente feminista propiamente dicha, que inició un acelerado proceso de cuestionamiento de su situación como mujeres, extendiéndola a una lucha por cambiar las condiciones de exclusión y subordinación de las mujeres en el ámbito público y en el privado.
2. La vertiente de las mujeres urbano populares, que iniciaron su actuación en el espacio público, a través de sus roles tradicionales, buscando atender sus necesidades prácticas y, a partir de allí, confrontar su papel social y ampliar sus contenidos.
3. La vertiente de mujeres adscritas a los espacios más formales y tradicionales de participación política, como los partidos, sindicatos, las que a su vez, con dificultades, comenzaron un proceso de cuestionamiento y organización autónoma al interior de estos espacios de legitimidad masculina por excelencia.

La democratización después de las dictaduras presentó para algunos grupos un camino diferente al recorrido, pues por primera vez se abrieron espacios institucionales. En algunos países, la participación de los movimientos feministas en los movimientos de oposición a las dictaduras facilitó su inserción en la vida política redemocratizada. Además, presionados desde el exterior por tener que responder a compromisos internacionales, los gobiernos democráticos comenzaron a buscar la forma de desarrollar políticas públicas para lo cual tuvieron que recurrir a las mujeres y hasta considerar iniciativas de las feministas. En este período, se crearon institutos dedicados al género en las universidades, instituciones gubernamentales y organizaciones no gubernamentales (ONG) que reconfiguran el movimiento feminista, produciendo, junto con una multiplicidad de nuevas

experiencias, acciones y saberes, su incipiente fragmentación y creciente cooptación.

Las ONG de mujeres establecieron relaciones con los Estados, principalmente con las maquinarias estatales creadas para atender los asuntos de la mujer. Se generó así una demanda por servicios “especializados” que las feministas pueden ofrecer a las agencias de cooperación y a las instancias públicas. Esta demanda fue creada por las propias feministas y sus reclamaciones. Las ONG feministas adquirieron una “identidad híbrida”, ya que eran al mismo tiempo centros de trabajo y espacios de “movimiento”. Sin embargo, se corría el riesgo de la autocensura, porque los gobiernos, e incluso la cooperación internacional, no iban a entrar en consultorías con instituciones o personas que presionan con temas fuera de la agenda oficial o que sobrepasen los umbrales de la aceptabilidad para ellos.

Nuestro siglo XXI

El siglo XXI constituye la última etapa de una genealogía latinoamericana y caribeña, caracterizada por cierta reacción al feminismo liberal hegemónico establecido en los 90. Los nuevos feminismos se presentan como disidentes, en contra de las políticas neoliberales, decoloniales, antirracistas y antipatriarcales. A partir del año 2000, en el movimiento feminista se va produciendo la revitalización de la militancia y explosión de la diversidad de los feminismos.

A partir de una concepción plural y democrática, los feminismos plantean una forma diferente de hacer política. Las mujeres han entrado al campo de la política en serio. Teniendo en cuenta que otras transformaciones han fracasado, se trata, ahora, de no repetir viejas prácticas. Los reclamos de la lucha feminista son, en rigor, reclamos por derechos de la ciudadanía de las mujeres, pero una ciudadanía diversa e incluyente, donde se reconozca a quienes estuvieron en la oprimiente invisibilidad. El movimiento feminista va teniendo

irrupción y visibilidad en la toma del espacio público, y como una instancia de acción colectiva de protesta.

Como afirma Magdalena Valdivieso:

En la actualidad, las feministas, sin abandonar sus objetivos, se involucran fuertemente en los debates sobre la desigualdad social, pobreza, autoritarismo, crisis del planeta, entre otros, y aportan a ellos su perspectiva ética. En todo este quehacer político los feminismos han actualizado sus propuestas, profundizado en el análisis de la dominación y logrado alianzas con otros sujetos en situación de subordinación, pero principalmente, se han “sintonizado” con las demandas de movimientos sociales comprometidos con un cambio profundo del orden político dominante (2014, p. 33).

Las protestas feministas pretenden hacerse visibles en el espacio público, ya que de esta manera, al interpelar a los demás ciudadanos, se da el movimiento desde lo privado hacia lo público. Se politizan las relaciones sociales y se lucha por desnaturalizarlas ya que implican relaciones de jerarquía y desigualdad. Apalancado en el femicidio, que es la expresión más extrema de una serie mucho más larga y, numerosas veces oculta, de violencia hacia la mujer, se trata de visibilizar en el espacio público la violencia de género, no ya como un problema privado y particular, sino como un problema del conjunto normativo público social.

El movimiento de mujeres latinoamericano y caribeño en sus demandas y luchas se va mostrando y demostrando como un actor social y político. Participa en los Foros Sociales y en un sinnúmero de plataformas de movimientos sociales, de partidos políticos y de acciones de reivindicación y muchas veces de apoyo a los gobiernos progresistas que se fueron instalando en la primera década del siglo XXI. En algunos países, en esta ola de mujeres visibles y de demandas de la paridad política, hubo mujeres emblemáticas que llegaron a cargos de poder, a presidencias varias. Sin embargo, la mayoría de

ellas² no lograron asumir las demandas feministas como líneas integrales de su acción de gobierno. Acompañando el impulso progresista, algunos presidentes varones, declararon –con buena intención– que sus gobiernos adoptarían las ideas feministas, aunque fue poco lo que logró materializarse en políticas públicas.

Entre 2015 y 2016 graves casos de violaciones estremecieron a muchos países de Latinoamérica, en particular a Argentina, donde el caso de una adolescente de 16 años que fue drogada, violada y torturada, conmocionó al país. En diciembre de 2016, en Bogotá también ocurrió la violación y asesinato de una niña indígena de 7 años, a manos de un hombre de alta clase. Se levantaron multitudinarias manifestaciones y protestas callejeras en las principales ciudades argentinas y también en Bogotá, en respuesta a la violencia machista y a los femicidios en aumento, lo cual se conocería más tarde como el movimiento *Ni una menos*, en alusión a las mujeres muertas. A pesar de todo, en 2018, los acusados de asesinato de Lucía Pérez fueron absueltos en Argentina. Los casos de agresiones sexuales crecieron en un 78% entre el 2008 y el 2015, según cifras del Ministerio de Seguridad argentino. El horror de estos crímenes muestra de manera –pensamos que muy clara– la necesidad de transformación de las relaciones y roles machistas, y de la importancia que esto tiene para una vida social más sana.

La lucha feminista se ha desplazado a la calle, mediante la realización de marchas, paralizaciones y tomas feministas de establecimientos, que han sido acompañadas de la realización de asambleas y talleres, visibilizando casos de violencia patriarcal, tanto explícita como simbólica. Las mujeres nos hemos reunido a hablar de nuestras sexualidades, militancias, cotidianidades, experiencias de vida, tanto denunciando como proponiendo nuevos horizontes, desde el rechazo a las estructuras piramidales o al establecimiento de liderazgos autoritarios. El detonante es la injusticia de sociedades que

² Quizás solo podríamos mencionar a la Presidenta Michelle Bachelet, con una línea más comprometidamente feminista.

siguen postergando los derechos de las mujeres, negándolos, cuando ni siquiera se protege como es debido su derecho a la vida. Solamente un dato duro: una amplia mayoría de los feminicidios ocurrieron a pesar de denuncias previas por violencia, que no fueron atendidas debidamente por los órganos competentes: policía, fiscalía, juzgados.

En nuestro siglo XXI, nuevos movimientos feministas emergieron concentrados por una fuerte crítica al neoliberalismo, como en la Marcha Mundial de las Mujeres³, revigorizando patrones políticos en la región y abriendo procesos de alianza con otros movimientos sociales. A partir del rescate de la acción feminista creativa, subversiva, en la calle, dentro del contexto de la emergencia de los movimientos antiglobalización y de la construcción del Foro Social Mundial (FSM) se conformó una red de acción que extrapoló la forma de organización meramente nacional. Se comenzó a practicar un internacionalismo feminista, que fue dando las bases de interacciones que están hoy dándose en el ciberespacio y a través de otros medios recientes y globales de comunicación y tecnología. Podemos caracterizar esta eclosión con dos rasgos determinantes de su acción y pensamiento:

- 1) La ampliación, engrosamiento, profundización y conceptualización de los derechos humanos a partir de la lucha feminista y de las mujeres.
- 2) La ampliación de la base de las movilizaciones sociales y políticas con la incorporación masiva de las mujeres y también de los grupos LGBTI.

Fueron paralelas y entrecruzadas, nuevas reflexiones teóricas –transversales e interseccionales– de comprensión de los fenómenos de raza, género, sexualidad, clase y generación que impulsaron la necesidad de pensarse en micro y macroestrategias de acción articuladas,

³ La Marcha Mundial de las Mujeres comenzó en el año 2000, sobre el modelo de la Marcha de las Mujeres de Quebec por la justicia económica realizada en 1995.

integradas y construidas en conjunto por el Estado y por la sociedad civil. El feminismo radical latinoamericano y caribeño es una apuesta por otro mundo posible, una propuesta hacia un “cambio radical del mundo que habitamos”, una reivindicación de una utopía, que se define como antipatriarcal, anticapitalista, anticolonial y antirracista. Todos estos adjetivos no solamente dibujan los feminismos sino que hacen referencia a la Imbricación de las opresiones, que se define como interseccionalidad. Las mujeres latinoamericanas y caribeñas entrecruzaron a su opresión de género, la opresión de clase, de etnia, de territorio, de colonización. A partir de su vida en un territorio herido, oprimido y expoliado fueron desarrollando pensamiento y una acción feminista original y particular, con características propias de gran compromiso transformador implicado con todas las grandes luchas populares en la región.

Documentar las desigualdades y denunciarlas es la manera en que los sectores subalternos han logrado ganar autonomía y exigir reconocimiento propio en la construcción de “lo universal”, búsqueda de una forma propia de nombrarse y de saber quiénes somos como región. En 1930, en el Teatro Colón de Bogotá, Teresa de la Parra leyó las tres conferencias que integran “Influencia de las mujeres en la formación del alma americana”. Estos textos polemizan abiertamente con el discurso historiográfico oficial articulando un relato diferente, que pone en el centro de la escena a sujetos silenciados por su género sexual, y también por su etnia y/o clase. En estos textos la autora, insurge contra las narrativas de la nación, que conforman un relato constituido por una identidad homogénea originada por una tradición oficialmente masculina. La narrativa tradicional es incapaz de evidenciar las múltiples diferencias que atraviesan a nuestras sociedades, sea en términos de clases sociales, etnias, géneros sexuales, u otras. En este sentido, la voz de Teresa de la Parra abre la posibilidad de pensar la cultura nacional desde las diferencias y reconociendo el conjunto de marcas que conforman un pueblo.

El feminismo latinoamericano y caribeño se reconoce en la historia, en las heridas de la colonización y la interiorización de nuestros

pueblos originarios, negros y mestizos, en el propio concepto de sub-desarrollo y desorden cultural. Como sostiene Frantz Fanon (1983), es la violencia de la negación lo que nos une: “una decisión furiosa de privar al otro de todo atributo de humanidad, el colonialismo empuja al pueblo dominado a plantearse constantemente la pregunta: ¿Quién soy en realidad?” (Fanon, 1983, p. 3). Un mapa mínimo de los feminismos latinoamericanos y caribeños comprende hoy en día, las siguientes líneas de reflexión y estrategias:

- a. *Feminismo decolonial*: las mujeres de Abya Yala producen reflexiones y experiencias desde un continente que fue re-nombrado desde una mirada blanca y colonial; posteriormente, capitalista y neoliberal, en donde se instauró un pensamiento hegemónico, que buscó silenciar las voces de los pueblos y, particularmente, de las mujeres que los habitan. En el proceso colonial se le negó la posibilidad de humanidad a los indígenas y afrodescendientes. Fueron considerados un obstáculo para la cristianización, en el siglo XV se debatió sobre el alma de los indios. La resistencia al genocidio indígena y la esclavitud, la sublevación contra la inferiorización europeizante, la visibilización de la violación colonial fundante son ejes centrales del feminismo de la región, y horizontes de ampliación de la reflexión sobre la emancipación feminista. El patriarcado colonial oprimió el cuerpo-territorio de las mujeres, y luego traslada el dominio hacia todos los seres humanos y hacia la naturaleza, por esto el cuerpo-territorio es un lugar de resistencia y resignificación. Los movimientos feministas latinoamericanos y caribeños se van reconociendo en su propia historia, trabajosamente y militantemente recuperada.
- b. *Feminismo indígena*: no hay descolonización sin despatriarcalización. Julieta Paredes, feminista indígena comunitaria boliviana, dice que “Toda acción organizada por las mujeres indígenas en beneficio de una buena vida para todas las mujeres, se traduce al castellano como feminismo” (2010, p. 2). Pero en especial, las feministas indígenas han aportado la recuperación de sus saberes,

han hecho visible su existencia actual y sus aportes al bienestar de sus pueblos, la revalorización de su cultura y sus contribuciones al alma americana, a las costumbres y vida social de nuestros pueblos.

- c. *Feminismo afro/negro*: la “violación colonial fundante” y europea a mujeres indígenas y negras, que dio como resultado un mestizaje origen de todas las construcciones identitarias nacionales, constituyéndose así un mito sobre “la democracia racial latinoamericana” que, en verdad, es violencia sexual colonial. (Sueli Carneiro, 2001). Las esclavas no solo padecían el trabajo esclavo de sol a sol, sino la violencia sexual de los amos. Además, eran evaluadas como reproductoras de fuerza de trabajo esclavo, eran consideradas “paridoras” no madres, status que solo les cabía a las blancas. El feminismo afrolatino ha reivindicado el cimarronaje, y los ensayos de zonas de vida en libertad y comunidad, en las que míticamente existía mayor igualdad y participación de las mujeres.
- d. *Feminismo autónomo*: surgió en los años 90, debate entre institucionalidad y autonomía. Los feminismos autónomos latinoamericano-caribeños plantearon de manera radical que el feminismo ONU, Banco Mundial y otros organismos de financiamiento para las ONG, generó burocratización de la práctica política feminista, y sirvieron para legitimar el sistema de opresión. El feminismo autónomo propone y defiende prácticas políticas autónomas, separadas de otras líneas políticas, tanto de las agencias gubernamentales como de cooperación internacional como de las partidistas. Ven en la perspectiva de género y su uso, una forma de desviar las verdaderas luchas feministas. Revindican bases comunitarias para el feminismo, y plantean una crítica del Estado que consideran patriarcal.
- e. *Feminismo popular*: las mujeres dentro del movimiento urbano popular desarrollaron un concepto propio de feminismo, el cual

combinaba la lucha de clases con la lucha por cambiar roles de género opresivos. En ese sentido, el término popular no estaba relacionado a su condición de mujeres en situación de pobreza, sino a la idea de que el cambio social que esperaban iba a realizarse en colaboración con el pueblo, en el compromiso con la acción del conjunto de las y los subalternos y oprimidos.

- f. *Feminismo comunitario*: desarrollado principalmente en Bolivia, recupera las cosmovisiones de los pueblos originarios, se autodefine como un movimiento sociopolítico y se centra en la necesidad de construir comunidad, es una propuesta alternativa al individualismo. Contempla cinco ejes de acción: el cuerpo en unidad con el alma, el espacio como campo vital, el tiempo con igual valor para mujeres y hombres, el movimiento y la memoria.
- g. *Ecofeminismo*: refiere a la imbricación de la opresión de género con la opresión de la tierra, como gran casa universal o Pachamama. En Abya Yala, las mujeres además se organizan y participan en movimientos sociales, pronunciándose a favor de la soberanía alimentaria y con la agroecología como herramienta. La lucha por el derecho al agua y su defensa como bien común. Luchadoras por la defensa de la tierra y del agua han sido víctimas de persecuciones y asesinatos en nuestra región. Los territorios latinoamericanos y caribeños han sido y siguen siendo los grandes productores de materias primas, y reservorios mineros y de hidrocarburos, el extractivismo se multiplica por toda la geografía regional de la mano de transnacionales y gobiernos, en la resistencia contra la depredación tienen un amplio protagonismo las mujeres, y ellas han incluido el cuidado en las luchas antiextractivistas.
- h. *Conceptualización de la economía feminista* que se centra la sostenibilidad de la vida, visibilizando los aportes de las mujeres en el *oikos* universal. A partir de este pensamiento, se ha visibilizado el cuidado como mandato sexogénico que históricamente sostiene la vida humana, se ha reivindicado su valor económico y

la valorización social de las actividades de las mujeres. En 2018, se convocó un paro internacional de mujeres cuyo lema fue: *Si nosotras paramos, se para el mundo*. El objetivo ha sido destacar las demandas desde las mujeres frente a un sistema económico voraz y destructivo, contrario a la vida a su sostenimiento.

- i. *Feminismo LGBTI*: se reivindican los cuerpos, deseos y sexualidades de otros y otras invisibilizados, (in)subordinados, sexualizados, violentados. Se revela la condición de pobreza y explotación de las sexualidades disidentes, y hay un fuerte cuestionamiento de la heterosexualidad obligatoria. En nuestra América, el feminismo ha sido gran aliado de los movimientos LGBTI y viceversa, en especial el lesbianismo, ha sido comprendido y practicado como posición política y acto de resistencia.
- j. *Feminismo campesino*: marcado por la necesidad de discutir las especificidades relacionadas con la mujer, tanto como las cuestiones raciales, étnicas, religiosas y culturales, las mujeres campesinas también se insertan en el debate de su cotidianidad. La agroecología y la soberanía alimentaria son el centro de su lucha.
- k. *Teología Feminista Latinoamericana de la Liberación*: a partir de 1979, en el Encuentro de Tepayac, México, con participación de mujeres de distintas afiliaciones religiosas se fue reflexionando sobre la experiencia de opresión de la mujer y su experiencia de fe, hasta formular un cuerpo de ideas y posiciones que se autodenominó Teología Feminista Latinoamericana. María del Pilar Aquino en 2000 la definía así: “una reflexión crítica sobre la vivencia que las mujeres y hombres tenemos de Dios en nuestras prácticas que buscan transformar todas las instituciones y sistemas que producen empobrecimiento y violencia contra las mujeres y hombres” (cit. Consuelo Vélez, 2013) La limitación del discurso oficial de la iglesia sobre la vida, construye una seria tergiversación del sentido de los derechos humanos, y ante ello han reaccionado con una comprensión humana del problema

del aborto, religiosas tales como Ivonne Gebara y organizaciones como Católicas por el Derecho a Decidir.

- l. *Feminismo de Estado o Institucional*: es el feminismo que se practica desde las instituciones de los Estados y desde las organizaciones internacionales, feminismos que se practican en los diversos mecanismos para impulsar derechos e igualdad de género. Se trata de un feminismo un tanto diluido, muy ligado a propósitos institucionales o a convenios internacionales, pero que en ocasiones sirve para apalancar actividades y demandas de movimientos sociales. En los últimos años, el movimiento ha logrado impulsar demandas dentro de estas instituciones e ir empujando su discurso y sus líneas de trabajo hacia un suave impulso más radical. Resulta importante este segmento ya que estas instituciones son las que pueden desarrollar políticas que lleguen a cubrir necesidades de amplias capas de las mujeres.
- m. *Feminismo en partidos políticos*: en la actualidad varios partidos políticos latinoamericanos tienen secretarías y otros organismos para hacer un trabajo político dirigido a las mujeres, algunos de ellos, y básicamente porque las mujeres responsables de estas líneas de trabajo son feministas, declarativamente –en general, solo declarativamente– adoptan objetivos e ideas feministas. En todo caso, afirmamos que hay mujeres políticas feministas, y su existencia resulta muy relevante ya que es a través de su trabajo que las demandas feministas pueden llegar a materializarse en políticas públicas y leyes, en acciones concretas de los Estados. Sin embargo, para sí mismos, muy escasos partidos se convencen aplicar la demanda mínima que es la paridad de género (solo Ecuador, Costa Rica y Uruguay aplican paridad para la composición para los cargos de decisión partidaria).
- n. *Feminismo académico*: en muchas instituciones universitarias y de investigación de Latinoamérica y el Caribe existen centros de estudios de las mujeres, feminismos y género, así como diplomas,

especializaciones, maestrías y doctorados dedicados al área. Los aportes que la investigación feminista ha hecho a la ampliación de los horizontes epistemológicos y de producción de conocimiento están comenzando a ser reconocidos y tomados en cuenta, aunque todavía de manera muy incipiente por las comunidades académicas. Pero lo que sí ha venido ocurriendo, es que estos centros mantienen una relación completamente estrecha con los movimientos feministas, las investigadoras son militantes y viceversa, en realidad, y la producción de conocimiento es también una forma de acción militante que ha enriquecido mucho la práctica, así como la táctica y la estrategia.

Todos estos feminismos confluyen en el espacio social latinoamericano-caribeño y a partir de 2012, el movimiento feminista adquirió gran presencia en las calles, resultado de una lucha y reflexión colectiva, que como mujeres del sur global vamos teniendo, creando espacios para el encuentro, de manera que hablamos en primera persona del plural.

La irrupción en el espacio público del movimiento feminista implica dos generaciones de feministas: mayores de larga trayectoria que negocian con la institucionalidad vigente, y grupos jóvenes que plantean acciones de autonomía, tales como el aborto autogestionado. Mientras tanto han cambiado y seguirán cambiando las subjetividades de las mujeres y también han cambiado las subjetividades de los hombres. Hoy el movimiento feminista posee fuerza y demanda, se constituye como un actor colectivo en un “nosotras”; constituye una transformación muy importante para esta generación, y sin duda cambiará la política como la hemos conocido.

Los feminismos del Sur tienen importantes aportes para los movimientos sociales y a los partidos políticos, tanto en lo teórico como en la práctica política. En lo teórico se trata de una ampliación de los análisis y los horizontes, la opresión y la emancipación adquiere múltiples y diversas caras que deben articularse en el gran proyecto utópico, al cual tributa el acumulado feminista sobre la centralidad

de la vida en su materialidad, que desvela los determinantes, la vulnerabilidad humana y la sostenibilidad necesaria. Cuidar la vida, en su despliegue humano y no humano significa crear vidas vivibles, priorizadas y emancipadas por encima de la acumulación capitalista. Desde la óptica de los feminismos el conflicto capital vida se muestra en una dimensión más cotidiana y cercana, la del trabajo de cuidado que las mujeres históricamente han venido realizando como mandato de rol femenino social y familiar. La economía feminista ha mostrado que el aparato productivo se sostiene en el trabajo reproductivo fundamentalmente de las mujeres, y las crisis son literalmente “aguantadas” por el trabajo de las mujeres en sus hogares, que atemperan los desajustes y aportan calidad de vida (Magdalena Valdivieso, 2014).

Aportes importantes de los feminismos a la práctica política son las reflexiones acerca de la diversidad, su articulación y coordinación, que permiten pensar en un sujeto plural que a su vez se enfrenta a un sistema de dominación múltiple. En este marco, solo es posible pensar y trabajar en organizaciones no jerárquicas para construir el camino de la emancipación, sobre su viabilidad, y sus debilidades y fortalezas los feminismos latinoamericanos y caribeños pueden contribuir con su experiencia organizativa en redes. Las prácticas democráticas y la construcción de relaciones sociales no jerárquicas que han caracterizado a las organizaciones de mujeres.

De cara al bloque y viraje hacia las restauraciones fundamentalistas, conservadoras y neoliberales de espíritu autoritario que van afirmándose en nuestro continente, urge hoy la constitución de un frente heterogéneo y fuerte de movimientos contra hegemónicos. El diálogo de todas las formas y sendas para la emancipación social es prioritario, para lograr esto el movimiento feminista latinoamericano-caribeño aporta sentimiento, frescura y una fuerza vital basada en la transformación desde la vida personal y la cotidianeidad. El movimiento feminista se muestra así como no solamente útil, es indispensable para toda lucha de los pueblos.

Bibliografía

Arzamendia, L.; Biagetti, M. R. & Figueroa Machado, L. (2017). *Mujeres en la acción colectiva. Fenómeno del “Ni una menos”*. Villa María: Universidad Nacional de Villa María.

Bard Wigdor, G. & y Artazo, G. (2017). Pensamiento feminista latinoamericano: Reflexiones sobre la colonialidad del saber/poder y la sexualidad. *Cultura y representaciones sociales*, 11 (22), 193–219. Disponible en: http://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S2007-81102017000100193&lng=es&tlng=es.

Barriga, M. (2005). Los malestares del feminismo latinoamericano: una nueva lectura. Disponible en <http://www.mujeresenred.net/spip.php?article140>

Cabral, M. (2008). Trans latinoamericanas en situación de pobreza extrema. *Informe para el Programa para América Latina y el Caribe*. Comisión Internacional de los Derechos Humanos para Gays y Lesbianas. Disponible en: <https://www.outrightinternational.org/sites/default/files/262-1.doc>

Calvera, L. (1990). *Mujeres y feminismo en la Argentina*. Buenos Aires: Grupo Editor Latinoamericano.

Carneiro, S. (2001). *Ennegrecer el feminismo*. Disponible en <http://www.bivipas.unal.edu.co/bitstream/10720/644/1/264-Sueli%20Carneiro.pdf>

D’Atri, A. (2010) Feminismo latinoamericano: Entre la insolencia de las luchas populares y la mesura de la institucionalización. Disponible en <https://ilga.org/feminismo-latinoamericano-entre-la-insolencia-de-las-luchas-populares-y-la-mesura-de-la-institucionalizaci-n>

De la Parra, T. ([1930] 2016). *Influencia de las mujeres en la formación del alma americana*. Caracas: El Perro y la Rana.

Fanon, F. ([1961] 1983). *Los condenados de la tierra*. Buenos Aires: FCE.

Fernández Droguett, F. Nuestro mayo feminista: ¡La Revolución será feminista (anticapitalista, anticolonialista) o no será! Disponible en <https://iberoamericasocial.com/wp-content/uploads/2018/06/Fern%-%>

C3%A1ndez-F.-2018.-NUESTRO-MAYO-FEMINIST.-La-Revoluci%C3%B3n-ser%C3%A1-feminista-anticapitalista-anticolonialista-o-no-ser%C3%A1..pdf

González Vélez, A. Cristina; Castro, Laura; Burneo Salazar, Cristina; Motta, Angélica; Amat y León, Oscar (2018). Develando la retórica del miedo de los fundamentalismos. La campaña “Con mis hijos no te metas” en Colombia, Ecuador y Perú. Lima: ©Centro de la Mujer Peruana Flora Tristán

Matos, Marlise y Paradis, Clarisse (2012) Los feminismos latinoamericanos y su compleja

Mérola, Giovana (1985) Feminismo: un movimiento social. En Revista Nueva Sociedad 78, Julio-Agosto 1985. La Mujeres, la mayoría marginada. Caracas: Fundación Friedrich Ebert (FES)

Paredes, J. (2010). Hilando fino desde el Feminismo Indígena Comunitario. En Espinosa Miñoso, Y. (Coord.), *Aproximaciones críticas a las prácticas teórico-políticas del feminismo latinoamericano*. Vol. 1. Frontera: Buenos Aires.

PNUD – ONU MUJERES (2017) Del Compromiso a la Acción: Políticas para Erradicar la Violencia contra las Mujeres América Latina y el Caribe Documento de análisis regional. Panamá: PNUD-ONU MUJERES. Disponible en <https://reliefweb.int/sites/reliefweb.int/files/resources/UNDP-RBLAC-ReporteVCMESpanol.pdf>

Paridis, C. & Matos, M. (2013, septiembre). Los feminismos latinoamericanos y su compleja relación con el Estado: debates actuales. *Íconos. Revista de Ciencias Sociales*, (45), Quito.

Souza Santos, L. R. & Lisboa Santos, J. de (2017). Protagonismo das mulheres camponesas: sem feminismo não há agroecologia. En Sagot, M., *Feminismos, pensamiento crítico y propuestas alternativas en América Latina*. Buenos Aires: Clacso.

Valdivieso, M. (2014.) Otros tiempos, otros feminismos en América Latina. En Carosio, A. (Coord.), *Feminismos para un cambio civilizatorio*. Caracas/Buenos Aires: Celarg – Clacso.

Valenzuela Tapia, M. F. (2017). *Nuevas voces del feminismo chileno*. Santiago: Friedrich Ebert Stiftung.

Vargas, V. (2002). *Los feminismos latinoamericanos en su tránsito al nuevo milenio. (Una lectura político personal)*. Buenos Aires: Clacso. Disponible en: <http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/clacso/gt/20100916031248/28vargas.pdf>

Velez, C. (2013, octubre-diciembre). Teología feminista latinoamericana de la liberación: balance y futuro. *Horizonte*, 11 (32), 1801–1812, Belo Horizonte.

Zerán, F. (2018). *Mayo Feminista. La rebelión contra el patriarcado*. Santiago de Chile: LOM.

Ascenso da “nova direita” na América Latina

O caso brasileiro

*Plínio de Arruda Sampaio**

Introdução

A ascensão de uma nova direita na América Latina é consequência direta da resposta regressiva e autoritária da burguesia à polarização da luta de classes provocada pelo impacto devastador da crise capitalista sobre a economia da região. Sem projeto nacional para enfrentar o novo momento histórico, as burguesias latino-americanas submeteram-se docilmente à “solução americana”, cuja essência reside na aceitação de uma posição ainda mais rebaixada da região na divisão internacional do trabalho.

O afã de recompor a qualquer custo a taxa de lucro e abrir frentes de acumulação colocou o ajuste neoliberal na ordem do dia. A

* Professor livre-docente do Instituto de Economia da Universidade Estadual de Campinas (IE/UNICAMP). Com pesquisas na área de história econômica do Brasil e teoria do desenvolvimento, dedica-se ao estudo do impacto da globalização capitalista sobre a economia brasileira.

retomada do crescimento da renda ficou condicionada à retirada de direitos trabalhistas e à maior precarização das condições de trabalho. O aprofundamento da liberalização comercial acelerou a reprimarização da economia, aprofundando a desarticulação do sistema econômico nacional. O avanço da liberalização financeira, da privatização do patrimônio público e da desregulamentação da economia levou ao paroxismo o desmanche dos centros internos de decisão, deixando os Estados nacionais da região desarmados para enfrentar uma situação particularmente adversa. A revitalização do agronegócio e do extrativismo mineral como principais frentes de acumulação de capital potencializou a devastação ambiental. O acirramento do conflito social decretou a falência dos governos de conciliação de classe, evidenciando a necessidade de um padrão de dominação burguês à altura das barbaridades exigidas pelos imperativos do capital –rebaixamento substancial do nível tradicional de vida dos trabalhadores; esvaziamento progressivo da soberania nacional, intensificação da devastação ambiental e ataque implacável às liberdades democráticas. É nesse caldo de cultura que se gestam a forma e o conteúdo da nova direita.

O impacto do novo contexto histórico sobre os países latino-americanos é determinado pelas estruturas internas e pelas particularidades da luta de classes em cada sociedade nacional. Qualquer que seja a situação específica, a inflexão do crescimento econômico reduz o espaço de acomodação dos antagonismos sociais pela expansão da renda, do emprego e das políticas públicas, obrigando o Estado a exacerbar a repressão contra as classes subalternas. Em cada país, o ataque à democracia assume características próprias, mas em todos eles se assiste a guerra aberta aos pobres como forma de militarização da ordem pública; a criminalização dos movimentos sociais como meio de intimidação do protesto social; a cruzada moralista como expediente de desmoralização da política; a crescente judicialização da política como recurso autoritário para esvaziar a soberania popular; e a ofensiva ideológica liberal e anticomunista como estratégia para naturalizar o *status quo*.

Neste artigo, apresentaremos alguns elementos para a compreensão do caso brasileiro. Na próxima seção, II, apresentaremos o contexto que explica a exaustão do ciclo progressista capitaneado por Lula e o processo que culminou com a deposição da presidente Dilma. Na seção III, criticaremos as narrativas do *impeachment*, destacando seus condicionantes estruturais. Na seguinte, caracterizaremos a dinâmica que rege a crise terminal da Nova República. Na seção IV, faremos um balanço dos primeiros movimentos do governo Bolsonaro. Por fim, na conclusão, a título de contribuição ao debate sobre o que fazer diante do novo marco histórico, esboçaremos, ainda que muito brevemente, os desafios que devem ser enfrentados pela nova esquerda

A exaustão do lulismo e a deposição de Dilma

Encerrando um período de relativa estabilidade social, econômica e política, iniciado em 2003 com a chegada de Lula à presidência da República e consolidado em 2005 com a recuperação do crescimento, a sociedade brasileira assistiu, a partir de 2013, ao crescente aumento da efervescência social; à inflexão do ciclo de expansão dos negócios que havia propiciado um modesto dinamismo econômico, após décadas de marasmo; e à acelerada decomposição do pacto político que havia viabilizado a transição negociada do regime militar para o Estado de Direito. Desde então, o fim da letargia social, o espectro de uma estagnação de longa duração e a exacerbação da instabilidade política acirraram a luta de classes.

O temor de que a crescente onda de inquietação social fugisse de controle e abrisse brechas para a emergência das classes subalternas no cenário histórico, como ocorreu na surpreendente rebelião urbana de 2013, alarmou as classes dominantes. O risco de uma insubordinação dos pobres tornou-se uma preocupação prioritária dos donos do poder. As concessões feitas às classes subalternas teriam ultrapassado o limite do razoável, colocando na ordem do dia a

urgência de conter o ímpeto das reivindicações sociais e cortar pela raiz o processo de ascensão das massas. Atiçados pelos grandes veículos de comunicação de massa, com a luz verde da grande burguesia, os bem de vida partiram para a ofensiva avassaladora sobre tudo que representa conquistas civilizatórias do povo brasileiro.

O novo contexto histórico aguçou a guerra fratricida entre as alas esquerda e direita do *establishment*. Na ausência de discrepâncias substantivas entre os projetos políticos –posto estarem ambos perfeitamente enquadrados nos parâmetros mais gerais do neoliberalismo–, a luta entre as diferentes facções que compõem o partido da ordem pelo controle do Estado assumiu a forma de uma acirrada disputa para definir quem seria o operador político mais credenciado para administrar o ajuste do Brasil às novas exigências do capital em tempos de crise. Para além das paixões cegas que alimentam falsos antagonismos, a diferenciação entre as duas facções que polarizam a disputa política –a esquerda polarizada em torno do PT e a direita reunida originalmente em torno do PSDB– girou em torno da forma de combinar “cooptação” e “força bruta” como mecanismos de dominação das classes subalternas.

Na guerra para decidir quem ficaria no comando do Estado, a primeira batalha foi vencida pela ala moderada do partido da ordem, com a reeleição de Dilma Rousseff para a presidência da República em 2014. Foi uma vitória de Pirro. Ao adotar o programa econômico de seu adversário, Dilma isolou-se de sua base social e abriu caminho para uma contraofensiva reacionária. De tanto ceder à chantagem do mercado e da fisiologia, a presidente acabou comprometendo seu próprio lugar na coalizão liberal-fisiológica. O vazio político gerado pelo esvaziamento de sua autoridade foi ocupado por vice-presidente Michel Temer. Antes que Dilma tivesse completado quinze meses de seu segundo mandato, sua base de sustentação parlamentar deslocou-se ainda mais para a direita e o governo ruiu. O Supremo Tribunal Federal abençoou o processo. A democracia de baixíssima intensidade revelava-se ampla demais para as exigências da situação.

A burguesia teve de recorrer a uma forma de governo abertamente espúria.

A queda de Dilma foi assimilada pelo conjunto da sociedade sem comoção. Para além de ações isoladas de alguns movimentos sociais, a maioria da população permaneceu apática aos eventos que agitavam Brasília. Um desavisado que chegasse ao país sequer perceberia que a chefe de Estado acabava de ser deposta. A docilidade do PT foi surpreendente. Não houve nem um esboço de resistência. Entre os dirigentes e parlamentares do PT, a energia dedicada à batalha pela narrativa do golpe foi superior ao esforço de evita-lo. No momento decisivo, Lula fingiu-se de morto, mais preocupado em negociar sua própria sorte com os futuros donos do poder do que em confrontá-los. Dilma deixou o Planalto de maneira protocolar. Poucos dias após a deposição da presidente, a presença de parlamentares do PT, expoentes da batalha contra o *impeachment*, confraternizando com parlamentares da tropa de choque dos golpistas, na festa Junina oferecida pela exministra recém-deposta, Kátia Abreu, revelava a promiscuidade e a leviandade dos atores do drama.

O afastamento da presidente encerrou melancolicamente treze anos de ilusão de que a esperança venceria o medo. O sonho de que um governo de conciliação de classes seria capaz de criar um Brasil para todos terminou em pesadelo. Os ventos fortes que levaram Lula ao poder no início dos anos 2000 não foram aproveitados para romper o círculo de ferro do capitalismo dependente. O melhorismo petista não questionou as estruturas responsáveis pela perpetuação do *status quo*. Os nexos inextricáveis entre negócios, segregação social e dependência externa permaneceram incólumes, e as mazelas do subdesenvolvimento reapareceram com força redobrada. Da noite para o dia, o sentimento triunfalista de que o Brasil caminhava para o desenvolvimento sustentável deu lugar à sensação generalizada de que, na verdade, o país afunda no descabro.

Em nome da ordem e do progresso, os aventureiros que assumiram o poder, sem nenhuma legitimidade para radicalizar uma política que havia sido rejeitada nas urnas, partiram com voracidade

contra os direitos dos trabalhadores, as políticas sociais e a soberania nacional. Os ministérios econômicos foram entregues à sanha do mercado, e os demais, aos apetites da fisiologia. A altíssima coincidência de nomes-chaves entre os próceres que compõem o ministério de Temer e os que fizeram parte das administrações petistas evidencia que o novo governo não é a negação do anterior, mas sua metástase. Um é consequência do outro. Ao dar as costas a seus eleitores, Dilma abriu a Caixa de Pandora e liberou as taras do capital. Ao levar ao paroxismo a terceirização do governo em favor do PMDB, o PT tornou-se supérfluo. Tornando-se mera peça decorativa, Dilma perdeu a credencial para permanecer no Planalto. A radicalização do ajuste neoliberal requeria a ação de um Estado de Exceção abertamente autocrático.

Para além das bravatas para consolar militantes frustrados, a decisão de manter as alianças políticas e eleitorais (em âmbito estadual e municipal) nas eleições de 2016 e, posteriormente, na de 2018, com os partidos golpistas evidenciou a plasticidade e desfaçatez com que o PT aceitou a nova realidade. O compromisso de fazer uma “oposição responsável”, comprometida com a “racionalidade econômica” e com o “respeito às instituições”, reitera a identidade do PT com os imperativos do capital. Ao sancionar a violência institucional de que foi vítima, reconhecendo-a como um fato consumado que, por mais paradoxal que seja, faz parte das regras do jogo, o PT acatou os parâmetros democráticos ainda mais rebaixados de um Estado de exceção que não hesitará em apelar para novas violências e fazer o que for necessário para garantir a estabilização da economia e a pacificação da nação. Incorporando definitivamente o espírito de seus algozes, Dilma caiu enaltecendo o regime de austeridade fiscal e fazendo juras de fidelidade às exigências do mercado. No período preliminar de afastamento do Planalto, enquanto esperava o veredicto definitivo do Senado Federal, num esforço desesperado para voltar ao poder, chegou a se comprometer com a manutenção de Henrique Meirelles no Ministério da Fazenda, o avalista do choque neoliberal ortodoxo.

O PT encerrou seu ciclo no poder central rendido ao pragmatismo do fim da história e de tudo que daí decorre. Em plena recessão, a patética reiteração do princípio liberal do equilíbrio fiscal como cláusula pétrea de um governo responsável legitimou o processo de criminalização de toda e qualquer gestão econômica que não se coadune com os ideais da doutrina neoliberal –o discurso ideológico que, por ironia do destino, fundamentou a farsa institucional que justificou a deposição de Dilma. Na oposição, o partido de Lula comporta-se invariavelmente como o complemento necessário e funcional da situação. Cabe-lhe um duplo papel: evitar a qualquer custo o aparecimento de forças políticas que possam se credenciar como alternativas antissistêmicas e servir como reserva política estratégica na eventualidade de um agravamento da crise nacional exija a volta do grande líder como forma de apaziguar as massas exaltadas. Para tanto, o partido teve apenas que adaptar sua estratégia política –impostura à esquerda e usurpação à direita– às novas circunstâncias da vida nacional.

As narrativas da crise

As narrativas que racionalizam a posição dos antagonistas engalfinhados na disputa que levou à deposição de Dilma em nada contribuem para a compreensão das graves contradições que condicionam a vida nacional.

Os que atribuem a crise econômica brasileira a desequilíbrios fiscais, supostamente provocados por créditos suplementares tachados de “pedaladas fiscais”, como propõe o simplório discurso dos liberais ecoado dia e noite nos meios de comunicação, ignoram que a crise fiscal não é causa, mas efeito da crise econômica. A justificativa da deposição de Dilma como passo necessário para a solução da crise econômica e recuperação do crescimento ignora que a austeridade fiscal diminui a demanda agregada e, em consequência, reforça a tendência recessiva que deprime as expectativas de investimento

dos empresários. A alegação de que os créditos suplementares –as “pedaladas fiscais”– caracterizariam crime de responsabilidade desconsidera que a prática é corriqueira na administração pública brasileira, generalizada em todas as esferas de governo, e não é tipificada na Constituição como motivo para a deposição de uma autoridade eleita.

O discurso moralista que imputa a corrupção generalizada ao aparelhamento do Estado pelo PT omite que Lula e Dilma apenas sancionaram a promiscuidade entre o público e o privado de seus antecessores. A corrupção sistêmica é uma característica inerente ao Estado brasileiro, permeia todos os poros da administração pública e envolve todos os partidos da ordem. O enaltecimento dos promotores federais que conduzem a operação Lava Jato e do Juiz Sérgio Moro como figuras acima do bem e do mal, comprometidas com o saneamento da política nacional, omite o fato gritante de que o rigor com os malfeitos do PT é proporcional à condescendência com os malfeitos de seus opositores. Na melhor tradição da justiça brasileira, a República de Curitiba opera segundo a norma “para os amigos tudo, para os inimigos, a lei”. Os que esperam uma solução jurídica para a grave crise ética que assola a nação fazem lembrar as aventuras fantásticas do Barão de Münchhausen, que se salvou do pântano onde afundava puxando-se pelos cabelos. A corrupção faz parte da regra do jogo e o poder judiciário não está acima da Lei. Problemas políticos, relacionados com a forma de organização do poder, só podem ser resolvidos com decisões políticas. Sem a corrupção sistêmica, a dominação burguesa entra em colapso.

Em contrapartida, os que reduzem a crise política a uma crise de governabilidade, provocada pela falta de escrúpulos de uma oposição golpista que, numa conjuntura econômica delicada, apostou todas as fichas no “quanto pior melhor”, como repete a ladainha petista, escondem o fato notório de que o governo Dilma caiu porque foi incapaz de administrar suas próprias contradições. Ao subordinar a razão de Estado aos imperativos do grande capital, o governo petista ficou sujeito à desestabilização assim que sua estrita funcionalidade

ao mercado ficou comprometida. Ao vincular sua base de sustentação parlamentar ao que há de mais corrupto e fisiológico na política brasileira, Dilma ficou sujeita à fuga das ratazanas assim que o barco começasse a fazer água. Ao manter intacto o monopólio dos grandes meios de comunicação, na ingênua suposição de que a docilidade com os maganos da mídia teria como contrapartida sua relativa neutralidade na guerra pelo poder, a presidente ficou completamente desarmada para impedir sua execração pública. Por fim, e, sobretudo, ao negar a organização independente dos trabalhadores como força motriz das transformações sociais, o PT fomentou a fragmentação e o desalento das massas, comprometendo a mobilização da única força social potencialmente capaz de enfrentar uma conspiração urdida nas altas esferas do poder.

A narrativa de que a presidenta foi vítima de um “golpe” não é falsa, mas omite o fato de que o primeiro golpe – o estelionato eleitoral – foi cometido pela própria Dilma ao jurar na campanha eleitoral que não faria o ajuste fiscal “nem que a vaca tossisse”. Denunciar o segundo golpe, ocultando o primeiro, deixa na penumbra o fato de que a verdadeira vítima dos atentados contra a democracia é a classe trabalhadora, que votou de maneira inequívoca contra o ajuste neoliberal. Na conspiração contra os direitos dos trabalhadores, Dilma e Temer são cúmplices, pois o segundo golpe apenas arrematou o primeiro. Mais ainda, sem a devida ponderação sobre o caráter restrito da democracia brasileira, a denúncia do golpe parlamentar como um atentado à democracia não permite perceber a essência da crise que abala o sistema representativo: a impermeabilidade do Estado brasileiro às demandas populares. Supervalorizar os aspectos formais da democracia brasileira sem a devida explicitação sobre seu conteúdo real é uma forma capciosa de esconder os atentados perpetrados pelo PT contra a classe trabalhadora e manter o debate político hermeticamente enquadrado na lógica fechada do cretinismo parlamentar.

Postas em perspectiva histórica, a derrocada do governo do PT e a ascensão da República dos Delinquentes devem ser vistas como um

capítulo da severa crise econômica e política que abala a vida nacional. Antes de constituírem dificuldades conjunturais, que poderiam ser resolvidas num curto espaço de tempo com a substituição de administradores inoperantes e a adoção de medidas técnicas e institucionais, os problemas brasileiros refletem contradições estruturais, complexamente determinadas por forças externas e internas à sociedade nacional.

A perspectiva de um cenário econômico de grande instabilidade, que coloca no horizonte a possibilidade de uma estagnação de longa duração, resulta fundamentalmente da absoluta impotência do Brasil para defender-se dos efeitos devastadores da crise que paralisa a economia mundial. Após décadas de crescente exposição à fúria da concorrência global, a economia brasileira perdeu os elos estratégicos de seu sistema industrial e comprometeu a eficácia de seus centros internos de decisão, ficando sem meios objetivos e subjetivos para colocar em prática uma política econômica capaz de defender os interesses nacionais. Sem mecanismos endógenos de expansão da demanda agregada, a mola propulsora do crescimento passou a depender de fatores exógenos à economia nacional. Nessas condições, enquanto o comércio internacional permanecer deprimido, não haverá como recuperar de maneira sustentável o processo de geração de renda e emprego. Ao relegar o Brasil a uma posição ainda mais rebaixada na divisão internacional do trabalho, a “integração profunda”, comandada pelos Estados Unidos, deve agravar a dependência comercial do país em relação à expansão da demanda de produtos agrícolas e minerais no mercado internacional.

A expectativa de uma crescente instabilidade política é determinada pela crise estrutural que abala o sistema de representação. Ao evidenciar a presença de um gigantesco mal-estar social, a intensificação da luta de classes coloca em questão a funcionalidade do pacto de poder que viabilizou a transição lenta, segura e gradual do regime militar para a democracia de baixa intensidade da Nova República. O caráter estrutural da crise política fica patente na total incompatibilidade entre os princípios que fundamentaram a Constituição de

1988 –a conquista de direitos da cidadania, a ampliação das políticas públicas e a afirmação da soberania nacional– e as diretrizes que orientaram a ofensiva neoliberal iniciada por Collor, consolidada por Fernando Henrique Cardoso e continuada por Lula e Dilma –a investida do capital contra os direitos dos trabalhadores, o ataque do rentismo sobre os fundos públicos e o avanço do mercado sobre o Estado. As Jornadas de Junho de 2013 acirraram as contradições. Os jovens foram às ruas para exigir o cumprimento da Constituição. No entanto, os imperativos do capital em tempo de crise apontam em direção contrária. O caráter irreconciliável das vontades políticas que polarizam a luta de classes não deixa margem para acomodação. A acelerada decomposição do governo Dilma e o caráter espúrio de seu sucessor expressam o antagonismo irreparável entre vontades políticas inconciliáveis: a exigida nas ruas e nas urnas e a exigida pelo chamado mercado, manifestada nos ultimatos das agências internacionais de avaliação de risco e na ladainha neoliberal martelada dia e noite nos grandes meios de comunicação. Enquanto tal antagonismo não for resolvido, de uma forma ou de outra, não haverá a menor possibilidade de que o Brasil possa vivenciar um novo ciclo de expansão e paz social.

Dentro dos parâmetros da ordem global, a solução para a crise brasileira passa pela reciclagem do padrão de acumulação liberal–periférico e pela recomposição do padrão de dominação autocrático-burguês.

Nos marcos do liberalismo, as crises econômicas são enfrentadas invariavelmente com um aprofundamento das reformas liberais. O fundamental é ajustar a economia e a sociedade aos novos imperativos do padrão de concorrência global ditado pelo grande capital. No curto prazo, o ajuste colocará a necessidade de recompor a taxa de lucro do capital e abrir novos negócios para os capitais excedentes, com políticas de arrocho salarial, cortes de gasto público, diminuição da carga tributária sobre as empresas, recomposição do rentismo lastreado em dívida pública, ampliação da privatização e aprofundamento do processo de liberalização. No longo prazo, o ajuste

consistirá em adequar a economia brasileira à sua nova posição na divisão internacional do trabalho, pondo no horizonte a necessidade de aumentar o grau de especialização das forças produtivas, reduzir a soberania do Estado nacional e rebaixar o nível tradicional de vida dos trabalhadores, adaptando-o à condição mais precária de uma economia primário-exportadora. Entre o curto e o longo prazo, a sociedade ficará no limbo, sujeita à temporalidade abstrata do capital monopolista em tempos de crise, cuja essência consiste no tempo necessário para a destruição do excedente absoluto de capital que emperra a retomada do processo de acumulação. Em outras palavras, no médio prazo, a economia ficará sujeita à estagnação por tempo indeterminado. Ao acelerar e aprofundar o processo de reversão neocolonial, o projeto do grande capital coloca no horizonte a transformação definitiva do Brasil em uma megafeitoria moderna.

À ofensiva do capital sobre o trabalho no plano econômico corresponde ofensiva simétrica no plano político. A fim de harmonizar os interesses da burguesia brasileira com os do capital internacional, as classes dominantes terão de aprofundar a liberalização e a internacionalização da economia, esvaziando ainda mais a soberania nacional. O novo padrão de satelitização deve obedecer às diretrizes dos acordos bilaterais de livre comércio, impulsionados pelos Estados Unidos. Com a finalidade de evitar a rebeldia das massas e perpetuar a passividade das classes dominadas, o novo padrão de dominação deverá aprofundar o Estado de Exceção, intensificando o processo de criminalização das lutas sociais e políticas. O sentido mais geral desse movimento já foi dado pela política antiterrorista aprovada por Dilma Rousseff nos estertores de seu governo. Por fim, para dotar a economia brasileira de um mínimo de estabilidade, protegendo-a das instabilidades provocadas pela concorrência global, sobretudo de seus efeitos catastróficos sobre os agentes econômicos mais débeis, a relação entre os setores modernos e atrasados que compõem o parque produtivo nacional terá de ser redefinida. Os setores modernos de alta produtividade expostos à concorrência global serão regidos pelos padrões formais estabelecidos pelos acordos

internacionais, enquanto os setores anacrônicos de baixa produtividade, associados ao fornecimento das grandes empresas exportadoras e ao atendimento do mercado interno protegido da concorrência de importados, serão relegados à crescente informalidade.

Crise terminal da Nova República

A grave crise política que polariza a luta de classes expressa a exaustão da democracia de cooptação, cristalizada na transição da ditadura militar para o Estado de direito. Enquanto o crescimento da economia alimentou a expectativa de melhoria social, as terríveis contradições de uma sociedade cindida entre ricos e pobres foram ignoradas e empurradas para frente. A esperança de dias melhores funcionava como um apaziguador da luta de classes. Entretanto, assim que a expansão econômica cessou, vieram à tona os gigantescos antagonismos de uma sociedade subdesenvolvida e dependente que não resolveu nenhum de seus problemas históricos.

As contradições latentes na acanhada democracia da Nova República tornaram-se antagonismos abertos nas Jornadas de Junho de 2013. Frustrados com o mesquinho “melhorismo” dos governos petistas, os jovens que tomaram as ruas cobraram dos governantes as promessas vazias da Constituição de 1988. Posta contra a parede por um estado de mal-estar social que corria o risco de fugir do controle e premida pela necessidade de dar uma resposta à crise econômica, a burguesia assumiu plenamente e sem rodeios seu caráter autocrático e antissocial e partiu para a ofensiva contra os trabalhadores.

Para as classes subalternas, a deficiência da Nova República manifesta-se no caráter impermeável do Estado brasileiro às demandas democratizantes da população. A convicção de que “todos os políticos são iguais” decorre da constatação prática de que, no final das contas, os imperativos do capital sempre acabam prevalecendo. Para as classes dominantes, é o oposto. A crise política reflete a impossibilidade de conciliar as exigências dos negócios – “ordem e progresso” – com o

respeito às regras do jogo democrático. Os de cima enxergam as aspirações da classe trabalhadora como uma ameaça a seus privilégios e assumem sem disfarce seu caráter despótico. Os “remédios amargos” para tirar o país da crise exigem o atropelo de direitos adquiridos e a tutela dos trabalhadores. O interesse popular é assumido abertamente como um elemento espúrio que deve ser desconsiderado pelos homens de Estado. A democracia não pode colocar em risco a subordinação da razão de Estado à razão dos grandes negócios que impulsionam a acumulação capital.

Assim como a abolição da escravidão decretou a morte da Monarquia em 1889 e a crise da economia cafeeira em 1929 selou a sorte da República Velha, a crise terminal do processo de industrialização por substituição de importações, cuja pá de cal foi o ciclo neodesenvolvimentista de Lula e Dilma, destruiu as bases objetivas que davam sustentação à Nova República.

A resposta da burguesia à crise da democracia de baixa intensidade que substituiu a ditadura militar não pode ser dissociada da estratégia de especialização regressiva da economia brasileira na divisão internacional do trabalho como resposta à crise terminal do processo de industrialização. A guerra aberta contra os trabalhadores para impor condições ainda mais draconianas de exploração da força de trabalho requer uma compressão brutal do espaço de manifestação da vontade política das classes subalternas. Se os direitos trabalhistas não cabem nos cálculos de rentabilidade dos empresários e a política social não cabe no regime de austeridade imposto pela comunidade financeira, o padrão de dominação baseado na democracia de cooptação não cabe nos planos de ajuste econômico, que coloca no horizonte um padrão de acumulação característico de economias de tipo colonial, baseado na produção de *commodities* para o mercado internacional.

A solução reacionária para a crise econômica é simplesmente impossível sem a anomia política da classe trabalhadora. Para evitar qualquer possibilidade de uma solução que contemple os interesses do trabalho, a opinião pública é submetida à lavagem cerebral de que

os remédios amargos que compõem as “reformas” liberais constituem o único meio de tirar o país do atoleiro. Como o protesto social poderia furar o cerco da ignorância difundida pela grande mídia e dialogar diretamente com as massas, torna-se obrigatório criminalizar a luta social, estigmatizar a crítica e cercear a atuação dos partidos de esquerda.

Além de agir diretamente sobre a consciência da classe trabalhadora, o capital investe sistematicamente contra as migalhas democráticas existentes nos interstícios de uma estrutura de poder que, na realidade, há tempos já funciona como um verdadeiro Estado de Exceção. Na concepção de uma burguesia que não superou o espírito arbitrário do senhor de escravo, os direitos adquiridos dos trabalhadores não podem se sobrepor aos imperativos dos negócios. Uma vez que os ataques aos direitos trabalhistas e às políticas sociais jamais passariam pelo crivo do voto popular, torna-se necessário desmoralizar as instituições que expressam –mesmo que muito precariamente– a vontade do cidadão.

O ataque à Nova República assumiu a forma de uma cruzada moralista contra a corrupção. As investigações judiciais comprovaram o que todos sabiam. A corrupção é um elemento estrutural do padrão de acumulação e dominação do capitalismo brasileiro. As delações dos altos executivos do capital são didáticas. O capital é o elo dominante da relação criminoso. Os partidos são comprados pelos empresários. Os políticos funcionam como despachantes de interesses privados nos aparelhos de Estado.

A radiografia das relações promíscuas da política com o capital feita pelo poder judiciário e sua espetacularização pelos grandes meios de comunicação trucidaram o sistema político e todas as suas instituições. Paradoxalmente, as causas profundas da corrupção –a absoluta preponderância dos imperativos dos negócios na vida nacional– em nenhum momento foram colocadas em questão. Muito pelo contrário.

Os paladinos da moralização –Janot, Moro, Dallagnol e Fachin– não vão à raiz do problema. O problema da corrupção é reduzido a

uma questão moral de foro individual e circunscritas a casos específicos. As investigações são seletivas. O sistema financeiro é blindado de qualquer investigação, mesmo sendo evidente que é impossível a lavagem de magnitudes amazônicas de dinheiro sujo sem a sua cumplicidade. A ramificação da rede criminosa no sistema judiciário e na grande mídia é negligenciada. O capital estrangeiro não é sequer investigado. Os acordos de leniência deixam as empresas livres para continuar saqueando os cofres públicos e pilhando o país. No final, sob a aparência de uma faxina geral, permanece tudo como dantes. A engrenagem do roubo não é abalada. As relações promíscuas entre o grande capital e o Estado permanecem incólumes. A operação “Fora Todos” apenas prepara o caminho para uma “modernização” dos esquemas de intermediação ilícita dos interesses do capital nos aparelhos de Estado, adaptando-os às exigências do novo padrão de acumulação.

Os limites pouco republicanos da investida contra a corrupção revelam que o verdadeiro objetivo da operação “Fora Todos” não é moralizar a vida pública, mas aumentar ainda mais a submissão do Estado aos interesses dos grandes negócios. Ao se explicitar que por trás de cada representante do povo existe invariavelmente o patrocínio de uma grande empresa, avilta-se a relação de confiança entre os eleitores e seus representantes. Desmoralizados perante seus constituintes, os políticos perdem toda autonomia para mediar o conflito entre o interesse privado e o interesse público. Acuados pela ofensiva avassaladora da campanha midiática contra a política, abraçam, sem qualquer contraponto, a agenda de desmonte das conquistas trabalhistas e democráticas que estabeleciam um patamar mínimo de civilidade à sociedade brasileira.

Ao assumir sem disfarce o conteúdo de classe do Estado, a burguesia afirma sua ditadura implacável sobre a sociedade. A banalização do debate público, a criminalização dos movimentos sociais e a destruição do sistema político esvaziam a democracia de qualquer conteúdo popular. Hermeticamente fechado aos de baixo, o circuito político apresenta-se como o que é: um condomínio exclusivo da

plutocracia destituído de qualquer verniz democrático. A soberania popular fica ainda mais comprimida, deixando a sociedade a um fio da autocracia explícita.

A falta de uma alternativa imediata para substituir as estruturas carcomidas da Nova República não permite vislumbrar um rápido desfecho para a crise política. Mesmo que historicamente condenada, o mais provável é que sua agonia seja lenta, arrastando-se por tempo indefinido. Afinal, não se deve subestimar a capacidade de resistência da coalizão que une pemedebistas, tucanos e petistas em torno do interesse comum em viabilizar a anistia da corrupção e evitar instabilidades políticas que possam acirrar a luta de classes, nem tampouco seu compromisso estratégico com a ordem global e, em consequência, sua docilidade diante das imposições do ajuste neoliberal. O estado de crise permanente que caracteriza a moribunda Nova República não deixa de ser, assim, altamente funcional ao capital.

A aventura tirânica de Bolsonaro

Assustada com a possibilidade de que a volta de Lula ao Planalto pudesse arrefecer o ajuste ortodoxo exigido pelo capital internacional e dar uma sobrevida à democracia de cooptação, a burguesia brasileira jogou-se abertamente na aventura autoritária e, sem medir as consequências de partir para o confronto aberto com as classes subalternas, convocou um capitão de mato para pôr ordem na senzala. A escolha de uma candidatura que se apresentava abertamente como alternativa antissistêmica manifestou o inequívoco repúdio dos eleitores aos partidos da ordem –PSDB, MDB e PT à frente. A vitória do candidato da extrema direita, Jair Bolsonaro, com um programa que defende abertamente a violência política como solução para os problemas nacionais, marcou a falência definitiva da Nova República. A contrarrevolução vitoriosa em abril de 1964 voltou a assumir formas

abertamente ditatoriais, cuja expressão concreta –ditadura civil ou abertamente militar– ainda não está definida.

Os primeiros passos do governo Bolsonaro revelam que as ameaças retrógradas e autoritárias do ex-capitão não eram bravatas de campanha para explorar as frustrações de uma população fatigada, mas sim anúncios de uma intenção real de retirar direitos trabalhistas, destruir políticas sociais, atacar negros, mulheres, indígenas, LGBTs, cercear o pensamento crítico e a livre expressão artística, eliminar as poucas restrições à depredação do meio ambiente, e, na contramão da retórica pseudonacionalista esboçada timidamente durante a campanha eleitoral, liquidar a identidade nacional e franquear o espaço econômico brasileiro à sanha do capital internacional, entregando a soberania nacional ao arbítrio do imperialismo norte-americano.

Não obstante a genuína disposição de atacar tudo que represente conquistas civilizatórias do povo brasileiro, os aventureiros que chegaram ao Planalto, apesar da falta de disposição de luta das forças de oposição dentro da ordem, têm enfrentado grandes dificuldades para transformar seus delírios distópicos em realidade. A distância entre o terrorismo retórico e as ações práticas explica-se fundamentalmente pela enorme dificuldade encontrada pelo novo governo para lidar com as contradições da realidade.

Os obstáculos mais visíveis são o gigantesco despreparo e a assustadora incompetência de seus quadros dirigentes, começando pelo próprio presidente. O primitivismo, a inépcia e a falta de postura de Bolsonaro expuseram sua brutal limitação intelectual, política, retórica e moral para o exercício do cargo para o qual foi eleito. Os escândalos que envolvem diretamente seu filho mais velho e seu partido com gravíssimas denúncias de desvio de dinheiro público, financiamento ilegal de campanha, enriquecimento ilícito e envolvimento com grupos milicianos desmoralizaram toda e qualquer ilusão em relação à idoneidade dos novos governantes. A guerra sem quartel entre as diferentes facções que compõem governo, dividido entre grupos de extrema direita, seitas evangélicas, militares,

políticos fisiológicos e empresários, evidenciou a absoluta inépcia de Bolsonaro para dar um mínimo de coerência, solidez e efetividade às ações do Estado.

A dificuldade do governo Bolsonaro de transformar a teoria em prática também esbarra em problemas institucionais. O abismo existente entre as aspirações totalitárias dos novos governantes e suas possibilidades concretas fica evidente, entre tantas outras, no constrangedor recuo do Ministro da Educação, nos primeiros dias do governo, por ordem da Justiça Federal, na determinação de que os estudantes secundaristas cantassem o hino nacional e repetissem o slogan da campanha de Bolsonaro –“Brasil acima de tudo. Deus acima de todos”–, ato que seria gravado e enviado semanalmente para conferência das autoridades. Enquanto a Constituição de 1988 não for revogada, de uma maneira ou de outra, ela terá de ser respeitada. Logo nos primeiros meses de governo, a contradição irreduzível entre as aspirações tirânicas do ex-capitão e o marco institucional vigente veio à tona na forma de um conflito aberto com o presidente da Câmara dos Deputados em torno da forma de encaminhamento da Reforma da Previdência. Ao contrapor de maneira direta a chamada “Nova Política” –a imposição da vontade do mercado sem mediação política alguma– à “Velha Política” –o encaminhamento dos imperativos do mercado mediado pelo toma lá dá cá da fisiologia parlamentar– Bolsonaro reiterou sua aposta na negação da política como panaceia para os problemas nacionais. No entanto, enquanto o Congresso Nacional não for formalmente fechado, não se governa sem apoio parlamentar.

Por fim, o governo Bolsonaro terá que passar pelo crivo da luta de classes. O caráter extraordinariamente regressivo da política econômica e o voluntarismo descolado da realidade tendem a desfavorecê-lo. Os efeitos recessivos do corte nos gastos públicos sobre o nível de atividade econômica, a concorrência predatória de produtos importados provocada pela maior abertura comercial e o impacto devastador do corte de benefícios sociais sobre os pequenos negócios das cidades do interior, sobretudo nas regiões mais pobres, são alguns

exemplos que mostram as dificuldades para unificar o apoio da burguesia e resolver o flagelo do desemprego. Se o crescimento econômico não for recuperado, criando condições para a acomodação dos diferentes interesses sociais, possibilidade que não se inscreve no horizonte imediato, os apoios a Bolsonaro podem evaporar.

A lealdade da burguesia brasileira com Bolsonaro é precária, volátil e pragmática. Se não houver uma recuperação do comércio internacional, as contradições entre os interesses dos capitais vinculados ao comércio internacional e à especulação financeira – e os negócios que dependem da expansão do mercado interno – entre os quais milhares de pequenas e médias empresas – podem corroer rapidamente a boa vontade dos donos do poder com o capitão do mato escalado para defender os interesses da plutocracia. A escalada de ácidas críticas a Bolsonaro nos grandes meios de comunicação – a voz oficial da burguesia brasileira – é sintomática de que o apoio da burguesia aos novos governantes está longe de estar consolidado.

Sem se intimidar com as ameaças de violência política vociferadas pelo presidente, a ofensiva contra os direitos dos trabalhadores tem encontrado forte resistência popular. O carnaval de 2019 foi uma catarse contra a ignorância reacionária de Bolsonaro. Em defesa da educação pública e da Previdência Social, estudantes e trabalhadores têm protagonizado greves nacionais e manifestações multitudinárias. O apoio da população a Bolsonaro não é incondicional. Se as promessas de aumento do emprego e diminuição da violência urbana não se cumprirem, a popularidade do presidente tende a evaporar e será difícil conter o avanço dos protestos sociais.

A extraordinária capacidade dos novos governantes de criar conflitos e provocar antagonismos tende a agravar suas dificuldades. Em menos de três meses, Bolsonaro conseguiu se indispor abertamente com um amplo leque de setores, entre eles sindicatos, igreja católica, movimentos sociais, feministas, comunidade científica, professores universitários, jornalistas, artistas, ambientalistas, movimentos negro, indígena e LGBT e até mesmo, para espanto geral, com parcelas de sua própria base de apoio, entre outros, setores evangélicos,

establishment militar, empresários, etc. Falta de resposta efetiva da burguesia à crise dantesca que abala a vida nacional configura uma conjuntura de grande instabilidade econômica, social e política.

A ausência de bases institucionais, sociais e políticas para transformar as intenções tirânicas de Bolsonaro em realidade não significa necessariamente uma derrota do consenso burguês de uma solução autoritária para a crise política. Polarizada entre caudilhos decadentes –Lula e Ciro Gomes–, que apostam todas as fichas no fiasco de Bolsonaro e na reciclagem da política tradicional, as forças de oposição têm se demonstrado impotentes para oferecer uma alternativa à moribunda Nova República e ao ajuste neoliberal sem fim. Na ausência de alternativa democrática, construída de baixo para cima, mais dia menos dia, a burguesia encontrará uma forma política para consolidar sua resposta autocrática para a crise política.

O impasse histórico que ameaça a sociedade brasileira não tem solução à vista. O velho morre, mas o novo ainda não tem força para nascer. Sem resolver a crise política, não há solução para a crise econômica. E, sem uma ruptura radical com o ajuste neoliberal, não há como evitar o aprofundamento da barbárie. Na periferia brasileira, a crise estrutural do capital assume dimensões dantescas. O futuro é de grande instabilidade política, conflito social e turbulência política.

O desafio para a esquerda socialista

A solução dos trabalhadores para o impasse histórico em que o país se encontra passa por uma completa ruptura com o padrão de acumulação liberal-periférico e com o padrão de dominação autocrático que lhe corresponde. Daí a urgência de um grande debate sobre o projeto, o método e as formas de organização capazes de abrir novos horizontes para os trabalhadores. A questão torna-se ainda mais candente quando se leva em consideração o fato de que o programa que inspirou a luta da esquerda nas últimas décadas –a noção de que

seria capaz de domesticar gradualmente o capitalismo— permanece hegemônico.

A concepção de que existiriam condições objetivas e subjetivas para compatibilizar capitalismo, democracia e soberania nacional —a essência do programa democrático-popular— parte de supostos que simplesmente não se verificam na realidade. A superestimação do significado da industrialização pesada, que impulsionou o forte dinamismo da economia brasileira entre 1950 e 1980, levou à miragem de que existiria margem de manobra para combinar acumulação de capital, distribuição de renda e autonomia nacional.¹ As esperanças despertadas pela volta dos militares aos quartéis alimentaram a ilusão de que finalmente a sociedade brasileira teria criado condições subjetivas para a realização de reformas sociais que redundassem em expressiva melhoria nas condições de vida do conjunto da população. O retrospecto das últimas quatro décadas não deixa, entretanto, margem a dúvida. Imerso num processo de reversão neocolonial, o Estado brasileiro ficou completamente refém dos negócios do grande capital, perdendo, de uma vez por todas, a capacidade de fazer políticas públicas subordinadas aos imperativos da generalização de direitos universais e às necessidades ditadas pelos interesses estratégicos da nação.

Uma leitura equivocada da história induziu as forças de esquerda a uma brutal subestimação das dificuldades que seriam encontradas para superar as mazelas do capitalismo dependente. Para que a história não se repita como farsa, é preciso superar a teoria e a prática que levaram ao trágico naufrágio do PT. Enquanto os trabalhadores não se convencerem de que é impossível resolver os problemas fundamentais do povo sem uma ruptura radical com a ordem capitalista, a política permanecerá presa ao circuito fechado de escolhas

¹ A interpretação da autodeterminação do capitalismo brasileiro encontra-se elaborada nos trabalhos da chamada Escola de Campinas, principalmente em: Mello (1982); Belluzzo (1982/1983); Tavares (1974; 1978; 1981) Cardoso (1972), Sampaio JR. (1999).

binárias entre as alas esquerda e direita do neoliberalismo. Enquanto os trabalhadores não se persuadirem de que é impossível romper a ordem estabelecida sem questionar o caráter restrito da democracia, a luta de classes permanecerá enquadrada nos marcos de uma institucionalidade perversa que esteriliza o potencial revolucionário das terríveis contradições que brotam numa sociedade em acelerado processo de reversão neocolonial.

Para realizar seu desiderato, o capital tem um projeto político bem definido – o ajuste econômico; um método eficaz para implantá-lo – a terapia de choque que mobiliza a violência econômica e política como forma de submissão dos trabalhadores e usurpação da soberania nacional; e uma complexa organização política para executá-lo – o Estado de Exceção, como comitê executivo da burguesia. Para estar à altura dos desafios históricos, o polo trabalho precisa materializar sua vontade política em um projeto simples e bem definido que tenha como norte a busca da igualdade substantiva – direitos já; precisa definir uma estratégia de luta capaz de enfrentar a terapia de choque – a ocupação, a desobediência civil e a rebelião das massas como centros nevrálgicos da luta de classes; e precisa construir uma organização que unifique todas as organizações de trabalhadores comprometidas com a busca da igualdade substantiva em um grande movimento pela revolução brasileira.

Bibliografía

Mello, J.M. (1982). *O capitalismo tardio*. São Paulo: Brasiliense.

Belluzzo, L.G. (1982/1983). *Desenvolvimento Capitalista no Brasil*. 2 vol. São Paulo: Brasiliense.

Tavares, M.C. (1974). *Acumulação de capital e industrialização no Brasil*. Campinas: UNICAMP.

Tavares, M.C. (1978). *Ciclo e Crise*. Rio de Janeiro: FEA/UFRJ.

Tavares, M.C. (1981, enero-junio). Problemas de industrialización avanzada en capitalismo tardíos y periféricos. *Economía de América Latina. Revista de Información y Análisis de la Región*, (6), 21-42. México.

Cardoso, F. H. (1972). A interpretação do raio de manobra político das sociedades latino-americanas é sistematizada. Em *O modelo político brasileiro*. São Paulo: Difusão Européia do Livro.

Sampaio Junior, P.S.A. (1999). A crítica teórica à ideia de autodeterminação do capitalismo brasileiro está desenvolvida. Em *Entre a Nação e a Barbárie: os dilemas do capitalismo dependente* (pp.17-34). Petrópolis: Vozes.

La derecha argentina en su intento de dominación por vía electoral

*Julio C. Gambina**

El gobierno de Mauricio Macri, asumido el 10 de diciembre del 2015 y con mandato hasta el 10 de diciembre del 2019 es el primer intento por vía electoral de lograr consenso social con un proyecto deliberadamente de derecha. Los conceptos de izquierda y derecha pueden ser limitados para comprender la situación política de cualquier país, lo que es también válido para la República Argentina. Sin embargo, puede ser de utilidad didáctica su consideración. Con escasa rigurosidad diremos que quedan a la derecha del arco político las iniciativas políticas y propuestas programáticas que favorecen claramente al régimen del capital y fortalecen las posiciones económicas, sociales y culturales de las clases dominantes, expresión del capital concentrado y extranjerizado. Todo lo que obstaculice esa orientación queda definido a la izquierda. Es cierto también que existen categorizaciones que aluden al “centro”, categoría también difusa, que

* Doctor en Ciencias Sociales de la UBA, Argentina. Profesor Titular de Economía Política en la Universidad Nacional de Rosario, Argentina. Presidente alterno de la sociedad Latinoamericana y Caribeña de Economía Política y Pensamiento Crítico, SEPLA. Director del Instituto de Estudios y Formación de la Central de Trabajadores de la Argentina, CTA Autónoma. Presidente de la Fundación de Investigaciones Sociales y Políticas, FISYP.

a veces puede ser centro derecha y a veces centro izquierda. Insistiré que no son las mejores categorías, las de izquierda, derecha, o centro (izquierda o derecha), pero a los efectos de entender el proceso político en curso en la Argentina puede ser de utilidad el uso de estas difusas categorías. Preferiría aludir a proyectos políticos promotores del orden capitalista, con matices y diferencias en las alianzas que promueven y la radicalidad de sus medidas e instrumentos políticos e ideológicos; y en contrario, aludir a políticas anticapitalistas, también matizadas en función de la radicalidad en el enfoque para empujar procesos de transición desde el capitalismo hacia otras sociedades con un orden de las relaciones sociales de producción que no promuevan el régimen del capital. Prefiero en esta ocasión, ante el pedido concreto para este artículo, sobre cómo actúa la derecha en la Argentina, utilizar las difundidas categorías de izquierda y derecha, de uso cotidiano en el lenguaje político habitual.

Hechas esas salvedades, volvamos al tema del primer intento de la derecha explícita para formar gobierno en Argentina con consenso electoral, que es lo que define al Gobierno de Mauricio Macri entre 2015 y 2019. ¿Es el primer gobierno de derecha por vía electoral? La respuesta podría ser negativa, en principio. El asunto es que los gobiernos peronistas de Menem, o liderados por los radicales con De la Rúa, ambos en los 90 del siglo XX, fueron de derechas, pero impulsados por partidos políticos que siempre se visibilizaron, con matices, en el centro político. El peronismo está asociado a las políticas keynesianas y a su base obrera y popular en sus experiencias de gobierno entre 1945-1955 (primer peronismo), entre 1973-1976 (segundo peronismo) e incluso el periodo 1989-1999 (tercer peronismo). Este último estuvo precedido por una campaña electoral “productivista-distribucionista”, clásica del peronismo tradicional, que devino hacia la reelección en 1995 incorporando el rumbo identificado con las políticas hegemónicas denominadas neoliberales, pero sin abandonar su base social popular. El radicalismo está asociado al ascenso de las capas medias de la población a la política desde el primer gobierno constitucional de voto obligatorio (masculino) en 1916-1930, con tres

periodos asociados a la industrialización y extensión del mercado interno (1916-1922; 1922-1928; 1928-1930); algo que se reitera en los gobiernos de 1963-1966 y en 1983-1989, e incluso en 1999-2001, periodo en el que se asumen esencialmente las políticas neoliberales de arrastre del peronismo de Menem, pero sobre la base social electoral de apoyo en crítica al gobierno menemista.

Obviamente dejo de lado los gobiernos dictatoriales, claramente a la derecha del arco político, con sus propósitos históricos y reiterados desde el primer golpe de Estado de 1930 por restablecer el “orden”, que no es otra cosa que el orden del régimen del capital. Los golpes de Estado han sido siempre funcionales a las clases dominantes y a la promoción de los objetivos por la ganancia, la acumulación y la dominación capitalista. En rigor, los problemas políticos de la Argentina remiten a una historia constitucional, democrática, interrumpida por golpes dictatoriales, en donde no logró imponerse la lógica económica de dominación en la esfera de las instituciones elegidas por la vía electoral. Los procesos electorales desde la Ley Sáenz Peña (1912), de voto obligatorio masculino y luego generalizado en 1952 con el voto femenino, sin confrontar con el orden capitalista, han sido disruptivos respecto de las aspiraciones de máxima del poder económico hegemónico vinculado a la fracción de la burguesía terrateniente e industrial y al capital externo. Es cierto, que los sectores hegemónicos lograron posiciones de influencia y decisión en ámbitos de la administración de los gobiernos constitucionales, nacionales o provinciales, sean en el Banco Central, en algunos Ministerios, de economía, de cuestiones agrarias, de relaciones exteriores u otros, pero sin definir la totalidad del rumbo de esos gobiernos.

Los gobiernos de los golpes de Estado restituían el orden, o pretendían hacerlo, generando una dialéctica histórica de inestabilidad crónica entre el poder económico nunca afectado en esencia por gobiernos constitucionales, aun cuando a veces fueron afectados de manera limitada sus intereses, casos de las “nacionalizaciones de los depósitos” en el primero y segundo peronismo, o con la promoción de la industrialización sustitutiva sostenida desde la pequeña y

mediana empresa, alentada por gobiernos radicales y peronistas, con los matices correspondientes. Con el gobierno de Mauricio Macri es la primera vez que se intentaba por vía electoral un gobierno explícitamente alineado con el poder económico. Es cierto que necesitó de la alianza del radicalismo, en tanto estructura nacional desplegada en todo el territorio nacional, para hacer realidad el proyecto, pero fueron muchas las voces del radicalismo que se quejaron durante la gestión de gobierno en estos años con relación que lo principal del rumbo de la gestión estuvo en el PRO, el partido del presidente Mauricio Macri.

Premisas para un gobierno de la derecha

Son variadas las motivaciones culturales, políticas y económicas para pensar el porqué de esta primera experiencia de gobierno de la derecha en la Argentina, insistimos, con propuesta programática consensuada por vía electoral.

Una primera razón debe buscarse en los cambios en la subjetividad social gestada desde la irrupción de las políticas hegemónicas surgidas con la crisis de los años 60-70, no solo en la Argentina. El primer neoliberalismo surge en Sudamérica de la mano de las dictaduras en el Cono Sur. Milton Friedman y la Escuela de Chicago se constituyen en el emblema ideológico a enarbolar desde las políticas públicas que irán ganando consenso cultural en la mayoría de la sociedad. Puede pensarse en una subjetividad neoliberal crecientemente instalada en una parte mayoritaria de la sociedad. Aludo al “sálvese quien pueda”, lógica del individualismo promovido por el liberalismo desde el origen. La búsqueda de la satisfacción de “mis” objetivos induce la de la sociedad en su conjunto, es el mandato del liberalismo recreado bajo las condiciones del “neo”. Ese programa originario del monetarismo ortodoxo de la Escuela de Chicago se consolidará con las políticas difundidas en los años 90 del siglo pasado desde el Consenso de Washington, sustentados por los organismos

internacionales con sede en esa ciudad estadounidense y asumidos por los gobiernos de la región por ese tiempo. La ideología de la liberalización ha sido construida por más de cuatro décadas, desde la violencia del terrorismo de Estado y la mediación e influencia de mecanismos ideológicos culturales difundidos ampliamente por los modos institucionales de la educación hegemónica, los medios de comunicación y las redes de difusión de la cultura dominante.

Enfatizo en las ideas económicas porque fueron el núcleo de la propuesta de superación de la crisis de los 60-70, e intervinieron en modificar las relaciones sociales de producción. Por un lado, se verificaron cambios sustanciales en la relación entre el capital y el trabajo, consolidando una situación de precariedad en el empleo, que para el caso de la Argentina se reconoce un tercio de la población trabajadora en situación de “no registro”, sin acceso a la seguridad social, que ya es un dato estructural del empleo y que identifica el fenómeno de la impunidad empresaria al no inscribir el empleo demandado, como forma de contrarrestar la caída de la tasa de ganancia. En ese sentido, la presión por las reaccionarias reformas laborales y previsionales son un dato de la realidad. Aun sin modificar la legislación laboral y previsional en toda su magnitud, algunos cambios se han logrado en el ámbito de las empresas, afectando los ingresos salariales y contribuyendo a debilitar la respuesta colectiva de resistencia de la fuerza de trabajo. Por otro lado, existieron cambios en las relaciones del Estado con la sociedad, principalmente identificado en las privatizaciones de las empresas públicas y la desregulación de la economía, estimulando la orientación a la hegemonía de lo privado por encima de lo público en el ámbito de las relaciones económicas. El Estado pasó a ser utilizado en la inducción de políticas públicas de sustento del capital hegemónico, entre otras cuestiones, desde la deuda pública y una política de subsidios al gran capital. La apertura al exterior completa el cambio en las relaciones sociales, promoviendo vía tratados de libre comercio o por tratados bilaterales de inversión la apertura a la circulación de mercancías, servicios y capitales

en beneficio de la inserción dependiente y transnacionalizada de nuestras economías.

Todos esos cambios en las relaciones económicas de producción tienen correlato en las esferas de la cotidianeidad, como sedimento cultural ideológico que identifica esas formas de organización de la economía como las únicas posibles. Resulta alarmante verificar la colonización mediática de los ideólogos “neoliberales”, que promueven de manera simplista sus postulados liberalizadores, no haciéndose cargo jamás de los resultados económicos sociales asociados al deterioro de los indicadores sociales de pobreza, desempleo, precariedad laboral y deterioro de la calidad de vida.

Para el caso argentino hay que considerar que estas premisas fueron inicialmente construidas hacia 1975-1976, origen de cambios estructurales en el modelo productivo local, con impacto no solo entre las clases subalternas, sino entre el bloque de clases dominantes. Entre estas últimas, y por cuatro décadas, se consolida el actual bloque de poder que otorga sustento al gobierno de Macri. Primero, el complejo productivo del agronegocio, principalmente asentado en la soja transgénica. Es un sector dominado por las transnacionales de la alimentación y la biotecnología, cuya producción tiene destino principal en las exportaciones. El impacto en el territorio resulta sustancial para el despoblamiento y las condiciones culturales de la vida cotidiana. La tendencia al cultivo transgénico con predominio de la soja, debilita y desplaza otras formas organizativas tradicionales como la agricultura familiar o comunitaria. Segundo, el complejo industrial (armaduras), especialmente automotriz, sustentado en terminales extranjeras, y asociado a una cadena de valor en el sector sidero-metalúrgico y un entramado dependiente de pequeñas industrias proveedoras. Tercero, el sector petrolero, especialmente asociado a la nueva estrella de la producción de hidrocarburos no convencionales en el yacimiento “Vaca Muerta”. Las reservas de gas no convencional ubican a la Argentina como la segunda reserva mundial; y en petróleo no convencional como cuarta reserva mundial. Con carácter fuerte de extractivismo está asociada la explotación de

minerales mediante la megaminería a cielo abierto, sector hegemonizado por las transnacionales de la minería. Todas las expectativas del poder local y mundial están allí asentadas. En cuarto lugar, podemos mencionar al sector especulativo financiero, con la liberación para el movimiento internacional de capitales, la liberalización financiera y un régimen legal que tiene antecedentes en una Ley de Entidades Financieras que tiene origen en 1977, al inicio del gobierno de la dictadura genocida.

Ese bloque de poder económico es el que sintió que había logrado el consenso electoral en 2015 y por primera vez coincidía el poder económico con un gobierno propio, electoralmente consensuado. Durante estos años argumenté que la búsqueda del bloque de poder en el gobierno de Mauricio Macri pasaba a disputar el régimen político en la Argentina, intentando construir base social organizada. En primer lugar, intentando reproducir la lógica electoral lograda en el distrito nacional y en algunos provinciales. En la Ciudad de Buenos Aires, el macrismo transita su tercer periodo de gobierno, entre 2007-2011; 2011-2015; 2015-2019, e intenta repetir para 2019-2023. En la Provincia de Buenos Aires aspiraba a repetir el triunfo electoral del 2015 y todo indica que no lo logrará, del mismo modo que tampoco será posible en el ámbito nacional. Resta considerar si repite para un cuarto gobierno en la ciudad capital y desde allí, junto a la fuerza legislativa, mantener peso político y construir su masa social material para continuar en la disputa del gobierno y tratando de lograr el objetivo de colocar en coincidencia el poder económico con el poder político por vía de elecciones.

Las políticas de Macri y sus resultados

El gran objetivo político del poder y la derecha apuntaba a disciplinar a la sociedad de abajo, especialmente a las trabajadoras y los trabajadores, sus organizaciones sindicales, sociales, territoriales, culturales. Todo apuntaba a reducir el costo de producción, especialmente

en materia de salarios y gasto público, para reducir el aporte patronal en pagos de la fuerza de trabajo y de las contribuciones a la seguridad social y al fisco mediante impuestos. Eran las premisas para hacer atractivo el mercado argentino al capital externo. Desde ese imaginario suponían que iban a poder bajar la inflación, históricamente elevada en el país, como parte de la disputa entre sectores del poder por la hegemonía económica. La suba de precios está asociada a la capacidad de establecer precios en el mercado y en ese sentido, la disputa por la apropiación de la renta socialmente generada en la Argentina incide en los datos de inflación. Solo a modo de ejemplo podemos verificar la merma en la capacidad de discutir el precio de la fuerza de trabajo, lo que se mide en la caída de capacidad adquisitiva del salario, contra tarifas en alza de los principales servicios públicos privatizados (luz, agua, gas, etc.).

La hipótesis macrista chocó con la realidad. No lograron avanzar con las reformas jurídicas en materia laboral, previsional o tributarias, aun cuando el sector empresario impuso algunos cambios en convenios colectivos de trabajo y se mantuvo la tendencia a las contrataciones precarias en el mercado laboral. El resultado es de crecimiento del desempleo, de la precariedad y la ampliación de las condiciones para la superexplotación de la fuerza de trabajo, manteniendo la discriminación de género y hacia la juventud, sean en salarios o en condiciones de empleo. No lograron atraer inversiones externas directas más allá de las petroleras atraídas por la promoción de los hidrocarburos no convencionales, mediados por las ventajas tras las reformas regresivas del convenio colectivo de los petroleros patagónicos y el precio acordado desde el gobierno para la producción en boca de pozo. El financiamiento del programa de gobierno se logró con un elevado endeudamiento público, potenciado desde mediados del 2018 con la asistencia financiera del FMI. Es bueno interrogarse el porqué del aval del FMI cuando era evidente que Argentina no podía cancelar su deuda. Solo se explica por el dominio de Estados Unidos en el organismo internacional y el alineamiento del gobierno argentino hacia la política exterior estadounidense. La

agresión a Venezuela está en el eje de la política de Donald Trump para la región, que se extiende en la profundización del bloqueo a Cuba. El gobierno de la derecha en la Argentina potenció la alianza regional de derecha contra el gobierno de Venezuela. Las motivaciones de Estados Unidos en Venezuela son el petróleo y la prédica del gobierno bolivariano por un propósito anticapitalista y por el socialismo, algo que se asocia a la histórica propuesta de Cuba.

Macri exacerbó las señales hacia la derecha mundial, especialmente hacia Estados Unidos y Donald Trump, aun cuando en un comienzo sus apoyos habían favorecido a Hillary Clinton, candidata demócrata en las elecciones de 2016 en su país. Argentina fue sede de la 11ª Conferencia Ministerial a fines del 2017 y anfitrión del G20 a fines del 2018, al tiempo que organizó algunos foros internacionales en el marco de los Foros de Davos. El gobierno de Macri cumplió con toda la lógica diplomática requerida por Estados Unidos y la derecha mundial, favoreciendo un cambio en las agendas de los debates sobre integración y liberalización de las economías en nuestros países. Aun así, los fondos de inversión no llegaron. Sí llegaron fondos de deuda, hasta que los mercados de capitales frenaron sus flujos y solo pudo continuarse por la decisión política de Estados Unidos y su peso decisivo en el FMI para asistir con un préstamo por 56.700 millones de dólares, comprometiendo más del 60% de la capacidad prestable del Fondo, todo un despropósito. El saldo es una gran hipoteca que condiciona el presente y el futuro cercano de la política económica de la Argentina.

Los resultados de los cuatro años de gestión son tres de recesión y una inflación creciente que puede oscilar entre 55 y 60% en 2019, con gravosas consecuencias sobre el conjunto de la población. La caída de la actividad económica para este año será entre el -2,5% y el -3%, lo que afecta a la población vía cierres de empresas y cesantías que agravan la situación de la población trabajadora. La tasa de desempleo en la Argentina ascendió al 10,6% y la de subocupación al 13,1%

para el segundo trimestre del 2019, según el INDEC¹. Hace un año eran del 9,6% y del 11,2% respectivamente. Así, son más los afectados en la evolución de una política económica que agrede a los sectores de menores ingresos de la población. Sin duda, se agravó la situación del desempleo y el subempleo, como lógica derivada de la recesión de la economía local. En efecto, las estadísticas oficiales señalan que el Producto Interno Bruto acumula en el año 2019 una caída del -2,5% respecto a similar periodo de hace un año². Como dijimos, la proyección para todo el 2019 oscilará entre ese -2,5% y un mayor deterioro, afectando la potencialidad de la recuperación del producto y del ingreso.

Resulta lógico asociar la situación recesiva de la producción local con el crecimiento del problema del empleo, al que debe adicionarse una reiterada agudización de la forma irregular de contratación de trabajadoras y trabajadores que transforma en estructural la “precariedad” laboral, que sobre pasa al tercio de la población trabajadora. Ahora lo “normal” pasa a ser la irregularidad en las formas de contratación, lo que desafía al movimiento sindical y social para ofrecer nuevas formas de agrupamiento en la defensa de los intereses y necesidades de los afectados, más allá de cualquier actitud de protección de los derechos laborales vulnerados. Ya no se trata solo de defender derechos, sino de agrupar a un gran sector de trabajadoras y trabajadores que se integran en los ámbitos laborales sin derechos ni agremiaciones que los defiendan individual y colectivamente. Esta situación o modalidad del empleo pasa a ser una tendencia mundial del orden capitalista, que se asocia a las nuevas formas que asume el régimen del capital en su búsqueda de renovar la dominación del capital sobre el trabajo, asunto esencial para reproducir los mecanismos de la explotación de la fuerza de trabajo, eje sustantivo de la

¹ INDEC. Disponible en: https://www.indec.gov.ar/uploads/informesdeprensa/mercado_trabajo_eph_2trim19ED75D3E4D2.pdf

² INDEC. Disponible en: https://www.indec.gov.ar/uploads/informesdeprensa/pib_09_1921AFDF29D4.pdf

generación de excedente económico. La tradición de lucha y organización del movimiento obrero y popular impidió hasta ahora acelerar los tiempos de cumplimiento de los objetivos del gran capital para profundizar la subordinación de los trabajadores y las trabajadoras, pero la realidad impone rediseñar estrategias novedosas, de organización y lucha, para impedir la consolidación y avance de la estrategia de la dominación capitalista.

Cambios estructurales en el capitalismo y la condicionalidad del FMI

Los cambios en la situación laboral y económica afectan la aspiración de continuidad en un nuevo periodo del gobierno de Mauricio Macri, pero construyen un nuevo cimiento de las relaciones de explotación en el capitalismo local, que condiciona la relación entre el capital y el trabajo bajo cualquier administración de gobierno. Son mutaciones largamente buscadas ante el agotamiento de las políticas de industrialización sustitutiva de importaciones, dependientes, construidas por más de medio siglo entre 1910 y 1970. Estos cambios económicos son los que generaron nuevos reordenamientos en el bloque de poder, bajo nuevas identidades políticas de representación social para la disputa en la apropiación del excedente, de parte de una burguesía industrial local que aspiró a ser socia, del capital externo y de los terratenientes, en los mecanismos de distribución de la renta socialmente generada. Radicales y peronistas se transforman en las nuevas identidades mayoritarias de la política local, habilitando políticas orientadas al mercado interno para satisfacer aspiraciones de una más compleja y dilatada organización social. Es lo que sedimenta en la memoria histórica estas representaciones políticas.

En esta dinámica es que debe entenderse el proceso de elevada inflación que reconoce la Argentina en este largo periodo de casi un siglo. Con el nuevo orden y política se habilitó la disputa del poder, que no es solo de tipo político, sino esencialmente de apropiación del

excedente económico, lo que se materializa vía precios. Son los precios el mecanismo de distribución del excedente en una economía monetaria y mercantil. Es expresión de la hegemonía económica y política. ¿Influye la política monetaria, vía creación de dinero, en la aceleración de los precios y la inflación, tal como sostienen insistentemente desde la ortodoxia monetarista? Sí, pero la inflación es en primera instancia una disputa de poder por el ingreso y la riqueza. El viejo orden oligárquico de inserción exportadora en el sistema mundial hegemónico, vigente entre 1860-1880 y 1920-1930, retomó sus aspiraciones desde los 70 del siglo pasado, reorientando el proceso industrial bajo su mando en la forma del agro negocio (soja y transgénicos; cereaeras y oleaginosas; transnacionales de la alimentación y la biotecnología) y adicionando perspectivas productivas extractivas en mega minería a cielo abierto; gas y petróleo no convencionales. Se consume así un orden capitalista que demanda baja de los salarios, las jubilaciones e incluso de la política social, la que se ha transformado en masiva, aun cuando apenas reproduce la miseria y estrechez de la vida cotidiana de millones de familias.

Muchos señalan la incongruencia del FMI al otorgar un préstamo excesivo e imposible de devolución a la Argentina. Es un error de análisis simplista de la función de un organismo financiero como el Fondo. Este no cumple una función bancaria, de intermediación entre la oferta y la demanda de dinero, sino y esencialmente es un instrumento del poder económico mundial, hoy asociado al disputado poder de Estados Unidos. El papel del FMI y el acuerdo celebrado con el gobierno Macri convive con el propósito de adecuar al capitalismo local a la demanda del capital más concentrado por reducir el costo de producción, especialmente el laboral, en un país con tanta auto-defensa del movimiento sindical, social y popular. Por ello es que en contrato suscripto figuran las reformas laborales y previsionales, con el sentido de disminuir derechos históricamente consagrados a favor de las trabajadoras y los trabajadores.

Con ello, podemos entender el marco y el contexto para que el gobierno argentino de derecha incumpla los acuerdos con el FMI

y ahora flexibilice las pautas monetarias y emita por encima de lo comprometido oportunamente de “cero emisiones” de moneda. Tienen que llegar al final del mandato y para eso hay que emitir, aun cuando su religión monetarista y liberal, como la letra con el Fondo, les indique lo contrario. Son pragmáticos del gobierno y el poder. Tienen que terminar el mandato en diciembre próximo, y ceder su lugar, transitoriamente, para intentar volver al gobierno más adelante, pero con el piso de cambios a consolidar en tramos y etapas no lineales de expresión del poder capitalista y las derechas. Incumplen el acuerdo con el FMI, al tiempo que destacan los deberes realizados en materia de ajuste fiscal, con superávit primario de 13.764 millones de pesos para agosto del 2019 y un déficit financiero de -14.798 millones de pesos, poniendo de manifiesto que el privilegio de la política fiscal en el gobierno de la derecha de Macri son los acreedores externos. A estos, se les cumplen rigurosamente las cancelaciones de los intereses de la deuda pública acrecentada. Ocurre algo totalmente contrario con los estatales de algunas provincias en conflicto, quienes cobran sus ingresos de manera atrasada y sin las actualizaciones de una inflación incontenida.

No debe sorprender entonces que continúe la incertidumbre de la cotización del dólar, ahora con ofertas variadas de tipos de cambio, incluso operaciones ilegales (dólar *blue*), junto a elevadísimas tasas de interés para sostener las condiciones de especulación. Son negocios para unos pocos sectores de la economía, asociados al poder de apropiación del excedente que resulta de la lógica del poder local. Son los mismos que pretenden, junto al poder mundial, condicionar las formas de organización de la producción en el país para continuar concentrando la riqueza y el ingreso.

La larga tradición de organización sociopolítica de la Argentina es la que ha puesto límites a esta estrategia del poder y de la derecha, y es la reserva moral para pensar en la emergencia de nuevas formas de pensamiento y acción para contrarrestar la dinámica del poder y construir nuevos desafíos para el proyecto y la imaginación por la emancipación social.

Uruguay: la derecha, que no es nueva, se acerca al gobierno

Antonio Elías*

¿De qué hablamos cuando hablamos de la nueva derecha? Si algo se puede observar nítidamente, es que la “nueva derecha” no tiene rupturas significativas con las derechas neoliberales tradicionales. Lo que quizás se podría destacar como novedad es su permanente adaptación a las nuevas lógicas del mercado y el aprovechamiento de la base social que los progresismos han descuidado, incluida la clase media.

Martín Rastrillo (2019)¹

Aviso a los “navegantes”, quién lea este artículo no espere encontrar una demostración de que la derecha avanza hacia el gobierno por la injerencia de los Estados Unidos, la presión militar, la judicialización, detención y proscripción de los principales candidatos progresistas, ni, tampoco, por el desprestigio de los gobiernos frenteamplistas por

* Economista uruguayo, profesor universitario. Miembro de SEPLA e Investigador del GT Crisis y economía mundial.

¹ Martín Rastrillo (2019) El autor sostiene que “es un perfecto desconocido. Se alimenta de las sobras de la campaña electoral. Su arte es desnudar lo efímero. Lo inspiran las tormentas que vendrán”.

graves casos de corrupción y enriquecimiento ilícito. La explicación es mucho más sencilla:

El problema del corrimiento al centro es que, en una situación de hegemonía capitalista y neoliberal, uno nunca se corre lo suficiente. El centro nunca se alcanza. El corrimiento al centro de la izquierda ya lleva como treinta años, y no parece que vaya a detenerse. Se impuso la lucha por el centro. Un centro que es una gran ficción y sin embargo una realidad palpable. La derecha, que está muy lejos de tener una propuesta moderada, se camufla como centrista. Y la izquierda, un poco por no tener confianza en su capacidad de transformación y un poco por no tener confianza en que la gente quiera transformaciones, también (Delacoste, 2019).

Uruguay ha sido históricamente un país de clases medias, una de las democracias de partidos más consistente de América Latina, constituida a principio del siglo pasado, gobernada por el Partido Colorado y el Partido Nacional. De 1973 a 1984 soportó una dictadura cívico-militar que trató de destruir a sangre y fuego todas las organizaciones políticas y sociales que se oponían a la reestructuración capitalista y a la destrucción del Estado de bienestar.

A partir de 1985, con el tránsito a la democracia, los partidos tradicionales asumen el gobierno nacional durante cuatro quinquenios, pero la izquierda crece gradualmente hasta que, a partir de 2005, alcanza el gobierno nacional el Frente Amplio, que lo mantiene hasta el momento. El acceso al gobierno del progresismo y los posteriores procesos electorales se han desarrollado en régimen de pluralidad y de competencia efectiva.

Para partir aguas entre izquierda y derecha, vamos a tomar una caracterización de Julio María Sanguinetti (Presidente 1985-1990 y 1995-2000), quién para confrontar con el Frente Amplio, agrupó a la derecha en lo denominó una “familia ideológica”: los partidos tradicionales que nacen en las luchas por la independencia, Colorado y Nacional, que gobernaron el país hasta 2005. Por otro lado, quedo la izquierda, el Frente Amplio (FA), fundado en 1971 unificando a los

distintos partidos y agrupamientos de izquierda, así como, a sectores progresistas de los partidos Colorado y Nacional.

Según Lanzaro y De Armas:

No hay en Uruguay una atadura entre la distribución del voto y las clases sociales (“voto clasista”). Todos los partidos tienen un reclutamiento *catch-all* y las distintas clases sociales reparten sus preferencias entre ellos, con variantes, pero sin inclinaciones unívocas. Los partidos tradicionales fueron *catch-all* desde sus orígenes, en el siglo XIX. La izquierda, que en sus primeras décadas de vida convocaba solamente a sectores de clase media y a dirigentes sindicales, crece también como partido *catch-all*, pasando a reclutar a la mayoría de los trabajadores y haciendo baza en los sectores populares. Las clases medias acompañaron al FA en su crecimiento y en el estreno de 2004 la izquierda llevó hasta el límite su convocatoria en ese estrato, obteniendo votos en las capas superiores de las clases medias e incluso en los niveles sociales más altos. La elección de 2009 marca una inflexión en las tendencias predominantes (2012, p. 4).

Hay que tomar en cuenta que en su declaración constitutiva el Frente Amplio, define su concepción policlasista, al proclamar la unión de trabajadores, estudiantes, docentes, pequeños y medianos productores, industriales y comerciantes.

La alianza de clases con las capas medias se rompió, o con mayor precisión las capas medias, en forma gradual, dejaron de votar al Frente Amplio.

Hasta 2014 o 2015 pudo sostenerse con elementos ciertos que esa pérdida constante se compensaba con el incremento del apoyo en las capas subproletarias [...] Pero ese fenómeno no solo se frenó, sino que comenzó otra emigración en esas mismas capas. (Lanzaro y Armas, 2012).

El principal objetivo de la derecha es remover al FA del Gobierno, más allá de que en lo económico hayan sido beneficiados. Se oponen a: la agenda de derechos; las políticas sociales, en particular a las

transferencias económicas; la legislación laboral, que impone la negociación colectiva y los consejos de salarios; el sistema de seguridad social, aunque el FA haya mantenido el sistema de ahorro individual en las Administradoras Financieras de Ahorro Previsional (AFAP).

Las diferencias entre el Frente Amplio y los sectores mayoritarios de los partidos de derecha se presentan como temas de gestión, no hay lucha ideológica y, por tanto, para la mitad del electorado, que vivió su vida adulta bajo gobiernos frenteamplistas (2005-2019), la responsabilidad de la situación económica y social, en lo bueno y en lo malo, la tiene el Frente Amplio.

No existen diferencia sustantivas en la inserción internacionales (la derecha aplaudió el tratado de libre comercio del Mercosur con la Unión Europea), ni en apertura irrestricta a la inversión extranjera (respaldan los megaproyectos), ni en las restricciones a la ocupación por no ser una extensión del derecho de huelga (ya se aplica la prohibición en el sector público), ni por la reducción del Estado (ya hace rato que no se cubren vacantes y se terceriza la gestión), ni en la propuesta de reforma regresiva de la seguridad social (que fue reclamada por el actual Ministro de Economía Danilo Astori, para reducir el déficit fiscal).

Todos los candidatos de los partidos con opción de ganar las elecciones dicen que va a haber un ajuste fiscal, se especula que el FA lo podría hacer un poco menos duro y más gradual. Lo que es dudoso, teniendo en cuenta que el equipo económico que designo el candidato del FA incluye solamente economistas que apoyan el actual modelo económico, basado en la conciliación de clases y la profundización capitalista y dejó de lado a los economistas de los sectores del frente con posiciones críticas al actual modelo, más allá que tuvieron un importante caudal de votos.

Las elecciones internas marcaron la cancha

El 30 de junio, se realizaron las elecciones internas en las que deben participar los partidos que aspiren a tener un candidato presidencial y deben dirimir quién los representará. El voto en esta elección no es obligatorio, por lo cual los partidos con mayor estructura organizativa y con mayor competencia interna reciben muchos más votos que las demás fuerzas.

De todas formas, las encuestas realizadas posteriormente, demuestran que la coalición de derecha, con su componente de ultraderecha, se acerca al gobierno. Los tres partidos de derecha tienen al 21 de agosto, según Equipos Consultores el 50% de intención de votos para las elecciones nacionales (PN 26%, PC 16%, CA 8%), en tanto el Frente Amplio llega solamente a un 30%, partidos menores 4%, indecisos 12%, en blanco 4%.² Lo cual implica, faltando menos de dos meses para el 27 de octubre, que el Frente Amplio, más allá de que gane la primera vuelta, probablemente sea desplazado del gobierno nacional, en el balotaje del 24 de noviembre.

La coalición de derecha

Los partidos de la derecha y el centro derecha se han unido en lo que denominan “coalición de gobierno”. Sea quien sea el candidato que vaya al balotaje por la derecha –competirán Ernesto Talvi (Partido Colorado) y Luis Lacalle Pou (Partido Nacional)– tendrá el voto del otro partido y está comprometido a gobernar distribuyendo equitativamente los ministerios y demás cargos del Poder Ejecutivo. En las elecciones internas el Partido Nacional obtuvo el 41.6% de los votos y el Partido Colorado el 16.8%. Es de señalar que el voto no es obligatorio en las elecciones internas y no se refleja linealmente en las elecciones nacionales.

² Disponible en: <https://www.montevideo.com.uy/Noticias/La-ultima-encuesta-de-Equipos-muestra-estabilidad-en-la-intencion-de-voto-de-los-partidos-uc727700>

Entre los candidatos que postularon en sus partidos para ser presidenciables se destaca un joven empresario multimillonario, Juan Sartori, casado con la hija de un magnate ruso, quien se candidateo dentro del Partido Nacional logrando un segundo puesto, desplazando a Jorge Larrañaga, en base a una gigantesca campaña propagandística, una estructura organizativa rentada en los barrios y zonas más pobres del país, con propuestas demagógicas y asesores extranjeros que desarrollaron una campaña de noticias falsas contra los otros candidatos de su propio partido. Obtuvo el 20.7% de los votos de su partido y el 8.7% del total.

Durante la campaña, uno de los espacios de más competencia política se produjo entre los candidatos que ofrecieron combatir con “mano dura” a la delincuencia para calmar el reclamo de seguridad de sectores medios y altos de la sociedad.

Dentro del Partido Nacional, Jorge Larrañaga, un dirigente histórico población que fue candidato a la vicepresidencia en 2009 y 2014, jugo un papel significativo en la campaña porque impulsó una reforma constitucional que obtuvo más de 270 mil firmas para que se plebiscite esta reforma en las elecciones de octubre. En la reforma se plantea crear una Guardia Nacional formada por militares que participarían con la policía en la acción preventiva, disuasiva y represiva; incorporar, en determinados delitos graves, la condena a cadena perpetua y eliminar, la libertad anticipada y vigilada; autorizar los allanamientos nocturnos. A pesar de la apuesta a los sentimientos más primitivos de la, población, salió tercero en la interna de su partido y redujo sustancialmente su peso electoral 7,4% en el total de votantes.

Fuera de los partidos tradicionales se destaca un candidato que se perfila en la línea de la nueva derecha que avanza en el continente.

Guido Manini Ríos, Comandante en Jefe de las Fuerzas Armadas hasta el 12 de marzo de este año, cuando fue destituido por el Presidente de la República, después de insubordinarse al criticar a la Justicia Civil y al Poder Ejecutivo, defendiendo a uno de los principales asesinos y torturadores de la dictadura cívico militar (1973-1984). Nuclea alrededor suyo a la llamada “familia militar”, los sectores

antidemocráticos de los partidos tradicionales y minúsculos sectores pro fascistas, quién creo una fuerza política “Cabildo Abierto” quién lo postuló como candidato y obtuvo 4,3% de los votos. La ultraderecha tendrá, probablemente, a través de este partido, un papel central si la coalición de derecha accede al gobierno, porque será el fiel de la balanza legislativa dado que sus votos serán decisivos para tener las mayorías parlamentarias.

No puede olvidarse, además, que cuando Manini Ríos fue sancionado el 12 de septiembre de 2018, con treinta días de arresto a rigor por haber emitido expresiones políticas que le están vedadas, recibió un muy fuerte apoyo de la derecha. Jorge Larrañaga dijo que el “Poder Ejecutivo busca escarnio con finalidad política”; Luis Alberto Heber, que “no hay mayor condecoración para un jefe que se lo sancione por defender a su tropa”; Edgardo Novick se preguntó: “¿Arrestamos a los que dicen la verdad y dejamos libres a los delincuentes? Debemos luchar contra la injusticia”; y Sanguinetti, que “aplicarle 30 días de arresto a la máxima jerarquía del Ejército es simplemente un intento de humillación a las Fuerzas Armadas”.³ Los sectores más a la derecha de los partidos tradicionales saludaron la insubordinación militar, lo que es obviamente muy preocupante.

Por último, corresponde señalar que existe otro candidato fuera de los partidos tradicionales, que también se inscribe en la línea de la nueva derecha. Edgardo Novick. Un empresario que fue candidato a Intendente de Montevideo en 2014, en representación del Partido de la Concertación (lema que unificó en Montevideo a los partidos tradicionales), el que viajó al norte del país para festejar la victoria de Jair Bolsonaro. En esta elección, como cabeza del Partido de la Gente solo fue votado por 0.6%. Quién es asesorado en políticas de seguridad por el exalcalde de Nueva York, Rudolph Giuliani, famoso por la “cero tolerancia” que aplicó en Nueva York y replicó en muchos países de

³ Las declaraciones transcriptas fueron citadas por Gabriel Delacoste, ¿Dónde están los defensores de la democracia?, *Semanario Brecha*, Montevideo, 19 de setiembre de 2019.

nuestro continente con altos costos sociales, particularmente, entre los pobres y marginados.

Un aspecto no menor a destacar es la amplia captación de votos en el subproletariado, que tiene la ultraderecha de “Cabildo Abierto” y la derecha del multimillonario Juan Sartori del Partido Nacional. En las capas medias ganan terreno los candidatos menos conservadores, al menos en su discurso, de los partidos tradicionales, tales como: Ernesto Talvi, candidato a presidente en el Partido Colorado y Beatriz Argimón, candidata a vicepresidente en el Partido Nacional.

La coalición de centro derecha, derecha y ultraderecha, más allá de los discursos electorales, suscribe el manifiesto del capital que se presenta en el segundo punto de este artículo. En esencia, estos partidos son el instrumento para imponer los intereses de las clases dominantes.

La contienda progresista

Cuatro candidatos concurren a competir en las internas del Frente Amplio (FA), ninguno de ellos era uno de los tres líderes de las victorias electorales del progresismo y que actualmente tienen entre 79 y 84 años. En efecto, no competían ni José Mujica – quien fuera presidente en el período 2010-2015–, ni Danilo Astori –quien fue vicepresidente en el gobierno de Mujica y estuvo a cargo del área económica en los tres gobiernos del FA y que fuera derrotado cada vez que se postuló para ser candidato a presidente–, ni Tabaré Vázquez –actual presidente– ya lo había sido en 2005-2010 –que constitucionalmente no puede aspirar a la reelección.

Daniel Martínez, Carolina Cosse y Mario Bergara tienen una larga historia como jefes en los gobiernos del FA, todos ellos renunciaron a sus cargos para participar en las internas. El Ingeniero Martínez, era Intendente de Montevideo, fue Ministro de Industria, senador, por el Partido Socialista, y Presidente de la principal empresa pública (ANCAP); la Ingeniera Cosse, era Ministra de Industria,

fue Presidente de la empresa pública de telecomunicaciones (ANTEL); Bergara, era Presidente del Banco Central del Uruguay, fue Vice Ministro de Economía y, por un breve período Ministro. Los tres comparten el modelo económico de profundización capitalista con conciliación de clases aplicado por el FA en los tres períodos de gobierno.

Óscar Andrade, fue el cuarto candidato, es un dirigente sindical, que fue diputado por el Partido Comunista y renunció al cargo parlamentario para seguir trabajando a nivel sindical. Sostiene una posición clasista, reclama un mayor vínculo con los movimientos sociales y se plantea confrontar con el capital y sus representantes políticos.

La descripción de los candidatos, no niega las diferencias ideológicas de los sectores políticos que apoyan a cada uno de los candidatos. El caso más notorio, es el del candidato presidencial, el socialista Daniel Martínez, que está en minoría dentro de su propio partido, hoy hegemonizado por posiciones claramente a la izquierda de las suyas. Carolina Cosse tuvo el respaldo del Movimiento de Participación Popular, liderado por José Mujica, dentro del cual hay sectores con fuertes críticas a los gobiernos del FA, pero ella está claramente alineada con lo realizado hasta ahora por el gobierno. Mario Bergara, por su parte, en uno de los principales ideólogos y ejecutores del modelo económico aplicado.

Martínez empezó su campaña llamando a los partidos de derecha a acordar políticas de Estado que sean llevadas adelante cualquiera sea el gobierno. En su acto de lanzamiento de la campaña, luego de la aprobación de la fórmula presidencial en la Convención, afirmó: “Yo ahora veo un modelo conservador que no es mala gente, pero no tiene sensibilidad para entender lo que pasa en el mundo ni al pueblo. Y un modelo frenteamplista, que es progresista y busca tener la sensibilidad de entender a todos y a todas”⁴. Limitar la confrontación a la “sensibilidad” demuestra claramente que la lucha ideológica desde un punto de vista clasista no existe en esta campaña.

⁴ Diario *El País*, Montevideo, 25 de agosto de 2019.

El manifiesto del capital

La Confederación de Cámaras Empresariales presentó un conjunto de medidas favorables a sus intereses con la pretensión de que las mismas sean aplicadas por quien gane las elecciones nacionales⁵. Dichas medidas son asumidas en sus aspectos sustanciales, por los partidos de la derecha tradicional, Colorado y Nacional, y por un nuevo partido de ultraderecha, Cabildo Abierto, dirigido por un general, que era Comandante en Jefe del Ejército, y fue destituido el 12 de marzo de este año por cuestionar a la justicia que condenó a militares que asesinaron y torturaron durante la dictadura.

Los empresarios fundamentan sus reclamos entre otros aspectos en: estancamiento productivo desde 2014, déficit fiscal alto y creciente, atraso cambiario (cuya causa es el mantenimiento “artificial” del precio del dólar), baja inversión privada, saldo negativo de la Inversión Extranjera Directa, cierre de empresas, destrucción de puestos de trabajo.

A partir de ese diagnóstico, proponen un paquete de medidas orientadas a “mejorar el clima de negocios y así aumentar la inversión, la producción y el empleo”, en otras palabras: aumentar los beneficios del capital. Todas las medidas que plantean los empresarios son beneficiosas para sus intereses y contrarias a los intereses de los trabajadores y de las familias en general. Quienes crean que la lucha de clases no existe pueden constatar en el documento de la Confederación que sí existe: este es el Manifiesto del Capital.

Plantean reducir el gasto público, lo que implicaría la reducción de los bienes y servicios que presta el Estado a la población, pero obviamente no proponen reducir los subsidios al capital, por el contrario, proponen aumentarlos modificando la Ley de Promoción de Inversiones.

⁵ <https://confederaciondecamarasempresariales.files.wordpress.com/2019/05/propuestas-cc3a1mara-empresariales-para-implementar-en-el-prc3b3ximo-perc3adodo-de-gobierno-1.pdf>

Reclaman reducir el atraso cambiario en el corto plazo, una devaluación del peso frente al dólar, lo que implica la pérdida de poder adquisitivo de los trabajadores y pasivos que tienen ingresos fijos y atacan a las pequeñas y medianas empresas que producen para el mercado interno, las que verán reducida la demanda de los bienes y servicios que producen.

Los salarios del sector privado van a ser difíciles de recuperar ya que no se ajustan con la inflación, porque desde 2015 se impuso el criterio del Poder Ejecutivo de aumentar los salarios en forma nominal.

A los empresarios les sirve devaluar porque bajan sus costos en el mercado interno, son más competitivos con la producción extranjera y reciben muchos más pesos por sus dólares.

No negamos la existencia de atraso cambiario, pero la solución de este problema se debería implementar en forma gradual, en el marco de un programa de desarrollo productivo y con medidas compensatorias para los que tienen menor nivel de ingresos y capacidad de adaptación.

Lo otro que plantean a corto plazo es eliminar el decreto que regula las ocupaciones y “reglamentar” el derecho de huelga, para de esa forma evitar los costos de la resistencia que seguramente darán los trabajadores a este conjunto de medidas regresivas.

A mediano plazo, quieren profundizar una serie de medidas que comenzaron en 2007, con la reforma tributaria que aumentó los beneficios al empresariado en materia tributaria con la baja del impuesto a las ganancias; tasa plana en el Impuesto a la Renta de las Personas Físicas (IRPF) del capital, tienen igual tasa los pequeños y los grandes empresarios –los trabajadores pagan una tasa mayor cuanto más ganan–, aumento del número y tamaño de las zonas francas y de los beneficiarios de la ley de promoción de inversiones, con importantes exoneraciones fiscales.

Ahora, en esa misma línea, proponen reducir el Impuesto a la Renta de las Actividades Económicas (IRAE) y bajar nuevamente los aportes patronales a la Seguridad Social, que en Industria y Comercio (7,5%) representan la mitad de lo que pagan los trabajadores (15%).

Con estas medidas, se reducen los ingresos del Estado y aumentará el déficit fiscal que supuestamente pretenden reducir. Más aún, lo que proponen no es solo que el costo de la reducción del déficit lo paguen los trabajadores y pasivos, sino que, además, pongan sobre sus espaldas compensar lo que no van a pagar los empresarios.

La larga lista de reclamos incluye prohibir que ingresen nuevos trabajadores al Estado durante el próximo período de gobierno. Esa política de reducir personal eliminando vacantes se aplica desde 2015, cuando se resolvió que por cada tres vacantes ingresaría un trabajador. Todos aquellos que impulsan, sostienen y respaldan este tipo de propuestas deberían conocer los grandes problemas de funcionamiento del Estado, dejar de lado las visiones reduccionistas y economicistas que solo atienden al déficit fiscal como única preocupación de la estabilidad “macroeconómica” y dejan de lado la estabilidad política y social. Y lo que es peor aún, los costos que esto genera en lo que no tienen capacidad de pago para satisfacer sus necesidades a través del mercado.

En varias reparticiones del Estado la necesidad de funcionarios es tan grande que pone en peligro funciones básicas que hacen también a la seguridad de la población, concepto que va mucho más allá de defender los derechos de propiedad.

En Argentina y Brasil –Mauricio Macri, Michel Temer y Jair Bolsonaro– devaluaron, redujeron el gasto público, despidieron trabajadores estatales, aumentaron las tarifas públicas, precarizaron el trabajo y el resultado fue que la economía entró en recesión, creció el desempleo y aumentó sustancialmente la pobreza y la marginación.

Una explicación desde la izquierda sobre el avance de la derecha

En el contexto de una importante crisis económica, el Frente Amplio (FA) alcanza el gobierno en 2004, que mantiene en 2009 y 2014, teniendo siempre mayorías parlamentarias. En el proceso para

acceder al gobierno el FA desdibujó su programa histórico de cambios, y en el marco de una estrategia “realista”, incluyó una amplia política de alianzas para captar el voto del centro político.

El FA en el gobierno no se planteó en ningún momento aplicar políticas que modificaran sustancialmente las reglas del sistema, no solo como práctica socio político limitada por una determinada correlación de fuerzas, sino como sustento ideológico de su accionar. Las definiciones programáticas se fueron diluyendo: primero, en forma ambigua; luego, frontalmente para obtener el aval de los señores del “mercado”.

Los tres gobiernos del FA, con sus matices y diferencias, se inscribieron dentro de las variadas opciones de la institucionalidad capitalista para administrar la crisis y asumen las reformas institucionales de “segunda generación” del Banco Mundial como si fueran un programa superador del neoliberalismo. Los cambios son fuertes en el plano electoral, mínimos o nulos en lo ideológico, pero en lo económico e institucional se profundiza el capitalismo.

Profundización capitalista

La derrota electoral de los partidos políticos tradicionales no implicó una capitulación ideológica de la ortodoxia económica y el pensamiento único. Por lo contrario, se constituyó un equipo económico, el cual rige la economía del país hasta el día de hoy, que impulsa los cambios institucionales que favorecen la penetración transnacional y que garantiza el predominio de las reglas del mercado en el marco de una inserción capitalista subordinada.

La potencial alternativa por izquierda se transformó en continuidad y profundización del mismo modelo que se aplicaba desde hace varias décadas con un énfasis mucho mayor en la inversión extranjera directa (IED). Las ventajas otorgadas al capital foráneo han generado un fuerte proceso de extranjerización de los principales recursos del país. Como contrapartida se pierde el control nacional

del proceso productivo y se cuestionan aquellas decisiones estratégicas que podrían repensar el desarrollo nacional sobre bases más autónomas.

La piedra angular de la propuesta era y es atraer inversión extranjera. El modelo que se impulsa desde hace catorce años asume como premisas que: a) el crecimiento de un país depende de las inversiones (argumento indiscutible, aunque debería precisarse el tipo, calidad y objetivo de las mismas); b) en el país no hay ahorro disponible para realizar esas inversiones; c) se requiere inversión extranjera, la cual vendrá al país si se cumplen ciertas condiciones imprescindibles: estabilidad macroeconómica, cumplimiento estricto de las reglas de juego y aval de los organismos multilaterales.

A partir del supuesto de que cualquier modificación de las reglas establecidas generará incertidumbre entre los potenciales inversores (supuestamente imprescindibles para ampliar la capacidad productiva), se asumen los siguientes “mandamientos”: cumplirás los contratos; no tocarás las Administradoras Financieras de Ahorro Previsional; firmarás Tratados de Promoción y Protección Recíproca de Inversiones con quien sea (se empezó en 2005 con los Estados Unidos); eliminarás o reducirás al mínimo los monopolios públicos; honrarás la deuda externa.

El modelo de acumulación profundiza la primarización basada en los agronegocios, con algunas características importantes: a) lógica de extracción con el único propósito de apropiarse de la renta de los recursos naturales; b) proceso ampliado de re-primarización de las exportaciones, c) el creciente proceso de mercantilización de la tierra, incluso con el papel del capital ficticio (especulativo, sin intención de producir), profundiza la concentración de la propiedad; d) incremento del papel de las empresas extranjeras como el agente fundamental de la lógica extractivista, explotadora y depredadora.

Muestra de ello son las concesiones realizadas en el acuerdo firmado con la empresa UPM para que lleve adelante la instalación de una segunda pastera en el centro del país. Nuevamente se priorizan los impactos económicos favorables que genera en el corto plazo un

mega proyecto sobre los impactos negativos de mediano y largo plazo en la economía nacional y en el medio ambiente. En este caso se adicionan, además, una serie de requerimientos en inversiones del estado en infraestructura, principalmente ferroviaria – severamente cuestionada por los perjuicios y peligros que generará en los centros urbanos por donde atraviese–, y en regulaciones laborales que limitan los derechos de los trabajadores, incluso con imposiciones sobre el sistema educativo, con el agravante que la empresa finlandesa UPM se reserva el derecho de invertir o no, a pesar de que se cumplan con todas sus demandas.

Conciliación de clases asimétrica

Como contrapartida del proceso de profundización capitalista, los gobiernos del FA buscaron favorecer, a través de un conjunto de cambios institucionales y políticas, a trabajadores y pasivos, así como la contención de las situaciones de máxima pobreza. Una política de conciliación de clases, que permitió mejorar los ingresos reales de los trabajadores, aunque en términos relativos aumentaron más los ingresos del capital y se acrecentó la concentración de la riqueza acumulada.

Conciliación asimétrica, porque los beneficios obtenidos por los trabajadores pueden ser revertidos por cualquier gobierno. Se pueden modificar o derogar normas legales para eliminar avances tan importantes como reimplantación de los Consejos de Salarios –ampliado a rurales y domésticas–; fueros sindicales; permitir las ocupaciones; garantizar los cobros de derechos laborales cuando no cumplen empresas tercerizadas; ley de ocho horas al sector rural; leyes de negociación colectiva pública y privada.

Los capitalistas, por su parte, reciben grandes exoneraciones tributarias: tanto en las Zonas Francas, que han expandido en el interior y en las ciudades; como a través de la Ley de Promoción de Inversiones, que se ha modificado para ampliar los beneficios. Lo que se

complementa con la Ley de Asociación Público Privada que garantiza los beneficios de los inversores.

Estos subsidios al capital transnacional están fuertemente protegidos por tratados de protección de inversiones y de libre comercio que garantizan que en caso de incumplimiento del Estado este deba enfrentar demandas internacionales y pagar enormes indemnizaciones.

El impacto de la crisis

Durante casi una década los precios de las materias primas tuvieron precios mucho más altos que en períodos anteriores y eso permitió un aumento significativo de los recursos de que disponía el FA para financiar la conciliación de clases asimétrica. En este periodo se logran mejoras en el bienestar de la población, sin embargo, no se resolvieron los problemas distributivos al momento de generar riqueza, ni se tomaron medidas contra la riqueza acumulada.

La actividad económica, primero se desaceleró, luego se estancó y, probablemente, entrará en recesión. En estos períodos –cuando cierran empresas, cae el empleo, crece el déficit fiscal, comercial y la deuda externa– se expresa con meridiana claridad la desigualdad jurídica entre el trabajo y el capital.

Con la agudización de la crisis el FA ha perdido posibilidades económicas para mantener la conciliación de clases y hace caer la carga del ajuste estructural sobre los trabajadores. Por un lado, pauta salarial nominal para el sector privado, reducción del gasto público social presupuestado, aumento del Impuesto a las Retribuciones Personales del factor trabajo, precarización y restricciones al derecho de huelga; por otro lado, apertura de la economía a través de la firma de un TLC de nueva generación con Chile, una propuesta de TLC con China (que no avanzó por el rechazo de Argentina y Brasil), y la solicitud de ingreso como Estado Asociado a la Alianza del Pacífico. La última frutilla de la “torta aperturista” es la firma de un preacuerdo

entre el Mercosur y la Unión Europea, impulsado por Bolsonaro y Macri, que profundizará el proceso de primarización de la economía.

La política de conciliación de clases que realizaron los gobiernos frenteamplistas funcionó como estabilizador social mientras los precios internacionales de las materias primas lo permitieron. Cuando se revirtió el ciclo favorable y aumentó el déficit fiscal se descargaron los costos del ajuste en los trabajadores, uno de los ejemplos más notorios, es el aumento en 2017 del 27% en la recaudación del Impuesto a las Renta de las Personas Físicas que pagan los trabajadores.

A modo de conclusión

Los gobiernos progresistas, llevaron adelante un proceso de profundización capitalista, con conciliación de clases –basada en el crecimiento económico– y retroceso ideológico, que debilitó y desmovilizó a una parte de la sociedad y a su propia fuerza política.

Las contradicciones objetivas entre el capital y el trabajo se agudizan porque los empresarios reivindican y exigen recortes en el gasto público, reducción de impuestos, flexibilización laboral y reforma de la seguridad social. Los capitalistas pretenden compensar los costos de la crisis con un aumento de la sobreexplotación de los trabajadores.

Los ajustes fiscales, los procesos devaluatorios y la flexibilización laboral son contrarios a los intereses de los trabajadores –activos y pasivos– que nuevamente son la variable de ajuste de la economía y que, inexorablemente, perderán poder adquisitivo y calidad de vida si se llevan adelante esas políticas.

Dentro del movimiento sindical, actor fundamental de la lucha de clases, una corriente, mayoritaria, plantea que existe un “bloque político social para los cambios” que se contrapone al proyecto de “restauración conservadora” de la derecha. Lo cual no es compartido por las otras dos corrientes. Si nos atenemos a lo señalado en esta nota, dicho bloque incluye sectores que defienden los intereses del

capital y que han predominado en la conducción económica del país. Quiere decir que rechazar la “restauración conservadora” no implica, como contrapartida, el apoyo irrestricto al llamado “bloque político social de los cambios”, como si fuera una fuerza homogénea cuyo objetivo es defender los intereses de los trabajadores.

Parece claro que, gane quien gane, mantendrá el modelo económico vigente y aplicará políticas de ajuste. Como ninguno de los partidos que tienen posibilidades de acceder al gobierno propone aumentar los impuestos al capital, ni los aportes patronales a la seguridad social, las únicas variables de ajuste son los salarios, las pasividades y las políticas sociales. De todas formas, existen diferencias importantes entre la coalición de derecha y el progresismo, entre las cuales debe destacarse que el Frente Amplio no implementaría el programa de las cámaras empresariales, no aplicaría políticas de shock, preservaría los derechos laborales y, buscaría, minimizar los costos del ajuste.

En este contexto, las tareas de los trabajadores organizados y sus aliados es resistir las políticas regresivas que reclama el capital. En primer lugar, tratando de que no lleguen al gobierno los partidos de derecha; en segundo lugar, sea cual sea el nuevo gobierno, tratar de detener los ajustes fiscales, la caída de los salarios, la reforma regresiva de la seguridad social, a la vez que, evitar la apertura indiscriminada del país a los intereses del capital extranjero. Resistencia, que debe darse, en el marco de la lucha por un país productivo, con justicia social y profundización democrática.

Bibliografía

Bottinelli, O. (2019, 4 de agosto). Del voto de las capas medias. Para un partido oficialista el voto lo decide la gestión de gobierno. Diario *El Observador*, Montevideo.

Delacoste, G. (2019, 5 de julio de 2019.). La ficción del centro. *Semanario Brecha*, Montevideo.

Elías, A. (2005). Uruguay: un gobierno en disputa en el marco de la globalización neoliberal. En *Pensamiento y acción por el socialismo. América Latina en el siglo XXI*. Buenos Aires: Fundación Investigaciones sociales y políticas.

Elías, A. (2017). Uruguay: el proyecto del capital transnacional se impuso al programa de cambio social. En Elías, A. (Comp.), *La experiencia de los gobiernos progresistas en debate: la contradicción capital trabajo*. Montevideo. Montevideo: COFE y CLATE.

Elías, A. (2018a). Los desafíos no resueltos del progresismo en la telaraña onstitucional del capital. En *Los gobiernos progresistas y de izquierda en América Latina*. México: Partido del Trabajo.

Elías, A. (Coord.). (2018b). *Uruguay y el continente en la cruz de los caminos*. Montevideo: COFE-INESUR-FCT.

Lanzaro, J. L. y Armas, G. (2012). Uruguay: clases medias y procesos electorales en una democracia de partidos. Instituto de Ciencia Política. Universidad de la República, Montevideo. Disponible en: http://biblioteca.clacso.edu.ar/Uruguay/icp-unr/20170112023239/pdf_475.pdf

Rastrillo, M. (2019, 19 de julio). La nueva derecha. *Semanario Brecha*, Montevideo.

CONTRA NUESTRA AMÉRICA

Estrategias de la derecha
en el siglo XXI

Franz Hinkelammert afirmó hacia fines del siglo XX una idea que tiene plena vigencia: "La nueva derecha es heredera de las dictaduras militares de Seguridad Nacional, y su vocación es asegurar el esquema de poder originado por esas dictaduras bajo formas democráticas, en beneficio de las élites y con la bendición de Estados Unidos".

En efecto, las estrategias de la derecha vuelven a sus orígenes. En el plano político, se ha intensificado el perfil ideológico desplazando el espectro hacia posturas ultraderechistas. El autoritarismo de nueva generación registrado durante la segunda década de este milenio definitivamente se ha exacerbado. Esta matriz se ha reforzado en lo económico, actualizando la antigua alianza tecno-militar en la composición de los gobiernos en cargos claves (Brasil, Paraguay y Colombia), al tiempo que se refuerza el imaginario del Estado emprendedor, ahora conducido sin mediaciones y en forma directa por empresarios (la denominada "CEOcracia").

Contra Nuestra América, editado por CLACSO, es un libro de primer orden para acercarse al estudio y el análisis sobre el resurgir de las nuevas derechas y del papel que las ciencias sociales puede desenvolver en torno a su interpretación y denuncia.



CLACSO

Consejo Latinoamericano
de Ciencias Sociales
Conselho Latino-americano
de Ciências Sociais

